AUTOR MÁS VENDIDO DEL *WALL STREET JOURNAL*

L.T. RYAN

UN THRILLER DE JACK NOBLE

EL JUICIO DE NOBLE



EL JUICIO DE NOBLE

UN THRILLER DE JACK NOBLE

LIBRO 9

L.T. RYAN



LIQUID MIND MEDIA

Copyright © 2014, 2025 por L.T. Ryan. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede copiarse ni reproducirse en ningún formato, por ningún medio, electrónico o de otro tipo, sin el consentimiento previo del propietario de los derechos de autor y del editor de este libro. Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o utilizados de manera ficticia. Para más información contactar:

contact@ltryan.com

http://LTRyan.com

https://www.facebook.com/JackNobleBooks

ÍNDICE

The Jack Noble Series

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100

Nunca Llores por Misericordia: Capítulo 1
Nunca Llores por Misericordia: Capítulo 2
Also by L.T. Ryan
Acerca del Autor

THE JACK NOBLE SERIES

El Recluta
El Primer Engaño (Precuela)
Los Comienzos de Noble (Jack Noble #1)
Distancia Mortal (Jack Noble #2)
Línea Borrosa (Jack Noble #3)
Las intenciones de Nobel (Jack Noble #4)
Muerte en Grecia (Jack Noble #5)
Las Retribuciones de Noble (Jack Noble #6)
La Traición de Noble (Jack Noble #7)
Nunca Vuelvas a Casa (Jack Noble #8)
El Juicio de Noble (Jack Noble #9)
Nunca Llores por Misericordia (Jack Noble #10)
Fecha Final (Jack Noble #11)
Fin del Juego (Jack Noble #12)
El Ultimatum de Noble (Jack Noble #13)
La Leyenda de Noble (Jack Noble #14)
La Venganza de Noble (Jack Noble #15)

Reciba una copia gratuita de El Recluta. Visita:
https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

CAPÍTULO 1

ASPEN, COLORADO

Los que tenían una relación estrecha con el hombre que presidía la mesa lo llamaban Butch, mientras que sus subordinados lo llamaban por su apellido, Mónaco. Incluso a sus sesenta y tres años era alto, recto y delgado. Una cicatriz lisa de un centímetro de ancho le recorría la mejilla desde la comisura de la boca hasta el punto donde el lóbulo de la oreja se unía a la cabeza. El recuerdo se notaba más cuando tenía la piel bronceada, como ahora. Cuando se le preguntaba, siempre contaba diferentes versiones de más de una docena de historias. Sin embargo, sólo una versión de esas historias contenía la verdad, y sólo Butch sabía cuál. A pesar del peligro que asoló su vida durante tanto tiempo, había envejecido bien. Aparte de unas cuantas arrugas alrededor de los ojos y la boca, aun estaba muy parecido a la última vez que dirigió una reunión secreta en Aspen, Colorado.

No se podía decir lo mismo de los cinco hombres que conocía en la habitación. Se habían quedado calvos, tenían barrigas que les colgaban por encima del cinturón, les había salido papada o tenían caras que parecían de cuero desgastado. En conjunto, esta descripción aplicaba para cada uno de los hombres a la perfección

con unas pequeñas variaciones. Tres de esos hombres tenían permitido llamarlo Butch, dos debían dirigirse a él como Mónaco.

Los otros cinco hombres que estaban en la mesa eran desconocidos. Lo más probable, era que la última vez que había celebrado una reunión en esa misma mesa y en esa misma sala, esos cinco tipos estuvieran en la escuela secundaria o en la universidad. Tal vez habían tenido alguna experiencia desde entonces. Tal vez no. Al menos no del tipo que Butch aceptaba. No importaba, porque necesitaba diez hombres en la sala para la reunión y los otros cinco miembros originales del grupo estaban muertos. Algunos por causas naturales. Los demás, no tanto.

Butch Mónaco miró a los hombres uno por uno. Las miradas vacías que le devolvieron decían más de lo que las palabras podrían decir. Ninguno de ellos quería estar allí ese día. Diablos, incluso Butch tenía un nudo en el estómago y, hasta ese momento, el propósito de la reunión no se había expresado. Demasiadas palabras conducían a demasiados juicios, lo que llevaba a que personas en la posición de Butch fueran sentenciadas a cadena perpetua o a muerte por fusilamiento, si vivían en el estado correcto. El resto, recibía la silla eléctrica o la inyección letal. Se quedaban dormidos y nunca despertaban. Si fuera honesto consigo mismo, admitiría que todos los hombres en la sala lo merecían.

Por ello la reunión se había organizado de manera privada. El único hombre en el que Butch confiaba, Waldron, fue de hombre a hombre, hablando en un código que sólo doce personas conocían. Estaban todos, menos uno, Goetz, que había desaparecido hacía cuatro años y del que no se había sabido nada desde entonces.

Al igual que en la reunión anterior en Aspen, no habría documentación, no se grabaría nada, y todos los presentes en la sala negarían haber estado en Colorado ese día. ¿Qué necesidad había? Todos sabían que había que hacerlo y eran los únicos que podían aprobarlo.

¿Cuál era el propósito de la reunión que Butch Mónaco celebró ese día? La organización que habían formado hacía más de veinte años tenía que ser clausurada.

Y para lograrlo, había que eliminar secretos, así que, los hombres que guardaban esos secretos, al menos los que estaban fuera de la sala, tenían que morir.

Butch tamborileó con los dedos de su mano derecha sobre la mesa, de las yemas a los nudillos, con una intensidad cada vez mayor. El parloteo se fue apagando como el final de un trueno. Cuando todos los ojos se posaron en él, Butch tomó un sorbo de su vaso de agua, del que la condensación rodeaba el fondo, y lo dejó cerca del borde de la mesa.. Si llegase a haber suficiente vibración, el vaso podría caerse por el borde.

Butch se levantó y se dirigió al grupo —En 1991, once de nosotros nos reunimos en esta misma sala. Esa reunión, como la de hoy, no tuvo precedentes, no fue autorizada, no se grabó y nunca se llevó a cabo.

Los cinco hombres que habían estado allí hacía veintidós años sonrieron.

Los demás miraron a su alrededor. Dos se encogieron de hombros, uno levantó una ceja y los otros dos permanecieron impasibles. Todos sabían el resultado, pero ninguno de ellos conocía la historia de cómo empezó todo.

Butch continuó —Todos sabemos lo que sucedió ese día. Podemos describirlo de diferentes maneras, dependiendo de con quién estemos hablando. Estoy seguro de que hay quienes nos consideran pronosticadores, adelantados al resto de Washington y a todas las agencias de inteligencia en muchos sentidos. Yo, nos considero el Departamento de Seguridad Nacional por excelencia, una década adelantados a nuestro tiempo.

Un hombre llamado Davinski se rio entre dientes y Butch lo atravesó con una mirada de enfado. Davinski levantó el puño, tosió y sus mejillas se hincharon y su rostro se puso rojo.

—Lo que creamos hace unos veinte años, nuestra propia fuerza policial que podía operar en cualquier lugar, en cualquier momento y sin escrutinio, fue algo hermoso. Diablos, la mayoría de la gente, incluso los de alto rango, nunca habían oído hablar de nuestro bebé. Esquivamos algunas balas, por supuesto. Pero, en general, durante dos largas décadas, funcionó a la perfección. Sin embargo, hace

unos meses, cierta información cayó en las manos equivocadas. Posiblemente a través de la ayuda de alguien de esta organización. Sabemos de al menos una agente que trabajaba para el otro lado. Ahora está muerta. Pero podría haber más. Aun así, este no es el problema, ya que hemos lidiado con este tipo de cosas en el pasado. Este grupo ha sido muy bueno en el control de sí mismo, pero esta vez, el problema va demasiado alto. Está por encima de todos ustedes. Por encima de mí. Alguien, y no puedo nombrar quién, ha ordenado que se cierre esto, o seremos nosotros los que pagaremos el precio.

El hombre sentado en el extremo opuesto de la mesa levantó la mano. Butch lo miró fijamente durante unos segundos —¿Nombre?

El tipo se levantó. —Ballard, señor. Joe Ballard.

—¿Tienes algún comentario o alguna pregunta?

Ballard se pasó la mano derecha por el pelo corto y negro. Las motas plateadas reflejaban la luz del sol que entraba por la ventana panorámica que tenía detrás. —¿Qué pasaría si alguno de nosotros se opusiera a lo que está proponiendo?

—Entonces no saldrá vivo de Aspen.

El tipo se enderezó y extendió la mano izquierda hacia adelante, con los dedos separados. —Entonces, ¿está diciendo que…?

—Cállate, Ballard, y escúchame. No hay elección aquí. No vamos a votar, no tienes voz ni voto en este asunto. El SIS va a ser clausurado y todos los miembros, actuales y antiguos, van a ser eliminados. ¿Está claro?

Ballard dijo —Claro, señor.

Butch esperó a que el tipo volviera a sentarse. Luego, tomó una carpeta que estaba en la mesa a su derecha en la que había una docena de copias con la misma información. Entregó cinco a su derecha y seis a su izquierda. Cada hombre se quedó con una y pasó el resto a los demás.

—Primero, me las devolverán en un minuto.

—¿Cuál es el punto entonces?, —preguntó Davinski.

—El punto es que quiero que todos revisen esta lista y me digan si tienen alguna objeción a alguno de los nombres que figuran en ella.

—Debe haber cincuenta nombres aquí.

Butch enarcó los hombros una pulgada y dijo —¿Y?

Davinski no respondió. Su mirada, como la de todos los hombres que estaban en la sala, se desplazó hacia el papel. Sus ojos se movieron de derecha a izquierda repetidamente mientras leía los nombres para sí mismo. Butch sintió que se le encogía aún más el estómago. Sabía que los cinco hombres que habían estado en la reunión original no dirían nada, esto era parte del proceso de eliminación. Además, cualquier hombre que objetara, podía ser un hombre que pudiera filtrar lo que planeaban hacer. Y un tipo que hiciera eso necesitaba ser tratado de inmediato.

En el otro extremo de la mesa, un hombre levantó la mano.

—¿Sí, Ballard? —dijo Butch.

—Conozco un nombre aquí.

—¿Quién?

—Jack Noble.

—¿Y tiene usted alguna objeción a que el señor Noble esté en esa lista?

Ballard miró el papel, inquieto y dando golpecitos con el pulgar contra la mesa. Desvió la mirada y miró a Butch.

—¿Y bien? —preguntó Butch.

—No, lo conocía de cuando estaba en la Marina, eso es todo. No tengo objeción a que esté en esta lista.

CAPÍTULO 2

CIUDAD DE NUEVA YORK

Tres hombres hicieron el recorrido desde Queens hasta Brooklyn y el bajo Manhattan, en un BMW 750i negro, en una mañana húmeda y nublada de martes. Cruzaron el río por el puente Williamsburg. Mientras estaban suspendidos sobre el agua, uno de ellos comentó que vio al menos una docena de cabezas que se balanceaban debajo, compitiendo en las corrientes y dirigiéndose hacia el mar. Eran antiguos amigos suyos. Tipos que habían permanecido leales al Viejo después de su muerte. Y, lo que es más importante, tipos que se habían negado a aceptar a Charles DeCosta como el nuevo líder de su organización. Charles les dio tiempo para que cambiaran de opinión, al menos, a los que consideraba que valía la pena mantener cerca. Pero el tiempo, finito en este mundo del crimen, se había acabado.

Así que los tres hombres en el vehículo de lujo habían actuado como buenos soldados y capitanes y habían cumplido con su trabajo y organizado las ejecuciones. Porque no había otra forma de referirse a lo que ocurre cuando unos amigos matan a otros amigos, aunque los tres hombres lo intentaron y lograron que los cuerpos fueran eliminados de una manera bastante llamativa.

Veinticuatro manos. La misma cantidad de pies. Una docena de cabezas. Y lo que quedaba de los cuerpos. Todo arrojado al río en varios lugares, sin ningún intento de ocultar la tarea. A Charles no le importaba si los restos llegaban a la orilla, se enredaban en redes de pesca y trampas para cangrejos, o si encontraban el camino hacia el Atlántico. No le importaba mucho la idea de que un grupo de niños pudiera encontrarse una cabeza decapitada, enrollarla y encontrarse cara a cara con un fantasma. O que un grupo de ancianas, en su paseo matutino, pudiera tropezar con el cuerpo decapitado y con el culo hacia arriba de un criminal.

Buscaba siempre que el acto lograra el efecto pretendido.

El miedo genera más miedo, que a su vez crea lealtad.

Al menos, así lo pensaba Charles.

La naturaleza maniática del nuevo jefe se había profundizado coincidiendo con su ascenso al poder. Pasó de estafador callejero a mecánico privado de Feng, el Viejo y distinguido gánster que dirigía la organización. Luego, pasó de conducir a Feng por la ciudad a convertirse en el consejero de mayor confianza del Viejo. Y, cuando el Viejo fue asesinado a plena luz del día frente a un restaurante de Queens, Charles regresó a Nueva York de Europa, desde donde había dirigido las operaciones , y asumió el cargo para reclamar el control de la organización.

Encontró resistencia. Más de dos docenas de ellos, un tercio de ellos capitanes, se mostraron en desacuerdo. Los más expresivos fueron atendidos de inmediato. El resto se alineó, al menos por un tiempo. Los murmullos de disenso se abrieron paso por el complejo, a través de Queens, pasando por alto Brooklyn y encontrando su camino hacia el Bajo Manhattan, donde fueron susurrados al oído de Charles.

Así que elaboró un plan que requería un asesinato en masa. Matar para mantener la paz, dijo.

Ninguno de los hombres del BMW quería pensar en los gritos y súplicas de los que estaban muriendo. Hombres con los que se habían reído, con los que se habían apresurado y con los que habían matado. Porque matar no era suficiente para Charles. Los cabrones tenían que sufrir. Si las cosas hubieran sido al revés, habrían hecho

lo mismo con Charles antes de arrojarlo al Atlántico equipado con pantalones y zapatos de cemento.

La transición del puente a la calle Delancey borró esos recuerdos de su memoria. Al menos por un tiempo.

—¿Quién llama a ese cabrón enorme?, —preguntó el conductor. Se rio forzadamente para disimular el comentario, pero ninguno de los hombres que iban en el coche se lo creyó.

—Lo haré, —dijo el hombre del asiento trasero, sacando su móvil del bolsillo.

Charles se quedó de espalda a la puerta de acero reforzado que separaba su oficina del resto del complejo. Diseñada para detener un calibre .50, la puerta le proporcionaba una sensación de seguridad. Una falsa, considerando que su única salida estaba bloqueada. Si alguien se acercaba, Charles sabia que sus posibilidades de salir con vida eran probablemente nulas. Al menos, tendría la oportunidad de llevarse con él a algunos de los asaltantes.

Miró hacia atrás a los tres hombres silenciosos sentados en el lado opuesto de su imponente escritorio de caoba.

Dos guardaespaldas permanecían fuera de la oficina cada vez que Charles estaba presente. Cerca de ellos, se sentaban dos asistentes que manejaban la agenda diaria de Charles. Uno para las actividades legítimas y, el otro, para todo lo relacionado con la organización. Una pared separaba a los guardaespaldas y asistentes de la recepcionista que estaba sentada detrás de un mostrador, con auriculares puestos, debajo de un cartel ovalado con la inscripción *CDC Industries, INC*.

El lugar tenía que parecer legítimo para que un jefe mafioso trabajara desde allí. No es que engañara a nadie, Charles se daba cuenta de las miradas en el vestíbulo, sentía los pensamientos críticos en el ascensor y notaba que las mujeres se detenían en seco y dejaban que las puertas se cerraran antes de subir, si él era el único que estaba dentro.

El piso superior daba a la Calle 3 West y ofrecía una vista despejada de la fuente en el centro de Washington Square Park. Charles se había acostumbrado a mirar hacia abajo, al parque, mientras reflexionaba sobre decisiones importantes y no tan

importantes. Incluso en una húmeda mañana de mediados de Julio, el lugar rebosaba de actividad. Los binoculares de alta potencia, colocados en la cornisa, le permitían observar a las mujeres mientras corrían o patinaban por los senderos. Eso le ayudaba con el estrés. Nada más. Hasta ahora.

Mirando hacia el noreste, Broadway se extendía hasta la Calle 14. Con una breve sonrisa, Charles recordó cuánto anhelaba actuar allí cuando era niño. Su madre lo había llevado a ver *El violinista en el tejado* cuando tenía ocho o nueve años. De hecho, tomó dos semanas de lecciones de baile, pero dejó de hacerlo cuando sus amigos se enteraron y se volvieron contra él. Aunque el deseo secreto no murió, cuando se hizo mayor y su tamaño le ofreció formas más fáciles e inmediatas de ganar dinero, Charles renunció a sus sueños de fama bajo las luces y abrazó la vida criminal. Un par de dólares aquí y allá se convirtieron en cien. En poco tiempo, tenía más dinero del que podía contar, por lo que su teatro favorito se convirtió en un benefactor de esa riqueza. De forma anónima, por supuesto.

Estiró los brazos por encima de la cabeza y dirigió la mirada hacia un punto justo sobre el horizonte de la ciudad. Charles reflexionó sobre por qué el Viejo nunca se trasladó a una oficina adecuada. Incluso, cuando Charles lo había instado a que lo hiciera, el viejo bastardo se negó obstinadamente. El complejo tenía un propósito. No se podía negar eso. Era una gran base de operaciones y albergaba a varios de los subordinados en un momento dado. Pero ¿Tal vez un lugar para recibir invitados y realizar negocios?

Ya no. No hay ninguna posibilidad.

Otro error que Charles se negó a repetir fue la incapacidad de Feng para delegar. La negativa del Viejo a hacerlo, hasta el final, condujo a una casi Guerra Civil dentro de la organización. También resultó en el asesinato del Viejo. El Viejo podría haberse retirado hace cuatro o cinco años y haber disfrutado del tiempo con su nieta. En cambio, la niña fue testigo de cómo los sesos de Feng salían de su cráneo a gran velocidad.

Para apaciguar a los miembros de la organización que dudaban de que Charles supervisara la operación, prometió vengar la muerte

del Viejo. No le importaba si lo hacía o no. Matar a dos docenas de disidentes sería suficiente para que todos se pusieran en línea. El momento tenía que ser el adecuado. Y finalmente lo fue.

Así que ahora tenía la oficina, donde pasaba la mayor parte del tiempo, y el complejo, donde solo hacía breves apariciones. Había gente en la que Charles confiaba, y eran ellos los que seguían al mando en Queens. También tenía soplones a los que podía llamar si sus capitanes se volvían contra él. La lealtad, en lo que a él respectaba, no existía. Charles y el Viejo se habían vuelto el uno contra el otro. ¿Y por qué? Por algo relacionado con una mujer y Jack Noble.

El concepto de lealtad sólo llegaba hasta cierto punto. Si un concepto pudiera ser empaquetado en algo similar, entonces su grupo sería considerado tan leal como fuera posible. Lo que significaba que, entre un cuarto y un tercio, estaban estafando y quedándose con los beneficios. Sin embargo, era de esperar. Charles lo hizo cuando estaba ascendiendo. Supuso que Feng también lo hacía. No significaba que tuviera que aceptarlo. Ya había decidido que ese sería el siguiente paso.

Desde el complejo, los capitanes de Charles supervisaban las actividades diarias. Desde el rascacielos, Charles trabajaba para ampliar y expandir su imperio. Existían oportunidades que Feng nunca se molestó en investigar. El dinero que tenía el Viejo, que ahora pertenecía a Charles, significaba una oportunidad para entrar en negocios distintos a las drogas, el crimen organizado y la venta de secretos. Ahora que las cosas se habían solucionado y esperaba que las operaciones se desarrollaran sin problemas de aquí en adelante, eso era precisamente lo que planeaba hacer.

Charles tomó los binoculares y siguió a dos mujeres, una morena y la otra rubia, que corrían por el parque. Las observó hasta que sus pantalones cortos de colores brillantes desaparecieron tras la espesa vegetación. Su mirada se elevó por encima de las copas de los árboles, hacia el pasillo brillante y brumoso de la Quinta Avenida. Luego, sus ojos pasaron del paisaje urbano al reflejo de los tres hombres sentados detrás de él.

—¿Quién de ustedes pensó que sería una buena idea? —Charles se dio la vuelta y cruzó los brazos sobre su costoso sillón de cuero de respaldo alto. El sillón giró hacia la izquierda hasta que su peso se acomodó.

El primer chico intentó hablar provocó la ira de Charles.

—Cállate —dijo antes de que el tipo pudiera pronunciar una sílaba. —Los tres tienen suerte de que los trajera aquí y no los desmembrara y disolviera en el sótano del complejo.

Las expresiones en los rostros de los hombres eran tan variadas como ellos mismos. Cada uno había llegado a la organización de Feng de una manera diferente. Sin embargo, nada de eso importaba. Se mantuvieron leales a Charles cuando otros no lo habían hecho. Cumplieron sus deseos exactamente como se les pidió. Hasta la matanza final.

—¿No dije que Mikey C. estaba fuera del trato?, —preguntó Charles. —Él fue el único del antiguo régimen, de cuando yo era un maldito mecánico que trabajaba en el garaje, que se mantuvo neutral ante el cambio. Tenía vínculos con grupos fuera de nuestra organización que no querían hablar conmigo. Ahora lo perdimos, los perdimos a ellos y perdimos un montón de dinero.

Ninguno de los tres hombres habló.

—¡Dije que no lo tocaran! —Charles pateó su silla, enviándola hacia la izquierda. Se volcó de lado y las ruedas giraron sin resistencia. —Pero ahora su cuerpo está hecho pedazos y flota en el maldito río.

La luz del sol brillaba sobre las frentes sudorosas de los hombres que estaban frente a él. Uno de ellos echó un vistazo furtivo hacia la puerta de la oficina, presumiblemente en un intento fallido de localizar a los guardaespaldas de Charles.

—No sabíamos que iba a estar allí, —dijo el tipo llamado Paolo Almeida. —Quiero decir, una vez que empezamos, salió de una habitación trasera donde supongo que se estaba tirando a una puta. Charles, hombre, vio lo que estábamos haciendo y buscó su arma. No tuvimos elección. —El tipo cerró los ojos y se estremeció, habiendo entregado la información crítica que Charles buscaba.

Charles se apoyó contra la ventana con los enormes brazos cruzados. —Ustedes dos, fuera.

Paolo permaneció sentado mientras los otros dos capitanes se levantaron y salieron de la oficina.

—¿En qué estás pensando ahora mismo? —preguntó Charles.

—Me gustaría haber besado a mi esposa antes de irme hoy.

—Eres soltero.

Paolo se encogió de hombros. —Es una frase retórica.

Charles sonrió. —Bueno, en ese caso, si tuvieras una, probablemente hubiera sido una buena idea.

—Mira, te estoy diciendo la verdad. Era él o yo. No tenía elección.

—Sí, la tenías. —Charles se apartó de la ventana, apoyó sus gruesos nudillos en el escritorio y se inclinó sobre él. —Podrías haber sabido quién demonios estaba en la maldita casa antes de entrar disparando.

Paolo no dijo nada. Era mejor así. Cada palabra que pronunciaba cavaba quince centímetros más en su futura tumba.

—Entonces, ¿qué debería hacer contigo? —No esperó a que el hombre respondiera. —La muerte es una respuesta demasiado simple. No tiene el impacto que estoy buscando. Tal vez un descenso de categoría. Ya sabes, bajarte un poco el nivel. Eres lo suficientemente joven para trabajar en la calle. Por supuesto, no tendrás ninguna protección si te atrapan.

—Y te delataré a la primera oportunidad que tenga.

—Oh, Paolo, el impetuoso. En el momento en que llegaste de Brasil o Argentina o de donde sea que seas, supe que serías un problema.

Charles le sonrió al tipo mientras un interruptor interno se activaba. La rabia se elevaba dentro de él como bilis. Sin dejar de sonreír, extendió la mano, agarró la nuca de Paolo y la estrelló contra el borde del escritorio. Su cartílago chocó con la sólida caoba. El escritorio ganó. Paolo se atragantó con la sangre que inundó su boca y garganta. Otra ronda de cabezazos contra el escritorio partió la frente de Paolo y lo envió al suelo.

Con el corazón acelerado y la respiración entrecortada, Charles rodeó su escritorio. Un charco de sangre se filtró en la alfombra de

veinte mil dólares. Golpeó con el pie el abdomen de Paolo, maldiciendo la marea carmesí que se extendía, y luego se dirigió hacia la puerta.

—Ustedes dos —dijo, señalando con el dedo a los hombres que habían acompañado a Paolo. —Sáquenlo de mi piso. Límpienlo, llévenlo al norte del estado y desháganse de él. Usen el ascensor directo al garaje. Si alguien pregunta, se resbaló en el baño y golpeó el urinario.

CAPÍTULO 3

CIUDAD DE NUEVA YORK

Dos mujeres. Una rubia, la otra morena. Ambas vestían ropas diminutas. ¿Corrían para hacer ejercicio o para llamar la atención? La rubia lo miró de reojo y luego volvió a mirarlo, sonriendo al pasar. Los diamantes de su anillo de bodas brillaban a la luz del sol.

Jack Noble le devolvió el saludo con la cabeza mientras permanecía a la derecha de la fuente de Washington Square, cuidando no ser visto por si alguien lo observaba desde arriba. También para buscar refugio del calor, aunque ni siquiera la protección de los árboles podía proporcionar un respiro de la humedad de mediados de julio. Incluso a las nueve de la mañana. Su presencia no molestaba a los niños del patio de recreo, aunque pocas cosas lo hacían. Pasaban corriendo, esquivando a los adultos sin quitarle los ojos de encima.

La imagen de Mia apareció en la mente de Jack. No había visto a su hija desde que se fue de Londres para ocuparse de un asunto en su ciudad natal, Crystal River, Florida. Las cosas allí no habían salido como estaba previsto. Una vez más, como siempre ocurría, su pasado había resurgido. Y por mucho que quisiera estar cerca de su hija, su seguridad era primordial.

Así que Jack regresó a lo más parecido que tenía a un hogar.

No le quedaba mucho en Nueva York. Las propiedades que poseía junto con su exsocio Riley "Oso" Logan estaban todas a la venta o se habían vendido ya. Había sido idea de Jack. Oso la llevó a cabo. De todas formas, las propiedades eran un desperdicio en ese momento. Estaban sin uso y seguirían así si el dúo las conservaba. Era mejor que Oso tuviera el dinero para reservar para su futuro y el de Mandy, a que los condominios y apartamentos se desperdiciaran.

Oso había cumplido otra promesa que Jack le había impuesto al grandulón. Él y Mandy habían desaparecido. Las llamadas a su número principal de reenvío se respondían con una rápida señal de ocupado. La línea había desaparecido. Todos los demás números a los que Jack intentó llamar respondían con un mensaje que indicaba lo mismo.

Mejor así. Al menos, Jack se convenció de ello. Cualquiera que estuviera relacionado con él sufría un final prematuro y doloroso. De algún modo, Oso había logrado sobrevivir durante casi veinte años como socio de Jack, primero en el ejército, luego en los negocios. Las probabilidades no estaban a favor del gran hombre si continuaba en esa función.

En la esquina noreste del parque, Jack cruzó Washington Square North y continuó por las transitadas aceras de University Place hasta llegar a la calle 11. Había hecho el mismo recorrido cuatro veces más en el último mes. En cada ocasión, sus golpes no recibieron respuesta. ¿No los habían escuchado? Todo lo que quería era una prueba de que Clarissa estaba bien. La última vez que la había visto, le había salvado la vida al impedir que un agente rebelde del SIS lo acribillara a balazos.

Desde entonces, ella había sido un fantasma.

Tal vez eso significaba que había llegado el momento de aceptar que su deber hacia ella había terminado. La había protegido durante suficiente tiempo. Obviamente, ahora podía seguir su propio camino.

Desde la calle 11, Jack se dirigió al Upper East Side. Un excéntrico millonario se había puesto en contacto con él a través de un canal privado y había mostrado interés en contratar sus servicios como jefe de seguridad durante la estancia del hombre en Nueva

York. La llamada no fue una sorpresa. Había recibido varias durante el último mes, después de ganarse una reputación en algunos círculos. ¿La razón? Había evitado el asesinato de una estrella política en ascenso en Londres. En retrospectiva, habría sido mejor para todos los involucrados que ella muriera. Al final, lo hizo. De todos modos, el estatus de Jack tras el evento ofrecía nuevas perspectivas. Sin embargo, esta oferta, al estar cerca de casa, lo intrigaba.

No necesitaba el dinero. Incluso después de haber cedido el noventa por ciento de sus activos a Oso, sus cuentas bancarias le proporcionaban lo suficiente para vivir durante muchos años. Pero Jack no estaba listo para jubilarse. No todavía. Y en lugar de consumir sus cuentas, pensó que un mejor plan sería aumentarlas mientras aún pudiera. Los trabajos de seguridad a corto plazo le brindarían la oportunidad de hacer precisamente eso. Además, tenían el beneficio adicional de darle algo que hacer todos los días. Sabía que sus sentidos se embotarían con el tiempo, debido a la edad. Poco se podía hacer para evitarlo. Tal vez frenar el declive. Pero no había necesidad de acelerar el proceso sentándose en un taburete de bar todo el día.

Al entrar en el edificio de apartamentos del millonario, el teléfono que Jack llevaba en el bolsillo sonó. Había actuado por capricho y había comprado un teléfono inteligente. Tenía gigas de memoria y varias gigas de procesamiento y almacenamiento en la nube. Al principio, nada de eso le decía nada. El teléfono casi había acabado en la papelera en más de una ocasión, pero se tomó el tiempo de entenderlo. Pensó que los dispositivos habían llegado para quedarse, así que no tenía sentido luchar contra ellos.

Un hombre del color del carbón y del tamaño de un camión de carga entró en el vestíbulo. Llevaba una camiseta oscura que decía: *"Sí, soy ese tipo"*. Jack supuso que le hacían esa pregunta muchas veces. El hombre hizo un gesto con la cabeza para que Jack lo siguiera, así que lo hizo. Tomaron el pasillo de la izquierda y entraron en una pequeña habitación sin ventanas.

—Estoy seguro de que sabes cómo funciona esto, —dijo el tipo.

—Te ahorraré la molestia. —Jack se estiró hacia atrás y sacó su Beretta y el cargador y dejó sus cosas sobre la mesa, con la empuñadura orientada hacia el otro hombre.

—Lo aprecio, pero eso no me mantendrá a salvo de ti.

Jack no se resistió al intento del hombre. No era como si fuera a encontrar algo. Unas manos recorrieron de arriba abajo el torso de Jack, sus piernas y sus tobillos. Finalmente, el tipo dio un paso atrás y abrió la puerta.

—Vamos.

Tomaron el ascensor hasta el piso superior y caminaron a lo largo del edificio, donde se detuvieron frente a la última puerta. El hombre hizo que Jack esperara en el pasillo. Se escaparon murmullos por el espacio entre la puerta y el piso. Eran demasiado bajos para descifrarlos. Después de unos minutos, el tipo regresó y le hizo señas a Jack para que entrara al condominio. Las cortinas corridas, tal vez de color púrpura y hechas de terciopelo, bloqueaban toda la luz. Una bombilla tenue iluminaba la habitación y un destello naranja brilló desde la esquina. Jack no reconoció la cara detrás del cigarrillo.

El chico dio un paso adelante. Su cabello plateado y rizado con rastros de color negro adornaba su rostro cincelado.

—Ah, señor...

Jack extendió la mano y dijo: —Sin nombres.

El chico asintió. —No hay problema.

—¿Podemos poner algo de luz aquí?

—Preferiría que no —hizo una pausa. —Me dispararon en la cabeza hace veinticinco años y mis ojos no han vuelto a ser los mismos desde entonces. Tengo gafas especiales que me ayudan cuando estoy afuera, pero no me gusta usarlas dentro de casa.

Los ojos de Jack se acostumbraron. Distinguió la cicatriz en la mejilla derecha del hombre, entre la oreja y el ojo. Tal vez fue un resto de la bala lo que afectó su tolerancia a la luz.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Te asaltaron? ¿Por eso estoy aquí?

Riendo, el hombre dio un paso adelante. Su figura era delgada, pero musculosa. —Hace veinticinco años era un SEAL. Haz las cuentas.

—Panamá.

Asintiendo, dijo: —Al menos no fui una de las desafortunadas veintitrés almas que perecieron allí. De todos modos, ¿qué hay de ti?

—¿Panamá? Yo estaba en octavo grado. Estaba listo para ir, pero no me aceptaron.

La sonrisa del chico se ensanchó. —No, Panamá no. ¿Eres militar?

—Me invitaste aquí, supuse que ya lo sabías. —Jack hizo una pausa para permitir que el hombre refutara. No lo hizo. Jack continuó. —Evité la universidad para unirme a los Marines. Fui seleccionado para una misión especial desde el principio para un nuevo programa que estaban probando.

—Con la CIA.

Jack se encogió de hombros y continuó: —Hice eso durante un par de años antes de que todo se viniera abajo. Me dieron mucho dinero para que me jubilara temprano. Lo acepté. Consideré convertirlo en una situación permanente. El problema era que ser un borracho en los Cayos no pagaba muy bien, así que me subí al carro del gobierno nuevamente y trabajé para otra agencia. Estuve allí un par de años y luego empecé mi propio negocio. Acepté el trabajo de seguridad para esa política por accidente, después de trabajar con la Inteligencia Británica hace unos meses.

—Y escuché que hiciste un excelente trabajo.

—Supongo. —Jack miró a su alrededor en un intento de localizar al hombre corpulento que lo había escoltado a través del edificio. —Pero claro, está muerta.

—No es tu culpa, por lo que he oído.

—No creas todo lo que te dicen.

El hombre jugueteó con un sobre y no dijo nada.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó Jack. —Obviamente tienes las habilidades y los contactos para cuidar de ti mismo. No eres un excéntrico que está siendo acosado o extorsionado o que vive con miedo de su propia sombra. Entonces, ¿por qué yo? ¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora?

El sobre desapareció detrás del cuerpo del hombre. —Quizás tengas razón. Tal vez no necesite tus servicios ahora mismo.

Por un momento, a Jack se le tensó el estómago y tuvo la sensación de que le estaban disparando morteros. —¿Fue algo que dije?

El tipo no dijo nada.

—¿Qué hay en el sobre?

—El pago inicial, eso es todo. —Sacó las manos vacías. —Parece que no lo necesitaremos.

—¿Qué diablos es todo esto?

El tipo levantó la mano y dijo bruscamente: —Martellus, por favor, acompaña a nuestro invitado a la salida.

El hombre negro corpulento cruzó la habitación. Cada paso reverberaba en las tablas del suelo. Sintiendo que le quedaban unos segundos en el apartamento, Jack habló.

—Nunca supe tu nombre.

—No lo necesitas, —dijo el hombre mayor.

—¿Por qué me trajiste aquí?

Las manos del hombre corpulento rodearon los hombros de Jack, pero él no se movió.

—Por las buenas o por las malas, hombre. De cualquier manera, me pagan lo mismo, —dijo el hombre.

—¿Por qué? —preguntó Jack.

El hombre mayor se dio la vuelta y entró en la habitación contigua sin decir palabra. La puerta se cerró tras él, enviando una ligera ráfaga de aire hacia las ventanas y alborotando las cortinas oscuras.

—Última oportunidad del camino fácil, —dijo el hombre.

Jack se soltó y se dirigió hacia la puerta. —Puedo encontrar la salida por mi cuenta.

—¿Quieres tus cosas?

Jack se detuvo, se giró y extendió las manos.

—Ascensor, —dijo el tipo.

Un minuto después, las puertas de bronce se abrieron y dejaron el vestíbulo vacío. El hombretón no salió. Le entregó a Jack su Beretta y luego arrojó el cargador al otro lado de la habitación. Cuando Jack llegó, el ascensor ya había comenzado a ascender al piso superior.

Sin saber muy bien qué pensar de la reunión, Jack salió del edificio y caminó una cuadra hacia el norte. El calor se reflejaba en el concreto que lo rodeaba. La temperatura había subido cinco grados desde que puso un pie dentro del edificio y la humedad estaba cerca del máximo. A pesar de eso, la acera estaba abarrotada, y el parque, al otro lado de la calle, también. La reunión se repitió en su mente. ¿Qué había querido el hombre con él? Tal vez había formado un equipo de algún tipo, de seguridad o de mercenarios. No había mucha diferencia en estos días. El tipo tenía cierto interés en Jack, pero aparentemente no lo suficiente como para hacerle una oferta. ¿Qué había dicho para disuadirlo?

En cuanto se abrió un respiro en el tráfico, Jack corrió por la Quinta Avenida. Un bordillo marcaba el paso del asfalto al hormigón. Se imaginó un rifle de francotirador sobresaliendo de una ventana del condominio, apuntando a su espalda y siguiendo cada movimiento. La protección de los árboles en la acera opuesta no le proporcionaba la seguridad que necesitaba. Así que saltó la valla sólida y atravesó Central Park, siempre avanzando, resistiendo la tentación de mirar hacia atrás.

CAPÍTULO 4

PARÍS, FRANCIA

Una niebla fría envolvió a Oso cuando salió de la sofocante estación de metro. Al levantar la vista, no pudo distinguir dónde terminaba la niebla y dónde empezaban las nubes. La brisa enfriaba las gotas de agua que se le pegaban a las mejillas y los brazos desnudos, pero no contrarrestaban la humedad sofocante. ¿Era ese el clima típico de París a mediados de julio?

Oso se protegió los ojos de la niebla que lo invadía y examinó la calle y la acera. La neblina le dificultaba localizar los puntos de referencia que pudiera recordar de su última visita a la Ciudad de las Luces. Cuando empezó a orientarse, sintió un tirón en la camisa. Era Mandy, quien lo miraba fijamente mientras se ponía las manos ahuecadas alrededor de los ojos.

—Necesito un paraguas, —dijo. —O una chaqueta con capucha.

Vio una farmacia a una cuadra de distancia y señalando con la barbilla, dijo: —Vamos, muchacha.

Ella se acercó a él y los dos caminaron por la acera abarrotada. Afuera de la entrada de la tienda, él le entregó veinte euros y se quedó allí mientras ella entraba. La llovizna y la niebla no le molestaban. Había soportado cosas mucho peores durante sus años

en la Marina. Diablos, había soportado cosas peores a propósito solo para cazar un ciervo.

La multitud pasaba en oleadas, la mayoría saliendo del metro y entrelazándose con los que ya estaban allí. Todos tenían la misma reacción al clima al salir de las escaleras cubiertas. Arrugaban las caras y hacían muecas ante la niebla flotante como si entraran en un campo de abejas enojadas. Oso no reconoció a ninguna de las personas que pasaban. Y ninguna de ellas lo reconoció a él.

Y así le gustaba a Oso.

Mandy salió de la tienda con un paraguas multicolor lo suficientemente grande para los dos. Toda una hazaña, pensó Oso. Si bien ella todavía era pequeña, Oso era enorme. Extendió el paraguas y se lo entregó.

Oso se negó. —¿Cambio?

Ella depositó un par de monedas en la palma de su mano.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—También compré un refresco para cada uno. —Sacó una botella de su bolso y se la dio a Oso. —¿Me dirás a dónde vamos ahora?

Oso comenzó a avanzar por un camino que se alejaba de una estación de metro y se dirigía invariablemente hacia otra, que ignoraban.

—Oso —dijo, mientras manipulaba torpemente el paraguas antes de abrirlo. —Espera.

Disminuyó el ritmo hasta que el sonido de su respiración agitada lo alcanzó. Estaba preocupado por su silbido, que había empeorado en los últimos meses. Durante todo el tiempo que Mandy había estado a su lado, no la había llevado a un médico para un chequeo. Algo que no se le había ocurrido. Y, ahora que se le había ocurrido, no tenía idea de dónde llevarla. Había pasado tiempo en el Número 10, la residencia del primer ministro británico. ¿La habían examinado? Si era así, no habían abordado ninguna inquietud con Oso. Después de unos momentos, su respiración volvió a la normalidad y su preocupación se desvaneció, dando paso a otra serie de pensamientos.

No era que Oso no quisiera contarle a Mandy por qué estaban en París. Simplemente no sabía cómo. Meses atrás, una mujer había

llamado su atención, aunque solo habían pasado unos minutos juntos. A veces, no hacía falta más que eso. Para empeorar las cosas, estaba con Pierre, un hombre que, aunque tenían sus altibajos, era tan cercano a Jack y Oso como cualquiera. El francés había estado en cuidados intensivos, víctima de heridas de bala, la última vez que Oso lo había visto. Los médicos le habían dado a Pierre un cincuenta por ciento de posibilidades de vivir. Podría haber muerto, por lo que Oso sabía.

Así que dudó de nuevo cuando Mandy le preguntó por qué estaban en París. La niña no había tenido el año más fácil de su vida. Abandonada. Secuestrada. Huérfana. Eso era solo el principio. Podría haber estado mejor si Jack la hubiera dejado sola en la acera en la ciudad de Nueva York. Todos podrían haber estado mejor. Alguna agencia u organización habría recogido a la niña y habría encontrado un hogar de acogida para ella. Se estremeció al pensarlo. Sabía que la vida de locura que compartían era mejor que cualquier cosa que un orfanato o una familia de acogida pudieran proporcionarle.

Estabilidad.

Ese era el único objetivo de Oso. Él era la constante en su vida. Una constante inestable, pero constante, al fin y al cabo. Y allí estaba, dispuesto a sacudir las cosas para ella otra vez. Se pasó una mano por el pelo, escurriéndose el agua mientras lo hacía.

—¿Estamos haciendo algo ilegal? —preguntó.

—Tal vez, —dijo encogiéndose de hombros.

—¡Oso!

—Mandy.

Ella suspiró y se adelantó. —Como sea.

—Te contaré pronto. Ahora regresa aquí para que no te pierdas.

Ella la miró con los ojos entrecerrados. Había crecido mucho en el último año y pronto él no podría decirle qué hacer como lo había hecho antes.

—Pronto, Mandy. Te lo prometo.

Y le contaría más. Una vez que descubriera cómo abordar el tema. No era como si hubiera llamado a Kat para anunciar su visita. Habían pasado semanas desde la última vez que la había visto. No

había habido contacto entre los dos desde entonces. Ella podría haberse mudado, o haber seguido adelante. Tal vez, ni siquiera lo recordara o lo reconociera. Probablemente ni siquiera quisiera hacerlo, debido a lo que sucedió poco después. Quizá su pecado compartido, por benigno que hubiera sido, causó heridas en Pierre. Diablos, ¿y si la versión de los hechos que recordaba no coincidía con la realidad?

Las tiendas y restaurantes por los que pasaban adquirían un aspecto familiar. La cabeza de Oso se movía como si estuviera girando. Todas las personas que veía podían ser Kat, pero ninguna lo era. Su visión de túnel era tan estrecha que podrían haberlos seguido y él no lo habría sabido. La idea le hizo temblar la columna vertebral. Inmediatamente, llevó a Mandy al interior de un café y esperaron dentro durante cinco minutos, mientras él observaba el tráfico peatonal.

—Vamos a comer algo. —Sacó otros veinte euros del bolsillo y se los entregó a Mandy. —Un bocadillo y un café.

Mientras la chica se dirigía al mostrador y hacía el pedido en un francés mediocre, Oso seguía vigilando a cualquiera que se quedara cerca del café. ¿Se le quitaría alguna vez la costumbre de mirar por encima del hombro? A Oso le habían prometido que sus antecedentes penales se borrarían en los países amigos, al menos cualquier cosa que tuviera que ver con delitos. Cruzar fronteras ya no debería levantar sospechas. Pero esa promesa era tan buena como la boca que la decía. Casi nadie que Oso conociera era de fiar y, por lo tanto, tampoco podía confiarse en el supuesto mando.

Mandy cruzó la habitación con los ojos entrenados de un soldado de operaciones especiales. Incluso con apenas doce años, Oso había logrado enseñarle a la niña a identificar la mayor amenaza en la habitación, así como el objetivo más débil. La observó mientras ella detectaba ambos, así como los puntos de entrada y salida, y las posibles armas. Puso la comida y las bebidas en la mesa y se sentó. Oso asintió.

Mandy dijo: —El hombre de cabello gris, que viste un suéter blanco, es la mayor amenaza en la habitación.

—¿Por qué él y no el joven con barba?

—Porque tiene un bastón debajo de la mesa.

—Entonces ¿es él el más débil?

Ella sacudió la cabeza y rápidamente miró a una mujer con bebés gemelos. —Ella lo es.

—¿Por qué?

—Ella defenderá a sus bebés antes que a sí misma.

—¿Eso la hace más débil?

—Tiene que luchar por tres, lo que la dispersa demasiado.

—¿Armas?

Cogió un salero y echó un poco en un espacio vacío de su plato. —Son pesados, están hechos de vidrio y tienen las esquinas puntiagudas en la base. Puedo sostenerlos en la palma de mi mano, con la parte superior cerca de mis pulgares, y hacer un... —Levantó la vista, pensando, calculando. —¿... ponche de molino de viento?

—¿Y qué pasa con los cubiertos? ¿Tenedores, cuchillos y demás trastos?

—Eso es lo que esperaban. Con esos agitadores de vidrio, todo lo que ven es una niña de doce años agitando los brazos.

Oso sonrió, asintió y extendió la mano para coger la sal. —Buen trabajo, muchacha. Ahora pásame eso.

Terminaron de comer en menos de diez minutos. Oso pasó la mayor parte de ese tiempo bebiendo su café, y su sándwich lo devoró en sesenta segundos. Escudriñó la calle. Cada vez que miraba a Mandy, ella hacía lo mismo. Le había dado consejos sobre qué buscar, patrones que debía observar y lo que un equipo que actúa en cohesión podría intentar hacer mientras acecha. Esta información se volvía a aprender con regularidad. Con el tiempo, ella la memorizaría y se convertiría en algo natural.

Salieron del café y se unieron a la multitud que se apiñaba en la acera cubierta de niebla. Parecía más densa que hace quince minutos. Oso siguió avanzando y empezó a sentir que estaban cerca de su destino. Resistió el impulso de apresurarse, sabiendo que pronto podrían estar esperando. Si los estaban siguiendo, incluso con el propósito de reunir información, no quería demorarse demasiado y revelar su ubicación. Eso obstaculizaría su capacidad de regresar, anulando sus posibilidades de volver a ver a Kat.

Cuando llegaron al viejo muro de piedra, supo de inmediato que habían encontrado el lugar correcto.

—Este es.

—¿Qué cosa?

—El complejo de apartamentos.

—¿A quién conoces aquí?

—Una amiga.

—¿Fuimos de Inglaterra a Roma, a Barcelona y luego a París sólo para que pudieras ver a una amiga?

Oso no dijo nada mientras pasaban la puerta de hierro cerrada.

—¿Y por qué pasamos de largo? ¿No llamaste primero?

—Cállate, Mandy.

—Lo que sea.

Él extendió la mano, se paró frente a ella y ambos se detuvieron. Ella se apoyó contra la pared. Él la miró. Los ojos de ella se movían de un lado a otro, una y otra vez, estudiando los rostros que pasaban. Era como si Oso tuviera ojos en la nuca ahora.

—Escucha, —dijo. —Esa puerta necesita una llave en ambos lados. ¿Entiendes? No puedes dejar que se cierre una vez que hayas entrado.

—¿Cómo voy a pasar?

—Tenemos que esperar. En cuanto alguien entre o salga, hay que coger la puerta en el último momento y pasar. Pero hay que asegurarse de que está apoyada contra el marco. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Está bien, vete.

Oso observó a la chica trotar diez metros más allá y detenerse cerca de la puerta. No tuvieron que esperar más de quince minutos para que se abriera. Una mujer mayor miró hacia abajo y sonrió a Mandy mientras salía a la acera. Incluso sostuvo la puerta para la chica. Oso escuchó a Mandy darle las gracias a la mujer en francés. Las bisagras de hierro rechinaron cuando la puerta se cerró, pero en lugar de un traqueteo de la cerradura trancando, el metal golpeó suavemente.

Oso esperó un minuto y luego caminó hacia la puerta. Mandy estaba del otro lado.

—Papá, —dijo con su acento francés y abrió la puerta.

Oso la agarró y avanzó, colocando con cuidado la puerta contra la cerradura, pero sin dejar que el seguro se trancara.

Siguió la acera de piedra a través del complejo hasta llegar al edificio de Kat. La niebla había obligado a todos, incluso a los gatos, a entrar. Ni siquiera los niños más valientes habían salido ese día. El equipo del patio de recreo estaba vacío y el viento hacía que los columpios se movieran de un lado a otro. Oso se detuvo frente a la desgastada puerta. La pintura estaba desgastada. Con un empujón, se abrió silenciosamente sobre las bisagras bien engrasadas. El olor a humedad del vestíbulo hizo que Mandy estornudara y el sonido resonó arriba y abajo por la escalera.

Subieron las escaleras. Oso de tres en tres. Mandy corrió para seguir el ritmo y volvió a respirar con dificultad. Oso disminuyó la velocidad, pero no ayudó. Cada uno de los pisos tenía azulejos diferentes. En el nivel de Kat, era un diseño de cachemira azul y rosa. De todas las cosas, eso era lo que Oso había aprendido de memoria. Llegaron al piso y Oso los guió por el estrecho pasillo. Se detuvo en la esquina antes del apartamento de Kat.

—¿Por qué estamos esperando aquí? —preguntó Mandy.

—Un momento, ¿de acuerdo? —No quería decirle que tenía que reunir el valor para llamar a la puerta y enfrentarse a Kat. No eran solo sentimientos lo que sentía por ella. Era la culpa de que Pierre hubiera recibido las balas que estaban destinadas a él.

Ella se encogió de hombros. —Como sea. Sólo tengo curiosidad.

Oso respiró profundamente, miró a Mandy y salió al pasillo.

—Mierda.

Mandy le preguntó. —¿Qué?

La puerta estaba entreabierta un centímetro y medio. Una luz tenue se filtraba por la rendija y creaba un largo y estrecho dedo a lo largo del suelo del pasillo. Se acercó, se detuvo y escuchó. No oyó nada. Oso miró por encima del hombro y vio un extintor que parecía haber estado allí desde los años setenta. La etiqueta de instrucciones se había vuelto de un color amarillo pálido. Agarró el extintor de la pared y regresó a la puerta.

—Ve y espera al final del pasillo, Mandy.

Ella negó con la cabeza, juntó ambas manos frente a su pecho y se acercó un poco más.

—Vete.

Ella no se echó atrás.

—Maldita sea, muchacha. Está bien, quédate detrás de mí. No es broma, quédate justo detrás de mí. —Usó su pie para abrir la puerta aún más.

Y el apartamento estaba vacío.

CAPÍTULO 5

CIUDAD DE NUEVA YORK

El calor abrasador y la humedad a noventa y cinco por ciento hicieron que todos, excepto los más fuertes, se encerraran en casa cuando llegó el mediodía. Jack no fue la excepción. Regresó a su apartamento y se encerró el resto de la tarde. El sueño de las últimas cuatro semanas se había visto interrumpido por las imágenes recurrentes de dos mujeres que habían formado parte de su vida y que ahora se habían ido para siempre. Después de las dos primeras semanas, tuvo que compensar regularmente la falta de sueño durante el día. Hoy ocurría de nuevo, durmió durante la parte más calurosa de la tarde y se despertó alrededor de las seis. Un vistazo a su teléfono le dijo que la temperatura todavía rondaba los treinta y cinco grados. Al menos, su apartamento orientado al este, le proporcionaba algo de refugio de los rayos de la tarde. Todo lo que necesitaba era una brisa sólida para mantener el aire sofocante en movimiento.

Miró por la ventana del dormitorio. Unas sombras alargadas impedían ver las calles abarrotadas de gente. Pasarían tres horas antes de que la luz del sol diera paso a la iluminación artificial. Entonces las calles cobrarían vida de nuevo.

Se dirigió a la cocina y puso a calentar una cafetera. Ni siquiera el calor pudo impedirle consumir la bebida. El proceso era tedioso, pero necesario. Había considerado comprar una de esas nuevas máquinas de café modernas, pero eso iba en contra de su filosofía general de quedarse con lo que funciona.

Mientras esperaba a que se preparara el café, revisó su teléfono para ver si tenía alguna llamada perdida.

Había una. La devolvió.

Erin respondió al tercer timbre de dos tonos y murmuró algo en el teléfono.

—Perdona que llame tan tarde, —dijo. —Puedo volver a intentarlo cuando amanezca en Londres.

—Todavía estoy despierta. Estaba a punto de irme a la cama, pero puedo disponer de unos minutos más.

—¿Está bien Mia?

—Está bien, pero te extraña. Ha estado preguntando por ti todos los días.

—Dile que la extraño.

—¿Lo haces? Quiero decir, ¿de verdad lo haces? No quiero engañarla con tu cariño solo para que ella tenga que destruir esa imagen cuando desaparezcas de la faz de la tierra.

Jack respiró profundamente para responder con cortesía. Años atrás, antes de saber que Erin estaba embarazada, Jack rompió su relación y desapareció. Temía por su seguridad, como temía por todos sus allegados. No fue hasta hace poco que la vio y descubrió que tenían una hija.

—Erin, lo que pasó hace siete años es cosa del pasado. Yo he cambiado. Mis prioridades han cambiado. Solo estoy aquí porque quiero asegurarme de que todo haya quedado atrás. Hasta ahora, nadie ha venido a buscarme. Me preocupo por ella. Y por ti. Quiero arreglar las cosas. Aunque tú y yo no podamos estar juntos, los tres podemos ser una familia de alguna manera.

La cafetera rugió como una borrasca que se acercaba cuando salió el último chorro de café. Jack sirvió una taza y el aroma que le inundó la nariz le hizo la boca agua. Recordó una cita que tuvo con Erin poco después de que Dottie los presentara en un café de París.

—De todos modos —dijo, —¿me llamaste para fastidiarme o había algo más?

—Nos vamos de vacaciones a Tenerife mañana.

—¿Cuánto tiempo estarás sin contactarte?

—Bueno, supongo que un par de semanas, pero no quiero que perdamos el contacto. Me gustaría que vinieras con nosotros. Al menos por un tiempo. No habrá nada de la locura que es Londres. Ahora bien, sé que quizás no te apetezca viajar con tu propio pasaporte después de lo que pasó en Florida.

—Tengo otros. Algunos limpios que nadie conoce. Además, puedo pedirle a Sasha que compruebe por mí si mi perfil está marcado de alguna forma.

Erin empezó a hablar y se detuvo a mitad de palabra. Tenía algo que decir sobre Sasha. Siempre lo hacía. Aunque no había nada romántico entre Jack y Sasha, Erin había expresado sus preocupaciones en más de una ocasión, a pesar de las afirmaciones de Jack de que solo se trataba de una relación de trabajo.

—Bien —dijo ella. —Bueno, ¿crees que podrás hacer el viaje?

Jack tomó un sorbo de su taza, la dejó sobre la encimera, se dio la vuelta y caminó hacia el otro lado de la habitación. Abrió la puerta y salió al balcón de dos metros de ancho. El viento empujaba el aire húmedo, pero no hizo la diferencia que esperaba. El sudor se formó en su frente en el instante en que puso un pie fuera. Si iba a soportar ese tipo de clima, bien podría hacerlo en una playa en algún lugar apartado de las sombras acechantes.

—Sí, —dijo, —creo que lo haré. Necesito arreglar algunas cosas aquí primero, así tal vez pueda tomar un vuelo el domingo o el lunes. ¿Cuánto tiempo planeas estar allí?

—Somos dueños del condominio, así que supongo que lo tendremos durante el tiempo que queramos.

—¿Quién más lo sabe?

—¿Aparte de Mia y de mí? Solo Hannah, y ella vendrá conmigo.

Jack había conocido a Hannah por casualidad después de aterrizar en Heathrow. Resultó que era la niñera de la hija de la que aún no había oído hablar.

—Está bien —dijo Jack. —Ya sabes cómo comunicarte conmigo si algo cambia.

Después de terminar la llamada, Jack volvió a entrar en el frío apartamento y terminó su café. La necesidad de salir era fuerte, pero se quedó y optó por prepararse su propia cena. Mientras el chuletón chisporroteaba en la sartén en medio de un mar de mantequilla y aceite de oliva, pensó en la reunión que tuvo lugar ese mismo día. El entorno lo había pillado desprevenido. ¿Cuánto se había perdido en la habitación a oscuras? Podría haber habido alguien en la otra esquina, esperando una señal o una palabra clave que, de activarse, podría haber significado el fin para Jack. La reunión podría haber sido una trampa para algún otro propósito. O tal vez fuera legítima. De cualquier manera, algo que hizo o dijo obligó al hombre mayor a cancelarla.

Y había alguien que podría saberlo.

Jack cocinó el filete a punto medio, le añadió una capa de sal y pimienta y se sentó a comer. Cuando terminó y se quedó sin cerveza, sacó el teléfono y navegó por cuatro pantallas hasta llegar a su lista de contactos. Con un toque en la pantalla, el teléfono marcó un número que Jack había introducido manualmente cientos de veces en la última década. La tecnología lo hizo más fácil, pero el proceso seguía requiriendo la misma cantidad de tiempo. En ese momento se consideraba un converso reticente.

—¿De verdad eres tú, Jack?

—Brandon, amigo mío, ¿cómo has estado?

—Bien, supongo. Me he encerrado por un tiempo, pero en general estoy aguantando. Últimamente estoy haciendo más cosas relacionadas con las criptomonedas. Incluso conseguí un negocio legítimo en *Internet*. Ah, y comencé esta nueva terapia que se supone que detiene la progresión de esta maldita enfermedad. Encontré un foro con otras personas que la han probado y algunas notaron que la había revertido un poco. Tal vez algún día pueda volver a usar mis piernas, hombre.

—Eso suena genial.

—Por supuesto que sí —Brandon hizo una pausa y luego agregó: —Entonces, ¿qué te hizo salir de los campos petrolíferos?

—¿No lo sabes?

—¿Qué cosa?

—Alguien se puso en contacto conmigo por cuestiones de seguridad. Se supone que era un millonario extravagante, pero no había nada que lo hiciera parecer extravagante. Resultó ser un mercenario. Ex SEAL. Pensé que el contacto podría haber llegado a través de ti de alguna manera. Teniendo en cuenta que el tipo tiene experiencia en operaciones especiales, pensé que podría haber pasado algún tiempo en la comunidad de inteligencia.

—No, hace tiempo que nadie me pregunta por ti. Y aunque alguien lo hubiera hecho, le habría dado mi respuesta habitual "No sé nada de Jack Noble". De todos modos, ¿tienes una dirección o se conocieron en un restaurante o en una biblioteca o algo así?

—¿Biblioteca?

—¿Por qué no?

—Nunca se me ocurrió concertar una cita en la biblioteca. Nos conocimos en su apartamento. —Jack encontró la dirección y se la leyó a Brandon. —A ver qué puedes encontrar.

—Espera un momento, mi buen señor.

Mientras Brandon buscaba en una gran cantidad de bases de datos, Jack pensó en quién más podría haber estado involucrado en proporcionarle al hombre que conoció su información de contacto. Había muchas personas con las que había trabajado a lo largo de los años, pero pocos sabían su paradero en ese momento.

—¿Este tipo dijo que ese era su lugar?

—Se infirió.

—Él mintió.

—¿Qué?

—Un tipo de Carolina del Sur es el dueño de esa unidad, hombre. La alquila a través de una especie de sitio web de alojamiento en el que se puede pasar la noche. A la gente a la que no le gustan los hoteles puede alquilar el apartamento de otra persona durante un día o dos, o incluso más tiempo, supongo. Ese lugar está reservado para seis meses completos.

—Entonces, o bien se trataba del tipo de Carolina del Sur, o bien de alguien que alquiló la habitación. Estás diciendo que está

completamente reservada y probablemente así ha sido hasta ahora. En ese caso, tendrían que haber sabido que iba a venir desde hacía algún tiempo. Lo cual es imposible, dada mi situación durante los últimos seis meses. —Hizo una pausa para considerar las posibilidades. —¿Puedes enviarme los datos del propietario? Tal vez tenga que ponerme en contacto con él para averiguar a quién le alquiló la habitación.

—Claro que sí. Incluso haré una búsqueda para ver si el nombre aparece en alguna base de datos. —Brandon tecleó. —Tiene un historial de servicio, pero según esto, ha estado fuera durante mucho tiempo.

Jack le dio a Brandon una dirección de correo electrónico para enviar la información. Como si fuera una llamada a su número de teléfono, el correo electrónico pasó por varias direcciones y servidores antes de llegar al destino final. Después de terminar la llamada, abrió el mensaje y leyó el contenido. El condominio pertenecía a un tal John C. Merrick. Little River, Carolina del Sur. Sin dirección. Sin número de teléfono. Tal vez Brandon todavía estaba trabajando en esa parte.

Consultó un mapa y determinó que Little River estaba a unos dieciséis kilómetros al norte de Myrtle Beach, en la frontera con Carolina del Norte. En el peor de los casos, podría volar a Charleston, conseguir un coche y estar en la ciudad en cuarenta y cinco minutos. Desde allí, una pequeña investigación revelaría la dirección del hombre.

Intentó llamar al número de contacto que le habían dado cuando se había concertado la reunión original entre él y quien creía que era un millonario. La línea sonó una vez y luego se cortó la comunicación. El segundo intento arrojó los mismos resultados.

Alguien ya estaba cubriendo huellas.

Un viaje a Carolina del Sur sería lo indicado. Decidió quedarse el viernes y luego tomar un vuelo el sábado por la mañana.

CAPÍTULO 6

NORTE DEL ESTADO DE, NUEVA YORK

Los últimos rastros de luz del sol se filtraban entre las hojas, dejando poca luz cuando llegaron al BMW. La bolsa que cubría la cabeza de Paolo le impedía ver la puesta de sol, pero sabía que estaba allí. Había contado los segundos desde que lo tumbaron en el asiento trasero con la amenaza de "siéntate o te disparamos en el coche y te dejamos en una zanja".

Tal vez los otros dos capitanes, Endrizzi y Milano, tenían planes de dejarlo ir. ¿Por qué, si no, mantenerlo con vida tanto tiempo? Su suave charla se filtraba desde el asiento delantero. No dijeron nada importante desde que salieron de la oficina de Charles hacía ocho horas. No habían estado conduciendo todo el tiempo. Primero, los hombres lo llevaron a la casa de Milano. Ataron a Paolo con una cuerda y cinta adhesiva y lo dejaron en el sofocante garaje. Las temperaturas, que debían alcanzar los 45 ºC, lo dejaban empapado en sudor. El dolor de su nariz rota y su frente partida le habían hecho desmayarse y perder la noción del tiempo. Solo había logrado echar un vistazo al Omega de Endrizzi momentos antes de que le pusieran la capucha sobre la cabeza y luego lo llevaran dentro de la casa. El aire acondicionado cubrió su cuerpo empapado. Pero no duró mucho. Un minuto después, uno de ellos lo arrastró de regreso

al garaje. Solo que, esta vez, caminó a través de una espesa nube de escape hacia el ronroneante motor del BMW.

Se hizo la amenaza de ejecución y Paolo se sentó en el asiento trasero, donde luchó contra el dolor, los mareos y las náuseas, en un esfuerzo por no perder de vista cada segundo que pasaba.

Sólo quedaba tiempo, pero la pregunta era cuánto tiempo.

—Esto tiene buena pinta, —dijo Milano. O tal vez había sido Endrizzi. Todo sonaba como si Paolo se hubiera sumergido bajo el agua y el líquido nunca se le hubiera ido de los oídos después de salir a la superficie.

El vehículo desaceleró y giró hacia la derecha. El movimiento provocó un remolino de bilis en la garganta de Paolo. No dispuesto a que su vómito sangriento salpicara el capó y le golpeara la cara, tragó saliva con fuerza para contrarrestar la marea creciente.

Las ventanillas bajaron y el viento se apoderó del silencio. El aire cálido y húmedo, lleno de cantos de grillos y cigarras, se sintió cálido contra la piel helada de Paolo. Por un momento, al menos. La sensación se desvaneció ante el creciente temor de que estuvieran cerca del lugar de entrega. O eso esperaba, que fuera un lugar de entrega y no un lugar de ejecución.

El asfalto sólido dio paso a un camino accidentado y pedregoso, lo que confirmó aún más los temores de Paolo. Las rocas trituradas se partieron bajo el peso del vehículo y sonaron como olas rompientes. El BMW redujo la velocidad hasta detenerse. Los hombres en los asientos delanteros permanecieron en su lugar. Una rueda de un encendedor giró y el humo de un cigarrillo recién encendido se filtró a través del capó de Paolo.

—Ya puedes sentarte, —dijo Milano.

Paolo, con las manos atadas a la espalda, se guio con el impulso de sus hombros y piernas. Cuando uno de los hombres le arrancó la capucha, la cabeza le dio vueltas.

—Tranquilo, Paolo —dijo Endrizzi, y le extendió el cigarrillo. —¿Fumas?

Paolo asintió. Endrizzi le dio la vuelta al cigarrillo para que la colilla quedara frente a Paolo. La palma de la mano del hombre se puso naranja. Luego colocó la colilla entre los labios resecos de

Paolo. Paolo inhaló como si estuviera aspirando su último aliento. La cereza ardió con fuerza, iluminando el rostro de Endrizzi. El hombre miró hacia otro lado cuando Paolo lo miró a los ojos.

—¿Qué tal si tomamos algo? —preguntó Paolo.

Milano se acercó a la consola central y sacó una petaca plateada. Parecía que en un lado había un escudo de armas y en el otro algo escrito en italiano.

—Mi abuelo mandó a hacer estos, —dijo Milano. —En sus últimos años, investigó mucho sobre la familia. Este escudo de armas en concreto pertenecía a un rey italiano del que soy descendiente directo. ¿Puedes creerte esa mierda? Soy como de la realeza o algo así.

Paolo dijo: —Sólo dame un maldito trago.

Milano le entregó el frasco a Endrizzi, quien lo presionó contra la boca de Paolo y lo giró hacia arriba. Después de que Paolo bebió un trago, Milano retiró el frasco y lo agitó de arriba a abajo y de un lado a otro, vaciando el contenido sobre las heridas abiertas de Paolo.

Paolo gritó y pateó desde el asiento trasero. Los dos hombres que iban adelante salieron para evitar que una bota errante les diera en el costado de la cabeza. Uno de ellos, probablemente Milano, que estaba en el asiento del conductor, pateó la puerta trasera del lado del conductor. Tenían un BMW de cien mil dólares y lo trataban como una mierda. Así es como estos tipos trataban sus vehículos. No les importaba. La organización pagaba los autos del capitán.

La puerta se abrió de golpe y una mano cayó sobre la cabeza de Paolo. Milano, supuso, lo sacó del asiento de cuero agarrándolo por el pelo. Con los brazos atados e incapaz de frenar el impulso, intentó meter un pie entre los asientos delanteros. No lo consiguió. Suspendido temporalmente en el aire, sus caderas se deslizaron del asiento y se estrelló contra el suelo. El impacto le provocó una punzada de dolor que le recorrió la columna vertebral, la pelvis y las piernas.

—Levántate, perra —gritó Milano.

Paolo rodó de costado y apoyó la frente en la grava. Las rocas dentadas se clavaron en la carne expuesta de las heridas de su frente y en el puente de su nariz. Apretó los dientes para contener el

dolor y echó las rodillas hacia adelante. Antes de que pudiera levantar la cabeza del suelo, un pie cubierto de cuero chocó con su abdomen y el aire salió de sus pulmones. El impacto lo hizo rodar hacia un lado. Pasó un momento. Sus pulmones, privados de oxígeno, gritaron. Cuatro manos lo rodearon por los brazos, agarraron su camisa y lo pusieron de pie. Todavía sin aliento, se tambaleó hacia atrás y se estrelló contra el guardabarros trasero del BMW.

—No manches mi auto con tu maldita sangre. —Milano agarró la parte de atrás de la camisa de Paolo y tiró hacia abajo.

Paolo tropezó, pero luego recuperó el equilibrio. Endrizzi lanzó otro ataque. Paolo se arqueó hacia atrás, evitando el puño derecho del hombre. Endrizzi, que estaba en peor forma entre todos, se tambaleó hacia adelante, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Milano sacó su pistola y dio un paso atrás hacia el lugar donde Endrizzi se puso de pie a toda prisa. Hizo un gesto con el arma de fuego hacia un sendero que se estrechaba y conducía al este. Aún quedaba suficiente luz para seguir el camino hasta un punto en el que se curvaba hacia el norte. Más allá de eso, nadie podía adivinar qué pasaría. Tal vez tuvieran un granero allí atrás. O palas esperando. Tal vez hubieran cavado un hoyo con antelación para este tipo de situaciones.

—Empieza a moverte.

Paolo se negó a ceder.

Ambos hombres se acercaron y se detuvieron a pocos metros. Endrizzi había sacado su .22. Letal, si se acercaba lo suficiente. Después de fallar el puñetazo, ni siquiera lo intentaría.

—Vamos, —dijo nuevamente Milano.

—Hazlo aquí, —dijo Paolo.

Milano miró a su alrededor. —¿Así es como lo quieres?

Paolo no dijo nada.

—Entonces arrodíllate.

Paolo no lo sabía. Sabía que estaban demasiado cerca de la carretera para que ninguno de los dos pensara en disparar. Si se arrodillaba, se pondría en una posición de debilidad. Lo golpearían. Y sin sus manos, no podía hacer nada para impedirlo. De pie, podía

esquivar, golpear con una patada y tal vez usar el impulso de uno de los muchachos contra ellos.

—Bésame el culo —Paolo lanzó un chorro de saliva sanguinolenta hacia los hombres.

Un trueno, un relámpago y un dolor abrasador lo golpearon a la vez. Sus oídos resonaron con un coro de ángeles que tocaban un Do agudo. Un chorro de agua caliente y fresca le corrió el brazo izquierdo. Hizo una mueca y apartó la mirada de la herida abrasadora que tenía en el hombro.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó Milano a Endrizzi. —Maldita sea. —Preso del pánico, levantó su arma y apuntó a Paolo.

Paolo se negaba a caer así, con las manos atadas, en el bosque. De ninguna manera permitiría que lo arrastraran más adentro del bosque y lo enterraran en una tumba lo suficientemente poco profunda para que los carroñeros se deleitaran con sus restos. Eso no sucedería. No hoy. No sin luchar.

Arrastró los pies, se agachó unos centímetros y se colocó en posición de carrera, preparado para lanzarse hacia adelante y golpear con el hombro o la cabeza a Milano en cualquier parte. No importaba dónde. Siempre y cuando, al menos lo desequilibrara. Cualquier daño que lograra causarle sería una ventaja. Tal vez Milano pudiera disparar. Tal vez Endrizzi pudiera disparar otra bala del calibre .22. En el mejor de los casos, ambos hombres caerían, lo que le permitiría a Paolo tomar la delantera.

La tarde se calmó. Los grillos dejaron de cantar. Los agudos cantos de las cigarras se apagaron. O tal vez el zumbido en el oído de Paolo era tan fuerte que ya no los oía.

No, el sonido distante de los neumáticos rozando el asfalto demostraba que todavía podía oír.

Paolo se lanzó hacia adelante, cortando a la izquierda y luego a la derecha, como un corredor esquivando obstáculos de ciento cincuenta kilos. Milano abrió mucho los ojos mientras se apresuraba a alinear el tiro. Endrizzi dio un paso atrás y levantó el brazo.

Se disparó un solo tiro.

CAPÍTULO 7

WASHINGTON, D.C

—Bueno, mira quien ha vuelto y esta lista pasa trabajar.

Clarissa bloqueó la pantalla de su computadora y giró hacia la derecha en su silla. El edificio nunca estaba vacío, pero le sorprendió ver a Beck de pie en la puerta. Sonrió y asintió con la cabeza.

—La mayoría de la gente, —dijo Beck, —se habría ido a casa después de su último día de entrenamiento.

—Ya deberías saber que no soy como la mayoría de la gente.

—¿Qué te pareció?

—Diferente al último por el que pasé.

—Bueno, diferentes agencias y trabajos y cosas así.

—¿Qué haces aquí tan tarde? —preguntó.

Beck extendió el brazo hacia una silla vacía frente a Clarissa. —¿Puedo?

Ella asintió.

Se sentó, se tomó un momento para ponerse cómodo y luego dijo: —Tenía la esperanza de que aparecieras.

—¿Quieres invitarme a una cena de celebración?

Por mucho que Clarissa lo negara, había pensado en Beck con frecuencia mientras estaba fuera. Aunque la oferta que le había

hecho había sido de naturaleza profesional, había un motivo adicional detrás de ella. Beck no lo había admitido. Probablemente no lo haría a menos que ella lo dijera primero. Algo a lo que no se oponía.

—Me temo que no podremos hacerlo esta noche. Tenemos que empezar a trabajar en nuestro primer caso juntos.

—¿Ya? —Sabía que pronto tendrían una tarea, pero pensó que, al regresar, ayudaría a Beck a cerrar su carga de trabajo antes de comenzar algo nuevo.

Él asintió y colocó una memoria USB sobre su escritorio. —La información que necesitas está en esa memoria.

Ella extendió la mano para tomar el dispositivo. La mirada de él no se apartó de la suya. Pasó la memoria USB de su mano derecha a la izquierda y la alineó con una ranura de su portátil.

—Detente.

Retiró la mano y miró a Beck. —¿Qué?, —dijo sin hacer ningún intento por ocultar su enojo.

—¿No te enseñaron nada en ese entrenamiento?

—¿A qué…?

—Me gusta el hecho de que estos pequeños dispositivos son una de las principales formas de rastrear a las personas en la actualidad. Los tontos los llevan a todas partes, transmiten su ubicación, la información que colocan en ellos e incluso graban audios en algunos casos.

Ella lo miró fijamente sin comprender. —Entonces, ¿me estás diciendo que pinchaste la memoria USB que me acabas de dar?

Beck se cruzó de brazos y suspiró. —Abre el cajón del medio.

Clarissa lo hizo.

—Allí hay un dispositivo de apariencia modesta. Será tu salvavidas en materia de informática forense. Enciéndelo, colócalo sobre la unidad y busca el color rojo o verde.

No necesitó más instrucciones. El dispositivo parpadeó en rojo, luego en verde y luego en verde permanente.

—Fácil, ¿verdad?

Ella asintió mientras insertaba la unidad en su computadora portátil.

—Guarda ese en tu escritorio. Úsalo todos los días aquí. —Metió la mano en su bolsillo, sacó otro y lo dejó sobre el escritorio. —Lleva este contigo. Revisa tu auto, tu departamento, el asiento en el que te sientas cuando sales a comer. Todo. En todas partes.

—Está bien. Lo entiendo. —Puso los ojos en blanco y luego miró la pantalla mientras navegaba con el mouse hacia la nueva unidad en su computadora. —¿De qué se trata este caso?

—Un conocido jefe del crimen al que los lugareños y el FBI no pueden acusar ni una sola vez. En realidad, es un líder nuevo. Ha sido el número dos durante varios años. Su jefe terminó en el lado equivocado de la bala de un francotirador el año pasado. Desde entonces ha asumido el control y ha logrado sobrevivir a varios intentos dentro de su propia organización.

—Entonces, ¿por qué lo vamos a acusar? ¿Por evasión fiscal?

—Sorprendentemente, es fuerte allí. Pero hay una operación de falsificación con la que podemos relacionarlo. La esperanza es que podamos atraparlo por eso, y luego dejar que el FBI y la policía persigan a sus subordinados por algunos cargos de asesinato y los hagan cambiar de opinión.

—¿Esto cuenta como una misión especial?, —preguntó. —¿No era esa la razón por la que te quedaste en este nuevo puesto?

Beck frunció el ceño mientras miraba al techo. —Esto no califica. Quieren que te ponga al día primero. Eso implicará que nos hagamos cargo de algunos de estos casos primero. Luego nos ocuparemos de las operaciones reales.

—¿Que sería acabar con un empresario de dudosa reputación?, —sonrió.

Sacudió la cabeza. —Es broma. Desearás que así sea cuando estemos en la misión.

—Ya veremos, Beck. Ya veremos.

Se inclinó hacia delante, se levantó y dio un paso atrás hacia la puerta. —De todos modos, me voy a casa. Echa un vistazo a ese archivo y toma nota de cualquier pregunta que tengas. Nos pondremos a trabajar por la mañana.

Clarissa esperó unos minutos y luego salió de su oficina. Cerró la puerta con llave antes de dirigirse a la sala de descanso para tomar

una taza de café. La máquina preparaba una taza a la vez, por lo que siempre estaba recién hecho. Añadió crema y luego regresó a su oficina.

Sentada en su escritorio, abrió la unidad y examinó las primeras carpetas. No había mucho que destacar allí. Muchos nombres, empresas y ubicaciones y las conexiones entre ellas. Señaló algunos restaurantes que recordaba de Manhattan. Su broma anterior ahora parecía medio premonitoria. Cuando llegó a una carpeta con fotografías, Clarissa se sorprendió de cuántos de los hombres reconoció de sus visitas a varios bares y clubes de la ciudad.

Cerró la carpeta y abrió otra. El primer rostro que vio le provocó un escalofrío. Se quedó paralizada un instante, mirando la cicatriz, los ojos oscuros y sin alma, la sonrisa amenazante.

Charles DeCosta.

El hombre que había intentado matarla un año antes. Si no hubiera sido por Sinclair, Charles le habría roto el cuello o le habría partido el cráneo por la mitad. Al principio, la odiaba principalmente por su conexión con Jack. Pero con el tiempo, ella lo convenció por sí sola. Estaba segura de que Charles la mataría por sus propios méritos ahora.

¿Qué decirle a Beck? Clarissa estaba preocupada porque tenía demasiada carga emocional como para manejar este caso adecuadamente.

Tal vez Beck lo supiera. Tal vez sus jefes también lo supieran. Diablos, esa era la razón por la que la hizo esperar. La razón por la que se fue antes de que ella abriera la carpeta. Ella no había terminado con el entrenamiento. Acabar con Charles sería la prueba final.

Y ella no podía fallar.

Amplió la imagen de Charles hasta que su feo rostro llenó el monitor.

—Hijo de puta, —murmuró mientras la ira le inundaba las venas. La había golpeado. Le había disparado. Pero no había logrado acabar con su vida.

Y por eso pagaría.

CAPÍTULO 8

NORTE DEL ESTADO DE, NUEVA YORK

Una de las ventanillas del BMW se hizo añicos y miles de trozos de cristal chocaron entre sí, como una cascada de trozos de hielo.

Paolo se levantó y su cabeza ensangrentada chocó con la de Milano. Ambos cayeron al suelo.

Endrizzi disparó al azar, no alcanzó a Paolo, pero alcanzó a Milano al menos una vez. La bala se clavó en la carne del tipo como un ablandador de carne que golpea un solomillo.

Paolo echó la cabeza hacia atrás y la empujó hacia adelante varias veces, con cada golpe destrozando la frente, la nariz, la boca y los ojos de Milano. Después del sexto cabezazo, el hombre dejó de responder.

La pistola de Endrizzi emitió un sonido metálico cuando intentó dispararla. Se la arrojó a Paolo. —Te voy a arrancar las pelotas.

Paolo rodó hacia la derecha varias veces. En un momento sintió la pistola de Milano bajo su abdomen. Paolo mantuvo su posición hasta el último segundo posible. Luego, se desvió hacia la izquierda, mientras levantaba su rodilla derecha, con la que impactó en la blanda sección media de Endrizzi y el tipo tropezó y cayó al suelo,

doblado sobre sus rodillas. Paolo miró a su alrededor, luego corrió hacia Endrizzi y usó la única arma que tenía disponible: sus pies. Pateó y pisoteó la cabeza, el cuello y el pecho de Endrizzi.

Milano se dio la vuelta y se puso de rodillas. Su mano derecha barrió el suelo, presumiblemente en un intento de localizar su arma de fuego perdida. Tal vez dándose por vencido, metió la mano en el bolsillo de sus pantalones. Un momento después, la hoja de un cuchillo brilló con la poca luz que penetraba la espesa cubierta de árboles. Antes de que Paolo pudiera cubrir la distancia, Milano se puso de pie, inseguro, pero erguido de todos modos.

La pistola quedó en el suelo entre ellos.

Milano avanzó hacia él, lentamente, con cautela, cada paso deliberado, con el cuchillo extendido.

Detrás de Paolo, Endrizzi se atragantó con su propia sangre. Tal vez también con un par de dientes.

Si Milano llegaba a la pistola, se acabaría todo. Paolo prefería recibir una puñalada que un disparo a tres metros de distancia. Corrió hacia delante y, como un delantero que patea el gol de la victoria, inclinó el cuerpo hacia un lado y pateó con el pie derecho. Conectó con la pistola y la envió deslizándose hacia la hierba alta.

Milano se lanzó hacia adelante, cortando de derecha a izquierda con el cuchillo. La hoja alcanzó la pantorrilla izquierda de Paolo, quien se tambaleó hacia su derecha, fuera del alcance de un segundo golpe. La oportunidad perdida dejó a Milano desequilibrado y lo envió al suelo, como un corredor de base que se desliza mientras intenta evitar una colisión con el receptor. Paolo golpeó con el pie derecho al costado de Milano. El dolor de usar su pierna izquierda para sostenerse era demasiado, y su pierna se dobló. Mientras caía, Paolo cambió su peso y dejó caer su rodilla en medio de la espalda del otro hombre. Milano gruñó cuando el aire salió de sus pulmones, y una o dos costillas se rompieron.

El cuchillo desprendido cayó y rebotó a centímetros del brazo extendido de Milano.

Paolo se levantó y volvió a dejar caer la rodilla sobre la espalda de Milano. Luego, una tercera y una cuarta vez. El hombre dejó de intentar alcanzar el cuchillo. Paolo se apartó de Milano y cayó de

costado, con el cuchillo detrás de él. Se deslizó hasta que estuvo a su alcance. Con sus manos, entumecidas por haber estado atadas durante varias horas, agarró el arma y la aseguró. Luego, se sentó, se llevó la mano a la pantorrilla y palpó la herida. No era tan grave como pensaba. Era superficial. No había daños reales.

Milano logró poner sus manos debajo de sus hombros y se impulsó desde el suelo.

Paolo le dio un golpe con el talón de la bota en la cara, desprendiéndole aún más la nariz rota. Con Milano boca abajo de nuevo, en la tierra y la grava, Paolo se concentró en cortar la cuerda que lo ataba.

Idiotas.

Habría usado esposas de goma gruesas para asegurar a uno de ellos. No había forma de escapar de ellas. Pero la cuerda era algo sencillo. Usando unas manos que no sentían nada, la hoja cortó la cuerda como una cuchara corta una barra de mantequilla congelada. Le costó un poco de trabajo, pero cada movimiento significaba un progreso. Finalmente, liberó sus manos. Cortó la cuerda restante, luego se masajeó las muñecas doloridas para restablecer el flujo sanguíneo a sus dedos.

Endrizzi había logrado moverse unos cuantos metros, se desplomó y rodó de espaldas nuevamente. Los bordes exteriores del cono de luz creado por los faros del BMW envolvieron su cabeza. La sangre fluía de la boca del tipo, por su barbilla y sus mejillas. Parecía un payaso asesino trastornado.

Paolo pasó por encima del cuerpo inmóvil y sin vida de Milano, y le clavó la punta de la bota en la cabeza. El tipo no respondió. Paolo continuó hacia Endrizzi y se detuvo a un par de metros de distancia. El hombre estaba en mal estado. Probablemente moriría si Paolo lo dejaba allí. Sin embargo, no tenía sentido dejar que la naturaleza siguiera su curso. Se inclinó, agarró un puñado de pelo de Endrizzi y tiró hacia atrás, exponiendo la carne de su cuello.

Entonces empezó a apuñalar. Cinco, diez, quince veces. Finalmente, hundió la hoja en el costado y tiró hacia el otro lado, cortando la carótida.

Paolo no se quedó parado viendo como el hombre se desangraba.

Milano yacía con la barbilla apoyada en el suelo. Había presenciado la masacre. Cuando Paolo lo vio, el tipo intentó darse la vuelta y arrastrarse.

Paolo pensó en localizar la pistola perdida en la hierba, o tal vez encontrar la .22 de Endrizzi. No quería acercarse demasiado a Milano. Sin embargo, la pistola se había quedado sin munición y encontrarla podía llevar minutos.

Mientras avanzaba con cautela, tropezó con una gran roca. Tenía unos treinta centímetros de ancho y el doble de largo. Se metió el cuchillo en el bolsillo y recogió la pequeña piedra.

—Dios mío —dijo Milano, ahora de espaldas, mirando a Paolo, que sostenía la piedra sobre su cabeza. —No, hombre, vamos.

—Deberían haberme dejado salir y marcharse, —dijo Paolo. —O haberme matado en lugar de perder el tiempo.

—Vamos, Paolo. Estoy casado con tu hermana, por el amor de Dios.

—Y estabas dispuesto a matarme.

—Fue una orden. ¿Qué querías que hiciera?

Paolo respondió estampando la piedra en la frente de Milano. Por si no fuera suficiente, la levantó en el aire y la arrojó hacia abajo, casi partiendo la cabeza de Milano en dos.

Dejó la roca y a los hombres donde estaban y caminó hacia el BMW que estaba en marcha. La luz inundó el suelo cuando abrió la puerta. Notó que sus pantalones y botas estaban cubiertos de sangre.

—Mierda, —murmuró, metiendo la mano y abriendo el maletero. Fue a la parte trasera del vehículo y examinó el contenido del maletero. Aunque no había mucho, lo que vio le dio una idea.

Buscó en los bolsillos de Endrizzi y sacó una billetera con trescientos dólares en efectivo, un paquete de cigarrillos y el encendedor que había usado antes. Se guardó los artículos en el bolsillo y luego arrastró al hombre cerca de Milano. Después de soltar a Endrizzi, buscó en los bolsillos de Milano. Todo lo que

encontró fue una billetera con seiscientos dólares y un documento de identidad.

Paolo se quedó con el dinero, los cigarrillos y el encendedor. Tiró los dos primeros al coche y se quedó con el segundo en la mano. Volvió al maletero y sacó la lata de gasolina roja y llena, que luego llevó hasta los cadáveres. Después de vaciar el contenido sobre ellos y el suelo circundante, dejó caer la lata y se desnudó hasta quedar en calzoncillos, arrojando el resto de su ropa sobre los capitanes muertos.

Volvió al maletero, sacó un par de pantalones cortos de gimnasia y una camiseta y se los puso.

Sentado en el interior del BMW, con los pies descalzos tocando el suelo, inhaló profundamente un cigarrillo encendido. Cuando el humo se había consumido hasta la mitad, Paolo arrojó los restos humeantes sobre la pila de ropa y cuerpos. Mientras se alejaba, vio por el espejo retrovisor cómo las llamas se elevaban hacia el cielo nocturno y consumían a sus amigos.

CAPÍTULO 9

LONDRES, INGLATERRA

Sasha Kirby se aplanó la solapa de la chaqueta al entrar en el edificio conocido, cariñosamente entre la comunidad de inteligencia, como *Legoland*. A pesar del apodo jocoso, las transacciones que se desarrollaban en el interior de Vauxhall Cross no eran nada agradables. El edificio funcionaba como sede del Servicio de Inteligencia Especial británico, más conocido como MI6. La agencia era responsable de vigilar el mundo.

Y gran parte de esa responsabilidad recayó sobre los hombros de Sasha, ya sea directamente o de otra manera.

Pasó por el control de seguridad con un gesto de cabeza y una sonrisa, y continuó hasta el ascensor. No había botones que sobresalieran de una placa montada en la pared. Pasó una tarjeta por el lector y esperó a que las puertas se abrieran. Cuando lo hicieron, entró sola en el ascensor. Apretó el botón del cuarto piso y esperó a que el ascensor descendiera unos metros mientras el cable se tensaba, para luego impulsar la cabina hacia arriba unos doce metros.

El ascensor se detuvo y las puertas permanecieron selladas. Sasha usó la misma tarjeta y la pasó por un lector ubicado sobre los

botones de llamada. Una luz roja se volvió verde y las puertas se abrieron.

En el pasillo, un guardia de seguridad se apartó de la pared y se puso firme con la mano peligrosamente cerca de su arma. Le hizo un leve gesto a Sasha cuando pasó y luego se llevó la mano a la espalda y presionó un botón. La cerradura de las puertas dobles hizo clic.

Sasha entró en el piso gris.

Cada centímetro era monótono y carente de color. Los pisos, los cubículos, las paredes, las puertas de las oficinas. Incluso las persianas que cubrían las ventanas eran opacas. A menudo, pensaba que el aspecto del espacio contribuía a la ineficacia. Aunque algunos, por encima de su nivel de sueldo, citaban estudios absurdos que decían lo contrario. Ella podía contraatacar de cien maneras, pero cuando a alguien que ha alcanzado un rango demasiado alto, se le ocurre una idea, se aferra a ella con todas sus fuerzas. No cambiaría. Había sido así durante años y seguiría siendo así.

Mientras se acercaba a su oficina, su asistente se inclinó hacia delante en su silla y le hizo un gesto a Sasha para que se detuviera.

—Mason Sutton me llamó y me dijo que llegaría diez minutos tarde a tu reunión. ¿Te parece bien o debería reprogramarla con él?

Sasha se había olvidado de la reunión. Era la primera de una serie de reuniones semanales planificadas entre Mason y ella. Él ocupaba un papel similar en el MI5. Después de los atentados terroristas de hace unos meses, se dieron cuenta de que su inteligencia colectiva podría haber ayudado a prevenir la masacre.

—No, no hay problema, —le dijo a su asistente. —Hazlo pasar cuando llegue, por favor.

Continuó hasta su oficina, el único lugar donde podía personalizar y colorear. La amplia ventana detrás de su escritorio daba al Támesis. Las condiciones tormentosas mantenían a los remeros alejados del río. Imágenes de nada más que colores salpicados en lienzo colgaban en cada pared. Había llenado el espacio con flores y plantas, reales y falsas. Su escritorio estaba vacío, excepto por un solo jarrón con tres rosas. Reemplazaba las

flores cada semana los lunes por la mañana. Un hábito que había comenzado dos meses antes.

Sin embargo, la tanda actual había pasado la semana sin marchitarse ni perder un pétalo, algo poco habitual.

Sasha desbloqueó su computadora, inició sesión en el sistema y abrió su correo electrónico, priorizando rápidamente los mensajes. Sabía que no había llegado nada importante durante la noche, ya que había revisado su teléfono antes de salir de casa y durante su viaje en el metro. Asimismo, no había recibido nada en el tiempo que tardó en llegar a su oficina.

Un viernes tranquilo, finalmente.

Inmediatamente deseó no haber permitido que ese pensamiento se manifestara.

Sasha revisó rápidamente los principales sitios de noticias y luego el tablón de anuncios internos del MI6 para ver si había alguna información actualizada sobre la evaluación de amenazas. Nada nuevo hoy. Momentos después, alguien llamó a su puerta.

—Entra, —dijo.

Mason Sutton abrió la puerta, dio un paso y se detuvo. Su mirada recorrió la cabeza de ella, hacia el cielo, el agua o cualquier otra cosa que pudiera haberle llamado la atención al otro lado del río. Su atuendo era informal para los estándares del MI5 el MI6. Y, aunque su pelo corto estaba presentable, se había dejado la cara sin afeitar.

—¿Día libre? —preguntó ella.

—Empiezo tarde, —respondió, mientras se pasaba el pulgar por la mandíbula. —Tengo una afeitadora eléctrica en mi escritorio para días como este.

—¿Y tu ropa?

—¿Por qué te importa, Sasha?

Ella giró de un lado a otro en su silla. —En realidad no. Sólo quiero sacarte de quicio, muchacho.

Él apartó la mirada y sacudió la cabeza, luego dio un paso adelante. Ella aún no había llegado al punto de confiar en el hombre. Jack sí lo hacía, por alguna razón, incluso cuando el tipo lo había amenazado horas después de que Noble hubiera ingresado al Reino Unido. Había algo que a Jack le gustaba de Mason Sutton. Sin

embargo, Sasha no podía precisar qué era. Tal vez, con el tiempo, después de algunas de estas reuniones, ella sentiría lo mismo.

—De todos modos, —dijo, —¿Con qué vamos a empezar? ¿Con productos extranjeros o nacionales?

Buscó su bolso y sacó una libreta Moleskine. Era cara, pero parecía que le vendría bien.

—¿Por qué no empiezas? —dijo ella.

Frunció los labios y exhaló haciendo que vibraran mientras sus mejillas se inflaron. Después dijo: —Samir Parsa. Empecemos con él.

—Parsa, —repitió. —Él reemplazó a Naseer Shehata, ese millonario, ¿o era un multimillonario aspirante a terrorista?

Mason asintió y garabateó algo en su cuaderno. Al mirarlo más de cerca, se dio cuenta de que era una cabeza de caricatura. Después de todo, su ropa raída y su rostro con barba incipiente no lo delataban. Pero cuando la imagen se fue formando, reconoció el rostro de los periódicos, las noticias y sus archivos.

—Entonces, ¿qué está haciendo Samir estos días? —Apuntó con su bolígrafo hacia el dibujo.

—Parece que ha estado importando talento de todo Oriente Medio. La mayoría de ellos llegan con pasaportes destrozados y entran por Francia.

—¿Pensamos que están planeando un ataque? Si no recuerdo mal, a Naseer no le gustaba mucho eso. Parecía gustarle asistir a fiestas mientras se dedicaba al crimen organizado y se relacionaba con multimillonarios de moral dudosa, como ese personaje llamado Thornton Walloway, que apareció muerto hace unos meses.

Ambos permanecieron en silencio, evitando la mirada del otro. Walloway había sido asesinado. Un ataque planeado por su exesposa y llevado a cabo por los hombres de Naseer. Tal vez, incluso por el propio Naseer. El único testigo que conocían nunca divulgó los detalles.

—Está bien —dijo Mason. —Pero eso ya es historia antigua, ¿no?

Ella estuvo de acuerdo.

Mason continuó: —Samir ha estado bastante callado desde que murió Naseer. Si no fuera porque dos de estos *viajeros* fueron

detenidos por delitos menores, tal vez no nos habríamos enterado de que estaba trayendo a un grupo de soldados.

—Entonces, ¿vas a a hacer un movimiento?

—¿Por esto? —Se reclinó en su silla y se rodeó la nuca con las manos. —No tendría sentido. Lo único que ocurriría es que Samir empezaría a mover dinero y bienes de un lado a otro. No cumpliría condena y ningún juez permitiría que lo mantuviéramos encerrado demasiado tiempo. Ahora mismo estamos trabajando en los dos tipos que la policía detuvo. Con suerte, podremos convencer a uno, o a los dos, para que trabajen para nosotros. Cada uno cree que el otro ya se ha vuelto loco y, si no se une a nosotros, lo ahorcarán.

—¿Y si no puedes?

—¿Convencerlos?

—No los ahorcarán —hizo una pausa y sonrió. —Por supuesto que los convencerán.

Mason no reaccionó. —Solo queda esperar que nadie encuentre el informe policial y venga a buscarlos. Si eso sucede, los enviarán a Irak, Jordania, Siria o cualquier otro lugar del que provengan.

Sasha miró hacia su escritorio y frunció el ceño. A menudo se sentía incómoda en esas discusiones. Si bien la mayoría de los que trabajaban en su sector asociaban a los países con los terroristas contra los que luchaban, ella se dio cuenta de que no todos los habitantes y ciudadanos compartían las opiniones de los extremistas. ¡Diablos!, el Reino Unido y los Estados Unidos tenían extremistas locales a los que nada les encantaría más que derrocar a sus respectivos gobiernos. ¿Debería tratarse a todos los ciudadanos de esas naciones como sospechosos?

La pregunta le provocaba náuseas cada vez que se le cruzaba por la cabeza. La triste verdad era que, en ese nuevo mundo, tenían que actuar primero. Si reaccionaban, eso significaba que había muerto gente. Mason y el resto del MI5 lo tenían peor, ya que la seguridad nacional era su principal objetivo. Sasha se saltó las normas para vigilar al resto del mundo. Mason se lo hizo a sus compatriotas para protegerse a sí mismo.

—Entonces, ¿qué tienes para compartir, Sasha?, —preguntó Mason.

Ella se quedó mirándolo por un momento y luego sonrió. —Nada.

—¿Nada?

—Es extraño, ¿no?

Su rostro se ensombreció. —No tiene sentido que haya estas reuniones si no vas a compartir información conmigo. Sí, sé que en general nuestros departamentos lo hacen. Pero esto es para nosotros, dos personas en posiciones muy similares al otro lado del río. Y... Maldita sea, ¿quieres otro bombardeo en nuestro suelo? Estoy hablando de kilómetros, tal vez dos, de donde estamos sentados. Tal vez puedas verlo desde esta vista que tienes aquí. ¿No entiendes que las cosas que me estás ocultando podrían convertir el ruido que estoy escuchando en los planes de aquellos que quieren hacernos daño?

Sasha se reclinó en su sillón de cuero de respaldo alto y cruzó las manos sobre su regazo, mientras observaba al hombre que tenía frente a ella. No estaba fingiendo, parecía estar realmente enojado con ella. Se preguntó cuánto tardaría su jefe en llamar a su jefe y, a su vez, en llamarla a ella para reprenderla por ser obstinada, a pesar de sus órdenes de que cooperara.

—Mason, puedo asegurarte que estoy siendo abierta y honesta contigo. Mi grupo no ha señalado nada esta semana que pueda tener algún impacto en toda Inglaterra. Aparte de esa información, no estoy obligada a compartir lo que recabamos sobre otras naciones. Tampoco debería hacerlo, ya que no veo exactamente cómo usarías esa información.

Permaneció inmóvil durante varios minutos. El rojo desapareció de sus mejillas y orejas. Finalmente, Mason se levantó y salió de la oficina. En la puerta, miró hacia atrás y dijo: —Supongo que me llamarás en cuanto encuentres algo, ¿no?

—Seguro.

Permaneció sentada hasta que la puerta se cerró de golpe, luego giró su silla y se puso de pie. La lluvia caía con más fuerza ahora. Las olas de cresta blanca, impulsadas por el fuerte viento, se deslizaban por el río y se estrellaban contra las orillas. Con suerte, el clima mejoraría cuando llegaran las cinco en punto. Gran parte de su

viaje al trabajo lo hacía a pie y no había nadie que viviera cerca con quien quisiera compartir un taxi o que la llevara.

Mientras escudriñaba el horizonte borroso, su computadora emitió un pitido suave, tan silencioso que casi no lo escuchó. Un segundo pitido le llamó la atención. Sasha se giró, apartó su silla y se inclinó sobre el teclado. Unos cuantos toques después, el protector de pantalla de su monitor se disolvió en pequeños cuadrados que se desvanecían. Hizo clic en el ícono de correo en su escritorio. No había nada en la bandeja de entrada marcado como importante. Revisó todas sus carpetas principales, aquellas a las que se desviaba el correo según un conjunto de reglas, pero aún no encontró nada.

La alerta sonó por tercera vez.

—¿Qué carajo? —murmuró.

Mientras deslizaba el ratón, este se deslizó hasta la parte inferior de la pantalla y apareció la barra de tareas oculta. Allí, una luz parpadeó en la bandeja del sistema. Hizo doble clic en el pequeño icono rojo.

—Mierda.

Se quedó mirando una alerta que había programado en un software exclusivo que solo estaba disponible para determinados agentes del MI6. El programa violaba todos los tratados que habían firmado. Monitoreaba a nivel mundial e informaba sobre el acceso o las coincidencias en los archivos de un individuo específico. La mayoría de los agentes lo utilizaban, no solo para vigilar a personas de interés, sino también para vigilarse a sí mismos. Si alguien tenía la intención de degollarlos o darles un coctel radiactivo, querían saberlo primero.

Pero Sasha no estaba mirando una alerta personal, sino más bien un *interés personal*.

Alguien había accedido a los archivos de Jack Noble.

Dos veces.

CAPÍTULO 10

PARÍS, FRANCIA

Oso observó a Mandy dormir mientras se preparaba el café en la cafetera barata del hotel. Por lo que cobraban en el lugar, casi trescientos euros por noche, podían permitirse poner una cafetera Keurig en cada habitación y llenarla con esos pequeños vasos de plástico llenos de posos de café. No tenía sentido quejarse. No estarían allí el tiempo suficiente para que la gerencia hiciera algo al respecto.

Pensó en el día anterior, en el apartamento vacío de Kat. No quedaba nada más que la mesa de la cocina y el gato de la mujer. El felino se había encariñado con Mandy, así que lo llevaron con ellos. Ahora estaba acurrucado con Mandy en la cama, con la cabeza color blanco y negro asomando por debajo de las sábanas, una oreja hacia atrás y la otra en posición de firme.

Una de las vecinas había salido cuando Oso y Mandy se marchaban. La mujer no pudo proporcionar mucha información. Ella y Kat nunca habían sido amigas. Se las arreglaron para charlar un poco cuando el edificio organizó una barbacoa, pero nada más.

Las últimas gotas cayeron en la tetera, lo que indicaba que la infusión estaba lista. Oso se levantó, sirvió una taza y se sentó a la mesa nuevamente.

Venir a París fue un error.

No podía quitarse de la cabeza ese pensamiento. Se repetía una y otra vez desde el momento en que abrió la puerta y vio la habitación abandonada. ¿En qué peligro potencial había puesto a Mandy al tomarse ese año sabático? Debería haber usado el tiempo para encontrarle una buena escuela en el campo. Una donde estuviera a salvo y pudiera hacer amigos de su misma edad. No importaba que ella rechazara la idea cada vez que él la mencionaba, sabía qué era lo mejor para ella y, últimamente, había empezado a pensar que no era precisamente vivir con él.

Sin embargo, tan pronto como surgieron esas ideas, también lo hicieron los contraargumentos. El tira y afloja interno nunca se detuvo. Claro, se tomó un día libre de vez en cuando. Generalmente, cuando a él le beneficiaba. Lo que fortaleció aún más el argumento a favor de ponerla al cuidado de otra persona y dejar un millón de dólares en una cuenta para su futuro.

Bebió el último sorbo de su taza, la dejó junto a la cafetera, fue al baño y se duchó. Después de lavarse, afeitarse el cuello y las mejillas y vestirse, volvió a entrar en la habitación y se sirvió otra taza de café. El gato lo recibió junto a la cafetera y se enredó entre sus piernas formando un ocho.

—¿Qué hora es? —preguntó Mandy aturdida.

Oso miró hacia atrás. La niña se sentó y estiró los brazos sobre la cabeza mientras bostezaba.

—Casi las nueve y media.

Miró hacia la ventana y la luz del sol le atravesó el rostro. Hizo una mueca y se protegió los ojos.

—¿Por qué no me despertaste?

—Parecías tranquila. Y sabes que nunca podemos saber cuánto dormiremos la noche siguiente. Pensé que te dejaría ponerte al día, o adelantarte, lo que sea.

Aunque él decía *lo que sea*, rara vez tenía el mismo significado que para Mandy.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Ella asintió y luego puso los pies sobre el borde de la cama. —¿Puedo ducharme primero?

Señaló con la barbilla el baño. —Todo tuyo, muchacha.

Veinte minutos después, Mandy se había duchado y vestido, y Oso había terminado su segunda taza de café. Salieron de la habitación con las manos vacías. La lluvia había parado, por lo que no era necesario llevar paraguas. Oso siempre llevaba consigo todos los documentos importantes, no los dejaba abandonados.

Oso colocó el cartel de no molestar en el pomo y un pequeño trozo de cinta en la parte inferior de la puerta, conectado al marco. Si alguien entraba mientras ellos no estaban, la cinta se rompería por un lado. No es infalible, pero es suficiente.

Ambos hurgaron en la barra de desayuno de cortesía, tomando croissants y pasteles. Oso tomó dos vasos para llevar. Uno lo llenó con café y el otro con jugo de naranja. Mandy exclamó cuando le entregó el vaso caliente.

—Lo siento, niña. Toma este.

Ella lo miró con el ceño fruncido, pero la mirada, al igual que el dolor, se desvaneció rápidamente.

La falta de atención haría que los mataran si no se ponía atento.

Afuera, Mandy tomó un bocado de croissant y luego dijo: —¿A dónde vamos?

Oso miró hacia abajo y sacudió la cabeza. —Primero, termina tu comida.

Ella puso los ojos en blanco y tragó saliva.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿A dónde vamos? —preguntó de nuevo.

—Al hospital.

—Está bien —dijo arrastrando las palabras como si tuviera acento sureño, pero sin el acento.

—Voy a visitar a un amigo.

—¿Pierre? —preguntó ella.

Oso miró hacia delante y no dijo nada.

—Dispara, —dijo Mandy. —Lo siento. No debo mencionar nombres. Nunca.

A veces el entrenamiento lleva un tiempo.

Se acercó un taxi. Oso se interpuso en el camino, ocupando un tercio de la calle angosta y bloqueando el paso del conductor. Él y Mandy se deslizaron en el asiento trasero y Oso le dio al conductor el nombre del hospital.

Nadie habló durante el viaje de quince minutos. Por supuesto, era mejor así. Mandy solía dejar escapar cosas que no debía revelar. Él siempre intentaba no reprenderla en público por ello. Oso suponía que él también había sido así en algún momento. Quizá a esa edad no había sido muy hablador. No era fácil hacer amigos cuando uno era más alto que los demás niños y los asustaba muchísimo, aunque fuera sin querer. No fue hasta que dominó el campo de fútbol que encontró un grupo al que unirse.

Por supuesto, eso no duró mucho.

Luego, en Parris Island, durante el entrenamiento de reclutas, la gente *lo quería* porque le tenían miedo. Hasta el instructor le daba menos atencion que a los otros gusanos. El único que no se acobardó fue Jack. Y eso se convirtió en la base de una amistad para toda la vida.

Aunque no hablaran estos días.

La ruptura fue por el bien de Mandy. Al menos, eso se dijo Oso. Sabía que Jack temía ser la causa de la caída de Oso algún día. Y, francamente, Oso no discutiría el asunto.

El conductor se detuvo frente a la entrada principal del hospital. Dos hombres se quedaron junto a las puertas dobles, fumando. Una mujer mayor pasó caminando y se quitó una mano de su andador para apartar el humo de su cara. Oso salió, seguido por Mandy, que estaba del mismo lado del vehículo. Juntos, rodearon a la mujer, pasaron junto a los hombres, atravesaron las puertas automáticas y continuaron hacia el mostrador de información.

Oso se acercó a la mujer de mediana edad que atendía el mostrador. Tenía una sonrisa forzada en el rostro. Le habló en francés.

—¿Puedes decirme en qué habitación se encuentra Pierre Allard?

Ella siguió sonriendo. Sus ojos, minimizados por sus gruesas gafas, se dirigieron hacia la pantalla de la computadora. Mientras

escribía, su rostro se tensó. —¿Dijiste Allard como apellido y Pierre como nombre?

—Si. ¿Su habitación?

—Lo siento. Parece que se fue hace dos semanas.

—Dame su dirección.

Ella se inclinó hacia atrás como si él hubiera intentado golpearla. Cuando Oso colocó un brazo sobre el mostrador y comenzó a inclinarse sobre él, la mujer se adelantó para bloquear la pantalla.

—Señor, no podemos divulgar esa información.

Sin apartar la atención de la mujer, Oso dijo: —Mandy, ve y espera afuera.

—¿Qué? De ninguna manera.

—Hazlo, Mandy.

Sus pasos se fueron desvaneciendo a medida que retrocedía, se daba la vuelta y se dirigía hacia la entrada principal. Tal vez maldijo en voz baja. Oso tomó nota mental de que debía que tener cuidado con su propio lenguaje cuando estuviera cerca de ella. No es que ella no hubiera oído nada de eso antes. Y oiría mucho más en el futuro.

—Señor, me veré obligada a llamar a seguridad.

Oso se apartó del mostrador. —Las mentes razonables pueden llegar a soluciones razonables.

—¿Disculpe?

Metió la mano en el bolsillo y sacó cien euros en billetes, luego dejó el fajo de billetes sobre el mostrador. —Sólo dame una dirección. La dirección de Pierre Allard. Toma el dinero, cómprate un buen vestido, tal vez un tratamiento facial o unas gafas de este siglo. No me importa lo que hagas con él, francamente, sólo quiero su dirección. Sé que puedes entender por qué lo ingresaron. Yo estuve allí. Tuve que salir del país, pero ahora he vuelto y quiero asegurarme de que está bien y ayudarlo si puedo.

—Señor… —Miró a su alrededor. Sus mejillas estaban rojas y el sudor le cubría la frente. Unas cuantas personas sentadas en sillas azules la miraron. —Yo…

Metió la mano en el bolsillo y sacó otro fajo de billetes. Uno a uno los fue colocando sobre el mostrador. Diez. Veinte. Cincuenta

euros más. Los ojos de la mujer seguían mirando a su alrededor, presumiblemente en busca de seguridad, de su supervisor, o simplemente asimilando toda la atención que habían atraído.

—Señor, esto es vergonzoso. Por favor, deténgase.

—La dirección, por favor, luego me voy.

Cogió un cuaderno y sacó un bolígrafo negro de una taza de café vacía que decía —Abuela número 1.

—Podrían despedirme por esto, —dijo, arrancando el papel del cuaderno.

—Si lo hacen, avísame y me aseguraré de que recuperes tu trabajo.

Oso retrocedió y miró hacia la entrada. Las puertas estaban abiertas porque Mandy estaba justo en el camino del sensor. Miró la dirección en el papel y luego se lo guardó en el bolsillo.

CAPÍTULO 11

CIUDAD DE NUEVA YORK

Charles se encontraba de pie frente a la fuente de Washington Square, con el brazo derecho cruzado sobre el pecho y la mano izquierda cubriéndose la boca. El viento soplaba una niebla envolvente hacia él. La mayoría de los días se habría puesto furioso por mojarse, pero ese día llevaba unos pantalones chinos y una camiseta de golf. Estaba demasiado abrigado para el calor. Debajo de la ropa, el sudor le corría por la mitad de la espalda y le cubría la parte interna de los muslos.

—Qué maldito calor hace —le dijo al hombre que estaba a su lado. —De todos modos, ¿estás seguro de que es mi hombre?

El tipo asintió y señaló con la cabeza el campo que se encontraba al norte. Ambos hombres se dirigieron hacia allí.

El dúo formaba una extraña pareja. Harris era un veterano de más de veinte años del Departamento de Policía de Nueva York. Durante más de la mitad de ese tiempo había logrado permanecer incorrupto. Había conocido a Charles cuando el tipo ni siquiera era considerado un matón. Conoció al Viejo a través de él. Al final, el Viejo había presentado un argumento lo suficientemente persuasivo, del tipo que iba más allá del dinero e involucraba a la esposa y los hijos de Harris. Incluso a su perro. El detective podría haber

contraatacado y podría haber ganado. Pero habría sido una victoria hueca, porque, a cambio, hubiera perdido algo, o a alguien. Harris había sido lo suficientemente inteligente para saberlo. Y ahora, con Feng fuera de escena, se puso en línea recta e hizo lo que Charles necesitaba. La organización le pagó generosamente. Tanto es así que, cuando Harris se enteró de que dos hombres habían sido encontrados parcialmente quemados, golpeados, apuñalados y apaleados hasta la muerte en el norte del estado de Nueva York, llamó a Charles en lugar de revelar que conocía la identidad de uno de los hombres.

Después de un breve paseo, los hombres encontraron un rincón desocupado del parque. Charles se sentó en un banco desgastado. Harris se unió a él, sacó su teléfono inteligente y tocó la pantalla.

—Me los acaban de enviar por correo electrónico, —le entregó el dispositivo a Charles.

—Dios mío. —Se desplazó por las imágenes de dos hombres que habían sido golpeados tan brutalmente que no pudo reconocerlos. Al menos, no al principio. El vientre carbonizado y flácido obviamente pertenecía a Endrizzi, pero no podía distinguir el otro cuerpo. —¿Puedes hacer acercar la imagen?

Harris cogió el teléfono. El detective apretó y extendió los dedos sobre la pantalla. —Ahí tienes.

Charles miró la foto. No tenía ninguna duda de que la identidad del otro hombre era Milano. Al igual que Endrizzi, el estómago del tipo estaba carbonizado y sus piernas parecían peores que un pollo frito. Su rostro solo tenía hollín y ceniza, pero maldita sea, la cara del tipo estaba destrozada hasta quedar irreconocible. Lo que lo delató fue el tatuaje que Milano tenía en el antebrazo.

—Algunos cazadores que conducían por los senderos cercanos vieron el humo, que los llevó al lugar del incendio unos minutos después de que comenzara. Tenían un par de hieleras llenas de hielo y agua. Usaron eso y algunas mantas para controlar el fuego. El departamento de bomberos estaba a solo cinco kilometros de la carretera. Se llevaron el resto. Sin embargo, a tus hombres no les afectó. Ya estaban muertos. Hicieron un buen trabajo con uno. Estoy esperando escuchar de qué murió el tipo gordo.

—Endrizzi.

—Sí, Endrizzi. Lo conocí una vez. ¿Quién es el otro tipo?

—Milano.

—¿Estás bromeando?

—No, ¿por qué?

—Nuestros hijos juegan juntos al fútbol. Su esposa y la mía incluso nos juntamos para jugar al bridge o a alguna otra cosa de vez en cuando.

Charles levantó la vista de la fotografía.

—No me mires así, —dijo Harris. —Milano y yo no teníamos otros tratos aparte de los que tú autorizaste.

Charles no dijo nada. Se quedó mirando a un grupo de chicos que pasaban a unos treinta metros de distancia. Todos llevaban camisetas rojas con algún tipo de logotipo negro sobre el lado derecho del pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó Harris. —No es la primera vez que pierdes a algunos buenos soldados. ¿Hay algo que no me estás contando?

Charles se apretó el puente de la nariz. —Simplemente hay mucho que asimilar, Harris. No importa cuántas veces suceda, no te acostumbras. —Hizo una pausa y luego agregó —¿Esos cazadores dijeron algo más? ¿Mencionaron haber visto a alguien huyendo de la escena o algo que hubiera indicado que había un auto o un camión allí? ¿Huellas?

—Estaba oscuro y dudo que en ese momento les preocuparan esas cosas.

Durante unos minutos permanecieron sentados en silencio. La cálida brisa hacía que el sudor cayera sobre la frente de Charles, pero no lo enfriaba. Una oleada de humo de diésel le recordó que todavía se encontraba en el corazón del centro del universo.

—¿Qué estaban haciendo allí arriba? —preguntó Harris.

—Voy a la reserva a jugar al blackjack o alguna mierda así.

—¿Eh?

—Eh, ¿qué?

—Bueno, ¿por qué no un poco de aire acondicionado?

—Endrizzi tiene, o tenía, una chica allí a la que ha estado tratando de evitar. La dejó embarazada y no lo quiso admitir. Ella no tiene el valor de venir aquí y presentarle una demanda de paternidad. Él temía que ella lo rastreara si aparecía en Atlantic City y lo matara o algo así. No lo sé.

—Entonces, ¿crees que vale la pena investigar a esta mujer?

Charles se echó hacia atrás y se agarró la base del cuello. —¿Como sospechosa? ¿Por qué los seguiría durante cinco horas hasta el norte del estado? ¿Cómo podría siquiera saberlo?

Harris se encogió de hombros. —Solo estoy ayudando, hombre. No me estarás ocultando nada, ¿verdad?

—¿Esto es un interrogatorio? —Charles extendió el brazo como si estuviera a punto de asestarle un revés al detective. —Acabo de perder a dos hombres y tú...

—Baja la voz. —Harris apretó el aire que había entre ellos con ambas manos. —Ya es bastante malo que me encuentre contigo aquí a plena luz del día.

Charles giró la muñeca hacia adelante y hacia atrás un par de veces y luego miró su reloj. No tenía nada planeado, pero el interrogatorio del detective lo dejó con ganas de irse. —Tengo una reunión en una hora, Harris. Primero tengo que lavarme y organizarme. Esta reunión ha terminado.

—Puedo caminar contigo.

Charles miró a su alrededor. —No. No creo que sea una buena idea. Ya nos han visto juntos durante demasiado tiempo. Si nos ven más, la gente va a pensar que tenemos algo que ver.

Harris permaneció sentado después de que Charles se levantara y se dirigiera hacia la fuente. —No apagues el teléfono, ¿entendido? Tal vez necesite contactarte para obtener un poco más de información.

Charles se detuvo, se dio la vuelta y dijo: —¿Por qué no dejas que yo me ocupe de la investigación, si es que va a haber una? Ustedes, los de la clase cinco, se ponen nerviosos por un par de gánsteres muertos cuando deberían estar celebrando que otros dos de mi especie hayan salido de la calle. Olvídense de esto, ¿de acuerdo?

Harris refutó, pero Charles no escuchó las palabras del hombre. Había notado por primera vez que el agente federal rondaba por allí justo después de los primeros árboles. Las palabras del detective se fueron apagando mientras Charles caminaba con dificultad en busca de una multitud en la que perderse.

CAPÍTULO 12

CIUDAD DE NUEVA YORK

Jack salió de su apartamento alrededor de las dos de la tarde, sin tener claros los planes que iba a seguir para el resto del día. A las personas que conocía que se quedaban en la ciudad, no tenía muchas ganas de visitarlas. Con ellas, llegaban los problemas. Problemas con la ley. Problemas con gente que se oponía a la ley. Problemas imprevistos. Mantenerse discreto sería mejor que invitar a una atención no deseada a su vida.

Incluso el perfil bajo tenía sus límites, y Jack los había alcanzado.

Hoy no hubo tregua para el calor, ni para la humedad. Si era posible, se sentía peor. A una cuadra de distancia, se arrepintió de llevar pantalones, pero no se devolvió. Un poco de distancia sería bueno y solo había una manera de conseguirla.

Pasó por una tienda de comestibles para refrescarse y luego anuló el efecto pidiendo un sándwich a la parrilla, seguido de dos tazas de café negro. La bebida había estado demasiado tiempo en el fuego y le dejó un regusto amargo. La camarera no lo incluyó en la cuenta a pesar de que Jack no se había quejado.

Después de comer, atravesó Central Park en dirección oeste y visitó el Museo Americano de Historia Natural. En su adolescencia, había reducido sus opciones universitarias en función de sus

programas de arqueología. La Universidad de Florida tenía el programa que quería y estaban dispuestos a ofrecerle una beca completa para fútbol. Pero los Marines ganaron. Aunque la educación postsecundaria no estaba en sus planes, el interés de Jack por la prehistoria nunca se desvaneció.

Y su interés estaba muy por encima de la tecnología actual, a pesar de sus recientes intentos, bastante exitosos, de aprender más.

Al salir del museo, vio a un hombre parado al otro lado de la calle. El tipo parecía fuera de lugar, como si se hubiera obligado a vestirse como un turista, pero que se sentía incómodo sin uniforme militar y pistoleras en el hombro y el muslo. El tipo miró en dirección a Jack. No fue mucho, pero duró un poco más de lo debido. Jack se incorporó al flujo constante de peatones y se dirigió al oeste por la 77, alejándose del tipo. Luego, se dirigió al norte por Columbus. Miró al hombre dos veces. La primera vez, el tipo permaneció encaramado en las escaleras que conducían a una tienda de ropa. Jack intentó convencerse de que el hombre estaba esperando afuera mientras su esposa compraba. Una gota de sudor le corrió por la mejilla.

¿Quién espera afuera en un día como este?

Su segunda mirada reveló que el hombre también había empezado a moverse hacia el oeste. Y también le produjo un destello de reconocimiento. Lo había visto en el parque. No le había dado importancia en ese momento. Vio a mucha gente en el parque. ¿Por qué el tipo no había destacado entonces? Recordó las innumerables caras con las que se había cruzado desde entonces. Era imposible almacenarlas todas en la memoria accesible. Por lo que Jack sabía, el tipo lo había estado siguiendo desde que salió del apartamento. Tal vez incluso antes de eso. Quizá desde la extraña reunión de la mañana anterior.

Columbus iba en un solo sentido y corría hacia el sur. Un taxi lo llevaría justo al lado del tipo. Por un lado, podría verlo mejor. Por otro, haría lo mismo con el hombre que lo seguía.

Si él todavía lo seguía.

Jack ignoró la incesante picazón de mirar atrás.

En la calle 81 giró a la derecha, en dirección este, y aceleró el paso. El tráfico estaba detenido en medio de la calle. Jack atravesó la calle a mitad de cuadra, sorteando parachoques delanteros y traseros. Una vez en el otro lado, se coló bajo el toldo azul oscuro del Excelsior Hotel. La puerta principal giratoria y circular no ofreció resistencia. Cuando el cristal que tenía detrás lo aisló del mundo exterior, miró hacia atrás y buscó entre el laberinto de vehículos y peatones al tipo que lo había estado observando.

¿Lo había perdido? ¿O se había rendido después de que lo atrapó?

En el espejo, el reflejo de dos empleados vestidos con pantalones caqui y camisas blancas flotaba a unos tres metros detrás de Jack. Ambos se tapaban la boca con las manos mientras hablaban. Sus palabras eran indescifrables, pero las imágenes reflejadas de los hombres eran lo suficientemente claras como para que Jack pudiera ver sus ojos fijos en él.

Uno de ellos dio un paso adelante.

—¿Cómo puedo ayudarlo, señor? —dijo uno de los tipos tímido y con voz entrecortada. ¿Había llegado ya a la pubertad?

Jack miró hacia atrás, hizo contacto visual con el joven hispano y no dijo nada. No hacía falta. Estos dos eran botones. Tal vez el conserje los había enviado a revisar a Jack. O tal vez lo hicieron por voluntad propia. Cualquiera que fuera la razón, no estaban en posición de hacer nada y no representaban ninguna amenaza.

Entonces se volvió hacia la calle y echó un vistazo rápido a la acera, a la calle, a la acera de enfrente y al parque Teddy Roosevelt. Nada. Volvió su atención a la multitud de vehículos que tenía delante. Rápidamente, uno por uno, miró más allá de las ventanas transparentes y tintadas. A mitad de camino, alguien interrumpió su concentración.

—Señor, ¿necesita ayuda? —dijo alguien con un acento profundo, hablado con autoridad, como si tuviera una jugada y pudiera volcar una mesa con ella.

Jack se dio la vuelta y se enfrentó a un tercer hombre. De un metro ochenta y medio de alto y unos ciento cincuenta kilos, por lo menos. ¿Cómo no lo había visto cuando se acercaba?

Visión de túnel.

El tipo grande dio unos pasos hacia adelante. Jack se mantuvo firme. La grasa manchó el mono de mezclilla del tipo. También su cara y sus manos. Añadió más suciedad cuando se secó la mejilla mientras le preguntaba a Jack una vez más si necesitaba ayuda.

—Tal vez deberías darte la vuelta y lavarte, —dijo Jack. —Este lugar tiene una reputación que mantener.

Los dos hombres de pantalones caqui se miraron. Sus rostros reflejaban sorpresa. Nadie le hablaba así a Mancha de grasa. Su sola presencia debía incitar a Jack a responderles. El hombretón se acercó y Jack se mantuvo firme. Se atragantó un poco cuando una ola de olor corporal lo arrastró. El hombretón extendió la mano y la colocó sobre el hombro de Jack.

—Quita tu sucia pata de encima mío, —dijo Jack.

El tipo apretó y no dijo nada.

—¿Ves mi mano derecha?

El tipo miró hacia abajo, miró hacia arriba y no dijo nada.

—Así es, no lo sabes. ¿Sabes por qué? Porque está envuelta alrededor de la empuñadura de mi Beretta.

El tipo se relajó, pero no lo soltó. Sus ojos vacilaban, como si no estuviera seguro de qué hacer ahora. Siempre había sido el músculo, pero no el cerebro. En la calle, le golpearía a Jack en la cara, el estómago, la ingle. ¿Pero en el vestíbulo del hotel? ¿Qué se suponía que debía hacer?

Jack dijo: —No me conoces, no sabes dónde he estado, qué he hecho ni dónde vivo, pero sé dónde trabajas. No te costará mucho trabajo conseguir el resto. Ahora quítame la mano de encima antes de que vuelva aquí cuando termine tu turno y te meta mi pistola por el culo.

Los ojos del tipo se abrieron de par en par y sus pupilas se dilataron. Probablemente no estaba acostumbrado a que le hablaran así. Él era el ejecutor, por el amor de Dios. Mancha de grasa soltó el hombro de Jack y dio un paso atrás. Por un momento, pareció que estaba contemplando la posibilidad de atacar después de haber sido avergonzado por un tipo de estatura similar, pero ni de lejos tan

grande en general. Al final, el tipo grande se dio la vuelta e hizo un gesto hacia los otros dos. Se miraron y luego se alejaron.

Jack volvió a la ventana y concentró su atención en la calle que había más allá y en la imagen del hombre corpulento que esperaba detrás. Un autobús urbano bloqueaba la vista de la acera de enfrente y del parque. Un minuto después, el autobús avanzó lentamente, ganando velocidad junto con el resto de los vehículos mientras avanzaban.

Y el hombre que había estado siguiendo a Jack estaba al otro lado de la calle.

Jack dio un par de pasos hacia atrás y luego gritó —Oye, Mancha de Grasa.

El hombretón se detuvo cerca de los ascensores y miró hacia atrás.

Jack corrió hacia él. Las pocas personas sentadas en el vestíbulo apartaron la mirada cuando se acercó. Habían estado observando. Es posible que incluso hayan oído lo que Jack le dijo al grandulón. Fuera lo que fuese lo que había sucedido, aparentemente no querían que Jack supiera que habían estado espiando.

El olor a café rancio flotaba en el aire y le dejaba un regusto amargo en la boca. Alguien tenía que cambiar la cafetera antes de que un cliente sirviera una taza y se quejara con la gerencia. Un lugar de lujo como este podría despedir a alguien por una ofensa así.

Mancha de grasa siguió esperando a Jack junto a los ascensores. No había señales de que el tipo tuviera intención de escapar. Se había convertido en un potro salvaje. Cuando Jack llegó, el tipo le dijo: —Sígueme.

Llevó a Jack hacia la derecha, por el pasillo, y luego sacó un juego de llaves que tintineaban, rebotaban y tintineaban unas sobre otras. Buscó entre ellas a tientas y abrió la puerta de una sala de mantenimiento. Olía a anticongelante y aceite. Del techo colgaban fluorescentes que iluminaban la mayor parte de la habitación. Las esquinas permanecían envueltas en sombras. Un escritorio de madera viejo y desordenado ocupaba un espacio a lo largo de la pared, a medio camino, entre la parte delantera y la trasera. Los

estantes de servidores zumbaban a la izquierda. Más allá de ellos, había cuatro paneles telefónicos montados en la pared. Espaguetis de alambre de cobre retorcidos y enrollados hacia arriba en un conducto. Varias herramientas colgaban de un tablero perforado. Un martillo y un mazo, ambos con mangos cubiertos de grasa, estaban colocados uno al lado del otro. Eran de fácil acceso, si Jack los necesitaba.

Mancha de grasa señaló la puerta que estaba al final. —Pasa por ahí. Vas a estar en un callejón detrás del hotel. Ve a la izquierda y llegarás a Columbus. Ve a la derecha hasta el final de la calle, luego a la izquierda y saldrás a la 82. Si eso no es suficiente, cruza la calle y llegarás a un callejón que lleva a una gran abertura entre los edificios. Hay otro callejón al otro lado que te lleva a la 83. Desde allí, el parque está a menos de treinta metros a tu derecha. Te deja justo al lado de Summit Rock.

Jack asintió, cruzó la habitación, miró al tipo y dijo: —¿No hay resentimientos?

El tipo resopló y levantó la vista de su escritorio. —Solo espero que nunca me encuentres fuera de este edificio. Acabaré contigo si te vuelvo a ver. ¿De acuerdo?

Palabras duras de un tipo que ya había sido derrotado verbalmente. De repente había recuperado su hombría con Jack fuera de su alcance.

Jack le dio la espalda al tipo y se dirigió hacia la puerta. Los ventiladores dentro del equipo del servidor zumbaban como una colmena de abejas emocionadas. Cuando llegó al fondo de la sala, casi esperaba que la puerta estuviera cerrada con llave y, cuando se dio la vuelta, vio a Mancha de grasa acercándose a él con un martillo manchado de grasa en la mano.

Pero no llegó a eso.

El pestillo cedió y la puerta se abrió. La luz lo cegó temporalmente. El aire cálido entró en la habitación helada. Después de que sus ojos se acostumbraran, Jack sacó la cabeza y escudriñó el callejón. No vio al hombre que lo había estado siguiendo. Solo las partes traseras de los edificios, los contenedores de basura desbordados y la basura arrastrada por el viento esparcida por el

asfalto. Tal vez el tipo había visto a Jack a través de la ventana y ahora estaba en el vestíbulo del hotel, a minutos de seguirlo hasta la sala de mantenimiento. Por supuesto, el tipo podría haber continuado por la 81, ya sea tomando la transversal de la calle 79 hacia el Upper East Side, o dirigiéndose hacia el norte o el sur por Central Park. No importaba. Avanzar era la única opción para Jack, independientemente de las acciones del otro hombre.

Entró en el valle artificial. Los edificios circundantes atrapaban el calor, impidiendo que la brisa penetrara en el cañón urbano. El único cambio en el aire se produjo cuando se abrió una puerta y el aire sofocante se filtró por el hueco, permitiendo que una nueva ola ocupara su lugar desde arriba.

Jack miró a la izquierda y se dirigió a la derecha. Cuando llegó al final del callejón, giró a la izquierda. Unos momentos después, atravesó la calle 82 y encontró el estrecho pasaje que había mencionado el tipo gordo. Al otro lado, divisó el siguiente callejón, al otro lado de la abertura y a la derecha. Miró hacia atrás. Nadie lo seguía. El tipo tenía que estar cerca. Pero en esta ciudad, pensó, eso no significaba nada.

En la calle 83, se preguntó si ir al parque o a Columbus. Un taxi que se acercaba le dio una tercera opción.

Y lo tomó.

CAPÍTULO 13

CIUDAD DE NUEVA YORK

Clarissa y Beck se marcharon antes del amanecer y llegaron a Filadelfia antes de que hubiera tráfico. Después, a Trenton. Sin embargo, una vez que entraron en Manhattan, no importó. El último tramo del viaje duró veinte minutos más de lo debido. Ella dudaba que eso le importara al hombre con el que iban a encontrarse.

Porque no sabía que venían.

El detective Harris fue el nombre que ella descubrió la noche anterior. El tipo tenía una larga historia con Charles. Sin embargo, se desconocía qué información compartían los hombres.

Harris no tenía antecedentes penales. En teoría, parecía un buen policía. Además, era un ciudadano modelo. Tenía esposa, dos hijos y dos perros. Mucho por lo que vivir.

No tuvieron ningún problema en la recepción de la comisaría. Clarissa había descubierto que las credenciales del Servicio Secreto tenían ese efecto. La joven policía les indicó la dirección de la oficina de Harris.

Después de eso, se quedaron solos. Los policías tenían una forma especial de olfatear a otros policías. Las miradas que le dirigieron al dúo indicaban que podían decir que Clarissa y Beck

pertenecían a algún tipo de organismo policial, pero no a uno de los suyos. Supuso que pensaron que Beck y ella eran del FBI.

Beck se volvió hacia ella y le dijo: —Siempre es así. Cooperarán, aunque al principio haya mucha resistencia.

Clarissa asintió en respuesta. Luego, señaló con el dedo hacia la habitación con paredes de vidrio que tenían frente a ellos.

—Es él, —dijo ella.

—¿Segura?

—Su foto era reciente.

Beck extendió la mano hacia la puerta, la abrió y esperó a que ella pasara.

—¿Detective Harris?

El tipo se volvió hacia ellos. Entrecerró los ojos y ella casi pudo verlo inventando una historia que serviría como tapadera para casi cualquier pregunta.

—¿Quién carajos son ustedes? —preguntó Harris.

—Soy el agente Beck. Ella es la agente Abbot. Nos gustaría hablar con usted. ¿Tiene algún lugar privado en el que podamos hablar durante unos quince minutos?

—¿Agentes? ¿Para quién? —Miró a uno por uno, manteniendo su atención como un crupier de blackjack esperando que le digan si quiere pedir carta o plantarse.

—Lo explicaremos en un momento, —dijo Beck.

—¡Claro que sí! —dijo Harris. —Déjenme ver sus credenciales ahora o pueden irse.

Sonriendo, Clarissa dijo: —Sólo necesitamos unos minutos para preguntarte sobre alguien.

—Entonces podrás decirme quién eres.

Beck le mostró al hombre su identificación.

Harris arqueó las cejas. —¿Servicio Secreto? ¿Qué tiene esto que ver conmigo?

—Lo explicaremos todo, detective —dijo Beck. —En privado.

Harris levantó el pulgar por encima del hombro. —Vamos al interrogatorio.

Clarissa y Beck siguieron al tipo fuera de la habitación y por el pasillo. Entraron en una habitación marcada con el número seis, que

contenía una mesa y cuatro sillas. Nada más. Harris se sentó de espaldas al vidrio polarizado. Su asiento habitual, supuso Clarissa.

Beck agarró la silla vacía que estaba al lado de Harris. La silla emitió un agudo chirrido mientras la arrastraba por el suelo y la colocaba al lado del asiento en el que se estaba sentanda Clarissa.

Harris jugueteó con sus esposas mientras Clarissa lo miraba. Beck le había dicho que empezarían de esa manera. Dejaría que el tipo sudara un poco. Entraría en su mente y le permitiría reflexionar sobre el motivo por el que estaban allí. Si había hecho algo mal, eso afectaría su psique. Si no lo había hecho, intentaría averiguar qué podría malinterpretarse.

El que habla primero, pierde.

—Nunca me había dado cuenta del frío que hace aquí, —dijo Harris. —Los detenidos siempre lo mencionan. Se frotan los brazos y se quejan de la temperatura. Es decir, sí, hace un poco de frío, pero no es nada de lo que quejarse.

—¿Disfrutas los interrogatorios? —preguntó Beck.

Harris se encogió de hombros y miró hacia la mesa. —Nunca lo había pensado. Supongo que es parte del trabajo. Soy bastante bueno consiguiendo confesiones, pero es una lástima que la mitad de ellas no se sostengan porque algún abogado canalla encuentra un fallo técnico.

Beck asintió. Clarissa no lo hizo. Ella ya había sido objeto de interrogatorios en el pasado. Las técnicas utilizadas tenían como objetivo desgastar a una persona hasta que estuviera dispuesta a confesar para escapar de la presión que se le aplicaba. Ella había tenido una voluntad demasiado fuerte para que eso sucediera. Pero no todos la tenían.

—De todos modos, no has venido aquí para preguntarme sobre mis técnicas de interrogatorio. —Hizo una pausa como si esperara una respuesta. —¿Qué sucede? ¿Qué quieren saber?

—Charles DeCosta —Clarissa había aprendido a controlar la tensión que se producía cada vez que pronunciaba ese nombre. Se producía, pero no era visible. —Te has reunido con él con regularidad en el pasado. Incluso ahora, cuando ha asumido un

puesto de alto nivel en una organización criminal conocida, sigues teniendo reuniones con él. ¿De qué se trata todo esto?

Esperó que Harris cambiara de postura, que revelara algo, pero el tipo permaneció exactamente en la misma posición: los antebrazos sobre la mesa, la mano derecha sobre la izquierda, los hombros firmes y la espalda un centímetro más atrás. La cabeza a la altura de los ojos.

Harris respiró profundamente y exhaló lentamente. —Supongo que tendríamos que remontarnos a una docena de años atrás. Antes de eso, DeCosta era mecánico de un jefe mafioso que se hacía llamar el Viejo. Se llamaba Feng, pero pocos lo sabían. De trabajar en el garaje, DeCosta pasó a ser el chófer de Feng. Interesante salto, ¿verdad? De todos modos, en aquel entonces yo trabajaba en un robo y pillamos a DeCosta por algo estúpido. Creo que robó una caja con bolsos y los sacó de un maletero. Algo así.

—¿Estuvo en prisión?, —preguntó Beck.

Harris dijo: —No, no lo hizo. Me pasó un poco de información, algo que había reunido sobre una organización rival, y por eso lo dejé ir. Nadie de su lado de la vía lo sabía. Pero lo convencí con eso. Debes recordar que este no es el DeCosta que conocemos hoy. Dudo que hubiera sucedido de la misma manera.

—Así que volvamos a aquel entonces, —dijo Beck.

—Está bien. Lo seguí de cerca. Lo pillé haciendo otras cosas. Llevé una lista de todo. Luego lo encontraba en la calle o solo en casa y le decía lo que tenía sobre él. A cambio, él me daba más información. Así fue durante varios años.

—Entonces ¿qué pasó?

—Empezó a ascender de rango. Se convirtió en el equivalente a un capo de la mafia. Era más difícil culparlo de algo, y a DeCosta ya no le importaba lo que yo tenía del pasado. Tenía todo el apoyo de Feng. Lo que también significaba que, si yo intentaba presionarlo diciéndole que iba a revelar su relación conmigo, ambos acabaríamos en unas botas de cemento.

—Entonces, ¿por qué se siguen reuniendo? Tenemos una fuente que los relaciona recientemente.

Harris se reclinó. Era la primera vez que se movía, salvo para hablar. —Todavía me da información, pero ahora es más una cuestión de uno por uno.

—¿Entonces le adviertes de una acción inminente?

Harris levantó la mano y sacudió la cabeza. —No, nada de eso.

—Entonces, ¿cómo es? —preguntó Beck.

Harris se inclinó hacia delante, con un brazo apoyado en el borde de la mesa y el pecho apoyado en él. —La gente a la que le informo sabe de mi relación con DeCosta. Todo lo que hablamos está en esos archivos. Si quieren leer al respecto, son bienvenidos. Pero dudo que te sigan la corriente tanto como yo.

—Lo haremos, detective —dijo Beck, levantándose.

Clarissa se unió a él. Se encontraron en la puerta. Harris permaneció sentado y no miró hacia atrás.

—Una cosa más, —dijo Beck.

Harris no dijo nada.

—¿Qué sabes sobre una red de falsificación dirigida por DeCosta?

La silla de Harris arañó el suelo cuando se deslizó hacia atrás. Se tomó su tiempo para ponerse de pie y luego se dio la vuelta. Miró a Beck y se rió.

—Ese tipo se embolsa probablemente diez mil dólares al día, por lo menos. Ya está imprimiendo su propio dinero a través de todas sus empresas. ¿Por qué demonios necesitaría hacerlo ilegalmente?

—Gracias, detective, —dijo Beck. —Nos iremos solos.

Cinco minutos después, estaban afuera, en el calor del verano. Clarissa esperó hasta que estuvieron fuera del alcance del oído de un grupo de policías que hablaban y tomaban café.

—¿Crees que mencionar la operación de falsificación fue una buena idea? ¿Y si se lo cuenta directamente a Charles?

—Tenemos una docena de ojos vigilando esa operación, —dijo Beck. —Y ahora vamos a tener a alguien vigilando a Harris. Si algo cambia, entonces sabremos que fue a ver a DeCosta y le advirtió. Y ¿sabes lo que eso significa? —No le dio tiempo a responder. —Sabremos que DeCosta está detrás de esto.

CAPÍTULO 14

CERCA DE LANGLEY, VIRGINIA

El tipo apoyado en el Malibu azul levantó la barbilla cuando Brett Taylor entró en el aparcamiento del restaurante. En los últimos tres meses, Brett había recibido tres contactos. Cada uno tenía información sobre grupos específicos de operaciones encubiertas. Uno de los contactos le pidió a Brett que eliminara a un equipo entero, una misión que requeriría meses de planificación para algunos. Brett completó el trabajo en cuatro semanas. El siguiente contacto solo tenía tres nombres para Brett, junto con una solicitud de que cada muerte tenía que parecer un accidente. La agencia con la que trabajaban estos hombres no era tan clandestina como algunas de las otras. Había gente, del tipo que estaba demasiado arriba en la cadena alimentaria política para saber sobre la operación, que se daría cuenta si los tres hombres eran asesinados. Las muertes accidentales, aunque ocurrieran cerca unas de otras, podían considerarse una coincidencia. Siempre y cuando no quedaran pruebas.

Y Brett Taylor nunca dejó evidencia alguna.

Aparcó su Escalade a cuatro plazas del Malibu y esperó a que el tipo hiciera su siguiente movimiento. No había nada predeterminado.

Tal vez se encontrarían allí. Tal vez el tipo planeaba volver a subirse a su coche y marcharse. Brett lo seguiría si lo hacía.

Resultó que el hombre le puso las cosas fáciles a Brett. Se acercó a la puerta del pasajero y subió.

—Conduce, —dijo el hombre. —Ve a la derecha.

Brett puso el Escalade en reversa y salió del estacionamiento por la derecha.

A un kilometro de distancia, el tipo dijo —Ballard. Joe Ballard. No sé tu nombre, al menos no tu nombre completo. Y no quiero saberlo. Tampoco me interesa saber nada sobre ti. Qué hacías antes de esto. Dónde creciste. Los nombres de tu esposa y de tu hijo. Nada de eso. ¿Entiendes?

Brett miró de reojo y asintió. —Lo que tú quieras, Ballard.

Continuaron conduciendo otros diez minutos hacia el oeste, alejándose de Langley. Si avanzaban más, llegarían al campo. Brett estudió el espejo retrovisor en busca de alguien que los siguiera. Por supuesto, en una carretera como esa no era necesario que estuvieran tan cerca. Ballard podría haber elegido un lugar y haber dispuesto que un equipo estuviera allí o que apareciera allí a una hora predeterminada.

Ballard señaló la intersección que se aproximaba. —Gira a la izquierda.

Brett miró el GPS del tablero. La carretera continuaba durante un par de kilometros y terminaba en un callejón sin salida. No había afluentes que se bifurcaran. Al menos, no según el satélite del gobierno. Por esos lugares, podría haber caminos ocultos a propósito para evitar que los transeúntes los exploraran.

Giró y continuó hasta el final de la calle. Dos secciones de valla de rieles partidos se detuvieron a tres metros de tocarse. Una gruesa cadena de metal tendida entre ellas tenía un cartel de *prohibido el paso, en caso omiso habrá multas* colgando en el medio.

—Salgamos, —dijo Ballard abriendo la puerta.

Brett apagó el motor y fue a unirse a Ballard en la parte delantera del auto, pero el hombre ya tenía una pierna sobre la cadena.

—Sabes que estás infringiendo la ley, ¿verdad? —preguntó Brett.

Ballard miró hacia atrás, con las cejas fruncidas y la boca ligeramente abierta, ajeno a la broma.

Brett saltó la cadena y alcanzó a Ballard, que avanzaba por un sendero de tierra lleno de baches. El aire cálido los atravesaba. Inhaló el aire terroso, lo retuvo un momento y exhaló por la boca. Tranquilo y firme.

Después de caminar medio kilómetro, Ballard se detuvo. —Creo que ya es suficiente.

Brett miró a su alrededor. —A menos que los árboles tengan micrófonos.

—No creo que sea extraño que la agencia lo haga.

—¿Es con esa persona con la que estás?

Ballard miró hacia otro lado. —Para quién trabajo no es asunto tuyo. Lo único de lo que debes preocuparte es de lo que hay aquí dentro—. Levantó una memoria USB.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Uno de los mayores errores que hemos cometido jamás.

—Estoy intrigado.

—Sí, apuesto a que lo estas.

—¿Qué pasa con esa actitud?

Ballard escupió a un lado. —Lo siento. Encontrarme con gente como tú me pone nervioso. Y, francamente, a veces no me entusiasma la idea de llevar a cabo la mayor operación encubierta de la historia para acabar con todas las operaciones encubiertas anteriores. Me pregunto qué nos espera cuando esto termine.

Brett se encogió de hombros. —No lo había pensado. Supongo que solo estoy haciendo mi trabajo. Siempre pensé que las cosas se solucionarían algún día. Es la vida que nos propusimos.

—Tú te apuntaste, yo no. Lo único que siempre quise fue ser analista y armar el rompecabezas. Ni siquiera soporto estar fuera de la oficina. Y en cuanto a ese día, bueno, ese día puede llegar antes de lo que jamás imaginaste.

—Tengo planes para cuando llegue.

—Estoy seguro de que sí. El problema es que, al igual que estos idiotas que estamos eliminando, no lo sabrás de antemano.

Brett intentó evitar que la paranoia del hombre se filtrara en su psiquis. Un asesino nervioso no era algo malo, lo mantenía alerta, pero ¿uno que estaba atento al fantasma enviado para matarlo? Bueno, esa era otra historia.

—De todos modos —dijo Brett, —¿qué hay en el archivo?

—A finales de 2001, después de los ataques, se creó una agencia: el Servicio de Inteligencia Secreto.

—SIS, claro, he oído hablar de ellos. De hecho, intentaron reclutarme cuando estaba entre dos trabajos. No me gustó el tipo que me entrevistó. Parecía un imbécil. Además, por lo que entendí, el brillo del grupo se había desvanecido y en aquellos días se aferraban a un alambre muy fino.

—Considérate, entonces, un infiltrado. La mayoría de la gente de nuestra comunidad piensa en Canadá o el Reino Unido cuando oye el acrónimo. Por eso eligieron ese apodo. Verás, este grupo cabreó a mucha gente poderosa. Al igual que la CIA, podían operar en el extranjero. Al igual que el FBI, tenían jurisdicción en los Estados Unidos. La NSA tenía que cumplir con *sus* peticiones. Puedes imaginarte cómo se lo tomaron esos imbéciles. Y el SIS podía invadir todo el territorio nacional si quería. ¿Las fuerzas del orden locales? Por favor. No tenían ninguna posibilidad.

Por un segundo, Brett deseó haber reconsiderado la oferta en lugar de rechazarla.

Ballard continuó: —Si hay un grupo que nos preocupa, es éste. Por eso lo están separando entre los de su clase. Tenemos una lista de miembros activos, que no son muchos en estos días, debido a los recortes presupuestarios. Y una lista de inactivos. Parece que varios exagentes se retiraron involuntariamente, la mayoría, debido a la muerte. A otros, se les tomaron las etiquetas para los dedos del pie un año después de jubilarse. Es un poco extraño, pero solo quedan unos pocos exmiembros vivos.

—¿Por qué crees eso?

—Algunos creen que el tipo que dirige el negocio está tan paranoico con la idea de que la verdad detrás de sus operaciones salga a la luz, que ha dado luz verde a los asesinatos. Sin embargo, viaja fuera de su organización para organizar los asesinatos. Se trata

de especulaciones, por supuesto, pero del tipo que generalmente terminan siendo ciertas.

—Intrigante.

—Lo es. Y por eso estamos atacando a todos los agentes retirados vivos y a sus asociados. A todos a la vez. Después, iremos por los agentes en activo y, finalmente, por el jefe.

—Sin duda, algunos de los antiguos operadores tienen que estar ahora en puestos públicos, ¿no? Quiero decir, no podemos entrar, atacarlos a todos y esperar que el SIS no se entere, o que eso no preocupe a algunos de los altos mandos.

—Entiendo por qué piensas eso, y realmente no puedo entrar en detalles más allá de lo que te han contratado. Lo que sí puedo decirte es que esto va a ser rápido. El SIS no tendrá la oportunidad de respirar antes de que estemos todos sobre ellos también.

—¿Qué tipo de marco temporal estamos considerando aquí?, —preguntó Brett.

—Dos semanas.

—¿Para cuántos exagentes?

—Uno.

—¿Uno?

Ballard asintió.

Brett se inclinó hacia delante y arqueó una ceja. —No necesito dos semanas para eso.

—Es él y un puñado de sus asociados que tienen conocimiento de sus operaciones pasadas. Creo que una vez que revises estos archivos, me dirás que dos semanas no son suficientes. Y cuando lo hagas, mi respuesta será que no me importa. Haz lo que tengas que hacer para que esto suceda. Tienes luz verde para cualquier táctica y nosotros te respaldamos. En primer lugar, tu preocupación es el exagente. Pero para llegar a él, es posible que tengas que hablar primero con sus asociados más cercanos.

—Entonces, ¿mi objetivo tiene un nombre, o debería elegir un libro infantil y usar algo de él?

—Tiene un nombre. Está en este camino. Puedes comprobarlo después de que nos separemos.

Los hombres se quedaron de pie cerca del borde del bosque durante unos minutos más. Ninguno de los dos habló. El aire caliente y rancio seguía soplando. Brett se había adaptado, pero aún no lograba refrescarse.

—Muy bien, vámonos, —dijo Ballard, todavía aferrado a la unidad USB.

Recorrieron el kilometro de regreso al Escalade de Brett, que se había asado al sol tanto tiempo, que sabía que la temperatura interior superaría los cincuenta grados. Al presionar el botón de encendido remoto, el motor y el aire acondicionado se pusieron en marcha cuando todavía estaban a un par de docenas de metros de distancia.

Una vez dentro, Brett dijo —¿A dónde vamos ahora?

—Vuelve a mi coche.

Brett recorrió la estrecha carretera y luego dirigió el vehículo hacia el restaurante. Pasó más tiempo mirando el espejo retrovisor que el tramo vacío de asfalto ondulante que tenía delante. Recordó la conversación. Una cosa le molestó: los dos minutos de silencio antes de regresar al todoterreno. Era como si Ballard le hubiera dicho a alguien que estarían en el lugar durante quince minutos, pero habían terminado en trece. Si se iban demasiado pronto, interrumpirían el cronograma de un evento planificado de antemano.

¿Pero por qué?

Brett consideró las opciones, pero ninguna valía la pena. Sus sentidos estaban en alerta. Nunca le habían fallado antes. No lo harían ahora. Cualquier situación podía ser afrontada siempre y cuando fuera consciente del peligro que se le presentaba.

Entró en el estacionamiento del restaurante. Ballard abrió la puerta antes de que Brett pusiera el Escalade en modo de estacionamiento. El hombre se tiró al suelo, se dio la vuelta y arrojó la memoria USB sobre el asiento.

—Al menos espera hasta que me vaya para verlo.

No hay problema, pensó Brett. No pensaba abrirlo hasta más tarde esa noche, desde la seguridad de su apartamento.

CAPÍTULO 15

NORTE DEL ESTADO DE, NUEVA YORK

Paolo estuvo lleno de adrenalina toda la noche. Las carreteras secundarias lo llevaron a ciento sesenta kilometros al oeste. En su prisa, no había estado pendiente del combustible. Con gases en el motor, se salió de la carretera y abandonó el BMW en el bosque. Alguien lo encontraría, pero en un tiempo. Y Paolo no necesitaba mucho. El resto de la noche sería suficiente.

Antes de salir del vehículo, amplió el GPS y determinó que estaba a unos treinta y dos kilometros al sur de Siracusa y a cuarenta kilometros al este de Ítaca, su destino.

Los caminos no se parecían en nada a cómo los recordaba, al menos no en la oscuridad. Paolo había pensado en dormir en el coche y luego reanudar su viaje a Ítaca a la mañana siguiente. A la luz del día, podría encontrar el camino.

Sin embargo, una mirada a su rostro por el espejo retrovisor fue suficiente para convencerse a de seguir adelante en la oscuridad. La luz provocaría que demasiadas miradas se posaran sobre él. Si hubiera salido en ese momento, las tres o cuatro horas de caminata lo habrían llevado a la casa de su hermana al amanecer. Había cerrado los ojos y se había reclinado. El dolor de sus heridas era

suficiente para que permaneciera en el lujoso vehículo y durmiera. Pero tenía que moverse.

Y así lo hizo. Con nada más que un mapa en su teléfono celular para guiarlo. Paranoico, había apagado el GPS y había estimado su posición durante todo el viaje. Podría haber llamado a su hermana y pedirle que lo recogiera, pero eso implicaba un gran riesgo. Existía la posibilidad de que Charles ya supiera que Paolo estaba huyendo. ¿Y si rastreaba a la otra hermana de Paolo hasta Ítaca y ya la había llamado? O, peor aún, ¿había enviado un equipo? Las preocupaciones ayudaron a Paolo a seguir adelante, paso a paso, retirándose a la seguridad del espeso bosque cada vez que el estruendo de un automóvil atravesaba el aire fresco de la noche.

A eso de las seis de la mañana sintió los débiles rayos del sol matutino en la nuca. Su teléfono móvil se había apagado una hora antes. Afortunadamente, los caminos le resultaban familiares y el trayecto restante era de menos de seis kilómetros. Podía recorrer ese tramo del viaje de memoria, ya fuera de día o de noche.

Una hilera de pequeñas casas de ladrillo de estilo ranchero, con la mayoría de las ventanas oscurecidas, se extendía frente a él. Paolo quería desplomarse sobre el asfalto, pero tenía que llegar hasta el final de la calle. Mantenía la cabeza gacha y las manos en los bolsillos mientras caminaba a paso rápido por el lado derecho de la carretera.

Al final de la calle, entró por la puerta principal, que no estaba cerrada con llave. El olor a café, tocino y tostadas lo llevaron a la cocina, donde su hermana menor, Esmeralda, estaba de pie frente a un refrigerador abierto. Sus gritos se convirtieron en lágrimas cuando se dio cuenta de que era su hermano, y no un asesino trastornado y ensangrentado, el que estaba de pie en su cocina. Enfermera de profesión, lo vendó y lo animó encarecidamente a que fuera al hospital para que le pusieran puntos. Paolo se negó, diciendo que primero necesitaba descansar.

Así que comió tocino y tostadas y no tomó café. Esmeralda se fue a trabajar y le dijo que volvería después de las seis de la tarde. Él se opuso a que se fuera, pero no hubo forma de convencerla de lo contrario. Paolo no tenía fuerzas. Encontró el dormitorio de invitados

y se dejó caer sobre el lujoso colchón. Bien valía el dinero que le había dado para comprarlo. Toda la casa, de hecho. Todo había sido su regalo de graduación a su hermana.

La luz del sol se filtraba por las rendijas de las persianas y unos cuantos rayos de luz se movían lentamente con el sol, cortando el rostro de Paolo. El intenso dolor que sintió lo despertó e hizo una mueca al intentar darse la vuelta. ¿Qué hora era? Cogió el teléfono, que ya estaba completamente cargado, pero todavía apagado. Con el dedo en el botón de encendido, reconsideró prender el dispositivo. Podían rastrearlo a través de las torres de telefonía móvil. La noche anterior había sido una preocupación menor, pero podían pasar muchas cosas durante las horas de la mañana. Era mejor dejarlo en así, por ahora.

Pero, se preguntó, ¿tenía el proveedor la capacidad de rastrear sus movimientos antes de que el teléfono se quedara sin batería?

Tomó nota de buscar la pregunta en Google después de despertarse por completo.

Paolo encontró la cocina y sirvió café frío en una taza enorme, tan grande que casi no cabía en el microondas. Mientras se calentaba el café, buscó en el frigorífico algo sencillo para comer. Tenía dos dientes flojos. ¿Cómo? No lo recordaba. Tal vez cuando le había dado cabezazos a Milano en repetidas ocasiones. El dolor resultante hacía que la idea de tener que masticar fuera insoportable. Al final, tomó dos plátanos y un puñado de arándanos y los metió en una batidora. El sonido de la máquina intensificó el dolor punzante que sentía en el cráneo.

Con café y un batido en la mano, Paolo se abrió paso a través de la sala de estar y salió a la terraza trasera. No había tanta humedad en Ítaca, pero seguía haciendo calor. El patio trasero de Esmeralda descendía hasta una pequeña valla. Detrás de ella, había un estanque. La brisa soplaba a través del estanque, llevando el olor a barro y agua estancada. Una madre pato y sus polluelos peludos pasaban flotando y, en los árboles y arbustos zumbaban los insectos.

Para muchos, eso era tranquilidad. Para Paolo, era aburrimiento.

Entre sorbo y sorbo, se llevó el vaso helado que contenía el batido a las mejillas, la nariz y la frente. Pero el alivio no duró

mucho.

Mientras observaba cómo los patos se alejaban nadando, recordó la cadena de acontecimientos que lo llevaron a esconderse en casa de su hermana. ¿Habían encontrado los cuerpos? ¿El fuego lo había quemado lo suficiente como para retrasar la identificación de Milano y Endrizzi? Una vez más, quiso tomar su teléfono, encenderlo y empezar a hacer llamadas. Imposible. Ahora no podía confiar en nadie. Ninguna fraternidad podía superar el mando y el dinero de Charles. Cualquier contacto que tuviera fuera de la organización también conocía a Charles, lo que significaba que eran inútiles para Paolo. Si se enteraba de que Paolo estaba vivo, no había forma de saber hasta dónde llegaría Charles en un intento de sacarlo de su escondite.

Sé invisible. Por ahora.

Pasó otra hora al sol, inmóvil, con las heridas absorbiendo el calor.

Los patos dieron dos vueltas alrededor del estanque. De los pocos vecinos que tenían visibilidad hacia el patio trasero de Esmeralda, solo uno había salido. La anciana caminó hasta el agua y arrojó varios trozos de pan hacia los patos que pasaban. La mamá y los polluelos dieron vueltas alrededor del pan flotante y lo devoraron, mientras la anciana caminaba con dificultad por su patio en pendiente y desaparecía en su casa.

Poco después, Paolo se levantó y entró también. El calor no lo había afectado tanto como la obsesión por pensar que habían encontrado los cuerpos. Charles no tardaría mucho en crear una lista de los lugares a los que Paolo podría ir. Tuvo la suerte de que la mordedura del amor nunca lo había infectado con un veneno lo suficientemente fuerte como para casarse. No tenía hijos, por lo que él sabía. Aparte de sus dos hermanas, el resto de sus hermanos y sus padres estaban en Brasil. Y eso estaba fuera del inmenso alcance de Charles.

Sin embargo, en Ítaca no había nadie. Y Charles tenía un equipo en Buffalo. Un grupo pequeño, sin duda. Pero eso no importaba. Podrían estar en casa de Esmeralda en media hora. Y todos eran asesinos.

Tomó el teléfono de la pared y llamó al hospital.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Esmeralda.

—He estado mejor.

—¿Vas a venir hasta aquí o prefieres que vaya a buscarte?

—Seguramente has visto esto tantas veces que podrías darme unos cuantos puntos de sutura.

—Puedo, pero parecerás un experimento médico que salió mal por las cicatrices que dejará.

Miró su reflejo en la superficie del microondas. Las cicatrices eran inevitables. —No me importa eso. —Y no le importaba. El deseo de correr y desaparecer, impulsaba sus pensamientos y acciones ahora. Cuanto antes pudiera irse, mejor.

—Está bien —dijo. —Lo haré. Pero no quiero que me digas nada más adelante. ¿Entiendes?

—Sí —hizo una pausa. —¿Puedes venir a casa temprano, Essie?

—Se supone que debo estar aquí hasta las seis.

—No lo preguntaría si no fuera importante.

Paolo le había contado a su hermana detalles de su vida. Ella no sabía todo, como qué puesto ocupaba en la organización o los crímenes perpetrados por él o sus subordinados, pero tenía suficiente conocimiento como para que el significado de sus palabras le resultara evidente.

—El turno intermedio está almorzando ahora, —dijo. —Me iré en cuanto regresen.

Después de colgar, Paolo caminó hacia el frente de la casa y abrió las persianas con el pulgar y el índice. Una calle soñolienta, agobiada por el calor, se extendía ante él. Repitió el proceso en las ventanas ubicadas en el costado y en la parte posterior. Después, atravesó la habitación de su hermana y entró en su armario. El pequeño espacio estaba repleto de vestidos, blusas, faldas, pantalones y uniformes. Sacó la ropa de la barandilla, revelando una sección en blanco de la pared trasera. Tocando, localizó la costura superior del recorte que había instalado mientras ella estaba de vacaciones un año antes. Empujó la cubierta, meciéndola hacia adelante y hacia atrás, hasta que la costura superior se partió. Con dos dedos encajados en la delgada abertura, tiró del recorte de yeso

y éste se desprendió de la pared. Paolo metió la mano en el espacio oscuro y localizó la luz LED montada en la parte superior.

El hueco medía sesenta centímetros de ancho y treinta centímetros de alto y de profundidad. En su interior había cuatro pasaportes, dos pistolas de 9 mm, un cuchillo táctico con funda para el tobillo, veinte mil dólares en efectivo y las libretas de ahorros de tres bancos nacionales y dos extranjeros.

El hombre sabio siempre está preparado, Paolo.

Su padre había repetido eso todas las semanas desde que Paolo tenía cinco o seis años. No importaba si estaban cazando, pescando, trabajando la madera o empacando para las vacaciones. Las palabras estaban arraigadas en su mente. Era una especie de mantra.

Sacó el cuchillo y una pistola, cinco mil dólares en efectivo, tres pasaportes, uno de los cuales tenía la foto de Esmeralda, y una libreta bancaria nacional y dos extranjeras, incluida una del Banco de Montreal.

En el suelo del armario había una bolsa de lona que contenía un par de cambios de ropa de Paolo. El tipo de ropa informal que le permitiría pasar desapercibido en cualquier lugar. Colocó los artículos de la caja fuerte dentro y llevó la bolsa a la habitación de invitados.

Esmeralda llegó a casa unos minutos después. Mientras le cosía la nariz y la frente y le curaba un corte en la parte superior del brazo, él le contó lo que había sucedido, sin mencionar que uno de los hombres a los que había asesinado en defensa propia había sido su cuñado. Ella lo descubriría con el tiempo. Mientras escuchaba el relato, sus ojos se pusieron vidriosos y su boca colgaba en un estado perpetuo de apertura. Su respiración se volvió errática a medida que el pánico se apoderaba de ella.

Pero ella realizó el procedimiento como si estuviera en piloto automático.

Cuando terminó, Paolo le sirvió una bebida y le dijo que se mantuviera alejada de la puerta mientras él se duchaba y se cambiaba.

—Haz la maleta, —dijo mientras se dirigía al baño. —Quizás nos vayamos esta noche.

CAPÍTULO 16

PARÍS, FRANCIA

—Ve a esperar en ese restaurante

Oso señaló hacia el pequeño local italiano escondido entre una farmacia y un edificio de apartamentos. La puerta se abrió y el olor a pasta y pizza inundó la acera.

Mandy lo miró desafiante. —No quiero. Me quedo contigo.

Oso miró al otro lado de la calle, hacia el edificio de cuatro pisos. La dirección que le habían dado en el hospital los había llevado hasta allí. El apartamento de Pierre era el 3C. Por lo que Oso sabía, Pierre era el propietario de todo el edificio y la mitad se utilizaba para fines de DSGE.

—Mira —dijo. —No sé qué voy a encontrar cuando entre en ese edificio. No puedo arriesgarme a ponerte en una situación peligrosa. Es mejor que esperes dentro. Tómate una copa. Un trozo de pizza. Si no vuelvo en quince minutos, llama para pedir ayuda.

—¿Por qué haces esto?

—Tengo que asegurarme de que este hombre esté bien.

—¿Por qué, Oso? Esto no es propio de ti.

—¿Por qué me estás cuestionando, muchacha? Maldita sea. Debería enviarte a una de esas escuelas suizas ahora mismo y

sacarte de mi vista. —Un dolor punzante le atravesó el pecho y el abdomen mientras escupía las palabras.

Los ojos de Mandy se empañaron y retrocedió.

—Mandy —dijo, extendiendo la mano. —Lo siento.

—Como sea. —Le dio la espalda, entró en el restaurante y se sentó en el mostrador. Oso se quedó a un metro de la puerta, esperando, pero ella no miró atrás.

Después de un minuto, se dio la vuelta y atravesó la calle. Había una cabina telefónica cerca de la puerta recién pintada. Parecía que la palma de su mano se le pondría roja si la presionaba contra la puerta. El nombre que estaba junto al botón de 3C se había desvanecido hasta el punto de ser ilegible. Oso se acercó a la puerta principal y la encontró abierta. Subió las escaleras, de tres en tres, y se detuvo en el rellano del tercer piso. ¿El olor era del restaurante? ¿O alguien cocinaba comida italiana esa noche? La escalera conducía a un pasillo corto con cuatro puertas, dos a cada lado, etiquetadas como A, B, C y D. Se colocó frente a la C y llamó tres veces.

Una mujer habló desde adentro, pero la puerta silenció su voz lo suficiente como para que él no pudiera entender lo que decía. Tampoco pudo determinar si la voz que oía pertenecía a Kat.

Oso volvió a tocar la puerta, con suavidad, menos intimidante. La C del medio se movía de un lado a otro con cada golpe contra la puerta de núcleo sólido. La mayor parte del revestimiento de latón se había desprendido del cartel.

Unos momentos después, la puerta se abrió y unos ojos grandes y oscuros lo miraron fijamente. El chico estaba a la altura del pomo.

En francés, Oso dijo —Lamento molestarlo a esta hora. ¿Está Pierre?

El niño dijo: —¿Pierre? No hay ningún Pierre aquí.

Su madre, presumiblemente intuyendo que algo no iba bien, apareció. Parecía tener unos 40 años, cabello y rasgos oscuros y complexión robusta. —¿Puedo ayudarte?

Oso se inclinó hacia atrás y verificó que ese era el apartamento correcto. —Estoy buscando a un viejo amigo mío. Un hombre llamado Pierre Allard. Me dijeron que vivía aquí.

—Tal vez sí —dijo. —Me mudé hace apenas una semana. —Vio cajas abiertas y sin abrir alineadas en el pasillo detrás de ella. Levantó la mano y movió un dedo frente a su cara. —Pero tal vez tenga algo que pueda ayudar. Por favor, entre.

Demasiado confiada, pensó, para invitar a un hombre de su tamaño a entrar. Siguió a la mujer por el pasillo oscuro y estrecho, evitando los contenedores que se interponían en su camino. La pasta y la salsa de tomate saturaban el aire. Uno de sus platos favoritos desde que era niño y su madre preparaba la comida todos los domingos desde cero con tomates que cultivaban en el terreno contiguo.

La mujer lo condujo a la cocina. Una olla alta de plata hervía y silbaba cuando el agua alcanzaba las llamas del quemador. La salsa de tomate roja burbujeaba y las bolsas de aire estallaban y arrojaban pequeñas gotas de salsa.

Ella debió haberlo sorprendido mirando la comida. —Puedo prepararte un plato. Está casi listo.

Oso sonrió y se dio una palmadita en el estómago. —Aprecio la oferta, pero realmente no puedo quedarme. Tengo a alguien esperándome.

Ella se encogió de hombros, se giró y tomó un libro que estaba sobre su estante.

—Dejaron esto atrás, —dijo, extendiendo el brazo hacia Oso.

—¿Ellos?

—Supongo que estaban casados o eran pareja —dijo señalando el libro. —Ábrelo. Mira.

Oso levantó la tapa y hojeó docenas de fotografías de Pierre y Kat. Algunas eran del pasado. Otras eran recientes. Pierre en una cama de hospital, Kat a su lado. Su fisioterapia. Kat a su lado. Sentado en la mesa del comedor frente a la que estaba Oso. De nuevo, Kat al lado de Pierre. Tal vez Kat había preparado el libro para Pierre para su regreso a casa, pero lo dejaron en el apartamento después de que él decidiera dejar el lugar.

—¿Y no tienes idea de a dónde fueron? —preguntó.

Ella se encogió de hombros y levantó las palmas de las manos. —Lo siento. Un agente encontró este lugar para mí. Quizás él lo sepa.

Oso llegó a la última página del pequeño álbum. Se deslizó un papel, que antes estaba sujeto por la última página y la tapa posterior. Oso se agachó para cogerlo.

—Creo que tengo todo lo que necesito, —dijo girándose hacia el frente del apartamento.

Ella corrió tras él. —Por favor, llévate este álbum de fotos. Si los encuentras, estoy segura de que querrán tenerlo.

Oso aceptó el libro y luego bajó por la escalera, dejando atrás el olor de Italia. Consideró tirar las fotos a la basura, pero por alguna razón no lo hizo. Cuando pasó frente a la puerta principal del edificio, se le hizo un nudo en el estómago y se negó a relajarse hasta que vio a Mandy al otro lado de la calle.

A toda prisa, esquivó el tráfico y entró en el restaurante. Se reencontró con Italia, pero sólo por un momento.

—Vamos, tenemos que irnos —dijo.

—No voy a ir a ninguna parte, —dijo.

—¿Qué?

—No hasta que digas que lo sientes.

—Niña, no tengo tiempo para esto. Tenemos que llegar a la estación de tren.

Mandy se giró hacia el mostrador, bajó la cabeza y se llevó otra cucharada de helado de vainilla a la boca.

Oso respiró profundamente, dio un paso adelante y colocó su gran mano sobre su hombro. —Lo siento, Mandy. A veces me pongo nervioso cuando la situación es intensa. Estoy trabajando en ello.

Ella giró la cabeza hacia la izquierda y lo miró. —¿De verdad vas a enviarme a un internado?

—¿Es eso lo que quieres?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces no lo haré.

Ella tomó un último bocado de su helado y luego saltó del taburete. —¿A dónde vamos?

—Nisa.

—¿Que hay ahí?

—Pierre.

Y Kat.

CAPÍTULO 17

WASHINGTON, D.C

Brett entró en su apartamento, dejo la unidad USB en la mesa de la cocina junto a su portátil y luego se fue a ducharse. Durante cuatro horas, la unidad y el ordenador permanecieron sobre la mesa como si se hubiera olvidado de ellos. Por supuesto, no era así. Y los archivos no podían permanecer sin abrir durante mucho tiempo. Dependiendo de la logística del trabajo, dos semanas podrían ser tiempo suficiente. O podría no ser suficiente.

Sin mirar la información del objetivo, ya había comenzado a trazar un plan. Ballard había mencionado que sería prudente ir tras uno de los asociados del objetivo en un intento de sacarlo a la luz. Una mujer, presumiblemente, sería la mejor opción. La mayoría de los hombres no podían refutar su lado irracional cuando una mujer que les importaba se encontraba en una situación peligrosa, ya fuera real o percibida.

Recurrió a las noticias de la noche como una forma de postergar la tarea. No tenían nada que destacar. Sus versiones de algunos hechos eran completamente erróneas, pero la mayoría no lo sabría. Tampoco aceptarían la verdad si se la presentaran.

Brett preparó una cena a base de pollo y judías verdes, comió y, tras limpiar su plato, se sentó a la mesa de nuevo con una cerveza

en la mano. Era la primera que bebía en dos semanas. La gasificación le quemaba mientras el alcohol se deslizaba por su garganta. Exhaló y tomó otro trago.

Luego, dejó la botella y encendió su computadora. Revisó la memoria USB, primero escaneándola con un dispositivo destinado a detectar errores o dispositivos de rastreo. La memoria estaba limpia. La insertó en la computadora y comenzó a examinar los archivos, comenzando con las imágenes.

Le tomó un momento reaccionar.

—Hijo de puta.

El rostro que lo miraba era uno que conocía. No muy bien, pero los dos hombres habían sangrado juntos, en algún momento, en las circunstancias más extrañas.

En 2007, Brett había sido elegido para ser ejecutado. La orden se había originado de un joven líder de una célula terrorista siria que vivía en Francia. Cuatro años antes, el hombre había sido un estudiante universitario en los EE. UU. También formaba parte de una célula durmiente en ese momento. Estaba dispuesto a dar su vida para matar a estadounidenses inocentes en un ataque coordinado que nunca se llevó a cabo. En gran parte gracias al SIS. Y el destino quiso que el tipo responsable de expulsar al terrorista recibiera más tarde la orden de eliminar a Brett.

Pero la vida, como suele suceder, tenía planes diferentes para los tres hombres.

El terrorista Bashir al-Sharaa se hizo conocido en Francia en poco tiempo. En doce meses logró más de lo que otros hacen en cinco años. No sólo tenía una célula fuerte en París, sino que tenía satélites y agentes encubiertos repartidos por toda Europa, y la expansión estadounidense estaba en marcha.

En aquel momento, Brett dedicó el noventa por ciento de sus recursos a rastrear a Al-Sharaa. El afán por llevarlo ante la justicia consumió su vida. Se había infiltrado en el grupo de Al-Sharaa en París con una persona de su confianza. No sólo le proporcionó información sobre la célula de París, sino que también había trazado un marco para la operación y había comenzado a determinar la identidad de las personas a las que Al-Sharaa informaba. No se

podía hacer nada hasta que Brett tuviera la información que lo llevara al siguiente nivel. Desafortunadamente, la mujer fue asesinada a plena luz del día, cuando estaba a punto de establecer la conexión. Sus pecados habían sido descubiertos. Y la participación de Brett era conocida.

Al-Sharaa concertó acuerdos no con uno, sino con dos contactos distintos que tenían el alcance y la capacidad de asesinar a un hombre como Brett. Ambos estuvieron a punto de lograrlo. Uno era un agente del FBI que, curiosamente, tenía estrechos vínculos con Al-Sharaa y Brett. Joe Dunne había estado casado con la hermana adoptiva de Brett, Reese McSweeney. Dunne también había utilizado a Al-Sharaa como un activo cuando el hombre estaba en Estados Unidos como estudiante. El otro que dio el golpe fue un político que contrató al SIS, y, finalmente, a un hombre llamado Jack Noble, para que se encargara del trabajo.

Al final, resultó que Noble descubrió la farsa detrás de la operación y salvó la vida de Brett.

Se decía que Noble también había destituido al político, aunque el resto del mundo pensaba que el tipo tuvo un infarto.

Y ahora, como quiso el destino, Brett Taylor miraba el rostro del hombre que había arriesgado todo para salvar a Brett en 2007.

Por eso dudó. Brett no lo sabía en ese momento, pero no fue tan enérgico al adquirir la memoria USB de Ballard ni la abrió de inmediato, porque de alguna manera, sabía que Noble era el objetivo.

Un asesino profesional que atraviesa una crisis de moralidad se ve llevado por un camino que no tiene un resultado diferente que su propia muerte.

El mentor de Brett había dicho esas palabras cientos de veces. Si se enfrentaba a una situación en la que sentía que no podía completar el trabajo, por cualquier razón, tenía que dar marcha atrás. Una vez que la idea se había concretado, no había forma de evitar las consecuencias negativas asociadas a ella. Si continuaba, Brett estaría mirando por encima de su hombro y preguntándose si involucrarse era lo correcto.

No era un buen escenario a la luz de las ejecuciones que el lado oscuro del gobierno había estado ordenando.

Brett sabía que, si rechazaba el trabajo después de ver los detalles, podía contar con que alguien como él lo visitaría.

De cualquier manera, estaba jodido.

—Tranquilízate, —murmuró.

Dejó la foto de Jack a un lado y hojeó los documentos. En ellos figuraba la última ubicación conocida de Noble.

Nueva York.

Donde había estado anteriormente.

Londres.

Con quién había trabajado mientras estuvo allí.

Tanto el MI5 como el MI6.

Mencionada al primer ministro británico. Se detallaban los cinco años anteriores, una vida de trabajar para el mejor postor, respondiendo al dinero, sin ningún sentido de propósito superior. No fue sino hasta el año pasado, cuando Jack se reencontró trabajando con, y no para, el SIS. Documentos clasificados detallaban cómo Noble ayudó a orquestar el desmantelamiento de una célula terrorista respaldada por el gobierno ruso y de un general corrupto llamado Ivanov, que estaba involucrado en operaciones de arriba a abajo.

Un largo trago acabó con la botella de cerveza. Brett se levantó, la tiró a la basura, abrió otra y la llevó afuera. La terraza daba al oeste, con vistas a una extensión de hormigón y asfalto. La jungla moderna. El sol estaba bajo en el cielo, generando colores rojos, naranjas y violetas que se extendían por el horizonte y pintaban los edificios. Una brisa constante, cargada de humo y gases de escape, soplaba hacia él. La botella parecía sudar en su mano. La colocó en un portavasos fijado a una de las sillas.

Inclinado sobre la barandilla, pensó en su próximo paso. Jack Noble le había perdonado la vida. ¿Por qué? Simplemente porque Brett y su hermana adoptiva, Reese, le habían dado su palabra. Solo por esa razón, el trabajo no podría completarse. Pero Brett no podía rechazarlo por razones que ya había considerado.

Reflexionó sobre la documentación que respaldaba la imagen. El Jack Noble que él conocía y el retratado en las paredes digitales no eran el mismo hombre. Ninguno de los dos era un niño del coro, y Brett lo sabía. Sin embargo, había una línea que no debía cruzar.

Noble había cruzado esa línea y había dejado atrás cualquier atisbo de código moral.

Por eso, su muerte podría ocurrir y no le pesaría ni un poco a Brett.

Mierda.

Nada de lo que Noble había hecho en los seis o siete años anteriores podía compensar la deuda que Brett tenía con él. Además, había pruebas de que el tipo se había redimido de alguna manera. Cuando llegó el momento, hizo lo correcto por su país.

Bebió la segunda botella más rápido que la primera. Tres o cuatro más y podría sentir los efectos del alcohol recorriendo su organismo. A pesar de esa posibilidad, Brett volvió a entrar en el apartamento y abrió una tercera cerveza. Cuando estaba al final de esta, volvió a la mesa de la cocina y revisó otros documentos en la unidad de disco. La segunda mitad contenía información sobre los asociados de Noble. Los que tenían o podrían tener conocimiento interno de las cosas que había hecho con el SIS.

El primer nombre era uno que Brett recordaba. Riley Logan, como Brett lo recordaba, era un hombre enorme, apodado Oso, muy acertadamente. Había estado con Brett cuando los hombres de Joe Dunne lo secuestraron. En ese momento pensó que habían matado a Oso. Probablemente deberían haberlo hecho. La ubicación actual del grandulón era desconocida. Ese era el primer problema. El segundo, era que, si Brett planeaba atraer a Noble, utilizar a un ex soldado de operaciones especiales de un metro ochenta y seis era una mala idea. Oso podía cuidar de sí mismo y lo haría. Y no tendría reparos en eliminar a Brett de la escena si se presentaba algún peligro.

Continuando, se encontró con algunas páginas dedicadas a Clarissa Abbot. Noble había servido a las órdenes de su padre mientras estaba en la Marina como parte de una misión especial trabajando junto a agentes de la CIA. Después de la muerte del

padre de Clarissa, Jack la cuidó. La línea de tiempo se volvió turbia hace aproximadamente un año. Clarissa había hecho una transición en su vida, pero no era obvio en qué. Algo había estado impreso, pero luego fue eliminado del archivo. Brett tomó nota de hacer un seguimiento y averiguar en qué estaba involucrada. Si se trataba de atender un bar, no habría razón para ocultar su ubicación actual. No era como el archivo de Oso, donde no lo sabían. Alguien lo sabía, pero no revelaría la información. En lo que respecta a Brett, Noble ya tenía una afinidad por cuidar de la mujer. Todo lo que Brett tenía que hacer era ponerla en peligro, y Jack vendría.

A continuación, leyó el expediente de una mujer llamada Sasha Kirby, una agente de alto rango del MI6 que iba camino de convertirse en directora. Jack trabajó con ella durante unos meses mientras estuvo en Londres. Ella había intentado mantenerse en contacto con él después de que regresara a Nueva York. Los registros telefónicos indicaban que las solicitudes no habían sido correspondidas. Sasha era un mal objetivo potencial en esa etapa. Si bien estar en la lista la hacía susceptible de ser eliminada, usarla, para atraer a Noble, probablemente llevaría a Brett a una prisión del Reino Unido. Y eso no era lo ideal.

Cuando pasó al siguiente objetivo, a Brett se le hizo un nudo en la garganta y otro en el estómago. Había pensado que Clarissa era la respuesta obvia, pero no lo era. Pero ¿podría Brett enfrentarse a ese objetivo? ¿Podría retenerlos durante el tiempo que fuera necesario para involucrar a Noble?

Dejó el archivo, terminó la cerveza y tomó otra. No tomó una decisión hasta que la botella estuvo vacía.

Había que hacerlo.

La vida de Brett era más valiosa que la de Jack y la de cualquier otra persona en el archivo.

El trabajo estaba en marcha.

Y la hija de Jack Noble y su madre serian la forma de hacer salir a Jack Noble.

Y fin del juego.

CAPÍTULO 18

CIUDAD DE NUEVA YORK

El resplandor naranja se elevaba desde el horizonte de hormigón y se expandía hacia el este y el oeste, atravesando las amplias ventanas e iluminando y tiñendo la oficina de Charles.

Entre trabajar con sus contactos en el FBI y la policía del estado de Nueva York, y perder el tiempo mirando por la ventana para ver si había agentes federales vigilándolo, Charles había logrado muy poco durante el día. Por eso, a las nueve y media de la noche de un viernes, estaba sentado detrás del imponente escritorio de caoba de su oficina, al otro lado de la calle del parque Washington Square.

No había logrado pasar por el complejo de Queens esa tarde. La tarea de verificar a los lugareños se había convertido en un ritual vespertino. Supuso que nadie extrañaba su presencia dominante. Cuando llamó a Trevino para que lo actualizara, todo lo que recibió fueron preguntas del capitán sobre los tres hombres desaparecidos: Endrizzi, Milano y Paolo. Charles se mostró tímido y le dijo a Trevino que debían haber hecho un viaje a uno de los casinos de la reserva. Lo mejor era ceñirse a una historia, y esta situaba al trío en el norte del estado. Trevino no tenía más respuestas. Tal vez sabía algo y se contuvo.

Se produjeron llamadas similares a última hora de la tarde y a primera hora de la noche. Charles confirmó la historia del casino a todos con los que habló, lo que dejó suficientes dudas como para evitar que se enteraran de lo que realmente había sucedido esa noche. ¡Diablos, no quedó claro en ese aspecto!

Charles se levantó de su silla después de hacer una sexta llamada sin respuesta al detective Harris, y se volvió hacia la ventana panorámica que daba al parque y a los altos edificios del Alto Manhattan. Los amantes se demoraban en los bancos. Las sombras pasaban rápidamente junto a la fuente y desaparecían bajo el dosel verde oscuro. Los coches pasaban por la calle. No importaba la hora del día o de la noche, siempre había tráfico. Al menos, los sonidos de las bocinas y los motores no se filtraban por las ventanas. También fluía tráfico peatonal por las aceras.

Se concentró en cualquiera que permaneciera inmóvil. De la media docena que vio, ninguno le devolvió la mirada ni miró hacia la entrada del edificio. Al menos, nadie visible. Tal vez la necesidad había desaparecido. Lo habían visto salir del edificio y luego regresar a él. No había mucho más que reconstruir. No importaba para qué agencia trabajaba el tipo que lo estaba viendo hablar con Harris.

Por lo que Charles sabía, ellos podrían estar parados afuera de su puerta en ese momento. Había enviado a sus asistentes a casa temprano, y los pistoleros a sueldo no se quedaron mucho más tiempo. Su contrato establecía de nueve a cinco, y lo cumplían. Cuando Charles planteó una preocupación, ellos dijeron algo sobre los sindicatos y se marcharon. Después de eso, había considerado traer a alguien de la organización, tal vez rotar a un par de tipos de confianza. El problema era que, no podía confiar lo suficiente en nadie en esta etapa, como para que lo protegieran mientras estaba sentado tras puertas cerradas. Todavía quedaba disidencia desde el asesinato de Feng, aunque ya habían purgado a la minoría vocal. Pero eso no significaba que todos los que se oponían se hubieran ido. Si traía al tipo equivocado a la oficina, eso podría significar una bala o barras de hierro en el futuro de Charles.

De pie, frente al espejo, volvió a marcar el número del detective. Las llamadas anteriores se habían hecho desde la línea de la oficina.

Tal vez Harris las había ignorado, porque no había reconocido el número. Diez timbres después, esa teoría quedó refutada.

—¿Dónde estás, Harris? —Charles pasó junto a su escritorio en dirección al baño. A mitad de camino, notó un cambio en la luz bajo la puerta de la oficina. Un movimiento. Charles se detuvo y se dio la vuelta. Las sombras ahora bloqueaban la mitad de la luz que pasaba por debajo. Dio un paso atrás, hacia su escritorio, donde se arrodilló para ver mejor.

Seis zapatos. Tres hombres. Afuera de su oficina.

Alguien llamó a la puerta.

Charles se levantó, dio otro paso atrás y no dijo nada. Extendió la mano derecha y abrió el cajón superior del escritorio. Allí estaba su Glock 21, calibre .45. Un disparo. Un hombre detenido en seco. Repetir dos veces más antes de que llegaran a él y dar por finalizado el día. Agarró la pistola con fuerza, la levantó y apuntó a la puerta.

Otro golpe, tres golpes fuertes, esta vez seguidos por un tipo que gritó —Sabemos que estás ahí, DeCosta. Abre. Solo queremos hablar.

Habla como un verdadero federal.

Uno de ellos tenía que ser el agente federal que Charles vio en el parque. Tal vez los otros también habían estado allí. Dios mío, ¿y si hubieran sido cuatro? ¿Habían seguido a Harris después de la reunión? El detective se desharía de Charles más rápido que una prostituta barata. Mierda, pensó, ¿y si uno de los que estaban allí ahora *era* Harris?

La oficina de Charles no tenía otra salida. La única opción era atravesar la puerta que ahora estaban bloqueando los tres hombres. Más allá de ese punto, había una segunda vía de salida. Cuando alquiló el lugar, pensó que el peor escenario al que se enfrentaría sería que alguien estuviera en el pasillo principal. Las medidas de seguridad que había implementado deberían haber impedido que los hombres llegaran a la puerta de su oficina. Alguien había cometido un error y había dejado la entrada principal sin llave.

O bien, los chicos tenían una orden judicial y la administración del edificio les había dejado entrar.

—Vamos, DeCosta, —dijo el hombre. —No hagas que esto sea más difícil de lo que tiene que ser.

Charles deslizó el monitor de su escritorio hacia el extremo derecho, lo que le permitió ver claramente la puerta, y luego se sentó. Metió la mano debajo del escritorio, apartó los cables y presionó un botón. La puerta se abrió. Los tres hombres podían entrar, pero con las condiciones de Charles y a distancia.

—Está abierto.

La puerta se abrió un poco. Una franja de luz cada vez más densa inundó el suelo y cubrió su escritorio. Un hombre avanzó y entró en la oficina. Los otros dos se quedaron atrás. A primera vista, Charles no reconoció a ninguno de ellos como el tipo que había visto en el parque.

—¿Quién coño eres tú? —Charles mantuvo la pistola debajo del escritorio, apuntando al hombre que estaba al frente. Un solo disparo prácticamente le amputaría la pierna a la altura de la rodilla.

El hombre dio un paso adelante hasta que la luz natural restante lo cubrió. Su cabello gris, muy corto, enmarcaba un rostro esbelto y cincelado. Tenía una figura que le hacía juego. Los bolsillos de sus pantalones cargo oscuros parecían vacíos. No sostenía nada en sus manos y nada sobresalía de su camisa. O bien llevaba la pistola escondida detrás de la espalda, o bien confiaba su vida a los otros dos hombres.

Charles desvió su atención del hombre mayor hacia los dos tipos que lo seguían. Eran copias exactas, pero más jóvenes. Los hombres no parecían agentes federales. No, eran mercenarios.

Charles repitió su pregunta.

—¿Puedo sentarme? —dijo el hombre.

—Sólo después de que me digas quién eres.

—Mi nombre es Merrick.

—No significa nada para mí.

—Eso es algo bueno, señor DeCosta. Créame, lo es. —El hombre irradiaba confianza de manera tranquila. Le recordó a Charles a los muchachos mayores que eran elementos básicos de la organización de Feng durante los primeros años de Charles.

—Ahora es el señor, ¿no? —Charles levantó bruscamente la mano izquierda, probando a los tres hombres. Los hombres no se inmutaron. Charles continuó —¿Y con quién está usted, señor Merrick?

—¿Yo? Ya no estoy con quien solía estar. Soy una especie de don nadie para la mayoría. Un alguien para muchos otros. Algunos piensan que estoy jubilado. Otros suponen que trabajo para el mejor postor. Es cierto que me jubilé durante un tiempo, pero no me convenía quedarme sentado. Así que estoy incursionando de nuevo.

—¿De qué carajo estás hablando? —Charles se movió en su asiento.

—¿Está bien si me siento ahora?

—Envíalos fuera de la oficina.

Merrick se volvió y habló en voz baja a los dos hombres más jóvenes. Ellos asintieron y luego desaparecieron. Unos momentos después, la puerta exterior se abrió y se cerró.

—¿Feliz?, —preguntó Merrick.

Charles asintió y señaló una silla vacía frente a él. Nada por encima o por debajo del escritorio obstruía el camino desde su pistola hasta el asiento en el que se sentó Merrick.

—Lamento haberme puesto tan teatral, —dijo Merrick. —Antes, durante el día, en el parque, y ahora. Teníamos que asegurarnos de que eras tú con quien estábamos tratando. No se pueden cometer errores en asuntos como estos.

Asuntos como estos, en verdad.

Charles sopesó las posibilidades. ¿Para qué habría venido a verlo un hombre como Merrick? ¿Los federales se estaban preparando para atacarlo? ¿Se trataba de una extorsión? ¿Cuánto tiempo tendrían que andarse con rodeos para llegar al meollo del asunto?

—No hay problema, —dijo Charles. —Lo vi en el parque mientras estaba reunido con un socio mío.

—¿Te relacionas a menudo con detectives corruptos?

—¿Ese tipo es corrupto? Tal vez debería ponerme en contacto con el jefe y hacérselo saber. —Charles tomó el teléfono de su escritorio. —Tengo su número en mi marcado rápido.

Merrick sonrió mientras apoyaba el antebrazo sobre el escritorio y se inclinaba hacia delante. —Ambos sabemos que no es necesario.

—Mira, esto es divertido y todo eso, pero llego tarde a una reunión. ¿Por qué no vas al grano?

—Está bien, señor DeCosta. Hablemos de un par de cadáveres que alguien intentó convertir en una barbacoa en el norte del estado.

Charles sacudió la cabeza. —Hombre, parece que cada semana oímos algo así, ¿no? Es una lástima lo que está pasando en el mundo.

—No te metas conmigo.

—No te metas conmigo.

—Por orden tuya, esos hombres viajaron con un tercer tipo. Tal como yo lo veo, tú eres el responsable último de sus muertes. La policía estatal está logrando que las cosas no se compliquen demasiado. Una vez que se determine que los tipos son criminales profesionales, ese camino llevará directamente a ti. Probablemente te entreguen a los federales. Ahora mismo, tienes a un policía corrupto dispuesto a cubrirte en esto. Puedo hacer que sea irrelevante. De hecho, puedo hacer que la situación desaparezca por completo.

Charles se inclinó hacia atrás y dejó que la Glock saliera a la superficie por primera vez. Merrick no reaccionó a su presencia. Charles no se molestó en preguntar por qué.

—¿Cuál es tu ángulo, Merrick?

—Necesito su ayuda, señor DeCosta.

—¿Con quién?

—Jack Noble.

Charles se pasó la mano por la cicatriz de la mejilla. —¿Qué pasa con él?

—Sin entrar en demasiados detalles, lo necesito muerto. Mi investigación indica que no te importaría que muriera. El problema es que su muerte no puede parecer un asesinato cometido por mí o mi equipo. Tampoco puedo permitir que simplemente lo mates. Si resulta que lo permití, nunca volvería a ver la luz del día. Tiene que

parecer que estuvo involucrado en algo en lo que no debería haber estado.

Charles no dijo nada.

—El tercer hombre mató a los otros dos y escapó, ¿verdad?

Charles se reclinó y se pasó la mano libre por la base del cráneo, rascándose el pelo corto que tenía allí. —Hijo de puta. Todos ellos.

—Este tipo podría causarte problemas, ¿no?

Charles bajó la cabeza y no dijo nada.

—¿Cuál es su nombre y número de teléfono celular, si lo tienes?

¿Cuál era el objetivo de este tipo? Había hablado mucho hasta ahora, pero ¿realmente tenía algo contra Charles? Aparte de saber su nombre, la situación en el norte y la naturaleza corrupta del detective Harris, Charles no sabía nada sobre el hombre. Lo estudió por un momento y luego dijo —¿Por qué?

—Estoy tratando de ayudarte. Pero tú solo me lo impides haciéndome preguntas.

—Tienes que entender, —dijo Charles, —que no te conozco. Por lo que sé, podrías estar tomándome el pelo. Intentando tenderme una trampa.

—No necesito tenderte una trampa, DeCosta. Ya te has jodido a ti mismo. Si no quieres ayudarme, que así sea. Pero créeme, llamaré a otro departamento que tiene una unidad estacionada a menos de cuatro cuadras de aquí. Te detendrán antes de que te des cuenta, y esta gente no sabe lo que significa la fianza.

—Acusaciones falsas. No me retendrán por mucho tiempo.

Merrick sonrió mientras se acercaba más. —¿De verdad quieres correr ese riesgo?

Charles no lo hizo. Dijo: —Paolo Almeida, —luego, sacó su teléfono celular y leyó el número de Paolo.

Merrick asintió y llamó. Repitió el nombre y el número de Paolo, y después de unos minutos y varias respuestas afirmativas y negativas, le respondió: —Sí. —Finalmente, bajó el teléfono y le sonrió a Charles.

—La última posición conocida fue a una milla de Ítaca, Nueva York, esta mañana alrededor de las cinco. La señal se corta allí, pero la investigación descubrió que es copropietario de una casa dentro

de los límites de la ciudad de Ítaca con una mujer llamada Esmeralda. También una Almeida. Yo diría que es probable que sea ahí donde se encuentra tu hombre ahora mismo.

Charles consideró echar a Merrick de su oficina y llamar a su equipo de Buffalo. Según el mapa que tenía en la cabeza, podría enviarlos a encargarse de Paolo y de cualquiera que estuviera cerca del tipo en una hora. Pero Merrick había demostrado ser útil hasta el momento y Charles no pudo evitar preguntarse qué otra información podría tener el tipo.

—Sé lo que estás pensando, —dijo Merrick. —Pero en el tiempo que te lleva llegar a tu auto, podemos tener a alguien a medio camino. Y si intentas engañarme, arrestaremos a tu hombre y lo haremos testificar en tu contra.

Charles se levantó, con el brazo extendido y la pistola apuntando a la cabeza de Merrick. La ira se había apoderado de él.

—¿Quién demonios te crees que eres para irrumpir en mi lugar de trabajo de esta manera y amenazarme? ¿Eh?

Merrick sonrió y no dijo nada. El tipo no parecía inmutarse ante la perspectiva de recibir un disparo en la cabeza.

Charles miró el regazo del hombre, donde una pantalla de teléfono celular iluminada contaba los segundos que llevaba conectada la llamada.

—Mierda.

—Así es, —dijo Merrick. —Si me disparas, estás acabado. Así que, ¿por qué no te sientas y me escuchas? Tengo una propuesta que nos beneficiará a ambos.

Charles respiró profundamente. Miró hacia atrás, por la ventana, hacia las copas oscuras de los árboles que cubrían el parque que se extendía a sus pies.

—De acuerdo.

Después de que Charles se sentó, Merrick continuó —Sabemos dónde está Noble.

—¿De vuelta a la ciudad?

—Sí.

Charles meneó la cabeza y no dijo nada.

—Tenemos a alguien vigilando su edificio ahora mismo. Le vas a presentar una oferta para que se encargue de la situación de Paolo. Dile que pagarás un cuarto de millón, lo que sea, no importa. Usa una cifra que creas que lo motivará.

—El dinero no le servirá de nada a este tipo, eso te lo aseguro.

—Puedo trabajar en eso entonces. Ya encontraremos algo para chantajearlo como último recurso.

—Bueno, ¿y entonces qué?

—Nos encargaremos de ello a partir de ahí.

—¿Eso que significa?

—Que tu problema y mi problema se resolverán.

—No lo entiendo, —dijo Charles. —¿Por qué no lo matas tú si sabes dónde está?

Merrick asintió. —Sé que no tiene sentido. El caso es que necesito que lo identifiquen con certeza y que lo atrapen en un acto ilegal o peligroso. Ya me he ocupado de la identificación, pero por ahora lo único que hace es ir a museos y salir a comer. Se podría pensar que es un boy scout o algo así.

—Eres un fantasma, —dijo Charles.

Merrick no dijo nada.

—Matas por el gobierno.

Merrick todavía no dijo nada.

Charles lo pensó durante unos segundos. —¿Sabes?, tiene muchos contactos. El tipo de gente que podría saber que estás planeando algo. ¿Qué vas a hacer cuando se entere?

—¿Cuándo? ¿Quieres decir si es así? Nadie se está comunicando con él en este momento. En el momento en que tuvimos la identificación positiva de Noble, bloqueamos la mayor parte del tráfico hacia su teléfono celular. Estoy seguro de que alguien se enteró. Pero nunca se comunicarán con él. Y a nadie le importa lo suficiente como para buscarlo más allá de una llamada telefónica.

Charles se frotó la barba corta que le cubría el mentón y la mandíbula. La operación parecía plausible. Y aunque Noble no era un gran problema en estos días, no sería malo deshacerse de él por completo. El Viejo cometió un error al mantener a Jack cerca mucho

después de la fecha de vencimiento del tipo. Charles no quería sufrir el mismo destino que Feng.

Merrick volvió a llevarse el móvil a la oreja. Pasaron unos segundos y dijo: —¿De verdad? Eso parece una suerte increíble para nosotros. Pon a alguien en camino a Londres ahora. Quiero a alguien en ese avión.

—¿Qué pasa? —preguntó Charles en respuesta a la sonrisa de Merrick.

—¿Sabías que hay una joven de Noble corriendo por ahí?

Charles buscó en su memoria. No encontró nada. Se encogió de hombros como respuesta.

—Parece que ella y su madre se embarcarán en un viaje de Londres a Tenerife mañana, y resulta que alguien las seguirá. —Se colocó ambas manos detrás de la cabeza y se reclinó en la silla. —Ahí tiene su cebo, señor DeCosta.

Antes de irse, Merrick le ofreció a Charles tres formas de comunicarse con él: un teléfono celular, mensajería segura a través de un programa y una dirección de correo electrónico segura. Charles dudaba que alguna de ellas fuera viable dentro de cuarenta y ocho horas.

—Este tipo me jode, y está muerto. No tiene idea de con quién se está metiendo. —Se dio la vuelta en su silla y miró hacia el parque. Un minuto después, Merrick y los dos hombres más jóvenes cruzaron la calle, pasaron junto a la fuente y desaparecieron bajo la protección del oscuro follaje.

Charles se dio la vuelta y fue al baño. El agua helada le corría por las manos ahuecadas. Se echó un poco en la cara, aliviando momentáneamente la tensión. Mientras el agua le goteaba por la barbilla y la mandíbula, tomó una toalla y se secó la cara, dándose golpecitos en los ojos para no soltarse una lentilla. Se quedó mirando la cicatriz que le recorría la mejilla. Pensó en el hombre que se la había causado.

Jack el Noble

Charles no necesitaba que ningún agente federal lo amenazara para que aceptara el trabajo. Diablos, él mismo se encargaría de ello si eso significaba la muerte de Noble.

CAPÍTULO 19

WASHINGTON, D.C

Clarissa y Beck regresaron a DC a última hora de la tarde después de seguir algunas pistas falsas. En el camino de regreso, Beck recibió una llamada del agente especial del FBI Howell, un hombre con el que había trabajado en ocho casos anteriores. Howell, y su compañero Shelton, habían estado investigando la organización mucho antes de que Charles DeCosta la dirigiera. Estaban comprometidos a desmantelarla y, por lo tanto, estaban dispuestos a ofrecer a Beck todos los recursos a su disposición.

Acordaron reunirse esa noche en la oficina de Beck, en DC.

Antes de que llegaran, Beck le advirtió que no se acercara demasiado ni diera demasiada información. —No importa cuán de cerca trabajemos con otra agencia o entidad, siempre tienen sus propios planes. Recuérdalo. Serán tus amigos hasta que ya no tengan que serlo.

Los agentes del FBI llegaron con veinte minutos de retraso. Clarissa casi se había quedado dormida cuando los agentes de seguridad llamaron a la puerta abierta de la oficina de Beck.

El primer hombre que entró se presentó como Howell. Era un hombre imponente, alto y fornido, de raza negra. Ella se levantó

para presentarse y lo encontró casi una cabeza más alto que ella.

Shelton había sido creado a la imagen que Clarissa tenia de los agentes del FBI. Un poco más alto que la media, cabello castaño, corto y con raya al costado. El típico chico americano convertido en héroe.

Desconfió de él inmediatamente. Había visto pasar a muchos tipos como él por los lugares donde había trabajado. Debajo de su apariencia perfecta se escondía un idiota al acecho.

Beck presentó a todos y todos tomaron asiento.

Howell no perdió el tiempo con charlas intrascendentes. —Tenemos a un tipo al que creemos conveniente investigar. Se llama Scott Hood. Lleva un par de años en Anderson. Charles DeCosta se volvió contra él para salvar su propio pellejo.

—¿Anderson? —preguntó Beck mientras golpeaba el borde del escritorio con el lápiz. —Ese es un agente federal de cuello blanco, ¿no?

Shelton dijo: —Sí. Si lo que sabemos es correcto, estaba involucrado en lavado de dinero, esquemas impositivos y era uno de los tipos que dirigía la operación de falsificación.

—Tal vez puedas sacarle algo, —dijo Howell.

—¿Por qué nos lo cuentas? —preguntó Clarissa. —¿Por qué no le preguntas tú mismo?

Howell miró a Beck, quien enarcó una ceja y asintió. Luego se movió en su silla y se volvió hacia Clarissa. —No quiso hablar con nosotros. Tal vez porque odia al FBI. Pero la razón más probable es que no podíamos ofrecerle nada.

—¿Y nosotros podemos? —miró a Beck.

Él asintió.

Howell dijo: —Hood estará en un campamento de verano prolongado durante mucho tiempo, agente Abbot. Estoy hablando de casi dos décadas.

—Si tiene la información correcta, —dijo Beck, —quizás podamos reducir parte de ese tiempo.

Howell levantó las manos y, riendo, dijo: —Oye, no escuché eso.

La sonrisa de Beck parecía una cortesía hacia el otro hombre.

—Bueno, creo que deberíamos irnos. —Howell rodeó con sus manos los brazos de la silla y se incorporó. —Enviaré por correo electrónico todo lo que tenemos sobre el tipo, para que puedan prepararse.

—Envíamelo esta noche, —dijo Beck.

Howell y Shelton se marcharon solos. Clarissa se quedó atrás. Esperó hasta oír que el ascensor anunciara que había llegado al primer piso.

—¿Cuándo debemos ir?

—Tendré que conseguir la autorización y quiero revisar la información. Así que estoy pensando en el domingo.

—Suena bien. Reenvíame lo que te envíen. ¿De acuerdo?

Él asintió mientras ella se levantaba y salía al pasillo.

—¡Oh, Clarissa! —gritó. —Casi lo olvido. Te voy a buscar mañana a las siete de la noche.

—¿Siete? ¿Para qué?

—Las últimas veinticuatro horas han sido muy agitadas, con tu revisión de los archivos de DeCosta, nuestro viaje a Nueva York y esta reunión que acabamos de tener. Quería invitarte a celebrar que hayas superado el entrenamiento.

Ella no dijo nada.

—Espero que esté bien.

Ella sonrió levemente. —Claro, está bien. Te veo mañana a las siete.

CAPÍTULO 20

LONDRES, INGLATERRA

Sasha se despertó con la cara apoyada en el reposamanos de su portátil y con su puño derecho agarrando el móvil. La niebla del sueño tardó cinco segundos en disiparse. Se sentó y pulsó el botón de menú de su Samsung, pero la pantalla no se activó.

—Maldita sea —murmuró mientras buscaba el cable del cargador. Lo localizó, pero el teléfono seguía sin encenderse. Tardaría unos minutos. Desvió su atención hacia la computadora. Afortunadamente, se había quedado dormida junto con ella y todavía tenía media carga en la batería.

Había pasado la mayor parte de la noche siguiendo pistas. La mayoría, conducían a callejones sin salida. Jack Noble había sido un fantasma durante la mayor parte del último mes. Sin embargo, eso no impidió que alguien lo vigilara. ¿Lo sabía? ¿Era porque estaba volviendo al juego? ¿O alguien lo estaba buscando?

Abrió el mismo programa de alerta que había utilizado en su oficina el día anterior. Durante la noche, mientras dormía, se había producido otro impacto en el archivo de Jack. No era una coincidencia. Algo estaba a punto de suceder y él se encontraría en medio de todo.

Un LED rojo brillaba a milímetros de la gran pantalla del Samsung. Sasha tomó el teléfono de la mesita de noche. Cuando intentó encenderlo, se le resbaló de las manos y golpeó el suelo de madera. Sasha volvió a maldecir y contuvo la respiración mientras lo alcanzaba. No sería la primera vez que arruinaba un teléfono al dejarlo caer. La mayoría de las fundas eran demasiado voluminosas para ella, ya que prefería llevar el móvil en el bolsillo y no en el bolso. De hecho, rara vez llevaba un bolso que no fuera el de su portátil. Afortunadamente, la pantalla estaba intacta y el teléfono estaba encendido. Tocó el icono correspondiente y el móvil marcó el último número al que había llamado.

—Vamos, Jack —dijo tres veces mientras el teléfono ronroneaba en su oído.

No hubo respuesta.

Tampoco buzón de voz.

Sólo un timbre constante.

Colgó y luego introdujo otro nombre en el programa: Riley Logan. Desafortunadamente, el software tenía limitaciones y, una búsqueda en el historial no siempre arrojaba una coincidencia positiva, si el nombre no había sido monitoreado previamente. La búsqueda no arrojó ningún resultado.

Tal vez tenía su información de contacto en su libreta de direcciones. Buscó en su memoria digital, pero no encontró nada. Podría haber jurado que estaba allí. Con cuatrocientos contactos en la lista, era más probable que su cerebro le estuviera jugando una mala pasada. Habían trabajado juntos por un tiempo breve, y solo porque él había aparecido en Londres el día que conoció a Jack por primera vez, en el lugar del atentado. Para obtener la información de Oso, tendría que viajar a la oficina. Un par de grandes nubes grises cruzaban con dificultad un cielo azul más allá de la ventana de su dormitorio. Mejor que el día anterior. Y como era sábado, una excursión a Legoland no le quitaría demasiado tiempo.

Ella intentó llamar a Jack nuevamente.

No hubo respuesta.

No hubo buzón de voz.

De nuevo, sólo un timbre constante.

—Dios mío, Jack, ¿dónde estás? —Se levantó, arrojó el teléfono sobre la cama y luego caminó de un lado a otro de la habitación, desde la ventana hasta la puerta y viceversa. El proceso siempre le refrescaba la memoria.

Y hoy no falló.

Elisabeth Carlisle

La ex de Jack y madre de su hija, Mia. Tal vez había hablado con él recientemente o podría comunicarse en nombre de Sasha.

Sasha corrió hacia su computadora portátil. Inició una nueva instancia del programa, presionando la tecla Shift mientras le pedía al software que cargara más rápido. Una vez que el cursor apareció en el cuadro de diálogo, ingresó el nombre de Erin. A pedido de Jack, ella había estado al tanto de Erin y Mia mientras él estaba fuera de Londres. Si alguien había accedido a su información, en cualquier lugar, Sasha lo sabría. Continuó presionando la tecla Shift mientras el programa se ejecutaba. Una rueda multicolor giraba en su pantalla, en el centro de la ventana.

Luego, se detuvo y devolvió el golpe.

Alguien había accedido al archivo de Erin en las últimas veinticuatro horas.

Sasha buscó en sus carpetas hasta que encontró y abrió otro programa. Este también era de alto secreto y lo usaba principalmente el MI5. Buscaba en varias bases de datos del gobierno y obtenía información de contacto. Además, les permitía acceder a transacciones financieras recientes a crédito, así como a los planes de viaje de una persona específica. Ingresó el nombre de Erin y esperó mientras el programa se conectaba a varias bases de datos y las recorría.

Dos hits regresaron con treinta segundos de diferencia uno del otro.

Sasha esperó otros treinta segundos a que el programa terminara su búsqueda y finalizara las operaciones. Después, hizo clic en el primer elemento: una transacción financiera. Más de dos mil libras pagadas a Air Europa. No había duda de cuál era el siguiente elemento de la lista. La abrió y encontró los preparativos del viaje para Erin, su hija Mia y Hannah, la niñera de Estados

Unidos. Salían de Heathrow en noventa minutos con destino a Tenerife.

El siguiente programa que necesitaba no estaba instalado en su computadora. Nadie que ella conociera en el MI6 tenía acceso a él, pero conocía a un hombre que sí lo tenía.

Mason Sutton respondió al tercer timbre.

—Necesito tu ayuda, Mason —dijo Sasha.

—¿Mi ayuda?, —preguntó Mason. —Sabes, me temo que esta relación se ha vuelto bastante unilateral y no creo que me beneficie en estos días.

—No tengo tiempo para esto. Necesito tu ayuda. —Hizo una pausa y luego añadió: —Y Jack también necesita tu ayuda.

El tono de Mason cambió. —¿Qué está pasando?

—Lo he estado siguiendo desde que se fue. Lo consideré necesario, especialmente a la luz de lo que sucedió en Florida.

—Sí, claro. —Mason estaba al tanto de lo que había ocurrido cuando Jack se vio involucrado en una investigación de asesinato que resultó tener importantes implicaciones en el mundo del espionaje.

—Bueno, alguien accedió recientemente a los archivos de Jack. Dos veces ya. No he podido comunicarme con él. ¿Recuerdas el número que nos dio?

—Sí.

—No para de sonar y sonar. De hecho, me gustaría que lo probaras. ¿Estás cerca de otro teléfono?

—Sí, espera un segundo. —Su móvil golpeó contra algo pesado, como una encimera o una mesa de comedor. Pasaron treinta segundos antes de que Mason volviera. —Lo mismo, Sasha. No hay respuesta, solo suena el timbre.

—Cristo.

—Entonces, ¿quién accedió a su información?

—No puedo decirlo, pero nadie debería estar investigándolo. Fue un esfuerzo bastante coordinado para eliminar gran parte de lo que podría hacerle daño. Es muy preocupante que alguien lo esté investigando.

—Bien, ¿qué puedo hacer para ayudar?

—A falta de cruzar el charco para ver cómo está, necesito que investigues la lista de pasajeros de un vuelo de Air Europa a Tenerife que sale esta mañana.

—¿Tenerife? ¿Por qué?

—Te acuerdas de Erin y Mia, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Encontré a Erin. Luego busqué en ese programa que usan ustedes los del MI5 y, bueno, me dijo que partirán de Heathrow en aproximadamente noventa minutos.

—¿Cuál es la información del vuelo?

Sasha se lo leyó.

—Está bien, —dijo. —Entonces, supongo que crees que alguien indeseable estará en ese vuelo, ¿no? Bueno, lo que haré será pasar esto por ATIPLs, obtener la lista de pasajeros. Luego compararé esos nombres y veré quién, si es que hay alguien, se destaca.

—¿Puedes hacer eso mientras te estás moviendo?

—Absolutamente. ¿Por qué?

—Nos vemos en Heathrow, —dijo. —Llega allí lo antes posible. Si tu programa devuelve algo durante el trayecto, llámame.

Sasha finalizó la llamada y luego llamó a una empresa de taxis. Le dijeron que tardaría diez minutos como máximo. Así llegaría al aeropuerto en menos de cuarenta minutos.

Se dio una ducha fría, ya que no había tiempo de esperar a que el agua se calentara. Tampoco tuvo tiempo de maquillarse después. Se puso un par de jeans gastados y una camiseta azul descolorida. Con su bolso para computadora portátil y su teléfono celular en la mano, bajó apresuradamente las escaleras, metió una taza de café frío en el microondas y tomó una manzana y un plátano de la heladera.

El taxista tocó la bocina para avisarle que había llegado cinco segundos antes de que el microondas le indicara que el café estaba listo. Vació el contenido de la taza de cerámica caliente en un recipiente de viaje y luego salió de su casa.

Evitó el contacto visual mientras se deslizaba hacia el asiento trasero y sacó su computadora portátil para indicarle que no necesitaba que la molestaran. El taxista ya sabía su destino.

En el camino, llamó por teléfono a Mason. Su parte de la conversación se expresó en términos generales.

—Nada todavía, —dijo. —Me quedan unos diez minutos.

Así era ella.

El taxista continuó su camino.

Cuando llegaron al aeropuerto, ella le pagó y salió del taxi con el maletín del portátil y el teléfono en la mano. Una vez dentro, se dirigió al mostrador de facturación de Air Europa. Mason la esperaba allí, a unos metros del laberinto acordonado por el que hacían pasar a los viajeros antes de obtener sus tarjetas de embarque.

—¿Alguna novedad? —le preguntó.

—No, —dijo ella, examinando a los pasajeros en la fila.

—Sí, bueno, tengo algo. —También observó los rostros, estudiándolos un segundo antes de pasar al siguiente, como si buscara a alguien en particular. —Hice que uno de los chicos que manejaba una terminal en la oficina investigara porque hoy la señal de mi móvil es una mierda.

—¿Y? —El corazón de Sasha latía con fuerza contra su pecho como un mazo intentando derribar una pared de bloques de cemento.

—No hay terroristas. Nadie buscado en Inglaterra ni en ningún otro lugar, al menos en los lugares donde podemos comprobarlo.

—Entonces, ¿soy simplemente paranoica?

Él la agarró de la muñeca y la condujo a un lugar vacío en la cabina telefónica.

—Encontramos un nombre, Sasha. Ex miembro de las Fuerzas Especiales de Estados Unidos. Ahora mercenario. Se llama Jared Akers.

Buscó en su base de datos interna pero no encontró nada. —¿Qué más?

—Compró su pasaje hace doce horas.

—Oh, Dios. ¿Tenemos una referencia visual?

Mason sacudió la cabeza, se agarró la nuca y miró hacia abajo. —Estamos trabajando en ello. Hasta ahora, lo han borrado de todos los archivos a los que tenemos acceso y, dado el aspecto que tienen las cosas, no me pareció apropiado espiar otras redes y avisarles.

—¿De qué les estaríamos avisando?

—No estoy seguro, pero siento que algo no está bien. Seguro que lo entiendes.

Sasha sacó su teléfono y abrió una aplicación de viajes.

—¿A quién le estás enviando un mensaje?

Extendió el teléfono para que él pudiera verlo. —No estoy enviando mensajes. Nos está comprando dos boletos para Tenerife.

—¿Qué? —Se inclinó hacia atrás y miró por encima de las paredes bajas del espacio que ocupaban. —Sasha, no puedo irme ahora.

—Solo por el fin de semana. Tengo un presentimiento terrible sobre esto, Mason. Y le dije a Jack que cuidaría de su hija mientras él no está. ¿Cómo puedo volver a enfrentarlo si algo le sucede a ella y no hago todo lo que está en mi poder para salvarla?

Mason la miró fijamente, con los labios fruncidos y sacudiendo ligeramente la cabeza. ¿Había sido tan transparente que sus sentimientos por Jack se traslucían en sus palabras?

—Escucha, —dijo. —Podemos llamar a las autoridades de allí. Ellos pueden escoltarla.

—No, escúchame. No confío en nadie más que en nosotros para que nos involucremos en esto. —Finalizó la transacción. —Además, los boletos están pagados. Ahora tienes que venir conmigo.

Se frotó los ojos con el pulgar y el índice. —Estoy armado.

—Eres del MI5. Será un honor para ellos tenerte a bordo.

—No tengo equipaje.

—Tienes dos horas. Su vuelo estaba lleno. Nosotros estamos en otro.

—No te rindes, ¿verdad?

—Nunca.

Mason sonrió brevemente. —Entonces, ¿por qué no se quedó Jack?

—¿Quién dijo que había renunciado a la idea de que volvería?

Los dos agentes se separaron durante una hora y luego se volvieron a encontrar cerca del control de seguridad. Una hora después, ya estaban sentados en el avión con destino a Tenerife.

CAPÍTULO 21

CIUDAD DE NUEVA YORK

Jack había pasado el resto del viernes mirando por encima del hombro y saltando de un taxi a otro antes de regresar, finalmente, a su edificio de apartamentos y entrar por el callejón trasero. Esperó dentro, junto a la puerta, durante veinte minutos, donde observó el camino que había tomado. Luego, se dirigió a la parte delantera del edificio y observó a alguien que se demorara entre el tráfico peatonal. Confiado en que no lo habían seguido, Jack subió las escaleras y se escondió con su Beretta en el regazo. Había hecho un par de llamadas a Brandon, primero para contarle sobre la vigilancia cerca de Central Park y, más tarde, para averiguar si Brandon había descubierto algo. Finalmente, la preocupación se desvaneció y se quedó dormido en el sofá.

Ahora, cinco horas después, se despertó empapado en sudor frío, incapaz de sacarse de la cabeza la imagen de Mia y Erin cayendo a treinta mil pies del Atlántico.

Fue sólo un sueño.

Repitió el pensamiento una y otra vez hasta que se convirtió en un mantra y los restos de la escalofriante pesadilla se desintegraron y desvanecieron en los recovecos de su mente. Durante treinta minutos intentó, sin éxito, volver a dormirse. No eran tanto las

imágenes las que persistían, sino el hecho de que tenía que ponerse en marcha para llegar a Carolina del Sur con la luz de día que quedaba. Intentar localizar a Merrick, el propietario del condominio donde había tenido la extraña reunión, en la oscuridad, en un territorio desconocido, podría resultar un problema. Lo mejor era evitarlo.

Finalmente, Jack se levantó, puso en marcha una cafetera y echó medio kilo de tocino en una sartén grande.

Mientras el café fresco goteaba y la grasa de cerdo chisporroteaba, Jack llamó a Brandon.

El hombre respondió, como si aún no se hubiera despertado. —Sé que eres un súper espía rudo y todo eso, Jack, pero algunos de nosotros necesitamos dormir. ¿Es esto importante o puedo llamarte en tres horas?

—¿Tres horas? Ya son las seis.

—¿Tu punto?

—Es importante.

—Sabes lo que tengo que pasar para levantarme, ¿verdad?

Jack imaginó al hombre alcanzando un triángulo de metal suspendido del techo y usándolo para levantarse de la cama, con sus piernas frágiles y sin vida arrastrándose detrás.

—¿Encontraste algo anoche? —preguntó Jack.

—No —Brandon dudó un momento y luego dijo, —pero tengo una computadora portátil aquí. Déjame entrar de forma remota al otro sistema y comprobarlo. Te llamaré en quince minutos, ¿de acuerdo?

—Puedo esperar.

—No, no puedes, porque no quiero oír tu respiración neandertal en mi oído mientras intento ayudarte.

Jack se rió y luego le dijo a Brandon que volvería a llamar si no tenía noticias de él antes de las seis y media.

Volvió a entrar en la cocina y sacó la olla del calentador a pesar de que el café todavía estaba preparándose. Luego dio vuelta a tocino y esperó a que se cocinara el otro lado. Una vez que estuvo listo, lo colocó en un plato grande y lo llevó junto con la taza humeante afuera.

Salir al balcón era como pasar por una toalla mojada. La temperatura del aire era agradable, incluso fresca, pero la humedad ya rondaba más del noventa por ciento. No había comido ni dos lonchas de tocino cuando se le empezó a formar sudor en las sienes y en la línea del cabello.

Utilizó el mirador y la acera soñolienta del sábado por la mañana para inspeccionar la zona en busca de posibles observadores. Por supuesto, cualquiera que estuviera allí, probablemente estaría mirando hacia arriba y lo habría visto cuando salió de su apartamento hacia la terraza. Las posibilidades de Jack de verlos serían escasas. Pero si lo hacía, sería una carrera para ver si podía llegar a ellos primero, o si ellos lograban escapar.

Pero no vio nada y el paisaje urbano permaneció en silencio.

Jack regresó alrededor de las seis y veinte, sacando su teléfono mientras cruzaba el umbral de humedad. No había llamadas perdidas. Quedaban diez minutos para la hora límite que había impuesto. Al diablo. Llamó a Brandon de todos modos.

—Todavía tengo unos minutos. Intenté llamarte, pero no respondiste.

—Nunca lo escuché sonar. Da igual. ¿Qué tienes?

—Bien, hice algunas averiguaciones para ti, Jack. Hasta ahora, no tengo nada, pero, hace unas horas, alguien hizo una búsqueda enorme en una base de datos sobre tu ex, que está allá en Inglaterra.

El corazón le subió a toda velocidad por el pecho. Sentía que le iba a romper una costilla o dos. —¿De dónde?

—Reino Unido, según tengo entendido.

—¿Puedes acotar eso?

—Tal vez. Uh, Londres, eso es seguro. Todavía estoy trabajando en el laberinto de direcciones IP para localizar la dirección. De todos modos, comprobaron las transacciones financieras recientes de Erin y sus planes de vuelo.

Jack caminaba de un lado a otro por la habitación. —Sasha tiene acceso para hacer eso, y le pedí que hiciera un seguimiento de Erin y Mia por mí, que las vigilara mientras yo no estoy.

—¿Crees que es ella?

—No sé quién más en Londres podría estar vigilándolas.

Y no sabía qué razón tendría Sasha para hacerlo un sábado por la mañana.

—Entonces, ¿eso es todo? —preguntó mientras su mente analizaba posibles escenarios. ¿Podría ser que la reunión misteriosa, un hombre en Carolina del Sur, los agentes federales siguiéndolo y alguien espiando a Erin tuvieran algo en común?

Aparte de él.

Brandon dijo: —Así parece, amigo.

—Hazme un favor y sigue buscando información. Tienes acceso a mí las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

Dejó el teléfono sobre la encimera y se sirvió otra taza de café. No era tan fuerte como la primera, pero eso no importaba. En ese momento, el café le proporcionaba consuelo y calmaba a su mente acelerada. Se lo llevó a su habitación y abrió la ducha. Tenía que ponerse en marcha en la siguiente hora si quería llegar a Little River, Carolina del Sur, antes de que oscureciera. Ya llevaba una hora de retraso con respecto a su plan original. Había pensado hacer escala en Washington, pero ahora eso parecía menos probable. No si planeaba subir a un vuelo a Tenerife el domingo. Si las cosas iban bien en Little River, tal vez podría organizar una escala lo suficientemente larga en Washington para salir y reunirse con algunos contactos en persona. Posiblemente con Frank Skinner. No podía llamar al tipo, pero si alguien podía tener una pista de por qué un federal había estado siguiendo a Jack, ese sería Frank.

Jack terminó de ducharse, se secó con una toalla, se saltó el afeitado y se puso un par de pantalones cortos cargo y una camisa ligera abotonada. Vestía de forma informal y relajada para el largo viaje que le esperaba.

En la cocina, dejó su Beretta junto a su teléfono móvil y llenó una taza de viaje hasta el borde. Sacó un puñado de fiambres del frigorífico, los metió en una pequeña nevera portátil y los metió en una fila. Colocó todos los alimentos en la encimera de la cocina y se dirigió a la puerta principal. Antes de salir con las manos ocupadas, tuvo que explorar el pasillo y asegurarse de que nadie lo estuviera esperando.

Un rayo de luz pasó por la mirilla. Era una buena señal. Significaba que no había nadie fuera de la puerta. Ahora tenía que investigar el resto. Jack desbloqueó las cerraduras y abrió la puerta. Su expectativa de un pasillo vacío no se cumplió. Se apartó de los grandes nudillos que tenía a centímetros de su cara.

Se quedaron flotando por un momento y una sonrisa se dibujó en el rostro del hombre que estaba parado en el pasillo.

—Jack, ¿cómo estás?

—¿Qué diablos estás haciendo afuera de mi apartamento, Chuck?

La sonrisa de Charles se desvaneció. Sacudió la cabeza y las comisuras de sus gruesas mandíbulas se tensaron con sus músculos.

—Lo sé —dijo Jack. —No debo llamarte Chuck.

—¿Puedo entrar?

Diez pasos hasta la Beretta. Jack podría llegar antes de que Charles cerrara la puerta. Incluso con una pistola con silenciador, el tipo no dispararía con la puerta abierta.

Entonces, Jack le dio la espalda, se apresuró a llegar al mostrador de la cocina y permitió que Charles entrara.

—¿Por qué tanta prisa?, —preguntó Charles. —¿Dejaste tu pieza allí? Adelante, tómate tu tiempo y tómala.

Jack miró hacia atrás. Charles se dejó caer en el sofá, con las manos en las rodillas, gimiendo como un anciano.

—Todo ese dinero y aun así vives así. —Charles hizo un gesto alrededor y meneó la cabeza una vez más.

Jack se guardó la Beretta en el cinturón trasero. —No tengo tanto como crees. Malas decisiones de inversión.

—Las drogas siempre dan sus frutos al final. —Charles se reclinó, miró hacia arriba y se encogió de hombros. —Aunque no siempre. De todos modos, no soy el tipo adecuado a quien pedirle consejos sobre dinero. Parece que tú también encajas en el molde. Pero al menos yo vivo bien.

Jack se sentó frente a Charles. —Lamento lo del Viejo.

Charles sonrió mientras se ponía las manos en la nuca. —No, no lo haces. Y yo tampoco. Tú y yo sabemos que Feng debería haberse retirado hace un par de años. Al final se volvió loco y eso lo llevó a la muerte.

Después de una pausa silenciosa, Jack dijo: —¿Qué quieres?

—¿Quiero?

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Charles? La última vez que te vi, estábamos tratando de matarnos. No he olvidado que le hiciste un maldito agujero a Clarissa. Estoy sentado aquí y me pregunto por qué no te he disparado todavía.

—Ya pasó, Jack. Déjalo ahí. Ya está hecho.

—Entonces deja de decir tonterías, Chuck. O vete de mi apartamento.

—¿A dónde te dirigías vestido así?

Jack no dijo nada.

—¿Vacaciones? Parece que te vas de vacaciones. Vestido como un vagabundo y todo eso.

Jack no dijo nada.

—Está bien, me pondré manos a la obra. —Charles se inclinó hacia delante, con las manos sobre las rodillas de nuevo. —Tengo una propuesta para ti.

Jack negó con la cabeza. —Estoy fuera del juego ahora.

—Bueno, esta podría ser una de esas situaciones en las que "yo te ayudo, tú me ayudas".

—No hay nada en lo que puedas ayudarme.

—No estoy de acuerdo. —La sonrisa que se le dibujaba en el rostro era genuina, pero no sonreía con Jack ni para él. Charles tenía algo planeado.

—¿Qué hiciste?

—Imagina, Jack, un avión volando sobre el Atlántico, bordeando la costa de Francia y desplazándose hacia un lugar llamado Tenerife.

Brandon había dicho que alguien había accedido a la información de viaje de Erin. ¿Cómo había podido Charles acceder de esa manera? Con un movimiento fluido, Jack se lanzó hacia adelante mientras buscaba su pistola detrás de su espalda. Se detuvo a unos pocos metros de Charles, con los brazos extendidos y la Beretta en la mano, apuntando a la cabeza de Charles.

El tipo no se inmutó. —Si yo muero, ellas también.

Jack se mantuvo firme, con el dedo índice jalando ligeramente el gatillo.

—¿Me oyes? —dijo Charles. —Yo muero, y ellas también. Ahora mismo, hay un hombre sentado en clase turista, unas veinte filas más atrás. Tiene sus nombres. Sabe adónde van después de que aterricen. Se quedará atrás, por ahora. Pero basta con una llamada. Más concretamente, basta con una llamada perdida a una hora predeterminada para que ese hombre entre en acción. Y es un tipo malo, Jack. Más malo que tú. Ex agente de Operaciones Especiales del Ejército. Pasó un tiempo en la CIA. Muy entrenado y habilidoso. Un asesino a sangre fría. Cortaría la garganta de su madre y la vería morir si le pagaran lo suficiente. Y déjame decirte que ahora le pagan bien por cuidar niños. ¿Quieres que siga siendo así? Entonces haz lo que te digo.

CAPÍTULO 22

NIZA, FRANCIA

Oso y Mandy habían salido de París el sábado por la mañana en el primer tren que tenía plazas disponibles. Se habían trasladado a un hotel más cercano a la estación. Más barato en muchos aspectos. Oso, esa noche, durmió mejor que ninguna otra en París, después de hacer demasiadas visitas a domicilio que lo llevaron a otro lugar. Si Pierre y Kat no estaban en Niza, tendría que abandonar la búsqueda. De lo contrario, el riesgo de alertar a alguien de su presencia aumentaba.

El tren avanzaba con un ritmo marcado por las vías. El paisaje de una hermosa campiña francesa pasaba velozmente. Era el tipo de lugar en el que él y Mandy podrían desaparecer. Entraron en la última etapa del viaje en tren de seis horas. El exuberante paisaje dio paso al clima mediterráneo y, finalmente, al paisaje urbano.

Oso usó su teléfono para abrir un mapa de la zona y luego trazó la ruta hacia la dirección que encontró en el álbum de fotos. Solo quedaba un kilómetros, más o menos, desde la estación de tren. Podían caminar. Eso le daría la oportunidad de reconocer el área y trazar su ruta de escape, si llegaba a ser necesario.

Porque así sucedía a menudo.

Mientras bajaban del tren, Mandy miró hacia arriba, a los innumerables paneles de vidrio que dejaban que la luz natural inundara el área. Oso le puso la mano en la espalda para que la niña se moviera. Desde la estación, se dirigieron hacia la costa. Las calles y las aceras estaban repletas de turistas y lugareños. Familias deambulando. Mujeres en bikini. Hombres con traje. Aunque Oso no entendía por qué usaban traje en una calurosa tarde de sábado.

se acercaban a la costa y el tráfico peatonal y automotor se hizo más intenso. Las aguas azules del Mediterráneo se vislumbraban al otro extremo del estrecho corredor de asfalto.

Divisó el edificio blanco adornado en la esquina de *la Rue du Congres* y *la Rue de France*. La dirección coincidía con la del papel que se había caído del álbum de fotos y la que Oso había ingresado en su teléfono. Oso tomó nota de cada tienda, letrero y rostro que pasaban en ese tramo final.

Se detuvo en medio de la acera.

—¿Qué pasa? —preguntó Mandy.

Señaló con la barbilla el edificio —Ese es el lugar.

—¿Quieres que te espere al otro lado de la calle otra vez?

Él la miró de reojo. —No, puedes subir conmigo. Aquí las cosas son diferentes.

Lo eran. Los edificios eran más lujosos en algunos aspectos y más sórdidos en muchos otros. Había menos sombras en la ciudad. El elemento criminal era mayor y estaba más organizado.

Juntos, Oso y Mandy cruzaron *la Rue de France* y entraron en el edificio de apartamentos de la esquina. Un amplio vestíbulo se abrió ante ellos. La puerta no estaba ocupada, al igual que la recepción. Tal vez estaban de descanso. En un lugar como este, debería haber alguien disponible, pensó Oso. Así es más fácil.

Acompañó a Mandy más allá de los ascensores y hasta la escalera.

—¿Qué piso? —preguntó ella.

—Cuatro.

—No quiero subir todas esas escaleras, Oso. ¿Podemos tomar el ascensor?

—Si lo hacemos, corremos el riesgo de que nos descubran. —La miró y sacudió la cabeza. —Eres joven. Ánimo.

Lo hizo, logrando de alguna manera seguirle el ritmo a Oso mientras él subía las escaleras de tres en tres a paso de velocista.

En el rellano del cuarto piso, se volvió hacia ella y le dijo: —¿Necesitas descansar?

Ella sacudió la cabeza y no dijo nada. Tenía las mejillas rojas y respiraba más rápido de lo normal.

—Déjame hablar a mí aquí arriba. ¿Entiendes?

Ella asintió.

—Existe la posibilidad de que reaccionen negativamente a mi presencia, pero no harán nada. Conozco sus secretos y eso debería ser suficiente para tranquilizarlos. —Miró hacia el pasillo y calculó mentalmente los números de los apartamentos hasta que determinó el de Pierre—. Bien. ¿Estás lista?

—Hagámoslo.

Él sonrió. —Como decía, chica, tienes agallas.

El lado izquierdo de su rostro se arrugó. –¿Qué demonios es eso, Oso?

—Realmente necesito tener cuidado con lo que digo cuando estoy contigo. Vamos.

Ella puso los ojos en blanco. Él se dio la vuelta. Juntos, salieron de la escalera y se dirigieron hacia el pasillo iluminado.

Oso se detuvo antes de llegar al apartamento. El zumbido de una aspiradora se coló por una puerta. ¿Era la de Pierre? Se acercó unos pasos y el sonido se desvaneció.

Habían llegado al punto de no retorno. Un paso más y no habría vuelta atrás. Su corazón le decía: da el siguiente paso. Su mente le decía: deja las cosas como están. Durante dos meses, había intentado aceptar ese consejo. En guerra consigo mismo y por una mujer. No importaba cuánto intentara aceptar lo que el lado racional le decía que hiciera, cada movimiento que hacía lo acercaba más a este momento. Si no lo descubría ahora, podría pasar el resto de su vida preguntándose qué hubiera pasado si...

—Esto es una estupidez, —murmuró en voz baja.

—¿Qué es estúpido? —preguntó Mandy.

—Al menos no necesitamos que te revisen los oídos.

—¿Qué? —Sacudió la cabeza. —¿Vamos a llamar a la puerta o qué?

Se lo pensó dos veces, pero en lugar de eso, llamó a la puerta y esperó mientras las tablas del suelo vibraban cuando alguien se acercaba.

La puerta se abrió de golpe.

La cara de Kat se congeló en algún lugar entre una sonrisa y una pregunta que decía qué diablos estaba haciendo allí.

Las palabras de Oso quedaron atrapadas en su garganta.

Mandy le dio un codazo.

—Kat, —dijo.

—Riley —dijo. —Han pasado unos meses…

Él asintió. —Desde antes de Pierre...

—Lo recuerdo. —Miró hacia atrás, dio un paso adelante y cerró la puerta tras ella, dejándola abierta unos centímetros. Una luz brillante envolvió los mechones sueltos de su cabello oscuro. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Vinimos a ver a Pierre, —dijo Mandy.

Kat se inclinó hacia delante, sonriendo. —¿Y quién eres tú?

Mandy miró a Oso, que asintió. Ella dijo: —Mandy Logan.

La mirada de Kat se dirigió hacia Oso con sus ojos oscuros mirándolo fijamente.

—¿Ella es tu hija?

—Es una larga historia, —dijo Oso. —Soy su tutor.

—Entonces, ¿es cierto que estás aquí para ver a Pierre? —Se llevó el lado derecho del labio inferior a la boca y lo mordió.

Oso asintió. Tenía cientos de cosas que decirle, pero en ese momento no se le ocurría ni una sola palabra.

—Está dentro. —Dio un paso atrás y presionó la puerta contra la pared. —Por favor, entra.

Oso hizo pasar a Mandy, luego se giró y dio un paso hacia adentro. Se detuvo frente a la francesa. Sus cuerpos estaban separados por centímetros. Su pecho se movió hacia el de él. Ella lo miró. Él la miró a ella.

—Por favor —susurró, —habla conmigo a solas antes de irte.

Lo único que pudo hacer fue asentir.

Kat pasó junto a él y se dirigió hacia donde se había ido Mandy. Oso la siguió. El pasillo se abrió a un espacio de estar grande y abierto. Las ventanas del piso al techo se alineaban en la pared trasera cuadrada y brindaban una vista panorámica de la ciudad.

Pierre estaba sentado en una mesa circular. Tenía una cuchara en una mano y un periódico en la otra. Unos cordones blancos colgaban de sus orejas y desaparecían bajo la superficie de la mesa.

—Pensé que estabas muerto —dijo Oso, lo suficientemente fuerte para que su voz resonara en la habitación.

Pierre levantó la vista y dejó caer los dos objetos en sus manos. Al principio entrecerró los ojos, pero luego, una cálida sonrisa se dibujó en su rostro. Se quitó los auriculares, se levantó y caminó hacia Oso.

—Se necesita mucho más que un rifle de asalto para deshacerse de mí, amigo mío. —Extendió ambos brazos, abrazó a Oso y le besó la mejilla. —Y esta pequeña. Mandy, ¿cómo estás, querida?

Ella primero desvió la mirada, luego sonrió y sostuvo su mirada. —Bien.

En algunos aspectos sigue siendo una niña, aunque se está marchitando rápidamente.

—¿Qué te trae a Niza?, —preguntó Pierre.

—Estábamos en París buscándote. El hospital nos dio tu dirección. El nuevo inquilino de tu antiguo apartamento tenía un álbum de fotos que contenía esta dirección.

Oso se tensó. No le había dicho a Mandy que mantuviera en secreto la primera etapa de su viaje, la visita a la casa de Kat. Tal vez la chica lo entendió porque no agregó ese detalle a la conversación.

Pierre miró a la muchacha, sonrió y le dijo —¿Por qué no vas con *mademoiselle* Kat? Ella te mostrará tu habitación.

—No es necesario, —dijo Oso. —No nos quedaremos a pasar la noche aquí.

—Insisto. —La sonrisa desapareció del rostro de Pierre y la urgencia brilló en su mirada. —Déjala que se acomode.

Los hombres esperaron hasta que Kat y Mandy desaparecieron de la vista.

Pierre miró a su alrededor. —Quizá deberíamos llevar esta conversación a la terraza.

El balcón rodeaba dos lados del edificio y ofrecía una vista de *la Rue du Congrés* y *la Rue de France*. Oso miró hacia el sur, calle abajo, y vio arenas blancas y el mar azul. Pierre estaba de pie en la esquina. Miró de arriba abajo una calle, luego la otra.

—¿Supiste si alguien te seguía? —preguntó.

—No—, dijo Oso. —Revisé a todos los que pude en el tren y luego en la calle.

—¿Estás seguro?

—Te dije que no, ¿no? Tú me conoces, hombre. Si me estuvieran siguiendo, lo sabría.

Pierre asintió tenso. —Me estaban observando, Riley. Desde el momento en que salí del hospital, los vi afuera de mi edificio de apartamentos, en el restaurante en el que trabajaba Kat, en todas partes, al parecer. Creo que también vi uno aquí abajo.

La mirada de Oso siguió a la de Pierre hasta la calle de abajo. —¿Quién?

—No lo sé. No reconocí a nadie. Tampoco creo que sean franceses. Cada vez que veo a uno, la cara cambia. He consultado con la DSGE, pero nadie sabe nada. —Pierre sacó un paquete de cigarrillos y se dio la vuelta como si fuera a encender uno. Cuando se dio la vuelta, sostenía una pistola en la cintura, oculta a la vista de la calle, y apuntaba a Oso. —Así que puedes entender lo mucho que sospecho de que hayas aparecido en mi casa sin avisar.

Oso tomó una pistola que no estaba enfundada. El problema de viajar legalmente, al parecer.

—Tú y yo sabemos que no vas a disparar esa arma aquí, —dijo Oso.

Pierre se encogió de hombros. —Por eso vamos a entrar.

—No me voy a mover.

—Entonces lo haré y conseguiré a la muchacha. —El francés agarró el pomo.

—Guarda esa mierda.

—Dame una razón. ¿Por qué debería confiar en ti?

—Nos traicionaste a mí y a Jack. Dos veces, al menos. ¿Por qué habría de venir aquí, precisamente ahora, a hacer algo? Piénsalo, idiota francés. Podría haberte dejado morir en ese pasillo de París.

Pierre bajó el cañón una pulgada.

—No estoy aquí con nadie que te haya estado vigilando, —dijo Oso. —Puedo hacer algunas llamadas y ver si alguien sabe quién es y por qué está pasando todo esto.

Pierre asintió mientras su mirada se dirigía hacia la izquierda, más allá de Oso.

—¿Qué pasa?

—Están aquí. Ellos o alguien te siguió y no están solos. Tenemos que entrar.

Oso miró hacia atrás y observó a la multitud. Turistas y lugareños se mezclaban en un enjambre masivo que se dirigía a la playa y la abandonaba, entrando y saliendo de restaurantes y tiendas. Pero dos hombres se destacaban. Vestían de manera informal, pero sus acciones no eran las mismas que las de los demás que deambulaban por el paraíso. Los hombres evitaban levantar la vista. Hicieron todo lo posible por no reaccionar cuando los vieron. Y, cuando Oso se dirigió a la puerta del apartamento y echó una mirada hacia atrás, los hombres se habían ido.

—Kat —gritó Pierre.

La mujer salió corriendo del pasillo con la mano en el pecho. —Dios mío, Pierre. Me asustaste. ¿Qué pasa?

—Llévate a la chica y usa la escalera de emergencia hasta el estacionamiento. No te metas en el ascensor. No pienses en ir al vestíbulo principal. —Metió la mano en el bolsillo, sacó un juego de llaves y se las arrojó. —Quiero que cojas el Audi. Hay un par de bufandas en la guantera. Abrígate la cabeza durante los primeros kilómetros. Ve a casa de tu madre. ¿De acuerdo?

—¿Qué está sucediendo?

—No hay tiempo para preguntas, Kat —dijo Pierre, entregándole una pistola. —Vete, ahora.

Mandy salió del pasillo y corrió hacia Oso. —¿Qué está pasando?

Oso miró a Pierre y luego a Kat. Ella intentó sonreír y ofrecer consuelo, pero su miedo era evidente.

—Escucha, Mandy. Irás con Kat un rato, ¿vale? Parece que alguien nos ha seguido. —Le puso las manos en los hombros. —Ahora bien, si te pasa algo en el camino, ¿qué haces?

Se secó una lágrima. —Ponerme a cubierto, ya sea en un edificio o en el bosque. Salgo de la calle y que no me vean. Si veo un camión de reparto, me subo a la parte trasera. Si veo una bicicleta estacionada allí, la tomo y la uso para escapar más rápido. No aceptaré ayuda de nadie que no haya aprobado. Una vez que esté a salvo, te llamaré a tu línea segura. Si no puedo comunicarme contigo, llamaré a Jack. Si no puedo comunicarme con él, llama a la policía.

—Tienen que irse, Riley, —dijo Pierre.

Oso se inclinó y abrazó a Mandy. Quería hacerle lo mismo a Kat, pero se conformó con asentir y mirarla fijamente.

—Te llamaré cuando estemos en el auto, —dijo Kat.

—Deberíamos mantener una línea abierta, —dijo Oso.

—No —dijo Pierre. —Podrían estar vigilándonos. Déjalas ir. No se puede acceder a la escalera de emergencia desde el piso principal. Bajarán cuando los hombres suban. E incluso si esos tipos esperan afuera, estarán en la entrada. No en la salida del garaje, que parece parte de otro edificio.

Oso observó a Mandy y Kat salir del apartamento.

—Confía en mí, mi gran amigo, —dijo Pierre. —Esto es lo mejor.

Pasaron cinco minutos de tensión. Oso iba de ventana en ventana, mirando hacia la calle. No vio a los hombres. Podrían estar al lado del edificio. Podrían haberse ido. No tenía forma de saberlo. ¿Lo habían seguido o ya estaban en el lugar? No había forma de que no hubiera visto que lo seguían desde París hasta Niza. No tan obvio como los hombres que vio en la calle.

¿O había estado tan distraído pensando en Kat que no se había dado cuenta?

Mierda.

¿Y si le había traído problemas a la mujer que ahora vivía en el antiguo apartamento de Pierre? Tuvo que luchar contra el impulso

de agarrar su teléfono y ver las noticias.

Vamos. Vamos. Vamos.

¿Por qué no habían llamado todavía? ¿Cuánto tiempo tardaron en llegar al garaje y marcharse?

Mientras empezaba a plantearle la cuestión a Pierre, sonó el teléfono.

El francés respondió y puso el altavoz.

—Ya estamos fuera. Nos vamos a la autopista. Nadie nos sigue.

—Déjense las bufandas puestas un poco más. Llámame si algo cambia. Y, hagas lo que hagas, no te detengas por nadie.

— ¿Y ahora qué? —preguntó Oso.

Pierre se dirigió a su escritorio, abrió varios cajones y empezó a sacar un montón de armas. —Ahora esperamos a que esos imbéciles hagan su jugada.

CAPÍTULO 23

SOBRE EL ATLÁNTICO

El repentino cambio de altitud despertó a Brett Taylor. Después de estirar los brazos por encima de la cabeza, ajustó el asiento hacia delante y levantó la ventanilla. El océano azul se arremolinaba debajo. No había nada entre el ala y el horizonte. El avión siguió descendiendo. Tal vez se había perdido un anuncio mientras dormía. Detuvo a una azafata que pasaba por allí y ella le confirmó que estaban acercándose, pero el piloto aún no había recibido autorización. Aterrizarían en veinte minutos.

Veinte minutos no le importaban. El hecho de que hubiera podido conseguir un asiento en el vuelo, en primera clase, había sido un acto de Dios. No había otra forma de explicarlo. Al menos, para aquellos que no sabían a qué se dedicaba y para quién trabajaba en ocasiones. Todo se podía arreglar.

La desventaja de viajar en avión era que tenía que renunciar a su pistola. Para la mayoría de los lugares a los que volaba, aterrizar desarmado no era un problema. Tenía algo en la mano en una hora. Pero Brett no tenía contactos en Tenerife. Hasta el momento, no estaba seguro de si sus contactos tenían contactos en la isla, lo que lo dejaba en una posición precaria. Un bolígrafo táctico Smith &

Wesson era su única defensa. Y eso era inútil contra un oponente hábil.

No tenía sentido preocuparse hasta que hiciera las primeras llamadas y comprendiera mejor la situación. Así que se volvió hacia la ventana y contempló el Atlántico.

Un par de minutos después, el piloto hizo un anuncio en español, luego en francés y luego en inglés. Brett entendió los tres. Estaban haciendo su aproximación final y deberían estar en tierra en diez minutos.

Cuando el avión se inclinó hacia la izquierda, apareció la isla, que se hacía más grande con cada segundo que pasaba. Continuaron descendiendo. El suelo se elevó rápidamente y la pista quedó a la vista. El avión se inclinó nuevamente. Brett se reclinó en su asiento y esperó el chirrido de las ruedas al tocar la pista. Se produjo un rugido cuando los flaps y los frenos hicieron su trabajo y frenaron el avión hasta detenerlo.

Una vez que terminó el viaje en avión, Brett centró su atención en la mujer y la niña que había ido a buscar. Encendió su teléfono móvil mientras el avión se dirigía a la puerta de embarque. Había un mensaje esperando en su bandeja de entrada, enviado por Joe Ballard. El hombre había hecho reservas para Brett en un pequeño hotel. No se quedaría allí. Prefería permanecer fuera de la red de Ballard y de la de todos los demás. El mensaje además contenía más información sobre los preparativos del viaje de Erin. Conocía el hotel, pero faltaba la asignación de la habitación. Eso se podía encontrar con bastante facilidad.

Cuando salió del avión, Brett había encontrado un hotel con una habitación disponible y la había reservado usando una identidad falsa para la cual llevaba un documento de identidad y una tarjeta de crédito.

Salió de la terminal y se dirigió al mostrador de alquiler de coches. Sin tiempo de espera, el único vehículo que consiguió fue un Fiat 500 plateado. Minutos después, se paró frente al pequeño vehículo, desconcertado por cómo cabría dentro. Sorprendentemente, se ajustaba bien a su cuerpo de 1,80 metros y tenía espacio de sobra para las piernas.

Un breve trayecto le llevó a la TF-1, en dirección oeste. La autopista estaba llena de pequeños coches y motos. El tráfico fluía a una velocidad de unos veinticinco kilómetros por hora. Tardó un total de setenta y cinco minutos desde el aeropuerto hasta la salida hacia *Playa del Duque*, a poca distancia al norte de *Playa de las Américas,* la abarrotada ciudad de fiesta*.* Un lugar donde los bares estaban más llenos que las playas.

El registro en el hotel no planteó ningún problema. La mujer que estaba detrás del mostrador aceptó su tarjeta de crédito y se la devolvió junto con una tarjeta de plástico. Brett encontró su habitación, se duchó, se cambió y luego comió algo en el restaurante del hotel, que era demasiado caro.

El hotel estaba situado a una cuadra de la casa de Erin y Mia. No era lo ideal, pero pronto tendría la habitación asignada. Con eso en la mano, todo lo que tenía que hacer era observar y esperar el momento adecuado para actuar. Por ahora, decidió salir, explorar el área circundante y luego acechar en el vestíbulo del hotel de Erin.

Vestido con un par de pantalones cortos y una camiseta, encajaba con el entorno. Al mismo tiempo, parecía fuera de lugar. La vestimenta no le sentaba bien ni física ni mentalmente. Pero nadie le prestó atención, no era parte de su naturaleza, ni siquiera el personal del hotel de Erin cuando Brett entró y se sentó en el vestíbulo.

Pasó la siguiente media hora mirando su teléfono móvil y dando golpecitos con los pulgares contra la funda sin pensar. Para cualquiera que estuviera cerca, parecía que estaba absorto en un mundo de juego virtual. En cambio, estudió las fotos que tenía de Erin y su hija. Cuando cerró los ojos, sus rostros estaban grabados en la parte posterior de sus párpados. La maniobra dio sus frutos cuando las dos mujeres entraron, acompañadas por una tercera mujer que parecía tener poco más de veinte años.

Pasaron junto a Brett sin mirarlo ni una vez. Él se levantó y las siguió hasta el vestíbulo del ascensor. Las puertas con espejo se estaban cerrando. Él levantó la mano y corrió hacia adelante. La mujer más joven metió el brazo por la abertura que se estrechaba.

Las puertas se abrieron. Brett sonrió, le dio las gracias y subió al ascensor.

—¿Piso? —preguntó.

—Cinco, —dijo la mujer más joven.

Presionó el botón y dijo: —Igual que yo.

Durante el ascenso, estudió el rostro de la mujer más joven que aparecía en la puerta de espejo, buscando un recuerdo o algún tipo de información que pudiera indicar quién era. No había estado presente en ninguna de las fotografías que tenía archivadas. ¿Quién era ella y cuál era su propósito allí? Era demasiado pequeña para ser guardaespaldas. No tenía la apariencia de un agente de inteligencia británico. Lucía demasiado inocente e ingenua. Tal vez era una asistente de Erin o la niñera. Eso tenía sentido.

La mujer captó su mirada y sonrió. Él respondió amablemente, concisamente, y luego miró hacia otro lado.

El ascensor aminoró la marcha y se detuvo. Las puertas se abrieron. Se hizo a un lado, con el brazo delante de la puerta, y esperó a que las mujeres salieran. Brett las siguió por el pasillo. La mujer más joven miró hacia atrás una vez, pero Erin parecía prestarle poca atención a Brett. Ella y Mia se detuvieron frente a la habitación 511. La otra mujer, frente a la 513. Entreabrió la puerta, se detuvo y observó a Brett mientras pasaba. Él asintió y continuó hasta el final del pasillo, girando a la izquierda y bajando por la escalera hasta el vestíbulo.

Tenía el número de su habitación. Ahora necesitaba un arma.

Y una manera de sacar a Erin y Mia de la isla.

Hannah espero dos minutos antes de abrir la puerta y asomar la cabeza al pasillo. Sus esperanzas de que el hombre se hubiera quedado un rato se vieron frustradas. Tal vez estuviera esperando junto a su habitación, a la vuelta de la esquina o en algún lugar céntrico como los ascensores. Buscó la tarjeta de la habitación en el bolsillo y salió al pasillo, dejando que la puerta se cerrara con un fuerte ruido. Como un niño que merodea después de la hora de dormir, caminó lenta y suavemente hacia el centro del piso. Todo el tiempo rezando para que Erin no saliera. Caminó por el perímetro, pero no vio al hombre. Cuando se acercó a la esquina donde se

cruzaba el pasillo, se alzaron voces. Acentos ingleses. El tipo no había dicho mucho, pero tenía un acento americano neutro. Consideró darse la vuelta, pero al final, pensó qué demonios. Había cosas peores que podía hacer que encontrarse con un extraño de vacaciones.

Hoy en día eso simplemente no sucedería.

Los dos hombres mayores sonrieron y se ofrecieron a sostenerle el ascensor.

Hannah negó con la cabeza y se giró hacia su habitación.

Brett escaneo los rostros tranquilos que se extendían por el vestíbulo del hotel: empleados aburridos, turistas quemados por el sol, agotados por un día en la playa y luego de compras, borrachos que se tambaleaban desde el bar hasta sus habitaciones.

Lo que uno podría esperar de un resort.

Todos excepto un hombre que se destacaba entre los demás. Treinta y tantos años. Cabello corto. Ojos entrecerrados y hundidos en un rostro esbelto. Vestido como si se esforzara demasiado por encajar. Sentado en la misma silla que había ocupado Brett. La que proporcionaba una vista completa del vestíbulo y el pasillo.

Brett bajó la cabeza y se llevó el teléfono a un lado de la cara mientras pasaba junto al hombre. A una distancia prudencial del hotel, llamó a Ballard.

—¿Ya las encontraste?, —preguntó Ballard.

—No importa —dijo Brett. No tenía intención de informar a Ballard sobre el estado de sus operaciones mientras estaban en marcha. Sólo un tonto lo haría. —¿Quién demonios hay en esta isla?

—¿Qué?

—Acabo de cruzarme con un fantasma muy fuera de lugar en el vestíbulo de un hotel. Dime que no has reservado dos veces este trabajo, Ballard.

El hombre tartamudeó —No lo hice. Lo juro. —Hizo una pausa y luego agregó: —Lo investigaré.

—Si me has jodido… —Brett giró en un círculo completo y su mirada se detuvo un poco más de lo habitual en cada rostro.

—No lo he hecho. Mira, he encontrado un contacto que te puede ayudar. También tengo un barco para ti. Está atracado allí, en el

puerto deportivo.

—¿Es conveniente cruzar a África?

—Más que conveniente.

Ballard transmitió el nombre y el número del contacto, así como la información de la reserva del barco. El contacto debía proporcionar una identificación que coincidiera con el nombre que figuraba en la reserva del barco.

Brett llamó al tipo después de colgar con Ballard. Dudaba en permitir que el hotel se perdiera de vista, pero no tenía otra opción. El otro hombre no haría ningún movimiento a plena luz del día. Brett se encontró con su contacto veinte minutos después y, diez minutos después, salió de la casa del hombre, armado con una Glock, llevando una bolsa de lona con dos MP7 y los documentos falsos que necesitaba para completar la reserva de su barco. El contacto se había ofrecido a llevarlo al puerto deportivo. Pero el lugar estaba a menos de medio kilómetro de distancia. No tenía sentido arriesgarse a que lo vieran con el hombre.

La única pregunta que el anciano del puerto deportivo le hizo a Brett fue qué haría con el barco. Una sola palabra fue suficiente: pescar. Probablemente la habían oído muchas veces.

Siguió las instrucciones hasta el muelle. El Carver, de doce metros, esperaba al final del muelle. Brett subió a bordo e investigó debajo de la cubierta. Había mucho espacio para una mujer y una niña.

Ahora había que llevarlas allí.

CAPÍTULO 24

AEROPUERTO PORTELA DE LISBOA, PORTUGAL

—Disculpe—, le dijo Sasha a la azafata que pasaba por allí. —¿Cuánto tiempo más estaremos en tierra?

La mujer se detuvo, lanzó una bocanada de aire que levantó el lado derecho de su flequillo y dijo —Estoy segura de que partiremos en breve.

—Eso es lo que dijiste hace una hora.

Sin embargo, la azafata no la oyó. Ya se había girado hacia la cabina.

—¿Quieres que haga una llamada? —preguntó Mason.

—¿Para qué? —preguntó Sasha.

—No estamos tan lejos de Tenerife ahora. Tal vez a mil doscientos kilómetros o más. Quizá podamos organizar un transporte privado.

Echó un vistazo por la ventana y vio el frenesí de actividades en tierra. —Eso podría llevar unas cuantas horas. Podríamos estar en el aire en treinta minutos. Además, ¿cuáles son las posibilidades de conseguir una nave lo suficientemente rápida para llevarnos allí en noventa minutos?

—Era solo una idea.

—Guárdala en tu bolsillo trasero por un rato. Si todavía estamos aquí en una hora, verás qué puedes hacer.

CAPÍTULO 25

ÍTACA, NUEVA YORK

—Ése es el lugar —dijo Charles, señalando con un dedo grueso la pequeña casa. Redujo la velocidad del vehículo al mínimo cuando pasaron por la residencia. Las cortinas corridas y las persianas cerradas impedían ver el interior. —Te dejaré salir por la calle lateral. Confío en que puedas averiguarlo desde allí.

Jack escudriñó el descuidado jardín. La hierba brotaba entre las grietas de la acera y la entrada. Las malas hierbas cubrían el macizo de flores estéril. Los setos no habían sido podados desde el verano pasado, al menos. No sabía mucho, solo el nombre de su objetivo y que su hermana vivía en la casa. Charles ni siquiera le había mostrado una foto a Jack.

Asesinato deportivo, pensó Jack. *El próximo pasatiempo de la nación.*

Si la gente supiera.

—El lugar parece desierto, —dijo Jack.

Charles se encogió de hombros mientras pisaba el acelerador, lo que hizo que el vehículo se tambaleara hacia adelante. —Mi hermana es joven. Supongo que trabaja mucho. No tengo tiempo ni los conocimientos para mantener el lugar en orden.

—Entonces, ¿estás diciendo que no pagas lo suficiente a tus hombres para que puedan contratar un servicio de jardinería? ¿Y te preguntas por qué tienes una mini rebelión en marcha en el complejo de Queens?

Charles inhaló y luego exhaló mientras emitía una risa falsa. —El mismo sabelotodo de Jack. ¿No te han enseñado nada los dos últimos años?

Jack tenía una respuesta, pero sólo demostraría que Charles tenía razón. Así que no dijo nada. Bajó la ventanilla mientras giraban a la derecha. Entró un aire cálido que olía a hierba recién cortada. Una vieja cortadora de césped estaba junto a la acera de la segunda casa que pasaron.

Charles pasó por delante de dos casas más y luego aminoró la marcha hasta detenerse. El motor funcionaba a baja velocidad. El vehículo de lujo parecía fuera de lugar en el barrio obrero. Los dos tipos que iban en él también. Cualquiera que pasara por allí probablemente recordaría el BMW cuando la policía viniera a interrogar a los residentes después de descubrir la escena del crimen. Seguramente, recordarían a Jack saliendo y entrando a la fuerza en una casa a plena luz del día. Tal vez eso era lo que Charles quería. Durante años, había tenido la obsesión de derribar a Jack. Incluso había estado a punto de hacerlo una o dos veces.

¿Se arriesgaría Charles a verse implicado? ¿Y si su influencia no llegaba hasta Nueva York? Tenía mucho que perder. Una acusación contra Jack podía acabar con la condena de Charles. El Viejo había mantenido contactos en todas partes, construidos a lo largo de los años. ¿Cuántos de ellos habían permanecido leales a la organización ahora que Charles la dirigía?

Charles abrió la boca para hablar, pero cerró los ojos de golpe. Arrugó la nariz y las mejillas, mientras sus labios gruñían. Estornudó cuatro veces, como un león rugiente, en su mano abierta.

—Soy alérgico a la maldita hierba cortada, —dijo. —En parte por eso siempre odié estar en Queens. De todos modos, deberías darte prisa.

Jack permaneció sentado.

Charles se acercó a la consola, tomó su teléfono y realizó una llamada. Cuando el teléfono se conectó a través del sistema Bluetooth del vehículo, la radio se cortó. El timbre sonó a todo volumen en los altavoces del BMW.

—¿Sí? —respondió el hombre del otro lado.

—¿Ya las has visto? —preguntó Charles.

—Ahora están en el vestíbulo de su hotel. Subieron hace un rato.

—¿Y ya sabes sus habitaciones?

—Ciento cuatro.

—Está bien. —Charles levantó la mirada de la pantalla del teléfono. Con la cabeza inclinada hacia delante y los ojos fijos en el suelo por encima de sus gafas de sol con montura dorada, parecía un toro enloquecido a punto de embestir. —Si se van, las sigues. De lo contrario, quédate quieto y espera mi próxima llamada para que te diga si puedes o no. ¿Entendido?

El pecho, el abdomen y la parte superior de los brazos de Jack se tensaron. Los bordes de su visión se oscurecieron cuando el mareo se apoderó de él. Inhaló aire, lo retuvo y lo exhaló.

Charles terminó la llamada, miró a Jack y se encogió de hombros. —¿Qué?

—Ya dije que lo haría —dijo Jack, con los dientes y la mandíbula apretados. —Si les pasa algo, tú serás el primero al que perseguiré, Chuck.

Charles levantó las gafas y las colocó sobre el puente de la nariz, usando su dedo medio extendido. —Es hora de que te vayas.

Jack abrió la puerta y puso un pie en el suelo.

—Espera.

—¿Qué?

—Toma esto —Charles le entregó a Jack un teléfono celular—. Estaré en contacto contigo en una hora. Debería darte tiempo de sobra para hacer el trabajo y limpiar. En el maletero hay un estuche. En el estuche hay una Glock 17 y un silenciador Trident. Tienes tres tiros en el cargador. Haz que cuenten.

Jack salió del coche al oír el sonido del cierre del maletero al soltarse y la tapa al abrirse. Se colocó detrás del coche, levantó la tapa del maletero y agarró la maleta. El peso le pareció adecuado.

Abrió los cierres y la abrió unos centímetros. Un rayo de sol pasó sobre la pistola, el silenciador y el cargador. Después de haberse visto obligado a dejar su Beretta en su apartamento, era la primera vez en cinco horas que se sentía seguro. Cerró el maletero de golpe. El BMW se alejó de la acera, giró a la derecha en la siguiente calle y desapareció de la vista.

Se preguntó qué aspecto tendría para cualquiera que lo mirara por la ventana en ese momento. Ese hombre que momentos antes había salido de un BMW de cien mil dólares ahora estaba parado en medio de la carretera con un maletín negro colgando de su mano.

El calor que se elevaba del asfalto parecía que podría derretir las suelas de sus botas y dejarlo atrapado en el lugar. Le sirvió como un fuerte recordatorio de que debía desaparecer de la vista. Echó un vistazo rápido a su alrededor. No vio a nadie afuera. Algo extraño para una tarde de sábado.

Jack subió a la acera y caminó por donde habían venido. Quería encontrar una ruta que lo llevara al patio trasero del objetivo. Un par de casas más adelante esquivó el cortacésped manual que hacía tictac y estaba estacionado en la acera. Vio una franja de césped entre dos vallas de privacidad de dos metros de alto. El camino verde conducía a un estanque marrón. Bastaba con mover los ojos para examinar los alrededores. Seguro de que nadie lo estaba mirando. Jack giró a la izquierda, atravesó el césped, se metió entre las vallas de madera y se dirigió a la orilla del agua.

Los patios vallados le proporcionaban protección frente a las casas que se encontraban detrás de él, pero no frente a las que se encontraban al otro lado del agua. Se cubrió con unos arbustos espesos y volvió a examinar los alrededores. Como estaba en la calle, no había nadie fuera. Volvió su atención a las casas. La luz del sol se reflejaba en las ventanas en destellos brillantes, lo que hacía imposible saber si había alguien detrás de los cristales mirándolo. Aun así, tal vez fuera normal que los residentes vieran a un tipo con pantalones de carpintero color canela, una camiseta descolorida, botas de montaña gastadas y un maletín negro en la mano. Tal vez un electricista. Posiblemente un fanático del medio ambiente que

había salido a probar el estanque para asegurarse de que el agua estuviera en buenas condiciones para los patos que pasaban por allí.

No era una mala idea

Se detuvo, se dio la vuelta, se arrodilló y colocó el estuche frente a él. Era una buena oportunidad para preparar el arma y crear un poco de protección contra las miradas indiscretas, suponiendo que las hubiera. Ensambló el arma y enroscó el silenciador en el cañón. Después de colocarse la pistola detrás de la espalda, sacó un cargador vacío del estuche y lo metió en el agua. Lo mantuvo allí durante unos momentos y luego lo volvió a colocar en el estuche.

Soplaba una brisa cálida que hacía crujir las hojas de los árboles y enviaba un torrente de pequeñas olas por la parte superior del estanque en dirección a Jack. El olor que lo acompañaba apestaba a muerte. Tal vez era un pez en la orilla opuesta.

Jack continuó por el borde, con un pie sobre la hierba y el otro sobre tierra enlodada, con la mirada fija en la parte trasera de la casa del objetivo en busca de señales de vida desde el interior. Faltaban treinta metros de una amplia extensión de césped verde descuidado y manchas marrones muertas para llegar. Al final, lo esperaba una plataforma con soportes podridos y ménsulas oxidadas. Jack caminó con dificultad por el césped, con cuidado de que nada oculto en la hierba alta pudiera hacerlo tropezar. Echó un vistazo hacia atrás. La mamá pata y sus patitos rodeaban la parte superior del estanque. Las hojas y las ramas se balanceaban, se inclinaban y rebotaban con la brisa continua. Ya no olía a pescado muerto. Y seguía sin haber nadie afuera.

La terraza se combaba y luego rebotaba con cada paso que daba. Madera vieja, desgastada, astillada. Tal vez manchada cuando la construyeron. Años de expansión y contracción, calor y frío, nieve y lluvia. La puerta trasera no se veía mejor. Largas grietas recorrían la superficie. Una pequeña ventana de dos paneles se encontraba en el medio, a unos dos metros del suelo. Jack se inclinó y miró a través de la abertura de las cortinas transparentes. Una habitación tranquila se extendía frente a él.

Extendió la mano hacia el pomo.

Una puerta se abrió desde algún lugar detrás.

Miró por encima del hombro y vio a una mujer mayor salir de su casa. Dio unos pasos. Algo colgaba de sus manos. Una bolsa. La abrió y metió la mano. Su mano emergió, envuelta alrededor de pan o restos de algún tipo. Miró y caminó hacia el lago, con el rostro arrugado. El pescado, supuso. Había percibido un olor a cuerpo en descomposición. Mientras comenzaba su caminata hacia la orilla del agua, su mano libre ahuyentó el olor como si fuera una nube de vapor.

Entonces se detuvo, se dio la vuelta y miró a Jack. La anciana se quedó paralizada por un momento, con la cabeza ladeada hacia la izquierda y los ojos entrecerrados. Él la saludó con la mano y luego sonrió. Ella se relajó. Sonrió y le devolvió el saludo.

Jack respiró profundamente mientras giraba el pomo y se apoyaba en la puerta con el hombro. La puerta cedió unos treinta centímetros, pero se detuvo al chocar con algo sólido. Jack miró hacia el suelo. La luz del sol entraba por la abertura y se extendía formando una franja larga y estrecha. Cerca del umbral, se reflejaba en un charco carmesí coagulado.

—Mierda, —murmuró Jack.

CAPÍTULO 26

ÍTACA, NUEVA YORK

Charles dio varias vueltas por la cuadra y se detuvo cerca de la salida del vecindario. Se acercó a la acera y esperó cinco minutos con la ventanilla abajo. No había sino silencio más allá del ronroneo del motor del BMW. Ningún coche pasó por la carretera de cuatro carriles que pasaba por allí. Ninguna sirena llenaba el aire. Si todo hubiera ido según lo previsto, el hombre que esperaba dentro de la casa ya habría sujetado a Jack.

O muerto.

Un coche que se acercaba desde el norte disminuyó la velocidad, giró y se detuvo en medio de la carretera. La ventanilla del conductor bajó y el humo del cigarrillo se escapó por la creciente brecha. El hombre mayor se inclinó hacia delante desde su posición en el asiento del pasajero para que lo pudieran ver.

Charles asintió.

—Nos encargaremos de esto a partir de ahora, —dijo el hombre mayor. —Gracias por tu ayuda. El dinero será transferido. Si alguna vez necesitas una tarjeta para salir de la cárcel, llámame.

—¿No puedo al menos ver la expresión en la cara de ese pedazo de mierda engreído cuando se da cuenta de que está al final de su camino?

La ventanilla tintada se levantó y el coche arrancó.

—Bastardos —murmuró Charles. Mientras los observaba continuar calle abajo, consideró seguirlos hasta la casa y entrar a la fuerza. Si alguien merecía atacar a Noble, ese era él. Pero su instinto le decía que no tentara a la suerte con esos hombres. La decisión no se basaba en el miedo. A esos hombres no les importaba nada, y eso incluía a Charles. ¿Por qué forzar una propuesta perdedora?

Avanzó lentamente hasta la señal de alto. Se desvió hacia la derecha, pero luego cambió de idea y cambió de rumbo hacia el norte. Hacía años que no iba a las cataratas del Niágara y pensó que aquel día era tan bueno como cualquier otro. Unos minutos después, cuando se detuvo frente a una multitud de personas, descubrió por qué las calles estaban desiertas. La ciudad estaba celebrando una especie de desfile en el centro.

—Al diablo con eso, —murmuró, ajustando su GPS para que lo redirigiera.

CAPÍTULO 27

ÍTACA, NUEVA YORK

Jack empujó la puerta con el cuerpo hacia adelante hasta que el hueco se hizo lo suficientemente grande como para que él pudiera pasar. Con la Glock silenciada y desenfundada, metió el brazo y luego la cabeza. Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad más allá de la franja de luz solar que se extendía por el suelo y las motas de polvo que bailaban en ella. Vio un sofá de cuero desgastado contra una pared y una silla a un lado. Frente a ellos, un televisor. Una otomana cuadrada debía de haber hecho las veces de mesa. La guía de televisión estaba abierta en una página en el medio.

Nada más. Nadie lo esperaba.

Aparte del tipo muerto boca abajo en el suelo.

Jack continuó dentro, con cuidado de no tocar el cadáver ni pisar el charco de sangre semisólida. Cerró la puerta y se arrodilló junto al cuerpo. La causa de la muerte parecía ser una herida de bala, probablemente de 9 mm. La bala no le había volado toda la cara al tipo. La sangre, los huesos y el cerebro pegados a la pared indicaban que probablemente estaba tratando de escapar cuando su agresor disparó el tiro fatal. El pobre bastardo casi lo había logrado.

Al menos, casi logra salir de casa, pues, a juzgar por el terreno, nunca habría logrado pasar el estanque.

Antes de seguir con el cuerpo, Jack realizó una inspección rápida de la casa. En total, no había más que cinco habitaciones y todas estaban vacías. Las revisó dos veces y en la segunda invirtió el procedimiento.

De camino hacia el cuerpo, Jack encendió la luz y sacó su teléfono móvil para tomar fotografías del cadáver. En caso de que Charles se negara a entrar, podría usar las fotos para identificar el cuerpo. ¿Bastaría con la foto? Seguro, Charles podría identificar al tipo basándose en un perfil parcial. Pero una foto de la cabeza facilitaría las cosas. Así que tuvo que mover al tipo. Jack miró sus manos desnudas. Se levantó, se volvió hacia la cocina y fue al fregadero. Cogió un paño de cocina y abrió las puertas del armario. Botellas de plástico llenas de productos de limpieza abarrotaban el espacio. Las apartó de una patada. Algunas cayeron con un golpe hueco sobre el linóleo y luego rodaron hacia el extremo opuesto de la habitación. Era una casa vieja, inclinada. Se inclinó de nuevo y, en la parte de atrás, escondido debajo de una caja de esponjas y telarañas, había un par de guantes de goma amarillos. Del tipo grueso que se puede utilizar para manipular lejía o amoniaco o algún otro tipo de producto químico de limpieza venenoso. Los residuos de lo que se había utilizado por última vez permanecían en los guantes. El fuerte olor que queda podría ser suficiente para preparar a alguien para una cirugía.

Jack volvió junto al cadáver. Se guardó la pistola en el cinturón y se puso los guantes. Agarró un mechón de pelo oscuro y apartó la cara del charco de sangre. Estudió al hombre durante un minuto. Más allá de la sangre seca, la piel estaba pálida. Asomaba una barba incipiente. Los ojos azules, muy juntos, estaban medio vueltos hacia atrás y enmarcaban la nariz estrecha y rota del hombre. Jack se quitó un guante y tomó algunas fotos más con su teléfono inteligente. Luego, volvió a colocar la cabeza del hombre en el suelo y se levantó.

En el camino a la cocina había fotografías alineadas en la pared. Personas de cabello oscuro y rasgos oscuros. Guapos, todos ellos.

Incluso la mujer de cincuenta años. Latina o sudamericana. Eran fotografías familiares. Jack se concentró en una fotografía en particular. Un hombre, tal vez de la edad de Jack, con una mujer más joven a un lado y una mujer un poco mayor al otro. La mujer más joven aparecía en otras fotografías colgadas cerca. Una foto parecía del día de la graduación, solo que llevaba un uniforme en lugar de toga y birrete. Parecía tener veinte o veintiún años ese día. Demasiado joven para ser doctora. Así que seguro era enfermera, o algún otro puesto especializado. Su diploma colgaba un pie más abajo. Esmeralda Almeida. La hermana de Paolo. Miró la otra fotografía, de un chico y dos chicas, y la estudió por un momento. Era ella con sus hermanos. No había duda al respecto.

El hombre de la foto era Paolo.

Y eso no aclaró la identidad del hombre que yacía en el charco de sangre.

CAPÍTULO 28

CABEZAS DE CABALLO, NUEVA YORK

Paolo caminaba de un lado a otro por el ancho pasillo que separaba las dos camas matrimoniales del tocador que ocupaba la mitad de la pared opuesta. No había soltado su pistola desde que había entrado en la habitación. Los pasaportes, los documentos bancarios y el dinero en efectivo, estaban sobre la cama más cercana a la ventana. Un dedo de luz pasaba sobre ellos y las motas de polvo giraban a través de la luz en su camino hacia el suelo. Cada vez que Paolo pasaba, volvían a levantarse por los aires.

Esmeralda yacía en la otra cama, estirada de lado. Su cabello mojado se extendía sobre la almohada como zarcillos. La funda de la almohada absorbía el agua, dejando huellas que parecían sombras. Había restos de un sándwich a la parrilla envuelto en papel de aluminio cerca de su cintura. El olor a pan tostado, aceite, vinagre, salami y queso, llenaba la habitación. Paolo solo había pedido para ella. Ahora luchaba contra las punzadas del hambre.

Concéntrate, Paolo.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí? —preguntó.

Paolo se detuvo al oír su voz monótona y la miró. Ella lo miró, pero también miró más allá de él. La muerte no era algo nuevo para ella, ya que trabajaba en la sala de emergencias. Pero el tipo de

muerte que había presenciado en su casa la había afectado de la misma manera que a la mayoría de los que presenciaban un acto violento. La había dejado en estado de shock. Aturdida, tal vez. Se había duchado cuatro veces en las horas que habían estado en la habitación del motel en un esfuerzo por borrar el recuerdo de la cabeza del hombre explotando frente a ella.

—Sólo nos quedaremos aquí hasta que ordene mis pensamientos, —dijo Paolo. —Una vez que sepa adónde vamos, nos mudaremos.

Sus labios se entreabrieron como si fuera a decir algo más, pero en lugar de eso, suspiró y dejó que su mirada se desviara de él.

Quería decirle que todo estaría bien. Que con el tiempo encontraría una forma de neutralizar las imágenes que parecían tan reales en su cabeza. La sangre, el cráneo y el cerebro que salpicaron su puerta trasera quedarían olvidados y, pronto, se daría cuenta de que, si no hubiera sido él, habría sido ella.

Y Paolo.

Parecía que cada vez que pasaba por su lado, se reprendía a sí mismo por no haber seguido su instinto y haberse ido el viernes por la noche. Podrían haber cruzado la frontera por las cataratas del Niágara. Ella, la chica local. Él, el novio forastero. Al menos, según sus pasaportes. Habrían pasado sin problemas. No habrían tenido preocupaciones sobre si un vecino había informado haber oído algo. U olido algo. Ninguna preocupación sobre si los policías tenían la foto de Paolo en el salpicadero.

Paolo tampoco tendría el estrés de que cada movimiento que hiciera, a partir de ahora, determinaría en última instancia si él y su hermana vivirían. La seguridad de ella era una preocupación mayor que la suya propia. Tenía que ponerla a salvo antes de que los encontraran. Se le hizo un nudo en el estómago al pensarlo. Si fuera él solo, correría más riesgos. Pero tenía que hacerlo de todos modos. Paolo sabía que su actitud excesivamente cautelosa los estaba preparando para el fracaso.

Pensó que si esperaba hasta el sábado por la mañana podría hablar con algunos socios de confianza y hacerse una idea de la situación en la ciudad. Pensó que tal vez alguien pudiera ayudar,

pero ese pensamiento no duró mucho. Los amigos solo eran leales hasta que sus vidas se veían amenazadas. Charles sabía con quiénes se relacionaba Paolo y el hombre iría a por ellos.

Mientras Paolo se reprendía una vez más por quedarse otra noche, sus pensamientos se dirigieron a lo que había sucedido en la casa de Essie esa mañana. ¿Cómo podía saber que un tipo entraría a escondidas antes del amanecer mientras él y su hermana se preparaban para irse? El hombre había sorprendido a Essie saliendo de su habitación, con una toalla envuelta alrededor de su cuerpo mojado, mientras se dirigía a la puerta trasera. Ella había manipulado torpemente la cerradura, dejando caer la llave que colgaba junto a la puerta. El hombre se había detenido y la había visto agacharse para recogerla. Su cabello mojado se volteó hacia adelante y rozó el suelo. Debió haberlo visto entonces. Aunque no podía decirlo ahora. Pero se quedó congelada en ese momento, con una mano en la llave y la otra en el pomo de la puerta.

El tipo había dicho algo. Desde su posición en la cocina, Paolo no había podido entender sus palabras. Fuera lo que fuese lo que había dicho, había hecho que Essie entrara en acción. Se levantó y metió la llave en la cerradura. El tipo se abalanzó sobre ella y la agarró con ambas manos. Una le rodeó la cintura y la otra le tapó la boca para evitar que gritara. Sin embargo, había cometido un grave error al guardarse la pistola en el cinturón.

Paolo rodeó la mampara que separaba la cocina de la sala de estar mientras Essie luchaba contra el agarre del hombre mientras su toalla caía. El tipo habló con voz áspera y Paolo no escuchó las palabras. Essie lo vio y se calmó. Se quedó inerte. Dejó caer su cuerpo lo suficiente para que Paolo pudiera disparar. No fue justo en el centro, que es lo que hubiera preferido. Había demasiadas posibilidades de que la bala atravesara y alcanzara a su hermana. Pero a tres metros de distancia no necesitaba un objetivo tan grande como la espalda o el pecho del hombre. Se tomó un segundo y estabilizó su puntería. El otro tipo debió darse cuenta de la razón por la que Essie se relajó, porque comenzó a girar la cabeza, aunque demasiado tarde. Paolo disparó y la bala se estrelló contra la nuca del tipo. Essie se liberó de su agarre, pero estaba cubierta de su

sangre y los restos de su cerebro. El tipo cayó al suelo y se desplomó hacia adelante, con la sangre acumulándose alrededor de su cabeza.

Después de apartar a Essie, Paolo observó al hombre. No lo había visto antes. Nunca. Charles no había usado la organización para realizar el asesinato.

Temiendo que hubiera otras personas cerca, Paolo no perdió tiempo en sacar a su hermana de la casa. Le llevó una bata y una toalla húmeda para limpiar la sangre de su cuerpo. La dejó y llevó las bolsas al auto. Cuando regresó, ella se quedó congelada en la sala de estar. Paolo tuvo que limpiarla y luego, vestirla con la bata, antes de escoltarla hasta el auto, que estaba estacionado en el pequeño garaje.

Horas después, mientras esperaban en la habitación del motel, ella seguía en el mismo estado de shock. Al menos, había comido. Siempre era una buena señal. Aun así, no había avanzado lo suficiente como para que Paolo se sintiera cómodo llevándola afuera. Estaban a media hora de Ítaca, en un hotel barato en Horseheads. A treinta minutos de casa de Essie. Dieciséis kilómetros más al sur estarían en Pensilvania. Ciento sesenta kilómetros al norte, en Canadá. Todas las opciones estaban disponibles. ¿A dónde esperaría Charles que fuera Paolo?

Apostó su dinero en Canadá.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí? —preguntó Essie nuevamente. Esta vez, ajustando su mirada hasta que se cruzó con la de él.

Paolo se deslizó por el estrecho pasillo que había entre las dos camas y se sentó frente a ella. Extendió los brazos y tomó las manos de ella entre las suyas.

—No mucho, Essie. No mucho.

No podía esperar mucho más para trasladarla. Cruzar a Canadá, al menos por Buffalo, estaba descartado. Retroceder hacia el este, hasta otro cruce, también estaba descartado. Charles pronto se enteraría de que el golpe había fracasado. El hombre usaría cada gramo de influencia que tuviera para evitar que Paolo lograra cruzar la frontera.

La ciudad también estaba fuera de discusión. No sabía si podía confiar en alguien allí. Cada movimiento que hacía podía conducirlo a una trampa. Por supuesto, la ciudad también proporcionaba la forma más rápida de terminar con las cosas. Ya fuera con su vida o con la de Charles.

Entonces debían ir hacia el oeste, para encontrar un cruce hacia Canadá, o hacia el este, hasta Nueva York.

Cualquiera de los dos significaba que tenía que encontrar algún lugar donde esconder a Essie.

CAPÍTULO 29

ÍTACA, NUEVA YORK

El muerto no tenía identificación. Tampoco teléfono móvil. ¿Había venido sin los objetos? ¿O quien lo mató se los había llevado? Jack tenía otra pregunta: ¿Ese hombre estaba allí para matarlo?

Al no obtener una respuesta inmediata, cambió de tema. Por primera vez, en todo el día, tuvo la oportunidad de ponerse en contacto con Erin y advertirle. Al mirar al hombre muerto, consideró cuánto tiempo le quedaba antes de que llegara alguien más. Charles le había dicho una hora, pero Jack descartó casi todo lo que había dicho el idiota corpulento.

Una llamada rápida.

Jack sacó su teléfono móvil personal y dudó antes de marcar. Metió la mano en el otro bolsillo y sacó el móvil que Charles le había dado. Al examinarlo, se preguntó si lo habrían alterado. Ni siquiera hacía falta un dispositivo externo para hacerlo. Había aplicaciones ultrasecretas que se podían descargar e instalar y que convertían un teléfono móvil normal en un dispositivo de escucha.

Y Jack no tenía forma de determinar si el teléfono estaba configurado de esa manera.

Volvió a la cocina, abrió el congelador y metió el teléfono dentro. Además de la posibilidad de que lo usaran para escuchar todo lo que

sucedía a su alrededor, también podría servir para rastrearlo. Dejó que la puerta del congelador se cerrara sin pensar en abrirla de nuevo.

Mientras empezaba a marcar el número de Erin, un vehículo se detuvo frente a la casa y se quedó parado. El sonido reverberó en la entrada, atravesó el garaje, rebotó en el piso, el techo y las paredes, y atravesó la puerta que separaba la cocina del garaje. Las vibraciones llenaron el aire que rodeaba a Jack.

¿Ya volviste, Charles?

Pero se dio cuenta de que no era él.

El motor no encajaba. El zumbido no era el adecuado. El ruido era demasiado grave y este coche era de fabricación estadounidense. Posiblemente, un vehículo del gobierno.

Las puertas del coche se abrieron y luego se cerraron de golpe. ¿A dónde se dirigirían los hombres? ¿A la puerta principal? ¿Por los laterales? ¿Hacia atrás? ¿Estaban al tanto? Todo se debía a que no encontró identificación ni teléfono en el hombre. ¿Había venido por allí, con su equipo confiado en la capacidad del hombre para completar el trabajo sin problemas?

El cadáver colocado frente a la puerta trasera sirvió como un duro recordatorio para que Jack no cometiera el mismo error.

Apartó un poco las cortinas que cubrían la ventana de la puerta y escudriñó el patio trasero. Vacío. Abrió un poco la puerta y la luz se filtró por ambos lados. Algo brillaba en el suelo, cerca de la bisagra inferior. Jack miró hacia abajo y vio una pistola. Se agachó e inspeccionó el arma. Estaba completamente cargada. Había pasado de tres disparos a dieciocho.

El motor en ralentí se vio eclipsado por el sonido de los golpes.

¿De verdad habían pensado que Jack sería apresado tan fácilmente? ¿Con un arma cargada?

Miró la pistola que le había dado Charles y de inmediato se dio cuenta de su estupidez. Nunca confíes en ninguna arma que no sea la tuya. Se guardó la pistola con silenciador en el cinturón y abrió aún más la puerta.

El trozo de césped que vio permaneció vacío. La hierba crecida se balanceaba con la brisa constante. Una ráfaga de viento se abrió

paso y la superficie del estanque se onduló. El aire transportaba el olor de una barbacoa, pero no los sonidos.

Jack salió por la puerta, atravesó el césped trasero siguiendo una línea hacia el angosto trozo de césped que había usado para entrar desde la calle lateral.

No llegó tan lejos.

Alguien gritó desde el interior de la casa, tan fuerte que el sonido llegó a Jack como un grito ahogado. Se escuchó una ráfaga de estática en la dirección en la que se dirigía. Una voz, como la de un robot, ladraba órdenes a través del siseo mecánico.

Jack sacó la pistola con silenciador con la mano izquierda y en la derecha, cargaba el arma del muerto. Sostuvo ambas armas frente a él. Dondequiera que su mirada se dirigía, también lo hacía el arma del muerto. La otra, permanecía en un ángulo de cuarenta y cinco grados, lista para disparar si tenía que darse la vuelta.

Una figura apareció desde el callejón cubierto de hierba, protegida por espesos arbustos y una voz habló desde la misma zona. El hombre salió de detrás de la cubierta, sacó su pistola y disparó. Jack se estrelló contra una valla en el momento en que apareció el tipo. Los disparos se estrellaron contra la casa en la que había estado momentos antes. El tipo dio otro paso hacia el exterior. Jack apuntó con ambas armas en su dirección y apretó los dos gatillos. La pistola con silenciador no hizo nada, pero la otra disparó una bala que alcanzó al hombre en el abdomen.

En una fracción de segundo, Jack tomó la decisión de quedarse con la inútil arma hasta que tuviera la oportunidad de quitarle el silenciador. Pero primero, tenía que lidiar con el hombre encorvado que se tambaleaba por la orilla.

Desde atrás, la puerta trasera se abrió de golpe. Jack miró por encima del hombro y vio a un hombre parado allí, protegiéndose del sol. Jack calculó que tenía un par de segundos antes de que la ceguera solar disminuyera y el hombre lo viera.

Quería interrogar al primer tipo, pero no había tiempo. A tres metros de distancia, Jack apuntó y disparó una bala en el costado de la cabeza del tipo. El hombre cayó y se precipitó al lago.

En lugar de mirar hacia atrás de nuevo, Jack siguió adelante, pasó por entre los arbustos y se metió en el callejón de hierba. Se levantó, usando ramas y hojas para cubrirse, y vio a dos hombres de pie en la terraza trasera. Uno señaló el cuerpo. El otro escudriñó de izquierda a derecha y, luego, de nuevo hacia atrás. Justo a la derecha de Jack, la anciana había salido de su casa, agarrando un teléfono portátil gigante en la mano. Se veía más pálida que antes. Su otra mano golpeaba su pecho. Trató de hablar, pero hiperventiló. Los hombres en la terraza también la vieron. Jack se arriesgó a exponerse al cambiar a una posición desde la que tuviera un tiro claro si uno de los hombres decidía eliminar al espectador inocente.

Uno de los hombres se movió y comenzó a levantar su pistola.

No lo hagas, bastardo.

Antes de que el hombre pudiera alinear el disparo, su compañero le dio un manotazo en el brazo y apuntó su barbilla hacia la puerta.

El viento trajo las palabras del hombre: —La policía llegará pronto. Tenemos que irnos.

Con su teléfono celular, Jack tomó una foto de los hombres momentos antes de que se dieran la vuelta para irse, y luego se internó más entre los arbustos. Lo más probable es que los hombres tomaran la ruta más rápida para salir del vecindario, pero existía la posibilidad de que tomaran la calle lateral y, de ser así, el callejón les proporcionaría una vista clara de la posición de Jack.

Mientras esperaba, Jack llamó a Erin. Tenía que informarle de los peligros para que pudiera permanecer alerta hasta que él lograra cruzar el Atlántico. Hacerlo en su propio nombre parecía poco probable en ese momento. Tal vez, incluso con su apariencia actual. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvo que cambiar su apariencia para subir a un avión.

La línea se mantuvo en espera durante varios segundos y luego sonó media docena de veces en una cadencia de dos tonos hasta que la llamada fue al buzón de voz de Erin. En lugar de arriesgarse a que lo escucharan dejando un mensaje, Jack colgó y pensó volver a llamarla en breve.

Después de un minuto, sus pensamientos se dirigieron a quién conocía en los alrededores. No encontró nada. Pensó que un amigo

podría ayudar. Brandon tenía contactos en todas partes y en ambos lados de la ley. Seguramente, el tipo tenía a alguien a ochenta kilómetros que podría ayudar a Jack.

Primero, tenía que alejarse de la casa y del vecindario.

Frank Skinner tomó su teléfono móvil que vibraba. —¿Sí?

—Tenemos su ubicación, —dijo el hombre del otro lado.

—¿Dónde?

—Lo estoy cargando en tu GPS ahora.

Frank miró la pantalla LED de su tablero. El mapa se alejó, se movió hacia la derecha y luego se enfocó en un punto. Tomó nota mental de los nombres de las calles. La pantalla se alejó nuevamente y se trazó una línea roja brillante desde su ubicación hasta el destino.

—Eso está a menos de un kilómetro de distancia. —Frank miró al hombre que estaba detrás del volante. —Turner, vete.

Jack mantuvo el hombro apoyado contra la valla mientras avanzaba lentamente por el callejón de césped. El débil sonido de las sirenas que se acercaban se hacía cada vez más fuerte. Entrarían por el mismo camino que él y Charles. ¿A dónde irían? ¿A la casa? ¿A la vuelta de la esquina? Se detuvo, se dio la vuelta y miró al otro lado del estanque.

Estúpido.

Si continuaba, se situaría en pleno centro del barrio, al descubierto. La dirección opuesta le ofrecía un camino hacia la carretera principal, donde parecería menos un sospechoso y más un transeúnte.

Jack corrió hacia el estanque, luego giró a la izquierda, alejándose de la casa donde se encontraba el cadáver, y rodeó el lago. Vio a un anciano asomándose por la puerta corrediza de vidrio de atrás. No importaba. Para cuando los policías llegaran hasta el tipo para tomarle declaración y luego lo arrestaran para hacerle una composición, Jack estaría escondido.

Cuando llegó al otro lado del estanque, Jack saltó la primera valla que encontró. Un pastor alemán salió de una gran caseta de madera situada en el otro extremo del patio. El perro soltó un ladrido feroz y se lanzó hacia adelante.

El perro tenía que recorrer unos quince metros.

Jack tenía tres.

Pero el perro era más rápido y no había competencia. Si Jack hubiera tenido que cubrir más distancia, no lo habría logrado. Cruzó los últimos metros de un salto, aterrizó con el pie derecho a mitad de la valla y ambas manos agarrando la parte superior. En un solo movimiento, saltó por encima, aterrizó de frente y luego reanudó su carrera. Desde atrás, el perro lanzó un torrente de violentos ataques contra la valla.

Las sirenas estaban más cerca, quizás a un par de cuadras del vecindario ahora. Jack no se molestó en mirar a la derecha o a la izquierda de la calle. Corrió hacia un patio trasero abierto que usaba setos altos para separar la casa de la calle principal.

—¿Qué pasa? —Hannah apartó la mirada de la arena negra y el agua turquesa y observó cómo Erin se mordía el labio mientras miraba su teléfono.

Erin no respondió.

—Erin —dijo Hannah. —¿Qué pasa?

—Jack llamó hace unos minutos, pero no dejó ningún mensaje.

—Dijo que vendría hoy, ¿verdad?

—Él lo sugirió.

Hannah se encogió de hombros. —Entonces ahí lo tienes. Probablemente sólo te estaba avisando que estaba abordando o preparándose para despegar y no tuvo tiempo de dejar un mensaje.

—Tienes razón. Tienes razón. —Sonriendo, Erin dejó el teléfono sobre la mesa. —¿Quieres cenar algo?

Hannah asintió, se levantó y caminó hacia la puerta. Un momento después, Mia y Erin la esperaban, ya que habían dejado su celular donde ella lo había dejado.

Jack entro entre los setos y las hojas dentadas y enceradas le cortaron la piel. Mantuvo una mano delante de la cara para apartar el follaje. Luego se detuvo, a punto de salir. Las sirenas sonaban ahora muy fuertes, casi ensordecedoras. Calculó que su posición no estaba a más de 90 metros de la entrada del vecindario.

El sonido dejó de acercarse y se estabilizó. Se habían dado la vuelta.

Lentamente, Jack se abrió paso hasta alcanzar la calle. Ya no había luces azules, solo rojas, fijadas en los grandes camiones. Jack salió y comenzó a alejarse de la entrada.

Al otro lado de la calle, unos cientos de metros más abajo, había un sedán oscuro estacionado al final de un camino de acceso. La ventanilla del conductor estaba bajada. Jack vio al tipo mirando en su dirección por un momento antes de apartar la mirada.

Jack no podía dar marcha atrás, no con una avalancha de servicios de emergencia que se dirigían hacia el vecindario, así que se metió la pistola en el bolsillo derecho y mantuvo la mano en la empuñadura, listo para sacarla si el coche se movía.

El sedán dio marcha atrás y se detuvo después de unos metros. Hizo una pausa y luego continuó hacia atrás hasta que quedó oculto por los árboles.

Jack siguió caminando. No tenía otra opción.

El sedán reapareció. Salió a la calle, pero se detuvo cuando una fila de autos se acercó por detrás de Jack. Después de que los vehículos pasaron, el sedán comenzó a avanzar lentamente.

Un motor rugió detrás de él. Antes de que Jack pudiera mirar por encima del hombro, los frenos se bloquearon y se igualaron mientras los neumáticos rechinaban contra el asfalto. Una densa nube química pasó a su lado.

—¡Entra!

Jack sacó la pistola y la puso a la vista de todos. Al mirar por encima del techo del vehículo, vio el sedán oscuro que había cruzado la calle y se dirigía hacia él.

—¡Jack! ¡Ahora!

Se inclinó hacia delante y vio a Frank Skinner, con una mano en el tablero y la otra agarrando una pistola. El hombre tenía el rostro tenso y surcado por gotas de sudor.

El sedán oscuro patinó hasta detenerse, a unos quince metros de distancia. Las puertas se abrieron y unos zapatos de suela dura tocaron el suelo.

Jack agarró la manija trasera del lado del conductor y tiró.

Se oyó un disparo a lo alto que pasó silbando entre los setos y se estrelló contra la casa de alguien.

Jack se zambulló en el asiento trasero.
—Turner —gritó Frank. —¡Vamos!

CAPÍTULO 30

WASHINGTON, D.C

La ciudad seguía siendo un misterio para Clarissa, aunque había sido su *hogar* durante varios meses. Sinclair la había mantenido ocupada, trabajando en todas partes, menos allí. Aspen, Miami, Londres... los meses habían pasado volando. Durante ese tiempo, pasó sólo tres noches en la capital del país.

Luego, le asignaron una misión especial en la Casa Blanca, pero sólo pasaron un par de días para que las cosas cambiaran y Clarissa se dio a la fuga, luchando por salvar su vida.

Fue después de que se resolvió ese problema cuando Beck le ofreció un puesto en el Servicio. Solo tenía que asistir a un entrenamiento, que requería que viviera en las instalaciones durante el mismo.

Caminó desde la oficina del agente inmobiliario hasta el monumento a Lincoln, se apoyó en una gran columna y miró fijamente la imponente figura.

¿Qué tal si me prestas un poco de esa fortaleza, Abe?

Lo necesitaría. Enfrentarse a Charles era como enfrentarse a sus demonios internos. El sólo pensar en él le hacía sudar frío.

Pero había una diferencia.

Aunque ya no era solo una camarera o una bailarina y no atendía a criminales de baja calaña, una cosa sí seguía igual: todavía podía patearles el trasero. Solo que ahora era legal.

Al girarse hacia las escaleras, vio a un hombre en la base que la apuntaba con una cámara. Por supuesto, lo más probable era que estuviera tomando fotografías del monumento, pero hubo un momento en el que lo sorprendió mirándola directamente.

Clarissa giró hacia la izquierda, donde se encontraba una gran multitud de estudiantes, todos ellos con camisetas azules. Ella era sólo unos centímetros más alta que el niño más alto, lo que significaba una ventaja y una desventaja.

Mientras se abría paso entre la maraña de niños, miró hacia atrás. El hombre seguía en el mismo lugar, con la cámara apuntando hacia el monumento.

Su ritmo cardíaco bajó un poco y sus músculos se relajaron. Se movió hasta perderse de vista y continuó hacia su departamento.

A siete cuadras de la ciudad, Clarissa se detuvo en una tienda. No tenía nada bonito que ponerse para cenar y pensó que, si Beck hubiera hecho reservas, el lugar sería agradable.

Ella eligió un vestido de verano azul sin mangas y pagó en efectivo.

Al salir de la tienda, miró a la derecha antes de girar a la izquierda.

El hombre estaba allí. Rápidamente miró hacia otro lado, giró a la derecha y cruzó al otro lado de la calle.

Clarissa continuó como si no hubiera visto nada. Buscó su teléfono y llamó a Beck. No hubo respuesta. Miró su lista de contactos. Después de meses de vivir fuera de la ciudad, el único al que podía contactar era a Beck.

Un taxi que pasaba se detuvo al oír su señal. Ella entró, le dio su dirección y le pidió que tomara un largo trecho hasta allí. Cuando el vehículo se alejó, vio al hombre, con las manos cubriéndose la barbilla, la boca y la nariz. Llevaba gafas de sol sobre los ojos.

¿Quién era él y cuánto tiempo había estado siguiéndola?

Quince minutos después entró en su edificio. Su apartamento estaba en el sexto piso. Tomó el ascensor hasta el octavo piso, bajó

por la escalera este, caminó a lo largo del edificio hasta el piso número siete y luego bajó por la escalera oeste hasta su piso. Su puerta estaba a diez segundos a pie desde allí.

Sacó su pistola, agarró el pomo y lo giró, pero no se movió. Lo abrió y entró, recorriendo la habitación de derecha a izquierda y luego de vuelta. Cerró la puerta con llave, despejó el lugar y lo encontró vacío.

A través de las ventanas, escudriñó la calle que se encontraba debajo. Solo tenía acceso a un lado del edificio, pero era justo la parte delantera, y estaba segura de que el tipo estaría allí si supiera su dirección.

Una vez más, intentó llamar a Beck, pero tampoco recibió respuesta. Las siete no estaban tan lejos y no tenía planes de irse hasta entonces. Le contaría sobre el hombre a esa hora.

CAPÍTULO 31

NIZA, FRANCIA

La luz eléctrica entraba por las persianas abiertas, haciendo que las rejas del balcón, hechas de sombras, se extendieran por el techo y las paredes del fondo. Pierre dejó un rastro por el centro de la habitación, caminando de un extremo a otro. Cada paso era lento, deliberado, de punta a punta, con la cabeza gacha, concentrado en el siguiente lugar que pisaría.

Oso alternaba entre la cocina y un taburete de bar situado cerca de la esquina de la sala principal, donde se encontraban las ventanas. A pesar de la advertencia de Pierre, Oso continuó investigando el área circundante. No había salido y no tenía intención de hacerlo. No hasta que se fueran. Desde adentro, veía suficiente. Y en ningún lugar, a lo largo del lado opuesto de la calle o en los edificios que se encontraban frente al suyo, notó que alguien lo mirara.

Quizás los hombres estaban allí. Quizás se habían ido. Y, si así fuera, podría haber sido en cualquier momento. De todas formas, la falta de acción empezó a afectar a Oso.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Oso, desviando la mirada de una ventana recientemente iluminada hacia Pierre.

El francés levantó su móvil y no dijo nada.

—¿Cuánto tiempo les habría llevado llegar allí?

—Deberían haber llegado hace una hora.

Una opresión comenzó en el abdomen de Oso y se disparó hacia arriba, como un jaguar que se abalanza sobre su presa. El miedo se apoderó de sus músculos, sus pulmones y su nariz. El aire que inhaló por la boca abierta se le atascó en la garganta y no pudo seguir. Su corazón latía con fuerza contra su pecho como un gorila salvaje enjaulado de repente.

Mientras tanto, Pierre continuó caminando de un lado a otro.

Los bordes de la visión de Oso se nublaron. Extendió la mano hacia la ventana, con los dedos bien abiertos y haciendo que tres persianas verticales se balancearan de un lado a otro. Los barrotes que cubrían el techo y las paredes se fundieron entre sí. Oso cayó hacia adelante y su hombro y el lado derecho de su cara se estrellaron contra la ventana. El vidrio rebotó, pero no se rompió.

El persistente *ruido sordo* del caminar de Pierre se detuvo. —¿Estás bien?

Oso asintió. Al menos, eso creía. Sus músculos abdominales se tensaron y se acalambraron y parecía que estuvieran saltando bajo su piel. Ya no podía sentir sus manos y el entumecimiento se extendió a sus antebrazos, luego a sus codos, y, finalmente, a sus grandes bíceps y tríceps. Las luces más allá del cristal explotaron con grandes halos. Sus pulmones ardían, privados de oxígeno.

¿Estoy sufriendo un derrame cerebral?

El mismo pensamiento surgía cada vez que el pánico lo golpeaba con tanta fuerza. Normalmente, los viajes en avión provocaban sus ataques, pero ninguno tan intenso. Oso lograba controlar las sensaciones en casi todas las demás situaciones que se presentaban. Era una anomalía en ese aspecto, considerando el trabajo en el que había estado involucrado durante veinte años.

Por supuesto, con Mandy todas las apuestas estaban canceladas.

Se asfixió bajo una manta de oxígeno que lo cubría, pero que era impenetrable. Sabía que no moriría. Al menos, no en ese momento. Le preocupaba el efecto que el estrés de los ataques tenía en su cuerpo, principalmente en su corazón. Esas preocupaciones habían salido a la superficie durante los últimos meses. La preocupación

coincidió con el papel cada vez más importante que la niña tenía en su vida.

Oso se apoyó contra el cristal y aspiró aire por la nariz. No importaba lo lejos que llegara. Contuvo la respiración y exhaló el aire por la boca. Repitió el proceso varias veces más, cada vez inhalando más profundamente y exhalando más tiempo. El velo de terror salía de su sistema con cada exhalación. La sensibilidad regresó a sus extremidades y sus abdominales y músculos del pecho se relajaron. Sin embargo, el dolor persistía, aunque podía lidiar con eso. La capacidad de pensar con claridad lo mantendría vivo, con dolor o sin él.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Pierre a unos metros de distancia.

Oso se alejó de la ventana y estabilizó las persianas. —Estoy bien. Tuve un momento, eso es todo.

Presumiblemente satisfecho, Pierre reanudó su paseo, como si el constante ir y venir lograra algo.

Oso continuó con su respiración lenta y metódica. En diez minutos, parecía que el ataque nunca hubiera ocurrido, salvo por los hilos de sudor que le corrían por la frente y las mejillas. Volvió a su puesto en la esquina donde se encontraban las ventanas. La multitud de gente que había en la calle se transformó en una multitud nueva. Diferente, pero igual. La típica vida nocturna de verano en el sur de Francia.

Oso se apartó para echarse agua fría en la cara. Cuando regresó, el francés dejó de caminar de un lado a otro.

—¿Estás listo para salir a la calle?, —preguntó Pierre.

—Es mejor que quedarse aquí sin hacer nada, —dijo Oso.

—Ven conmigo. —Pierre lo condujo hasta la suite principal. Entraron en un vestidor austero, un lujo en Francia. Al fondo, había una pequeña caja fuerte negra. Pierre se arrodilló frente a ella y, unos segundos después, abrió la puerta. El francés metió la mano y sacó una pistola y algo de dinero en efectivo. Se dio la vuelta y le entregó ambos objetos a Oso.

Oso balanceó la Glock 17 en la palma de la mano, para familiarizarse con el arma. Se dio cuenta de que tenía una historia

detrás, aunque estaba bien cuidada. Recientemente engrasada. Tal vez era la primera arma de servicio de Pierre, relegada a tareas de respaldo en la última media década aproximadamente. Cerró el puño alrededor de la empuñadura, levantó el arma a la altura de los ojos y miró su reflejo en el espejo del escritorio a través del cañón. Pierre apareció a su lado.

—Tengo una pistolera que te servirá, pero no un chaleco antibalas.

Oso se encogió de hombros y se guardó la pistola en el cinturón. —Hace demasiado calor. De todos modos, esto servirá.

Pierre levantó un dedo. Abrió un cajón, sacó una pequeña funda de cuero y se la arrojó a Oso. —Cabe dentro de la cintura. Es más segura.

Oso la colocó en su lugar y deslizó la Glock en ella. Mejor. Menos posibilidades de que detectaran la pistola y le resultaba más fácil agarrarla. Además, redujo el riesgo de que el arma se resbalara, quedara inalcanzable o cayera al suelo.

Salieron del apartamento. El olor a salsa de tomate saturaba el aire. La temperatura subió cinco grados en el pasillo y otros tres, o más, en la escalera. En cada rellano se detenían. Escuchaban y confirmaban el silencio después de que los ecos de sus pasos se desvanecieran. Cuando llegaron al final, Pierre se detuvo ante la gruesa puerta de metal y apretó la oreja contra ella.

—De ninguna manera han estado en el vestíbulo durante cuatro horas, —dijo Oso.

Pierre miró hacia atrás, se encogió de hombros y volvió a su posición. —Tal vez estuvieron todo el tiempo al otro lado de la calle y sólo ahora entraron porque nos vieron salir del apartamento.

—No hay ninguna posibilidad. Si han estado esperando allí, seguirán esperando. A estas alturas, también tienen amigos aquí. Todos ellos esperando esa oportunidad perfecta.

—¿Qué oportunidad es esa?

—¿Qué opinas?

Por lo que Oso sabía, el francés tenía cien ideas distintas. La vida que había llevado, muy parecida a la de Oso y Jack, le habría proporcionado un montón de posibles resultados que considerar.

—¿Estás listo para convertirte en cebo?

Oso asintió, apartó a Pierre a un lado y abrió la puerta de la escalera.

CAPÍTULO 32

CENTRO DE FRANCIA

—¿Estamos perdidas? —Mandy miró fijamente el rostro de Kat mientras las luces de la calle lo iluminaban brevemente. —Pensé que ya estaríamos allí.

Kat miró de reojo y le ofreció una sonrisa que parecía ser sólo para beneficio de Mandy. Las sombras regresaron y lo único que la niña pudo ver fue el blanco de los dientes de la mujer.

—No, no estamos perdidas —dijo Kat. —Sólo he tomado el camino más largo.

El terreno accidentado que encontraron poco después de salir de Niza había dado paso a montañas que rivalizaban con las que Mandy había visto en Montana. Sus picos apenas se recortaban contra el cielo nocturno. La única distinción era que las estrellas se detenían donde la roca saliente se encontraba con el horizonte.

Un olor dulce flotaba en el aire y entraba por las ventanas entreabiertas. Mandy no estaba segura de qué era y Kat no había respondido cuando le preguntó. Sin embargo, el aroma le hizo la boca agua y, como no había cenado, el aceite de hígado de bacalao podría haber tenido el mismo efecto.

—Todavía no me has dicho a dónde vamos —dijo Mandy.

—Y no lo haré hasta que lleguemos allí.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tendrás.

—Como sea. —Se volvió hacia la ventanilla lateral, entrecerrando los ojos en un intento de atravesar la oscuridad. Luces del tamaño de cabezas de alfiler salpicaban el paisaje. Se preguntó a qué distancia estaban y si una de ellas podría ser su destino. Se imaginó a la familia sentada, cenando tarde o frente a sus televisores, acurrucados viendo sus programas favoritos. Fútbol americano, tal vez. No, estaban en Europa. El fútbol estaría en la tele. Deseaba que fuera ella. No importaba si ella y Oso estaban viendo tenis de mesa. Anhelaba la seguridad de su presencia.

Una luz brillante se reflejó en el espejo retrovisor y la golpeó directamente en el ojo. El dolor atravesó su retina desprevenida. Parpadeó con fuerza y vio rojo a través de sus párpados cerrados. El conductor tocó la bocina varias veces, diez veces en intervalos cortos, hasta que finalmente la mantuvo en su lugar.

Mandy oyó que el corazón le latía con fuerza en los oídos como si fuera agua arremolinada y, de repente, le resultó difícil respirar. Miró a Kat en busca de tranquilidad, pero la mujer miró rápidamente entre la carretera y el espejo retrovisor, con la boca abierta y respirando con dificultad.

—¿Vas a parar? —preguntó Mandy, esperando que la mujer lo hiciera y, al mismo tiempo, sin quererlo.

—No aquí —dijo Kat. —Es demasiado remoto. Puede que no pase ningún coche en diez o quince minutos. Hay un pueblo cerca, a unos cinco kilómetros. Puedo llegar allí.

El vehículo se tambaleó hacia delante. Mandy se quedó mirando la aguja del velocímetro, que iba subiendo a más de ciento cincuenta kilómetros por hora y se agarró al apoyabrazos montado en la puerta. Sus uñas se clavaron en la tapicería de cuero. Delante, el cono de luz que producían las bombillas halógenas iluminaba solo una pequeña parte de la carretera. Mandy se preocupaba tanto por lo que había delante como por el vehículo que tenían detrás. Al mirar

por el espejo lateral, vio que se había quedado un poco atrás, pero seguía tocando la bocina y haciendo luces largas.

—Mierda, —dijo Kat mientras se acercaban a una curva.

Entonces todo sucedió a cámara lenta. El coche empezó a deslizarse en sentido contrario a las agujas del reloj. Perpendicular a la carretera, los faros iluminaron la irregular cara de la montaña, cortada para dejar espacio a la carretera. Mandy miró a la derecha. Apenas se veía la barandilla. No parecía lo suficientemente resistente como para detener un vehículo que viajaba a tanta velocidad. El vehículo chocó y chirridos, crujidos y rasguños llenaron el auto. El ruido era ensordecedor. El coche dejó de girar y se deslizó por la barandilla hasta llegar a la curva. Los sonidos aumentaron y se volvieron agudos. El metal estaba a punto de romperse y el vehículo a punto de despedazarse. Algo tenía que ceder.

Y así fue.

El coche se desprendió de la barandilla y empezó a dar vueltas en sentido contrario. El movimiento repentino hizo que Mandy se dirigiera hacia Kat, pero luego se volvió hacia el otro lado. Su cabeza chocó con el cristal y pudo haberse roto el cráneo. Era imposible saberlo.

El impacto la dejó inconsciente.

CAPÍTULO 33

AEROPUERTO PORTELA DE LISBOA, PORTUGAL

—Damas y caballeros, les pido su atención por un momento. —El altavoz que se encontraba sobre Sasha y Mason silbaba con estática mientras el piloto les daba a sus pasajeros un momento para guardar silencio.

¿Qué pasaría ahora? Cada media hora les informaban de que sólo faltaban treinta minutos. Después del quinto anuncio, Mason intentó localizar un avión privado, pero nadie podía llevarlos a Tenerife ese día. Incluso si su avión comercial salía ahora, serían cerca de las diez de la noche cuando llegaran. Un vuelo privado tardaría aún más. Era posible que la paranoia se hubiera apoderado de Sasha. Mason se movió en su asiento y se inclinó hacia el pasillo. Él la acompañaría, pensó. Y no lo habría hecho si sus advertencias no le hubieran convencido a él. La miró y sonrió, sombríamente. Eso no sirvió para ocultar la preocupación. Ambos la sentían. La compartían. Cuanto más tiempo permanecieran sentados, menos posibilidades tenían Erin y Mia de sobrevivir.

Una ráfaga de estática indicó que el piloto estaba listo para hablar de nuevo.

—Nos acaban de informar que nuestro vuelo se ha cancelado debido a problemas mecánicos. Habrá personal esperándolos después de que salga del avión. Podrán ayudarlos con el alojamiento en un hotel para la noche y los ayudarán a tomar otro vuelo dentro de las próximas veinticuatro horas.

—¿Un día completo? —dijo Sasha, inclinándose hacia Mason.

No era la única. Toda la cabina se llenó de suaves exclamaciones.

—Llegaremos allí mañana a mediodía como muy tarde, —dijo. —Tengo un amigo en Huelva, España. Supongo que es mi último recurso. Tiene su propio avión. Consigamos un coche y vayamos allí. Cuando lleguemos, lo tendrá preparado y listo para el vuelo.

Solo podía imaginar el avión en el que volarían o la condición del amigo de Mason. Pero era obvio que Mason ya había tomado una decisión al respecto. Había confiado lo suficiente en ella como para acompañarla. Era hora de que ella confiara en él.

Ella miró su teléfono. —¿Vas a llamar primero?

—Después, cuando vayamos en camino.

—¿Estás seguro de que va a ayudar?

—No tengo ninguna duda.

Aparte de ordenarle a Mason que llamara al tipo, a Sasha no se le ocurría ninguna forma de convencerlo de que lo hiciera antes de alquilar un coche. Serían de los primeros en bajar del avión, lo que les permitiría hacer los arreglos antes que nadie. Si este tipo no aparecía y evitaban la asistencia de la aerolínea, podrían pasar tres días antes de que consiguieran un vuelo a Tenerife.

—¿Quién es ese amigo tuyo? —preguntó.

—Un viejo amigo.

—Está bien —dijo. —Soy una vieja amiga tuya.

—Solo un amigo.

A estas alturas, ya la había superado la curiosidad. ¿Por qué la necesidad de mantener el secreto? Ella estaba dispuesta a participar en el viaje, pasara lo que pasara.

—¿Tiene un nombre? —preguntó.

Mason se levantó, la miró, se encogió de hombros y luego miró hacia otro lado. —No quieres saberlo.

Había algo en la expresión de su rostro, en la forma en que su piel tenía un tinte carmesí, que la preocupaba.

—¿Por qué no quiero saber?

Mason miró hacia abajo, se encogió de hombros, luego extendió la mano y sacó una bolsa del techo.

—¿Mason?, —dijo ella.

Caminó por el pasillo, abriéndose paso entre una pareja que estaba agarrando su equipaje de mano.

Sasha se levantó y lo siguió. Lo alcanzó antes de que llegaran a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó ella, rodeándole el antebrazo con la mano.

Suspiró, sacudió la cabeza y dijo —Gerry.

—¿Gerry? —repitió. —¿Gerald Harrington?

Él miró hacia otro lado, asintió y no dijo nada.

—Mierda.

—Muy bien —dijo, soltándose de ella y acercándose a su muñeca. —Vamos, tenemos que ponernos en marcha.

CAPÍTULO 34

TENERIFE

Brett había pasado un total de dos horas fuera del hotel. No era lo ideal, teniendo en cuenta que podría estar involucrado un segundo jugador. ¿Era ese hombre alguien por quien preocuparse? Probablemente no. Pero Brett no habría sobrevivido tanto tiempo, como lo había hecho, asumiendo lo bueno de la gente. Este era un caso en el que tenía que pecar de presumir que el hombre tenía el aspecto adecuado, pero nada más. Si resultaba de otra manera, que así fuera. Todavía no había tenido noticias de Ballard sobre el asunto. Si eso debía interpretarse como un avance positivo o negativo era tema de debate.

Desde su regreso, había permanecido en la zona de la plaza. Los turistas acudían en masa al lugar, se reunían cerca de los restaurantes y bares, con bebidas en la mano, charlando con amigos y desconocidos por igual. Los grupos le proporcionaban a Brett cierto anonimato a distancia. El área abierta también le proporcionaba una vista sin obstáculos del hotel. Docenas de personas habían entrado y salido, pero aún no había visto a Erin ni a Mia, ni a la mujer más joven que las acompañaba.

Miró más allá del centro de la plaza que se animaba a medida que se ponía el sol y las antorchas encendidas y las luces artificiales

asumían su función. La multitud se dispersaba y se aglomeraba frente a un conjunto de jazz en el extremo oeste. El humo de las parrillas de cinco restaurantes diferentes se disipaba en el aire, dejando tras de sí un olor a carne y mariscos. A Brett le dolió el estómago como respuesta, pero reprimió la sensación lo mejor que pudo.

Brett decidió regresar al vestíbulo del hotel manteniéndose entre las sombras mientras cruzaba la plaza. Los tonos ahumados de un saxofón subían y bajaban. Todas las miradas se dirigían hacia la mujer bronceada que cantaba una melodía de Jobim. Ella tocaba cada nota a la perfección. Habría sido fácil perderse entre una bebida y en su voz.

Durante el breve trayecto, Brett pensó en su plan una vez más. La simplicidad era lo que lo hacía infalible. Conocía a Jack Noble. Sabía cosas sobre el pasado del hombre. Sabía de la conexión de la mujer con Jack y sobre su hija. Algo que muy pocos sabían. Erin podría tener dudas, pero, en última instancia, confiaría en él. Sobre todo, porque no tendría otra opción.

Brett ensayó las líneas para sí mismo: *Jack me envió. Estás en peligro. Un equipo está llegando a la isla y, al menos uno de ellos, está aquí ahora, observándote. Te secuestrarán o te matarán. Ven conmigo. Puedo sacarte de la isla y nos reuniremos con Jack en un día.*

Después de varios intentos fallidos de comunicarse con Noble, Erin aceptaría ir voluntariamente. Resultó que el hombre que vio en el vestíbulo le beneficiaba a Brett. Sería más convincente gracias a él, siempre y cuando el hombre no hubiera actuado todavía. De hecho, funcionaría a favor de Brett si pudiera atrapar al otro tipo en el acto. Pero no demasiado tarde.

Era un camino accidentado, lleno de trampas. —Consigue a las mujeres, —se dijo. —No esperes.

Brett continuó hacia el hotel, observando a la multitud y pasando desapercibido.

Principalmente se esforzó en esto último.

—Ahí estás. —Mujer. Estadounidense. Hablando con acento sureño. La chica del ascensor. Le habían facilitado las cosas. Lo

habían encontrado.

Brett se preparó para dar su discurso de emergencia. Tendría que bajar el tono entre la multitud. Tal vez después de unas cuantas líneas buscarían un lugar más tranquilo en un costado del hotel. Eso sería mejor, ya que estaban lo suficientemente cerca como para que el hombre del vestíbulo pudiera verlos. Si todavía estaba allí, por supuesto. Lo más probable era que cuando las mujeres se hubieran ido, él también lo hubiera hecho. Brett se dio la vuelta, listo para enfrentarse a las dos mujeres y a la niña y, al mismo tiempo, localizar al otro hombre.

Pero en lugar de un trío, allí sólo estaba una mujer.

—¿Sabes? —dijo, —pensé que me esperarías en el pasillo para ver si salía.

Sus ojos brillaron, su sonrisa se ensanchó y, en la tenue luz, sus mejillas se veían rojas. El olor a alcohol se disipó cuando ella se acercó. Pensó en el encuentro anterior ese día y consideró si había mostrado interés en la joven. Estaba seguro de que las pocas palabras que había dicho no podrían interpretarse como una insinuación. Sin embargo, ella era atractiva, por lo que no estaba del todo descartado que su mirada se hubiera demorado demasiado. Pero el propósito de su estancia en la isla impedía cualquier encuentro con ella, lo que debería haberle impedido dar cualquier indicación de que pudiera estar interesado.

Se encogió de hombros y dijo —Lo siento. Esperé unos segundos al final del pasillo.

Ella siguió sonriendo y se acercó aún más. —¿Puedes mostrarme dónde?

Brett miró hacia atrás, buscando a Erin y a Mia. —¿Dónde están tus amigas?

—Salieron a tomar un helado.

—¿Van a volver aquí?

Ella asintió, con su rostro a centímetros del suyo. —Pero estamos en habitaciones separadas.

—¿Normalmente te acercas así a los desconocidos?

La brisa le levantó el pelo de los hombros mientras ella sacudía la cabeza. Olió la arena, el agua salada, el perfume y el ron que

empapaban su piel y su cabello.

—Debe ser el aire puro del océano, —dijo.

Brett había esperado que la mujer no estuviera allí cuando llegara el momento de escoltar a Erin y Mia fuera de la isla. Y allí estaba ella, prácticamente rogándole que la sacara de escena. Él dio un paso atrás. Sonrió. Se dio la vuelta y señaló la puerta.

—Después de usted.

CAPÍTULO 35

UBICACIÓN DESCONOCIDA

—¡Mandy!

La voz sonaba distante. Un poco familiar, pero desconocida. ¿Qué era ese acento tan marcado?

—Por favor, no puedo comunicarme contigo. ¿Estás bien?

¿Por qué no lo estaría?

Ella fue a responder, pero no pudo. Fue a ponerse de pie, pero sus pies estaban por encima de su cabeza. Uno, de hecho, le tocaba la cabeza. Abrió los ojos y un líquido espeso y oscuro los inundó, quemándolos. Abrió la boca para gritar, pero no sucedió nada.

—Veo que tus dedos se mueven, —dijo la mujer. —Buscaremos ayuda, cariño. Quédate lo más quieta que puedas.

¿Aun así? ¿Por qué?

La presión que sentía aumentó después de varios intentos de moverse. ¿Dónde estaba? ¿Qué era ese peso que sentía y qué causaba la presión? Consiguió llevarse una mano a la cara y luego dejó que su cuerpo se relajara. La sangre se deslizaba hacia un lado. Abrió los ojos nuevamente. Le dolían, pero no tanto. Estaba oscuro. Después de uno momento, se dio cuenta de que estaba invertida, torcida por la cintura, con los hombros clavados al suelo. Quería gritar y preguntar dónde diablos estaba.

La mujer con acento empezó a respirar con tanta dificultad que jadeaba. Luego gimió, emitiendo un extraño chillido. Finalmente, habló para sí misma y luego a la niña.

—No te muevas, ¿de acuerdo? Te cubriré con estas bufandas. Quédate quieta hasta que nos vayamos. ¿Entiendes?

La niña intentó responder, pero no pudo.

—Mueve los dedos si puedes, —dijo la mujer.

La niña obedeció. Un momento después, sintió algo suave, ligero y sedoso que le cubría las manos y las piernas.

—No te muevas —repitió la mujer. —No durante unos minutos.

El metal crujió y los sonidos de los grillos y las cigarras rugieron en los oídos de la niña. La mujer gritó, a lo que un hombre se rio. La llamó perra y le dijo que se calmara o que moriría allí mismo. El corazón de la niña latía contra sus costillas como un caballo salvaje tratando de derribar una puerta. La mujer estuvo de acuerdo. Gritó de agonía diciendo que sentía la pierna rota. El hombre se rio de nuevo y dijo que, si la llevaba en brazos, se caería por el acantilado.

El acantilado, pensó la niña. Recordó el acantilado y la barandilla. Luego, el coche chocando con la barrera metálica.

El motor se ahogó. El silenciador hizo tictac. Los grillos y las cigarras se hicieron más fuertes. Un vehículo se acercó, con su pequeño motor chirriando. Todo se iluminó y la niña vio la gravedad de su situación. Por favor, pensó, no dejes que el auto se incendie. Olfateó el aire, buscando humo u olor a gasolina. Pensó que tal vez lo había olido, pero no estaba segura. El otro auto pasó y todo se quedó en silencio.

A excepción de los grillos y las cigarras.

Sus canciones eran ensordecedoras.

CAPÍTULO 36

ÍTACA, NUEVA YORK

—¿Qué coño está pasando, Frank? —Jack miró por la ventana trasera al otro sedán que estaba ejecutando un ejercicio de tres puntos. —¿Quién demonios era ese?

Frank miró fijamente hacia delante y no dijo nada. El otro sedán se alejó en dirección contraria. Jack se giró hacia el frente, se inclinó hacia delante y colocó su mano sobre el hombro de Frank. Agarró la pistola con la otra mano y la dejó apuntando hacia el suelo.

—Respóndeme.

Frank se quedó mirando al tipo que conducía por un momento. Luego, miró por encima del hombro a Jack. —Te han tomado como blanco, Jack.

No hacía falta ninguna explicación. Durante varios años, Jack había sido el hombre al que llamaban cuando alguien más era el objetivo. Sin embargo, Jack no entendía el motivo, ni tampoco la participación de Charles. Ni la de Frank.

Jack dijo: —Tendrás que contarme un poco más que eso.

Frank dijo: —Lo haré. Pero salgamos de aquí primero.

—Nos acercamos a la autopista, —dijo el conductor.

Jack no recordaba haber visto nunca al conductor antes de hoy. Las visitas de Jack al SIS se habían reducido con el paso de los años,

por lo que era posible que el hombre fuera uno de los agentes de Frank y que Jack no se hubiera topado con él todavía. Presumiblemente, el tipo no conocía todos los detalles. Frank y Jack se conocían desde hace tanto tiempo, que a Frank en realidad no le importaba dónde estaban. Se contuvo por el conductor.

Condujeron hacia el norte durante cuarenta minutos, luego hacia el este y, finalmente, llegaron a una carretera que discurría a lo largo del lago Ontario. Después de un breve tramo silencioso, tomaron un camino angosto, custodiado por dos imponentes reliquias de la Guerra de 1812. Finalmente, aparcaron en un lugar con vistas al lago. El viento soplaba hacia ellos, enviando olas blancas hacia la orilla.

Frank abrió su puerta, salió y luego abrió la de Jack.

—Camina conmigo, —dijo.

Jack se unió a él. Los dos hombres se dirigieron hacia el lago. La brisa que venía del agua neutralizaba el calor, aunque seguía siendo considerablemente más cálido que dentro del coche. A lo lejos, pasaban los barcos y sus estelas se mezclaban con la superficie agitada.

En la orilla, giraron a la izquierda, alejándose de una familia reunida que jugaba al borde del agua. Cincuenta metros después, Frank se detuvo. Jack continuó unos pasos más, se detuvo y giró.

—Déjame ver tu teléfono, —dijo Frank.

—¿Estás bromeando? —dijo Jack.

Frank sacudió la cabeza mientras extendía la mano. —Te seguí a través de eso. Necesito asegurarme de que nadie más pueda hacerlo.

Jack se resistió, pero Frank no se dejó engañar.

—No diré nada hasta que apagues el teléfono.

La pistola que tenía apoyada en la espalda casi provocó a Jack lo suficiente como para sacarla. Podría sacarla y apuntar antes de que Frank pudiera moverse. Pero ¿dónde estaba el conductor? El hombre podría estar posicionado fuera de la vista, con un rifle apuntando a la cabeza de Jack. Un movimiento en falso, o una señal de Frank, y el conductor dispararía un tiro que atravesaría a Jack en el corazón y lo dejarían en la orilla.

Frank le ofreció ambas manos. Jack metió la mano en el bolsillo, sacó el teléfono y se lo arrojó a Frank. El hombre lo estudió un momento, le dio la vuelta, presionó un botón y lo prendió. Miró la pantalla. Luego lo apagó y lo arrojó al lago. El dispositivo rebotó dos veces sobre la superficie antes de chocar con una ola de treinta centímetros de altura y desaparecer de la vista.

—Hijo de puta, —dijo Jack.

—Lo siento, —dijo Frank. —Pero, como dije, te seguí con él. Sin duda, alguien más podría hacer lo mismo la próxima vez que hagas una llamada.

No habían rastreado su señal. Estaban observando los números a los que podría llamar. Y cuando lo hizo, lo encontraron. Él asintió, sabiendo cómo funcionaba. Si Frank podía hacerlo, alguien más podría hacerlo. Pero nada de eso explicaba por qué Frank estaba tan cerca y pudo aparecer minutos después de que Jack saliera de la casa a la que Charles lo había enviado.

—Está bien —dijo Jack. —Habla.

Frank se secó una capa de sudor de la frente y aprovechó la humedad para peinarse el pelo hacia atrás. Tenía más motas plateadas que la última vez que Jack lo había visto.

—¿Por dónde empezar?, —dijo Frank.

—¿El comienzo? —dijo Jack.

—Gracias —Frank escupió en el agua y luego señaló con la barbilla un punto a lo lejos. Empezó a caminar y a hablar sin comprobar si Jack lo seguía. —He perdido a tres hombres en dos semanas. Dos de ellos estaban en el mismo vehículo, envueltos en un accidente de un solo vehículo. Intentaron atacar a un roble de doscientos años. Dejaron una fea abolladura en el árbol y un par de dientes en la corteza.

Jack no dijo nada mientras el hombre hacía una pausa y respiraba profundamente el aire del lago.

Frank continuó: —Al otro le dispararon, al estilo de una ejecución, después de haber sido torturado durante al menos dos días. Le faltaban ocho dedos. Los encontramos en pedazos. No estaban cortados sólo en los nudillos. A los dedos que le quedaban

les faltaban las uñas. Lo mismo con los dedos de los pies. Y, ya sabes, había otros signos evidentes.

Se acercaban a un pequeño bosque. Jack miró hacia atrás para asegurarse de que el conductor no los estuviera siguiendo. —No tuve nada que ver con esto.

Frank se detuvo y extendió el brazo como barrera. —Estuviste a punto de ser el primer tiroteado desde un vehículo en Ítaca en mucho tiempo, Jack. ¿De verdad crees que te habría salvado si hubieras tenido algo que ver con la tortura y las muertes de mis hombres?

—Así que esos tipos estaban involucrados entonces.

Frank extendió ambos brazos con las palmas hacia arriba y se encogió de hombros. —Todo lo que sé, es que están muertos y tengo una pista sobre ti. Tu expediente, para ser exactos. Así que comencé a investigar. Lo que encontré me ayudó a darle un poco de sentido a todo esto.

—¿Cómo es eso? —Jack intentó averiguar a dónde iba todo. Cada hilo que creaba su mente terminaba en un callejón sin salida. ¿Qué querría alguien de él? Alguien estaba empeñado en eliminar a un par de agentes del SIS. Incluso intentó obtener información de uno de ellos. Sucede. Todo el que se inscribe sabe que puede suceder. Aun así, nada de eso tenía nada que ver con él. Estaba fuera del radar. Borrado por amigos y amigos de amigos. Y la gente que lo cuidaba no había dicho nada.

Al menos hasta que apareció Frank.

—Alguien está intentando arreglar un montón de cabos sueltos en la comunidad de operaciones encubiertas. Y me refiero a un montón. Agentes y contratistas. Socios comerciales de los objetivos, si es necesario. —Miró hacia otro lado. —Otros socios. Cuanto más operabas bajo el manto del secreto, más te querrán muerto.

—¿Por qué?

Frank negó con la cabeza. —Esto está muy por encima de mi rango. No me corresponde a mí saberlo. Lo único que intento averiguar es por qué no estoy muerto todavía.

—Tranquilo —dijo Jack. —Eres demasiado público. Te reúnes con gente en el Capitolio. Si desapareces, la gente hablará de ti.

—La gente que conozco podría hacer que algo así sucediera.

—Aparentemente no todos. Basta con que alguien de afuera empiece a hacer preguntas.

—Eso no ayudó a nuestro viejo amigo Sinclair.

Jack no dijo nada.

—¿No lo has oído?

—No.

—Lo mataron hace poco en Boston, en el aeropuerto. También están persiguiendo al resto de su equipo.

Jack pensó en Clarissa. La última vez que había oído hablar de ella, estaba trabajando con Sinclair. Tenía que dejar sus preocupaciones a un lado. Por ahora.

—Entonces, ¿por qué viniste hasta aquí para salvarme? Y ¿cómo sabías que estaba aquí sí solo supiste de mi posición cuando hice una llamada telefónica?

—Tengo acceso a ciertos sistemas. Ya sabes, cosas que he adquirido a lo largo de los años y que probablemente no debería haber obtenido. Alguien de Langley o Cuántico que se descuidó al mostrarme algo. De todos modos, vi el resultado en tu archivo. Vi cuándo te localizaron. Empecé a rastrearte yo mismo en ese momento. No podía creer lo descuidados que estaban siendo al transmitir esta información. Nada en código. Era casi como si...

—Estaban tratando de atraer a otros objetivos.

Frank asintió lentamente.

—Entonces, ¿por qué no los perseguimos? —preguntó Jack. —Parece que tenemos pruebas suficientes.

—Bueno, en primer lugar, no sé quién está al mando de todo esto. No estoy tratando de destacarme aquí. En segundo lugar, fueron descuidados con su información. No con sus identidades. —Frank hizo una pausa y miró hacia el agua. El viento azotador hizo que sus ojos se pusieran vidriosos. —De todos modos, surgió esta situación con DeCosta y uno de sus hombres, y supongo que pensaron que era la tapadera perfecta. Alejarte de la ciudad, lejos de tus amigos, y hacer que pareciera que estabas llevando a cabo un asesinato. Todos sabrían que era para DeCosta y para qué, pero

nadie lo atacaría. Esa organización no es la misma con él al mando, pero sigue siendo bastante poderosa.

Jack se tomó un segundo para pensar las cosas. Todo lo que Frank había dicho, aunque ponía a prueba los límites de los pensamientos actuales de Jack sobre la realidad, tenía sentido. Todavía no entendía por qué el que lo quería muerto no lo hacía. Supuso que la reunión en el condominio tenía algo que ver con esto. Podrían haberlo llevado allí. Habría sido fácil. La persona adecuada también podría haberlo matado allí. ¿Por qué pasar por todo ese elaborado plan para llevarlo a Ítaca?

—Charles dijo que había un tipo que vigilaba a Erin y a Mia en Tenerife —dijo Jack. —Hablé con ella el día anterior...

—Estoy bastante seguro de que así fue como te encontraron.

—Planeaba tomar un vuelo mañana después de verificar algo en Carolina del Sur.

—¿Qué hay ahí?

Jack le hizo un gesto para que no se molestara. —Otra cosa. Probablemente no sea importante ahora.

O quizás era más importante que nunca.

Frank dijo: —Mira, si DeCosta estaba amenazando con eso, entonces tal vez estos tipos tengan a alguien en ese puesto. ¿Dijiste que hablaste con ella recientemente?

—Sí, pero ¿cuáles son las posibilidades?

—Te lo dije, Jack, esto es muy grave. Podrían haber estado vigilándola. Podrían haber marcado sus tarjetas de crédito y haber seguido su rastro.

Era más que una posibilidad. ¿Por qué hacer una amenaza como esa? Porque lo agarró por los huevos y lo aplastó contra la pared. Por eso. No tuvo otra opción una vez que pensó que su hija y su madre estaban en peligro. Tal vez era una amenaza vana. O, tal vez, apretarían las tuercas un poco más.

Frank dijo: —Este no fue un encuentro casual. Estaban buscando una forma de derribarte. ¿Ves cómo sabían de tu relación con DeCosta? Y estos tipos conocen tus debilidades. He visto parte de la información que obtuvieron. Están preparados para explotar todo lo que puedan para llegar a ti.

—Estamos perdiendo el tiempo aquí —dijo Jack. —Tengo que ir allí ahora mismo. Necesito que me pongas en un vuelo.

—Lo sé. Tengo un Gulfstream esperando. El piloto puede saltarse algunas reglas. Vuela directo. En total, debería tardar unas seis horas. Te daré algo para que puedas dormir durante el viaje.

Mientras se dirigían hacia el coche, Frank tomó el teléfono y organizó el vuelo.

CAPÍTULO 37

TENERIFE

Jared Akers observó a la niña y a su madre sentadas en un mostrador, lamiendo helado de gigantescos conos de barquillo. ¿Cuánto tiempo tendría que quedarse relegado a observarlas? Algo tenía que pasar tarde o temprano, o se quedaría dormido de aburrimiento.

El móvil vibró en su bolsillo y eso le dio nuevas esperanzas. Tocó el botón del auricular.

—¿Tienes los objetivos a la vista?

—Sí —dijo Jared. —Madre e hija. A veinte metros de distancia.

—El momento de moverse es ahora.

—Está bien —Jared se guardó el teléfono en el bolsillo y siguió observando a la mujer y a la niña. Cuando se levantaron y se fueron, él las siguió, esperando la oportunidad adecuada.

CAPÍTULO 38

UBICACIÓN DESCONOCIDA

¿Cuánto tiempo había pasado desde que la mujer se había ido? Eso no era del todo correcto, pensó la niña. Se la habían llevado. A la fuerza. Contra su voluntad. Y, por alguna razón, la mujer sabía lo que iba a pasar y se quedó en el auto. Se había roto la pierna y el dolor era demasiado para liberarlas a las dos. La mujer sabía lo que iba a pasar e hizo todo lo que pudo para proteger a la niña.

Si tan solo supiera cuánto tiempo había pasado. En un momento parecía que habían pasado minutos. Al siguiente, podrían haber pasado horas. Y no había pasado ningún coche. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Por qué nadie tomaba esa carretera?

La chica intentó recordar adónde habían ido. Se dio cuenta de que ni siquiera estaba segura de en qué país se encontraba. La mujer tenía acento, un acento muy marcado. ¿Era europeo? ¿Existía siquiera eso?

Por primera vez, la niña comenzó a llorar. La frustración se había apoderado de ella y, al estar atrapada bajo el tablero del vehículo, no había nada más que pudiera hacer.

Entonces, unas luces se extendieron sobre sus piernas. A medida que el haz de luz se intensificaba, también lo hacía el zumbido del

motor de un coche. Las puertas del coche se abrieron y cerraron. Se escuchó una voz. Una segunda la siguió. Un hombre y una mujer. La mujer siguió hablando entre pasos que se acercaban. Hablaba apresuradamente, pero la niña entendió gran parte de lo que decía.

—Un solo coche involucrado en un accidente. Destrozado. No hay nadie más alrededor. La puerta del conductor está abierta. No, no hay nadie dentro. Oh, Dios. Por favor, Dios. No. Alguien está atrapado. Puede ser una niña, de unos once o doce años.

La chica tenía tantas ganas de hablar que no le importaba el dolor que eso implicaba. Se movió de un lado a otro y respiró profundamente. El pecho le ardía en represalia. Abrió la boca con la intención de gritar la palabra "ayuda". En cambio, emitió sólo un sonido primario.

—Está viva, —exclamó la mujer en francés. —Por favor, que venga alguien ahora mismo para liberarla de los escombros.

La niña sonrió mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, resultado de una mezcla de dolor y felicidad.

Vio al hombre y a la mujer, ambos de pie, al otro lado de los escombros. Tiraron de la puerta y la abrieron un poco. Unos dedos se asomaron por la abertura y agarraron el marco. Tiraron y tiraron, y finalmente lo liberaron lo suficiente para que la mujer pudiera meter la cabeza y el torso. Le sonrió a la niña.

—Todo va a salir bien, —dijo la mujer. —La ayuda está en camino.

La niña sonrió y las lágrimas cesaron.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la mujer.

El dolor que sintió en el pecho no se comparaba con la sensación de hundimiento que sentía por todo el cuerpo.

La mujer había hecho una pregunta sencilla.

Pero la niña no pudo responder.

CAPÍTULO 39

NIZA, FRANCIA

Oso siguió a Pierre, alejándose del edificio de apartamentos y de la playa. También alejándose de las multitudes. Las luces se hicieron más tenues y el calor y la humedad se sentían más densos. El sudor cubría su frente, sus cejas, su labio superior y su barba. No se molestó en limpiarse. Desde que se habían ido, su cabeza había estado girando, mirando de un lado a otro por si alguien los seguía.

Pierre, por su parte, siguió adelante con la mirada al frente. Si tenía un destino en mente, no lo había dicho. De hecho, no le había dicho nada a Oso desde que salieron del edificio. Era como si quisiera que lo vieran. Como si esperara que alguien los siguiera.

Las pocas personas que se cruzaron con ellos no se detuvieron a mirarlos demasiado tiempo. No era bueno meterse con ninguno de los dos. Pierre, con su mirada firme y decidida, y Oso, con su mirada de loco trastornado. Cualquiera podía darse cuenta de eso. De hecho, algunos lo vieron desde tan lejos, que esquivaron el tráfico para cruzar la calle.

Diez minutos después de comenzar la caminata, Pierre preguntó —¿Ya viste a alguien?

—Nadie —respondió Oso.

—Sigue mirando.

—¿A dónde vamos?

—Por aquí.

Oso resistió la tentación de derribar al francés. —Ya lo veo. ¿Cuál es nuestro destino?

—Tengo el coche aparcado en casa de un amigo. Quienes sean estos hombres, es probable que nunca lo hayan visto. Pero tenemos que llegar allí sin que nos vean.

—¿De verdad crees que importa?

Por primera vez, Pierre miró hacia atrás. —¿Qué?

—Si nos ven, ¿crees que eso importa?

Pierre se encogió de hombros y no dijo nada.

—Podrían estar siguiéndonos por otros medios. Probablemente por eso no nos siguen. No necesitan hacerlo. Esperarán hasta que nos detengamos o hasta que cambiemos nuestro rumbo, y entonces se moverán.

—Bien. Quiero que esos cabrones nos encuentren. Siempre y cuando estemos un poco más allá de la ciudad. Entonces, podremos pisotearles el cuello y descubrir qué diablos quieren.

—Deberíamos haberlos invitado al apartamento para eso.

Pierre señaló el cartel de la calle y luego señaló con el dedo hacia la derecha. —No podía hacer eso. No con Kat allí. Y, especialmente, no con Mandy presente.

—Ella es una chica dura.

—No lo dudo. —Pierre aminoró el paso lo suficiente para que Oso pudiera alcanzarlo. —Y no tienes por qué preocuparte. Kat la está cuidando. Nadie las encontrará por donde van. Créeme. Nosotros también estaremos allí pronto y, luego, ustedes dos pueden esconderse por un tiempo hasta que resolvamos esto, o pueden desaparecer.

—¿Averiguar qué?

Pierre casi aminoró la marcha, se subió a la acera y miró a su alrededor. —Aquí no, amigo mío. Te diré lo que sé, o lo que creo saber, supongo. No le encuentro sentido a esto. Nadie puede. La charla es ruidosa y, como siempre, engañosa.

—Estás hablando tonterías, hombre.

—Aquí arriba. —Pierre se puso en pie y aceleró el paso. Condujo a Oso por tres curvas más, a la izquierda, luego a la derecha y luego, otra vez a la izquierda. Las calles estaban desiertas. Las farolas estaban colocadas aún más separadas, lo que dejaba zonas oscuras a lo largo de las aceras donde el dosel de árboles protegía el suelo.

Oso oyó pasos. No eran de ellos, pero no había nadie visible.

—No estamos solos, —susurró.

Pierre se llevó la mano a la espalda y asintió —Lo sé.

Oso siguió su ejemplo y recuperó la Glock. Nunca confíes en un arma de fuego que nunca has disparado. Esas palabras se le habían metido en la cabeza. Desafortunadamente, no tenía otra opción. Si se trataba de algún plan elaborado para dejarlo solo y deshacerse de él, estaba jodido. No había otra forma de decirlo. Pero no caería fácilmente. Quien estuviera más cerca, ya fuera Pierre u otra persona, caería con él. Al menos, Oso no sufriría mucho. La bala se encargaría de eso. Su víctima no tendría tanta suerte.

—Es hora de que yo haga de cebo —dijo Pierre. —Escóndete detrás de ese árbol. Voy a seguir otros veinte metros. Allí me detendré y tomaré el teléfono. Tú vigila en todas direcciones. Si aparece la persona adecuada —miró la Glock con silenciador, —ya sabes qué hacer.

Se separaron, Oso se dirigió hacia la oscuridad que proporcionaba el árbol y Pierre continuó otros dieciocho metros más o menos, donde se detuvo y realizó una llamada telefónica. La pantalla del teléfono se iluminó y Oso solo pudo asumir que la llamada era real, aunque se preguntó si Pierre había llamado realmente a la línea correcta.

Desde su posición, Oso escrutó ambos extremos de la calle. Observó los huecos entre las casas, buscando en la oscuridad de los callejones. Pierre era un blanco fácil. Si alguien estaba allí, le dispararían. No habría enfrentamiento.

—Vamos, Pierre —murmuró en voz baja. —¡Sal del medio de la maldita calle!

Y entonces el francés dejó de hablar. Por primera vez, sacó su arma. Una punzada de miedo recorrió la espalda de Oso. No duró

mucho, un segundo como mucho. Pero sirvió para poner a toda marcha su adrenalina y sus sentidos. Si iban a tenderle una trampa, tendrían que trabajar para conseguirla. Se mantuvo entre las sombras y avanzó hacia la casa, manteniendo el cuerpo de cara a la calle para poder mirar.

Pierre se dirigió a la acera y caminó por el césped para mantenerse alejado de los focos de luz naranja que proyectaban las farolas de la calle. Incluso en la oscuridad, Oso pudo ver al hombre esforzándose por localizarlo. Pierre se concentró en el árbol donde había estado Oso. Cuando llegó a él, Oso ya se había distanciado.

—¿Dónde estás? —gritó Pierre. —Fue una falsa alarma.

Oso esperó un momento antes de comenzar su acercamiento. No tenía la menor idea de si saldría vivo de esta. Estaba en una ciudad extranjera, en un país extranjero y su único contacto podría tratar de matarlo. Su mejor oportunidad era atrapar al tipo y hacer que el francés lo cancelara.

—Estamos perdiendo el tiempo, —dijo Pierre.

Oso se arrastró entre las sombras, con la pistola desenfundada, apuntando a la silueta del francés.

—No te muevas.

Pierre ignoró la petición y se volvió hacia el lugar de donde provenía la voz de Oso. —¿Qué estás haciendo?

—¿Dónde están?

—No sé si lo sé. Yo estoy aquí, es todo lo que puedo decirte. Pensé que mi llamada los haría salir, pero no fue así, así que ahora tenemos que irnos.

Oso dio unos pasos hacia adelante y los ojos de Pierre se abrieron de par en par al ver el arma apuntando a su cabeza.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Dime que no me estás tendiendo una trampa.

—No te estoy tendiendo una trampa.

—Mentiroso. —Oso mantuvo la distancia, consciente de que Pierre era el tipo de hombre al que no se podía tocar con un arma. Le llevaría medio minuto desarmarlo y otro medio minuto dispararle.

—Escúchame, no estoy seguro de qué demonios has estado bebiendo desde que nos separamos, pero estoy de tu lado. De

hecho, eres la única persona en Francia en la que confío en este momento.

Oso no dijo nada. Se mantuvo firme.

—¿Cómo pude haberte engañado si no sabía que vendrías hasta que llegaste? ¿Cómo pude haber organizado que esos hombres estuvieran allí, para ti, si yo mismo no lo sabía?

En ese momento, el arma le pesaba mucho en las manos. Había dejado que su mente pensara demasiado sobre la situación de Mandy. Tanto, que su propio juicio se había vuelto nuboso. Pierre estaba de su lado. Tenían un objetivo común. Y una vez que lo lograran, las cosas podrían ser diferentes.

—Lo siento, —dijo.

—No te preocupes, —dijo Pierre. —Ahora vámonos. Nos quedan tres cuadras hasta el auto. Luego, cuatro horas de viaje.

CAPÍTULO 40

AL OESTE DE MADRID, ESPAÑA

Mason no había permitido que Sasha condujera. Pensó que era un caballero al encargarse de la tarea después de la terrible experiencia que habían vivido en el avión. En realidad, solo la había enfadado. Cuatro horas sentada dentro del avión la habían afectado. Ya estaba harta. Cansada. Agotada. Aburrida de mirar por la ventanilla.

El olor que desprendía su bolsa de patatas fritas la carcomía. Había dejado los carbohidratos hacía un par de años, por lo que resistirse era fácil. Sin embargo, esa noche, cuando no había comido desde el mediodía, las punzadas del hambre le estaban ganando. Pero para agarrar un puñado, tendría que reconocer la existencia de Mason, y no estaba preparada para eso.

—Llegaremos en unos cuantos kilómetros más, —dijo Mason.

Ella siguió mirando fijamente por la ventana hacia la nada. —¿Qué?

—El aeródromo.

El momento que tanto temía, volver a ver a Gerald, estaba a pocos minutos de llegar. Sasha no entendía muy bien la aprensión que sentía. Después de todo, lo había dejado plantado. Y luego él había dejado el servicio. Simplemente se había ido. Durante el

tiempo que habían estado juntos, que no había sido tan largo en cuanto a relaciones se refiere, nunca se había dado cuenta de que Gerald y Mason eran amigos. Por mucho que ella fuera mala con sus compañeros del MI5, los agentes masculinos eran diez veces peores. Todo era una pelea de mierda. O eso parecía.

Mason giró hacia una carretera estrecha y los faros iluminaron dos franjas de tierra y grava, amortiguadas por la hierba alta. Sasha bajó la ventanilla. El aire húmedo la cubría y no le importaba. Era mejor que el aire acondicionado seco. Se oía el suave rugido del motor de un avión. Más adelante, la carretera se curvaba entre unos árboles. Al otro lado, vio la fuente del sonido: una pista de aterrizaje con un avión esperando.

Gerald bajó del árbol cuando salieron de él. Había envejecido considerablemente desde la última vez que lo había visto, hacía unos cinco años. Al menos, eso era lo que se decía a sí misma.

Ella y Mason salieron del coche. Él la guió hasta el avión. Ella ya había decidido que cuanto menos dijera, mejor. Los ex siempre eran difíciles de tratar. Y, más aún, si ella fue la que lo abandono después de que él le propusiera matrimonio. Lo dejó de rodillas en el restaurante de su familia. Y esa fue la última vez que lo vio.

—Sasha —dijo Gerald. —Me alegro de verte.

Ella sonrió, asintió y continuó hacia el avión.

—No le hagas caso, —dijo Mason. —Esta de mal humor por los retrasos del día. Solo quiero que sepas que ambos te agradecemos por esto.

—No hay problema, —dijo Gerald.

Sasha se detuvo y miró hacia atrás. —Deberíamos irnos. Hay una mujer y una niña que podrían estar en peligro.

Mason se inclinó y le susurró a Sasha —¿Ves? Él apenas te recuerda. Esto no será nada malo.

A bordo, Gerald completó sus controles previos al vuelo y luego dijo: —Adelante, pónganse cómodos. Será un vuelo largo.

CAPÍTULO 41

NORTE DEL ESTADO DE, NUEVA YORK

El Gulfstream zumbaba en medio de un torrente de actividad. Mantenimiento realizó las comprobaciones finales y cargó combustible al avión. Los miembros de la tripulación subieron a bordo. Personal no esencial, obviamente. Los que importaban ya estaban a bordo, revisando los planes de vuelo y preparándose para el viaje. El jet mantenía una velocidad de crucero de más de seiscientas millas por hora. Un avión comercial tardaría ocho horas en viajar de Buffalo a Tenerife. El Gulfstream podía hacerlo en menos de seis, o incluso más rápido, si el piloto ignoraba ciertas reglas que exigían que los aviones comerciales no se desviaran más de noventa minutos de la tierra.

El conductor, cuyo nombre Jack aún no había captado, se detuvo en un lugar de estacionamiento sin marcar y puso la transmisión en posición de estacionamiento antes de detenerse por completo. El vehículo se balanceó hacia adelante y hacia atrás, al principio con fuerza. Frank se quedó inactivo por un momento, mirando el avión. Jack siguió su mirada, pero su atención estaba en los hombres y mujeres que trabajaban alrededor de la nave. Cada rostro tenía que lucir como si perteneciera a su lugar. Una sola persona fuera de lugar significaba que tenía que tomar un curso de acción diferente.

Tampoco sería difícil. Frank había estado descuidado enfundando su arma y, en ningún momento durante el viaje, se había esforzado por corregir el problema. Todo lo que Jack tenía que hacer era asegurar la pistola. El conductor cedería y haría exactamente lo que le ordenaran, a pesar de que en el entrenamiento le habían enseñado a no hacerlo. Las cosas cambiaban cuando la situación y el peligro fueron reales.

No llegaría a ese punto. No hoy. Todos habían pasado la prueba, no porque no hubieran fallado en el pasado. Pero hoy era diferente. A pesar de sus diferencias a lo largo de los años, existía un entendimiento entre Jack y Frank. Se apoyaban mutuamente. Se defendían mutuamente. Así era con los hombres que habían pasado por las cosas que ellos habían visto juntos. Y, el hecho de que pudieran fastidiarse mutuamente los ayudaba a coexistir.

—Deberíamos irnos —dijo Frank en tono solemne.

—Suenas un poco destrozado, —dijo Jack.

Frank negó con la cabeza. —No sé a dónde va esto. Después de que nos separemos, estarás solo. Lo entiendes, ¿verdad? No puedo ayudarte a partir de ahora. No sé si alguien podrá hacerlo. Ahora estamos todos en alerta máxima. Tengo a todos alojados en grupos de dos a cuatro. Los cónyuges y los niños reubicados.

Desde el principio, había existido la sospecha de que Frank sabía más de lo que había dejado entrever. Ahora Jack estaba seguro de ello. Y sabía que no conseguiría nada más de él. En cuanto puso un pie en la pista, habían terminado. Por ahora, con suerte.

Frank y el conductor intercambiaron una mirada rápida.

—Vamos, Jack —dijo Frank.

Los hombres salieron del vehículo. El conductor se quedó de pie junto a la puerta abierta, con una mano fuera de la vista. Jack y Frank cruzaron la carretera asfaltada hacia el Gulfstream que los esperaba. Un hombre salió del fuselaje y un segundo hombre se le unió. Bajaron las escaleras, con la mirada clavada en Jack.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Jack.

—Un par de mis muchachos, —dijo Frank.

—¿Vienen conmigo?

—Te acompañarán, pero no bajarán del avión contigo.

—No necesito niñeras a cuarenta mil pies de altura.

—No dije que lo hicieras.

—Entonces ¿por qué van a estar a bordo?

—Sólo para asegurarme de que termines donde quiero que estés.

Jack aminoró la marcha y dejó que Frank se adelantara unos pasos. Un hombre se detuvo al pie de las escaleras y el otro se acercó a Frank. Jack miró hacia atrás y vio que el conductor se acercaba.

Y entonces oyó el estallido.

Al principio no parecía gran cosa. Una sensación de escozor en el muslo no peor que una picadura de abeja. El calor irradiaba hacia afuera en forma de espiral, rodillas, cadera, espinillas, abdomen, pecho, brazos y pies. Luego, se sintió entumecido y pesado. Empezó a avanzar, tropezando, porque sus pies se habían convertido en plomo. Frank y uno de los chicos del avión vinieron hacia él. Reuniendo fuerzas y concentración, Jack se llevó la mano a la espalda y envolvió sus dedos de cemento alrededor de la empuñadura de la pistola, logrando liberar el arma de su cinturón. Pero no pudo sujetarse.

—Golpéalo otra vez, —dijo Frank.

Otro chasquido y otro pinchazo. Esta vez, en el tendón de la corva de la otra pierna. El corazón le latía con fuerza en los oídos. Fuerte. Rápido. Ahogando el sonido del motor del Gulfstream. Su rodilla derecha golpeó el suelo, seguida por su mano derecha. La otra pierna se extendió hacia atrás y su mano libre buscó la pistola en el suelo, como si estuviera en una postura de yoga descoordinada.

—Relájate, Jack. —Tenía que ser Frank. Los otros hombres no sabían su nombre. Excepto, tal vez, el conductor. —Esto es por tu propio bien. Déjate llevar y nosotros nos encargaremos de ti. Su pensamiento consciente se desvaneció rápidamente, pero a Jack le quedaba suficiente para saber que no debía irse sin luchar, aunque no tenía elección. Su brazo de apoyo se desplomó, al igual que su pierna y se quedó boca abajo en la pista. Sintió que el asfalto abrasador le quemó la mejilla. No lo supo después de un par de segundos. Luego, el dolor se desvaneció. Todo se desvaneció. Y le

siguió una sensación de ingravidez. Consiguiendo abrir los ojos, Jack se vio flotando a unos pocos centímetros del suelo, luego subiendo las escaleras y, finalmente, dentro del fuselaje. Lo colocaron en un sofá de cuero y lo ataron.

Frank apareció en el campo de visión de Jack. El hombre entrecerró los ojos y extendió la mano para tocar el hombro de Jack. —Es por tu propio bien. Confía en mí. Déjate llevar.

Y Jack lo hizo. No tuvo más opción que dejarse llevar y desaparecer en la oscuridad.

CAPÍTULO 42

TENERIFE

El nombre de la mujer era Hannah. Brett se había enterado de eso de camino a su habitación. No quería saberlo. Siempre era más fácil cuando no lo sabía. Por supuesto, no tenía otra opción cuando se trataba de su objetivo real. Pero el daño colateral, las vidas necesarias que se habían quitado y el dolor infligido, dejaban de existir cuando no había nombre. Los rostros se desvanecían más rápido.

Hannah lo miró. Tenía los ojos grandes y oscuros. Por fin había dejado de intentar hablar a través de la mordaza. Sólo le hizo falta que le dijera diez veces que hacerlo empeoraba las cosas. Trató de responder a todas las preguntas que ella pudiera saber. ¿Quién era él? No dio más que una explicación sencilla: un agente del gobierno. ¿Por qué ella? Porque ella estaba en el camino. ¿Qué estaba haciendo él aquí? Lo dio que lo sentía, pero no podía responder a eso.

—¿Moriré?

—No si haces lo que yo digo, cuando yo lo digo.

Ninguna de sus respuestas a sus supuestas preguntas pareció ayudar a la mujer. Las lágrimas brotaron de sus ojos y corrieron por sus mejillas, para luego descansar en la mordaza improvisada creada

con su camiseta roja oscura. En realidad, prefería ese color, en caso de que hubiera sangre de por medio.

Brett miró su reloj y realizó un cálculo mental. La hora no importaba tanto como el tiempo que habían estado en la habitación: setenta minutos. ¿Dónde estaban Erin y Mia? Hannah había dicho que iban a tomar un helado. Debía de haber esperado que se quedaran fuera un rato. ¿Por qué, si no, invitar a subir a un desconocido? El riesgo de pasar vergüenza si su jefe la veía con un hombre en la habitación no impediría a la joven correr el riesgo. La miró. Ella le devolvió la mirada. Se dejó llevar por el momento, había cometido un error.

Brett se levantó y se acercó a ella, teniendo en cuenta que no tenía las piernas atadas. —Si te quito la mordaza, ¿me prometes que no gritarás?

Ella no respondió y siguió mirándolo fijamente.

—Solo te lo voy a preguntar una vez más. ¿Me prometes que no gritarás?

Ella asintió una vez, luego inclinó la cabeza hacia atrás y hacia un lado.

Brett se alejó lo suficiente de sus piernas y agarró el nudo que estaba expuesto. Con un tirón, lo liberó y dejó que la camiseta se deslizara del rostro de la joven hacia su pecho.

—Eres un idiota, —dijo ella en tono apagado.

—¿En qué estabas pensando al invitar a un extraño? Seguro que sabías que algo así podía pasar.

Ella no dijo nada.

—De todas formas, si te quedas callada y haces todo lo que te digo, todo irá bien. Mi propósito al estar aquí no tiene nada que ver contigo.

—Es Erin, ¿no? —dijo. —Por su tía, ¿verdad?

Brett no dijo nada. La miró fijamente y no mostró ningún signo de emoción.

Hannah negó con la cabeza. —No. Mia, no.

Brett todavía no dijo nada.

—Mira, lo que tengas que hacer házmelo a mí. No a ellas. No a Mia. Ella es solo una niña. —La voz de Hannah se alzó. —Di algo,

idiota.

—Baja la voz.

—Púdrete.

Sólo tenía unos minutos antes de tener que volver a ponerle la mordaza. —¿A dónde más iban?

—No lo sé. Dijo que comerían un helado, luego un paseo y luego volver aquí.

—¿Un paseo? No lo habías mencionado antes. ¿A dónde?

—A la playa, supongo.

Brett se desplazó hacia la ventana y abrió las cortinas por la mitad. Las luces de la plaza se desvanecían en los senderos que conducían al océano. Cuando llegara a la arena negra, habría poca luz. No se había preocupado por el otro hombre de la isla, simplemente porque no haría nada en público. En todo caso, seguiría a Erin a su habitación y entraría más tarde. En cuyo caso, Brett ya los habría escoltado fuera de Tenerife.

Pero en la playa eran vulnerables. ¿Hasta dónde caminarían? ¿Continuarían pasando junto a la multitud que, probablemente, se había reunido alrededor del acceso a la playa? Soltó las cortinas y la habitación se oscureció un poco cuando se cerraron.

—Lamento tener que hacer esto otra vez —dijo, mientras se agachaba para tomar la camiseta sin mangas y la colocaba alrededor de la cabeza de Hannah. La chica pateaba y se sacudía en la silla. Brett no la culpaba. Él haría lo mismo, y algunas otras cosas de las que estaba agradecido de que ella no estuviera al tanto. Ajustó la camiseta lo suficiente para evitar que ella la manipulara y soltara un grito.

Después de unos minutos, Hannah dejó de luchar y se tranquilizó. ¿Realmente tenía otra opción? En ese momento, si tiraba la silla al suelo, él la dejaría así.

Brett se detuvo frente a la puerta y la miró. —Lamento hacerte esto, pero tengo que ir a buscar a tus amigas a la playa. Me temo que están en peligro. —Derramaba ironía, pero eso no le impidió ser convincente. —Si no vuelvo por la mañana, el servicio de limpieza te encontrará. Siéntete libre de decirles lo que quieras. Me iré enseguida.

CAPÍTULO 43

TENERIFE

¿Cómo había sido sido tan descuidada la mujer? Al llevar a su hija fuera del camino habitual, a lo más profundo de la oscuridad, alejándose un kilómetro y medio de las multitudes que se encontraban cerca del acceso a la playa, facilitó el trabajo de Jared Akers. Relativamente. Porque una madre podía luchar hasta la muerte para proteger a su cría. O podía seguirle la corriente y hacer lo que él dijera. Pronto lo descubriría.

Las olas rugientes le facilitaron el camino. No le preocupaba que lo oyeran. Tampoco temía que lo vieran, porque ¿qué notarían? ¿Una sombra contra la oscuridad? Difícilmente.

La niña era su prioridad número uno. Si tomaba el control de ella, la madre lo seguiría en cuanto se diera cuenta de que tenía una pistola de 9 mm apuntando a la cabeza de su hija. Al menos, mientras sintiera que la amenaza era real. Si él daba alguna indicación de que no tomaría medidas, entonces ella podría estar inclinada a luchar.

A veinte metros de distancia, Jared cerró la brecha que lo separaba de las mujeres en unos segundos. Agarró a la niña y la tiró hacia atrás. Sus gritos apenas eran audibles entre el viento y las olas. Pero su madre sí la oyó. Y se dio la vuelta rápidamente,

buscando con la mirada en la oscuridad, y se fijó en las figuras de Jared y su hija. Se lanzó hacia delante, pero se detuvo al ver el arma de Jared. Cualquier miedo que hubiera sentido se desvaneció. La mujer se lanzó hacia él, soltando un grito violento. Jared se echó hacia atrás y apuntó con la pistola. El golpe alcanzó a la mujer en un lado de la cabeza y cayó al suelo. La niña comenzó a patear, a gritar, a luchar contra él. Hundió los dientes en el dorso de su mano. Jared comenzó a bajar la pistola, pero se detuvo a centímetros de su cabeza. El golpe podría matar a la niña y, si algo sabía sobre la situación, era que la niña valía diez veces más para él que la mujer. Liberó su mano de un tirón y levantó a la niña pasando su brazo por debajo del de ella.

La mujer yacía inmóvil en el suelo. Jared sacó una linterna de su bolsillo y la enfocó. Sus ojos no se abrieron ni parpadearon. La sangre de un gran corte en un costado de su cabeza se acumuló en el suelo alrededor de su cara. La niña vio a su madre y gritó. Luego, los gritos se convirtieron en sollozos.

Jared sacó su teléfono e hizo una llamada.

—Tengo a la niña. La madre está en el suelo, inconsciente. ¿Cuál es mi próximo paso?

—¿Dónde estás?

—En la playa, a un kilómetro al norte de la ciudad.

—Está bien. Continúa hacia el norte aproximadamente un kilómetro más. Tengo un recurso allí. Te recogerá en la playa y te sacará de la isla.

—Diez cuatro. —Jared hizo una pausa y miró a la mujer que sangraba sobre la arena negra. —¿Qué pasa con la madre?

—Ella no nos sirve de nada. Mátala.

—Señor, tengo a su hija aquí mismo.

—¿Ahora te importa? No te molestó cuando la dejaste inconsciente, ¿verdad?

—Yo…

—La cagaste. Ahora limpia tu desastre y mátala, luego sigue adelante.

La llamada se cortó. Jared casi arrojó su teléfono al Atlántico. Miró a la mujer. Ella no se había movido. Podía dejarla allí. Tal vez

muriera. O tal vez alguien viniera y la llevara de regreso a la ciudad. El golpe que había recibido le había causado mucho daño. Incluso si la rescataban, probablemente no sería la misma.

Pero si así fuera, eso significaría que la vida de Jared estaría en riesgo.

—Lo siento —le dijo a la niña mientras se sentaba a horcajadas sobre su madre, dándole la espalda y apuntando hacia abajo con su pistola. Se colocó el arma bajo la barbilla por un momento mientras buscaba el silenciador en su bolsillo. Enroscó el dispositivo en el arma y luego dio unos pasos hacia atrás. Respiró profundamente un par de veces y contuvo la última respiración. Apretó el gatillo. Dos veces. No necesitaba iluminarla con la linterna para saber que la madre de la única hija de Jack Noble estaba muerta.

No se detuvo. Alguien podría haber visto el estallido del disparo desde lejos y ya estar en camino a investigar. Desde la distancia suficiente, podría parecer que alguien estaba haciendo alarde de un encendedor. O podría parecer un disparo. De cualquier manera, Jared no quería tener nada que ver con más responsabilidades. Más gente a la que matar. Corrió hacia el norte con la chica inmóvil bajo el brazo. Había llevado cargas más pesadas durante su carrera y ella pesaba menos que una mochila. Incluso menos que algunas de las armas que había usado en el pasado.

Ocho o nueve minutos después, aparecieron pequeños puntos en la oscuridad. Faros blancos. Jared se detuvo, se agachó y esperó a que los destellos de luz azul y roja atravesaran la oscuridad. Pero no lo hicieron. Las luces se hicieron más brillantes y grandes. Oyó el cuatriciclo acercarse. Jared se levantó y avanzó. Se guardó la pistola en el bolsillo para buscar su linterna, que encendió y apagó, tres veces, y luego no volvió a encenderse durante unos segundos. Repitió el proceso. Los faros se encendieron y apagaron siguiendo el mismo patrón. Jared sostuvo la linterna en la boca, la encendió y sacó su pistola. No sabía la identidad del hombre que había sido enviado a su encuentro. Y no le importaba. Todo lo que quería era asegurarse de que el tipo fuera legítimo y tuviera un plan para sacarlo a él y a la chica de la isla.

El vehículo se detuvo frente a ellos. El conductor apagó el motor y el rugido repentino del vehículo se apagó. Entonces el viento y las olas tomaron el control.

—Sube, —dijo el conductor. —Tengo un barco atracado a cinco kilómetros al norte de aquí, en una ensenada. Nos llevará a cualquier lugar al que quieras ir.

Jared ajustó la luz hacia el vehículo todoterreno. Tenía mucho espacio. Dos filas de asientos. La parte trasera era lo suficientemente grande para acomodarlo a él y a la niña. La cargó sobre su hombro y luego pasó por encima de la barra transversal, colocándola en el asiento primero. Jared se sentó a su lado con un brazo alrededor de sus hombros y el otro sosteniendo la pistola, apuntando a la niña. Ella no parecía darse cuenta. No hizo ningún movimiento en absoluto. Catatónica era la palabra que la describía mejor. Intentó que no le importara. Después de todo, era su culpa. Sabía la respuesta que obtendría ante esa línea de pensamiento. *No es tu culpa. Ellas se pusieron en esta situación*. No era cierto. Lo sabía. Pero tenía que creerlo.

Continuaron hacia el norte hasta llegar a la ensenada. Unas luces anaranjadas dispersas iluminaban la zona. A primera vista, el lugar estaba desierto. El conductor los condujo por una pasarela de hormigón y luego por un muelle de madera. Se detuvieron frente a un barco de doce metros. Jared sabía poco sobre las embarcaciones y confiaba en la palabra del hombre de que la embarcación podría navegar por el Atlántico.

A bordo, hizo otra llamada. Su jefe le indicó que debían dirigirse hacia el Mediterráneo y llamar por la mañana para recibir más instrucciones.

CAPÍTULO 44

TENERIFE

El ruido de la multitud se fue apagando poco a poco y dio paso al viento y al océano. Brett permaneció cerca de la costa. El rocío salado lo envolvía con una sensación que disfrutaba desde que tenía memoria. Aunque había crecido a una hora del océano, las visitas a este lugar eran limitadas. Eran sus alegrías al ser un niño huérfano y de acogida.

Sacó una pequeña linterna y utilizó el débil haz de luz para escanear el área que tenía frente a él. Su luz apenas iluminaba tres metros. Y por eso Brett casi tropezó con el cuerpo cuando lo alcanzó. Arrodillándose, enfocó la luz en la cabeza de la mujer. O lo que quedaba de ella. Dos balas habían entrado por detrás y le habían arrancado trozos de la frente y la cara.

No había ninguna duda de quién era.

Brett había llegado demasiado tarde.

Barrió el área con la linterna en busca de Mia. No encontró a la chica por ningún lado. El miedo a llamar la atención sobre su posición le impidió llamarla demasiado fuerte. Aun así, lo intentó, sin obtener respuesta. Buscó huellas en el suelo. Lo que encontró fue una mezcolanza de huellas de bañistas.

Piensa, se dijo a sí mismo. El hombre las había traído hasta allí sólo para matar a Erin. No volvería con la chica. ¿Verdad? Brett sabía que el tipo no lo haría. Tenía un lugar adónde ir. Brett corrió hacia el norte, escudriñando el terreno con su pequeña linterna. Después de una kilómetro o más, encontró las huellas de un vehículo todo terreno. Alguien, supuso, había recogido al hombre y a Mia.

Tenía que ponerse en contacto con Ballard y averiguar si había descubierto quién más estaba en Tenerife.

Sin embargo, Ballard se le adelantó.

—Dime que encontraste algo, —dijo Brett.

—Te voy a decir que abandones tu posición y te dirijas al aeropuerto. Tienes una reserva en un pequeño avión ejecutivo.

—¿De qué estás hablando?

—Ponte en movimiento y llámame en cuanto llegues.

—Quienquiera que haya sido tiene a la niña y mató a su madre. Si sabes quién estaba aquí, dímelo, Ballard.

Hubo una larga pausa antes de que Ballard respondiera —No lo sé. Y no importa. La mujer era un objetivo de todos modos.

—Pero la niña no. No somos asesinos de niños.

—Sigue diciéndote eso.

—Maldita sea. Dime lo que sabes.

Ballard se aclaró la garganta. —Esto es lo que sabemos. Sabemos dónde estará Noble mañana por la mañana. Ahora depende de ti acabar con él antes de que lo haga otro, si quieres tu sueldo. —Ballard hizo una pausa para aclararse la garganta de nuevo. —Y vivir.

—¿Me estás amenazando ahora?

—Sólo te estoy contando la situación. Sabías, desde el principio, que este trabajo no se parecía a ningún otro. Si fracasas, estás acabado. Así de simple. Entonces te recomiendo que vayas al aeropuerto, te subas a ese avión y te encargues de Noble en cuanto lo veas.

CAPÍTULO 45

NUEVA YORK

Charles se quedó cerca de la barandilla, contemplando las cataratas del Niágara. El lugar siempre le había causado un efecto. Había descubierto que tenía algo que ver con los iones positivos o negativos, pero no recordaba cuál de ellos. Lo mismo que decían de las lámparas de sal del Himalaya, aunque nunca había probado una. Sin embargo, un par de días cerca de las cataratas lo dejaban sintiéndose bastante bien. Casi invencible. Más de lo habitual.

Pero la situación de Paolo lo agobiaba. Había cumplido con su parte del trato al entregar a Noble a Merrick. ¿Y qué había oído desde entonces? Nada. Silencio absoluto. Sus llamadas ni siquiera llegaban al tipo. Hijo de puta, pensó. Lo único bueno era que, justo ahora, estaban tomando medidas para que le pusieran una etiqueta en el dedo del pie a Noble. Pensó que era un consuelo.

Volviendo a pensar en Paolo, Charles decidió que él mismo se ocuparía del tipo. Tenía el tipo de contactos que podrían decirle el momento en que el hombre apareciera. Y entonces, Charles estaría allí, listo para atacar.

Después de unos minutos más de contemplar el agua que corría, Charles encontró una zona tranquila dentro de un lugar turístico

repleto de camisetas y gorras, una cafetería, un restaurante y mesas repartidas por todas partes. Esperó a que una familia joven terminara de comer. Luego, cuando el área general que lo rodeaba estuvo vacía, pidió un favor.

Paolo dejó el velocímetro en noventa. No tenía sentido llamar la atención sobre su hermana catatónica y sobre él mismo. Sus esperanzas de que ella se liberara de su estado no se habían materializado. En todo caso, estaba peor. Unas horas antes, ella había respondido a sus preguntas. Primero con voz, luego con gestos. Ahora, lo miraba fijamente, sin comprender. A través de él. Más allá de él.

—No te apresures, Essie, —dijo. —Una copa de vino y una buena noche de sueño te harán sentir mejor.

Ella no dijo nada. Él no esperaba que lo hiciera.

La condición de Essie lo dejaba en un aprieto. Obviamente, no podía cruzar la frontera con ella. Si se eliminaba el factor de peligro de la patrulla fronteriza en alerta, su presencia sería un problema. Querrían hacerle preguntas y ella no podría responder. Dejarla con un socio no era una opción. Cualquiera en quien confiara estaba al alcance de Charles. La amenaza adecuada —o la oferta— sellaría el destino de Essie. La gente que conocía en el oeste de Pensilvania y Nueva York no eran el tipo de hombres con los que dejaría a una mujer semiconsciente.

Así que, el nuevo plan, exigía que Paolo condujera pasando Nueva York, hacia Ohio. Tal vez recorriendo la orilla del lago, buscando el lugar adecuado para pasar la noche. Un lugar con cabañas en el bosque, escondido de la vista. Si no lo encontraba, entonces continuarían hacia Indiana o Michigan. Diablos, iría tan al oeste como fuera necesario. Viajando a noventa kilómetros por hora. Sin ser detectado.

Un rato después, por la I-86, bordearon los límites de la ciudad de Jamestown, la última ciudad que recordaba en el mapa antes de llegar al extremo noroeste de Pensilvania, para luego pasar a Ohio. Tal vez faltaban treinta kilómetros más. La frontera simbolizaba una barrera entre Paolo y Charles. Tenía que llegar a ella. Pasarla. Entonces, estaría un paso más lejos del alcance de su jefe.

El soldado Barret Johanson rara vez prestaba atención al escáner en su día libre. Le había molestado cuando le exigieron que lo instalara en su Tundra. Era su vehículo personal, por el amor de Dios. Johanson, que siempre había sido un buen soldado, en más de un sentido, cedió. No significaba que tuviera que mantenerlo encendido. Solo cuando estaba de guardia. Hoy era un día de esos. Era un fastidio, pero era necesario. Con más de treinta mil kilómetros cuadrados que cubrir, y solo un puñado de soldados de servicio en un momento dado, alguien tenía que estar listo para atender una llamada.

Y así sucedió, que tenía el escáner encendido en lugar de su reproductor de CD a todo volumen por los altavoces. Escuchó la llamada para estar alerta por si había un coche sospechoso de homicidio y se acercó a un coche que coincidía, a unos quince kilómetros al este de Jamestown. Johanson redujo la velocidad y se acercó lentamente. La matrícula coincidía. Aflojó el acelerador hasta alcanzar la velocidad del vehículo, a unos tranquilos noventa kilómetros por hora.

Las instrucciones habían sido específicas: quédense con ellos, no intenten detenerlos. Se cree que el hombre está armado y es peligroso. La mujer está cautiva.

Johanson llamó y la central lo desvió hacia su jefe, un viejo cabrón de aspecto amenazador llamado McGillicuddy. Las palabras del hombre fueron claras: " *No se desvíen de ellos, incluso más allá de la frontera, no se molesten en intentar detenerlos y avísenme cuándo y dónde los detienen".*

El policía Johanson aceptó, en parte porque era un buen policía, pero, sobre todo, porque no tenía otra opción.

CAPÍTULO 46

WASHINGTON, D.C

Beck llegó puntual. Temprano, de hecho. Clarissa no esperaba menos de aquel hombre. Llamó a su puerta a las siete menos dos. Tenía la corazonada de que llevaba más tiempo en el pasillo.

—¿Ves a alguien inusual ahí afuera? —preguntó después de abrir la puerta.

—¿Este traje? Lo tengo desde hace años. Por cierto, te ves genial.

Ella puso los ojos en blanco. —Hablo en serio. Traté de llamarte antes. Alguien me estaba siguiendo. No sé dónde me encontraron, pero lo vi primero en el Lincoln Memorial. Luego, cuando salí de la tienda después de comprar mi vestido. No se ocultó de que lo vi cuando el taxi se alejó. Sin embargo, su rostro estaba cubierto. Solo supe que era él por su sombrero.

—¿Qué había en el sombrero?

Se imaginó al hombre en su cabeza —Era una gorra de béisbol de los Mets.

—¿Podrías darle una descripción suficiente a un dibujante?

Ella lo condujo a la cocina y abrió una cerveza para cada uno. —La primera vez que lo vi, tenía una cámara en la cara. Cuando miré

hacia atrás, no lo podía ver. La siguiente vez fue afuera de la tienda, pero se dio la vuelta de inmediato. Y, unos minutos después, en la acera, tenía las manos sobre la boca y la nariz y las gafas de sol puestas.

—Entonces, ¿un tipo con una gorra de la Met sin rasgos faciales discernibles?

La frustración pasó y Clarissa sonrió. —Supongo que tendremos que esperar a ver si aparece esta noche, ¿eh?

Por primera vez en meses, Clarissa tuvo una conversación sobre algo que no fuera el trabajo. Beck había sido encantador y divertido. Y normal. La tomó un poco por sorpresa.

El tema de Charles, o los agentes del FBI, o el chico que iban a ver mañana, nunca surgió.

Ella empezó a sentirse normal.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que tuvo esa sensación?

Después de cenar, ella rechazó la oferta de Beck de salir a tomar unas copas con unos chicos de la oficina. Sabiendo que él usaría el trayecto hasta su apartamento como una oportunidad para convencerla de salir, se adelantó a la propuesta diciendo que tomaría un taxi para volver a casa. De lo contrario, la tentación de prolongar la velada sería demasiado grande.

Le pidió al taxista que la dejara a dos cuadras de su edificio de apartamentos. Las calles estaban poco iluminadas. El calor persistente dejaba un velo de neblina. Había parejas paseando por ambos lados. Después de una mirada casual, las ignoró.

Había una persona de la que ella se estaba cuidando y no tenía idea de cómo era.

A estas alturas, el tipo con la cámara habrá cambiado de ropa y, en consecuencia, de apariencia.

Las luces que envolvían el toldo que se extendía desde la puerta principal iluminaban la acera. Desde donde estaba, la entrada parecía desierta. Treinta metros más y estaría dentro.

Se acercó al callejón que se encontraba frente a su edificio. Su ritmo disminuyó. Su mano se deslizó dentro de su bolso y envolvió la empuñadura de su pistola. Apoyó el dedo índice en el protector del

gatillo. La boca del cañón apuntaba hacia la pared de ladrillos que estaba a su derecha. Pronto, apuntaría directamente al callejón.

Giró la cabeza hacia la abertura al pasar, con cuidado de observar todo lo que la rodeaba antes de hacerlo. Sabía la ubicación de cada persona visible en la calle.

Entrecerró los ojos en un esfuerzo por abrirse paso a través de la oscuridad. El área circundante resultó ser desolada. Volvió a la acera cuando le quedaban quince metros para llegar a la puerta.

La mirada rápida de Clarissa le mostró que las pocas personas que había en la calle se habían movido la misma distancia que ella, en sus respectivas direcciones. Echó un vistazo hacia el callejón. No había sombras que avanzaran desde el interior del corredor.

Y entonces, la puerta del coche se abrió.

Girando la cabeza, lamentó la decisión de soltar la pistola.

El tipo corrió hacia ella, con la gorra bajada y las sombras ocultando su rostro. Tenía algo en la mano. Tal vez un arma, Clarissa no lo entendió.

Giró rápidamente en un semicírculo cerrado y su bolso respondió continuando su recorrido por la espalda.

El hombre levantó el brazo. De un mango negro emergió un palo telescópico negro de aproximadamente un metro de largo. Lo levantó y lo volvió a colocar sobre su hombro.

Clarissa intentó sacar su pistola, pero el bolso estaba en una posición incómoda. Tenía que decidir: ceder en su posición y hacer un esfuerzo total por conseguir el arma o mantenerse firme e intentar esquivar el golpe.

Ella se mantuvo firme.

El tipo blandió la porra mientras seguía avanzando. Su trayectoria hizo que el arma casi se estrellara contra el cráneo de ella.

Gran error.

Esquivar el golpe fue fácil. Rodó hacia un lado y logró asestarle un codazo en un costado de la cabeza al tipo.

Detuvo su impulso y giró hacia ella, blandiendo la porra a ciegas.

Clarissa dio un paso adelante, usando un brazo para detener su golpe y el otro para golpearlo en la garganta.

Sólo funcionó a medias.

El hombre tosió y se atragantó después de que el puño de ella impactara en su tráquea, pero al mismo tiempo, la porra se le estrelló en la nuca.

El dolor se extendió desde el lugar del impacto y cayó sobre una rodilla.

En el suelo, soltó la porra y envolvió sus manos alrededor de su garganta.

La visión de Clarissa se oscureció. A medida que el dolor se localizaba, sintió el lento y cálido hilo de sangre que le bajaba por el cuello. Cayó hacia adelante con su brazo izquierdo deteniendo su avance. Vio la porra a un lado y se abalanzó a por ella.

Rodando, aseguró el arma y luego se puso de rodillas.

El hombre también había logrado controlarse y se dirigía a toda velocidad hacia el coche. El vehículo rugió antes de que el hombre lo alcanzara. Las luces delanteras se encendieron y el resplandor cegó a Clarissa.

Su atacante se lanzó hacia el lado del pasajero del coche y luego el vehículo se alejó.

Clarissa se puso de pie de un salto, tardó un segundo en recuperar el equilibrio y luego arrojó la porra por el aire. Golpeó la parte trasera del coche y rompió la ventana trasera.

Una pareja corrió cruzando la calle hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó el chico.

Clarissa se llevó la mano a la nuca y sintió el corte. Era una herida superficial, sin daño subyacente. Había mucha sangre, aunque el dolor ya había remitido bastante.

—¿Alguno de ustedes vio la matrícula? —preguntó.

Ambos negaron con la cabeza. La mujer dijo: —Estaba demasiado oscuro.

—¿Podemos llamar a la policía o a una ambulancia? —preguntó el tipo.

Clarissa negó con la cabeza. —Está bien. Vivo aquí. Los policías no harán nada más que hacerme perder el tiempo.

La pareja continuó preguntándole si necesitaba ayuda, incluso mientras ella colgaba su bolso sobre su hombro y se alejaba.

Una vez dentro del edificio, se dirigió a la escalera y llamó a Beck. Respondió el contestador automático.

—Beck, llámame cuando escuches esto. El tipo de antes apareció afuera de mi edificio. Intentó atacarme, pero logré hacerlo correr. También estaba con alguien. No me gusta esto. Para nada.

Cuando él volvió a llamar, ella ya estaba en la cama y casi dormida.

Puede esperar hasta la mañana.

CAPÍTULO 47

ESTE DE FRANCIA

Oso no se había dado cuenta de que el camino por el que habían estado durante cinco minutos era en realidad un camino de acceso. No había visto una farola en más de una hora. Todo estaba negro: el cielo, el horizonte, la tierra. Todo, excepto el resplandor anaranjado de una luz del porche al final del camino. ¿Quién o qué había dentro de la casa? Su corazón dio un vuelco. Varios, en realidad. Apretó los dientes para soportar el dolor agudo en un lado de su cabeza. Desde que salió de Niza, no se había disipado. Parecía ocurrir con más frecuencia últimamente. La duración era más larga. El dolor, más intenso.

Pierre había apagado los faros cuando la luz del porche era un pinchazo. Ahora, apagó las luces de estacionamiento. Oso no entendía cómo sabía a dónde ir. ¿Y si el camino tenía curvas? ¿O si había zanjas a los lados? Probablemente no. Como la mayoría de los caminos rurales, probablemente seguía los contornos naturales del sendero. Era de suponer que Pierre lo sabía. O el tipo tenía una gran visión nocturna. Fuera cual fuera el caso, Oso no se preocupaba pensando en la presencia de Mandy. Desde allí, los dos podían ir a cualquier parte.

A quince metros de la casa, dos focos estallaron en una cortina de blanco. Se activaron por el movimiento, supuso Oso. La puerta principal se abrió y una figura esbelta esperaba. La silueta se parecía a Kat. Oso estiró el cuello como si eso le permitiera ver más allá de la mujer y localizar a Mandy. Una pequeña extensión de hormigón conducía al garaje. La puerta blanca estaba bajada. No había ventanas. El Audi en el que Kat y Mandy habían viajado tenía que estar estacionado dentro. Pierre se detuvo allí y apagó el motor. Dejó las llaves en el encendido y salió del coche.

Oso salió para unirse al francés y escuchó a la mujer que estaba en el porche llamarlo en su lengua materna. La voz era demasiado madura para ser la de Kat. Miró y la vio de pie en la luz. Parecía tener unos cuarenta y tantos años. Era delgada, atractiva, con el pelo todavía oscuro. Pero no Kat.

—Pierre —dijo la mujer, mirando más allá del hombre. —¿Dónde está Kat?

La sensación que sentía Oso en el estómago era algo que solo había sentido en un par de ocasiones. Una de ellas, fue el día en que le dijeron falsamente que Jack había muerto. Le costó recordar otra. Si Kat no estaba allí, tampoco estaba Mandy. Se apresuró a avanzar y chocó con Pierre al pie de los escalones que conducían al porche. El francés parecía estar en un estado de pánico similar. No habían podido ponerse en contacto con Kat desde que salieron de Niza, pero eso se explicaba fácilmente por el hecho de que, en el mejor de los casos, la señal de telefonía móvil era irregular en la región. Y las interrupciones del servicio telefónico local eran habituales, según Pierre.

—Dímelo tú —gritó Pierre a la mujer. —Debería haber llegado hace horas. ¿Estás diciendo que no has sabido nada de ella? ¿Por qué no me llamaste?

Ella sacudió la cabeza con violencia, como si esa acción pudiera mantener a raya la inevitable verdad. —Nuestro teléfono ha estado fuera de servicio durante bastante tiempo.

Pierre no pareció oírla mientras la empujaba y entraba en la casa. Oso y la mujer se quedaron afuera. Ella en el porche. Él en el camino. Se miraban fijamente.

—¿Quién eres? —preguntó en inglés después de unos momentos.

—Un amigo de Pierre —dijo. —Mi niña está con Kat.

—Entonces tú también eres un criminal. —Entrecerró los ojos y dio un paso atrás.

Oso no sabía qué hacer, así que se encogió de hombros. Habían pasado años desde que había sido algo más que un contratista. Nunca se consideró un criminal. No en el sentido de matones que andan por la calle asaltando a gente inocente. Tampoco en el sentido de ladrones de bancos, violadores o asesinos en serie. Había trabajado con Jack, ofreciendo servicios al mejor postor.

—¿Qué querías con mi Kat? —preguntó ella.

Oso se echó hacia atrás, en un intento de esquivar el golpe verbal. Nunca había conocido a la anciana antes, y mucho menos había tenido una conversación sobre su hija que la llevara a ver a través de su fachada. Era capaz de decir que estaba enamorado de Kat.

—Nada —dijo Oso. —Ella acompañaba a mi niña.

—Ningún hombre cede el control de su hija a una mujer que no conoce y por la que no tiene sentimientos.

Oso la corrigió porque le dijo que Mandy no era su hija. Había llegado a pensar que era suya.

—¿Y entonces? —preguntó la mujer.

Detrás de ella, Pierre pasó por la puerta. Echó un vistazo hacia afuera, estableció contacto visual con Oso y sacudió levemente la cabeza. Luego, siguió caminando.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Oso.

—¿Qué pasa con mi hija?

—He trabajado con Pierre en el pasado, —respondió, sin saber por qué sentía que le debía una explicación a la mujer. —Él confiaba en ella. Eso fue suficiente para mí.

—Confiaste la vida de tu hija en manos de una mujer que apenas puede mantener un trabajo de camarera. —Movió la cabeza de un lado a otro, como una puerta batiente. —No tiene sentido.

Oso dio unos pasos hacia adelante y se detuvo en el segundo escalón, lo que lo puso frente a frente con la mujer. —¿Qué sabes?

Ella se inclinó hacia atrás primero, luego se inclinó hacia adelante. —¿Sobre qué?

—¿Qué está pasando aquí esta noche?

La dureza desapareció de su rostro. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se le derramaron por las mejillas. —¿Qué le pasó a mi hija?

Las bisagras oxidadas chirriaron cuando Pierre abrió la puerta mosquitera. —No hay señales de nadie aquí.

Oso empujó a la mujer y se encontró con el francés a mitad del porche.

—¿Qué debemos hacer?, —preguntó. —¿A quién podemos llamar?

—Primero, tenemos que sacar a la madre de Kat de aquí. No está a salvo. Si alguien tiene a Kat, encontrará este lugar.

—De acuerdo.

—Entonces empezaré a hacer llamadas. Estaré atento para buscar el Audi. Para buscarlas. Aceptaré cualquier pista en este momento, porque tal y como están las cosas, no tengo ni idea.

Oso solo pudo asentir en señal de acuerdo. Tampoco tenía idea de qué camino tomar a continuación.

—¿Dónde está tu coche?, —preguntó Pierre a la mujer.

—En el garaje, detrás de la casa. ¿Por qué?

—No sé si deberíamos seguir usando el mío. Si existe la posibilidad de que encuentren el Audi, podrían encontrar el mio.

—De acuerdo, —dijo Oso.

—Toma tus llaves —le dijo Pierre a la mujer. —Tenemos que irnos.

—¿A dónde? —preguntó ella.

—Primero, subirte a un tren. Luego, encontrar a Kat.

—Y Mandy, —dijo Oso.

—Y Mandy —repitió Pierre.

CAPÍTULO 48

TENERIFE

El cielo de la madrugada permanecía azul oscuro, salvo en el horizonte. Eran cerca de las seis de la mañana y no habría luz solar durante unas horas más. Las luces a lo largo de la carretera daban a los alrededores un resplandor anaranjado. Las luces traseras salpicaban el paisaje que se extendía por delante.

—Deberíamos estar allí en veinte minutos, —dijo Mason.

Faltaban veinte minutos para que el viaje terminara. En realidad, pensó, tal vez recién estuviera comenzando.

Llegaron al complejo y dejaron el vehículo estacionado frente a la casa, junto a la acera. Un hombre se acercó y le dijo que no podía estacionar allí. Sasha lo ignoró. Mason también lo hizo. Dentro del vestíbulo, Mason vio el mostrador de facturación y tiró del codo de Sasha. El hombre detrás del mostrador los miró y levantó un dedo huesudo, mientras que con la otra mano, presionaba un teléfono contra su cabeza.

Sasha ignoró la petición del hombre. —La habitación de Erin Carlisle.

El tipo la miró con enojo y continuó su conversación.

Sasha se volvió hacia Mason. —¿Un poco de ayuda?

Mason se quitó el reloj, se quitó el anillo de bodas y se los guardó en el bolsillo derecho. Luego, apoyó el brazo izquierdo sobre el mostrador y se inclinó sobre él mientras se levantaba. Extendió la mano libre y el tipo del otro lado del escritorio dejó de hablar. Abrió mucho los ojos y dejó caer el teléfono. Mason lo agarró por detrás de la cabeza y le sujetó un mechón de pelo. Luego, con el antebrazo apoyado en el suelo, se obligó a retroceder. El otro tipo se levantó de su asiento con un aullido. Intentó apoyar las palmas de las manos en la superficie, pero no le sirvió de nada. Cualquier resistencia significaba más dolor. Se rindió y permitió que Mason lo arrastrara hasta la mitad del mostrador.

—Mi compañera te hizo una pregunta, —dijo Mason. —La ignoraste de mala manera. Ahora, primero quiero que te disculpes con ella. Luego, le darás la información que pidió.

El tipo se agitó en un intento de encontrar el equilibrio sobre el mostrador. Mason levantó la cabeza para quedar frente a Sasha.

—Díselo, —dijo Mason.

Sasha sintió que las miradas de todos en el vestíbulo se posaban sobre ella. El tipo balbuceó una disculpa y luego insistió en que le daría toda la información que quisiera.

—Erin Carlisle —dijo. —Quiero el número de su habitación y una llave.

—No puedo darte una llave, —dijo el tipo.

Mason tiró de la cabeza del tipo hacia él, luego buscó en su bolsillo y sacó su placa. —¿Ves esto? Esto significa que harás lo que te digamos. ¿Tienes idea de lo que podemos hacerte? Las fronteras no significan nada para nosotros. Por lo que sé, estás empeñado en lanzar un ataque contra Inglaterra. Todo lo que tengo que hacer es pensar eso y puedo arrestarte y mantenerte detenido durante dos semanas.

—Está bien, está bien, —dijo el tipo. —Lo que quieras. Haré lo que me digas.

—Bien —dijo Mason. —Ahora díganos el número de la habitación de Erin Carlisle y tráiganos una llave.

Varios empleados del hotel se habían reunido cerca, incluido un oficial de seguridad. Se movían de izquierda a derecha, se

estrechaban las manos, se miraban entre sí. Nadie tenía idea de qué hacer en esa situación. Y Sasha se preocupaba por lo que Mason podría intentar hacer si alguno de ellos actuaba. Cuanto antes el recepcionista le entregara la llave de la habitación, mejor. Afortunadamente, no tardó mucho. Le entregó la tarjeta de plástico a Mason junto con las instrucciones. También insistió en que el guardia de seguridad los escoltara y les brindara todo el apoyo que necesitaran. Cuando el guardia intentó protestar, el recepcionista insistió en que todo estaba bien. Todo había sido un malentendido y totalmente culpa suya.

Mason sonrió y asintió. Sasha puso los ojos en blanco. Había otras formas de manejar situaciones como esa. Formas mejores. Formas no violentas. Pero eso no importaba. Llegar a la habitación sí.

Subieron en ascensor con el guardia de seguridad. Él hizo preguntas. Sasha y Mason lo ignoraron. Ella miró fijamente su reflejo en la puerta de espejo. Mason también la miró, pero ella lo ignoró.

El ascensor se detuvo y el indicador de piso sonó. Las puertas se abrieron. El trío entró en el vestíbulo. El guardia de seguridad miró a la derecha, luego a la izquierda, tal vez acostumbrándose al piso. Podría haber sido uno de esos que, sin importar cuántas veces lo hayan recorrido, la carcasa cerrada del ascensor dejaba su sentido de la orientación desalineado después de un viaje.

—Por aquí, —dijo señalando el pasillo.

Siguieron su ejemplo. Era imposible saber si las habitaciones por las que pasaban estaban ocupadas. Se preguntó si alguien había visto a Erin y Mia. ¿Reconocerían una foto de ellas? ¿Alguien había preguntado por ellas? Se preguntó si alguien vigilaba el pasillo a través de la mirilla de la puerta. Su mirada viajó desde los números de las habitaciones hasta el hueco de la puerta. Buscó alguna luz obstruida, sombras moviéndose, cambiando. Alguien listo para moverse si su manija era manipulada.

—Aquí está, —anunció el chico.

Sasha quería golpearlo. Mason casi lo hizo. Ella extendió la mano y le agarró la muñeca.

—Baja la voz, —dijo Mason.

Sasha se adelantó y deslizó la llave en el lector magnético. La luz parpadeó en rojo, luego en verde, parpadeó un par de veces y luego permaneció fija. La cerradura se desbloqueó. Sacó su pistola. El guardia hizo un ruido, pero por lo demás no interfirió. Mason dio un paso adelante.

—Yo iré, —susurró, mientras alcanzaba el mango.

Se arrodilló y extendió la pistola. El enfoque no era ideal. Ya había una brecha entre Erin y ella. Esto la agrandaría aún más y, probablemente, asustaría a Mia. Pero si algo ya había sucedido (si quien había buscado en los registros de Erin ya la había encontrado), entonces la forma en que lo estaban manejando era ideal. Sin el guardia de seguridad, obviamente. Pero él estaba allí y podría incluso resultar útil.

—Voy a entrar —dijo Mason, entrando por la puerta con la pistola en la mano y apuntando hacia delante. Una vez dentro, gritó: —¡Todos al suelo! Manos arriba. Déjenme ver sus manos.

Sasha lo siguió. Recorrió la habitación, agachada, observando las sombras, sin encontrar nada.

—Está vacío, —dijo Mason.

—Lo sé. —Se levantó y pasó junto a él, en dirección a la ventana. Abrió las persianas y miró hacia la plaza. —Comprueba que el agua de la ducha esté caliente.

—¿Por qué?

—Si hubieran estado aquí recientemente, podría estar ya caliente.

—Aquí el agua se calienta bastante rápido, —dijo el guardia.

—Cállate, —dijo Mason mientras pasaba al hombre camino al baño.

Sasha siguió mirando por la ventana. —¿Qué tipo de sistema de cámaras de seguridad tienen instalado?

—¿Me estás preguntando? —dijo el guardia.

Ella miró hacia atrás y asintió.

—Pasillos, vestíbulos de ascensores, vestíbulo principal, parte delantera, trasera y laterales del edificio.

—¿Y en la plaza? ¿La ciudad tiene un sistema implementado?

El guardia asintió. —No sé mucho sobre eso, pero sí. Si miras hacia los postes de luz, verás las cámaras apuntando hacia abajo.

—¿Y conoces a alguien que tenga acceso a eso?

—Soy un guardia de seguridad privado, señora. Trabajo para el hotel. Supongo que tendrá que ponerse en contacto con las autoridades locales. —Miró a su izquierda, hacia la pared, y luego a ella. —¿Qué cree que pasó aquí?

Ella se encogió de hombros, fingiendo incertidumbre.

Volvió a mirar a su izquierda, con la cabeza ladeada, como un perro que ha oído a una ardilla caminar lentamente por el patio trasero. —¿Escuchaste eso?

—¿Escuchar qué?

—Ven aquí.

Ella se acercó a él y le gritó: —Mason, cierra la llave del agua y ven aquí.

El guardia presionó su oreja contra la pared. Sasha hizo lo mismo. Mason salió del baño, comenzó a hablar, pero no dijo nada. Sasha levantó un dedo en respuesta a la mirada interrogativa en su rostro.

—Mierda, —dijo ella.

—¿Qué? —preguntó.

—Es alguien que pide ayuda. —Empujó al guardia y se dirigió hacia la puerta. —Traigan a alguien con una llave ahora mismo.

Esperaron en el pasillo durante tres largos minutos, sin saber qué les esperaba al otro lado de la puerta. El chico del mostrador le entregó la llave de la habitación. Ella y Mason siguieron el mismo procedimiento de entrada, solo que ella tomó la iniciativa.

La mujer sollozó cuando la luz del pasillo la iluminó. Sasha tardó unos tres segundos en reconocerla como Hannah. Tal vez temía morir. Tal vez se dio cuenta de que estaba a salvo. Sasha no la hizo esperar mucho.

—Está bien, Hannah, —dijo mientras le quitaba la mordaza de la boca a la mujer. —Ahora estás bien.

—¿Dónde están Erin y Mia? —preguntó Hannah entre sollozos.

Sasha miró a Mason y a los otros dos hombres. —Vamos a averiguarlo ahora.

El grupo se dirigió al vestíbulo, donde se reunió con la policía local. Lo primero que hicieron fue revisar las imágenes de seguridad. Hannah identificó inmediatamente a Brett en las imágenes de ella y el hombre entrando al hotel. El equipo de Sasha en Londres tardó menos de cinco minutos en devolver todo lo que el MI6 tenía sobre Brett Taylor. Estaban trabajando en su ubicación actual cuando uno de los policías recibió una llamada. Informó al grupo de la mujer encontrada asesinada en la playa.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó Sasha.

—Lo están trasladando a la morgue, —dijo el oficial.

—Llévanos allí, —dijo.

—¿No crees que estás siendo un poco apresurada? —preguntó Mason.

—No, —dijo. —Tengo un mal presentimiento. El mismo tipo de mal presentimiento que tuve cuando me di cuenta de que alguien había accedido a los archivos de Jack.

—¿Has estado monitoreando a Noble?

Ella ignoró su pregunta. —Es ella. Tenemos que irnos ahora.

—Podría haber más en esta cinta, Sasha, —dijo Mason. —Deja que la policía haga su trabajo y nosotros hagamos el nuestro.

—Este es nuestro trabajo, —dijo. Luego se volvió hacia el policía y le dijo: —Llévanos allí.

Un oficial se quedó atrás para que Hannah pudiera ir con Sasha y Mason a la morgue. Tardaron menos de cinco minutos. Era obvio que el lugar no era más que una sala de detención. Mantendrían el cuerpo allí para su identificación y luego lo trasladarían a otra instalación para la autopsia y cualquier trabajo forense. Ella calculó que el proceso corrompía el noventa por ciento de cualquier posible evidencia que quedara en un cuerpo.

El policía los condujo al interior. A pesar de las protestas de Hannah, Sasha la hizo esperar fuera de la habitación refrigerada. Juntos, Sasha y Mason, esperaron mientras el técnico sacaba el armario refrigerado y quitaba la sábana que cubría el cuerpo.

Aunque las heridas afectaban la cara, no había duda de que el cuerpo era el de Erin Carlisle.

—Mierda, —dijo Sasha.

—¿Es ella? —preguntó Mason.

—Sí, es ella. La ex de Jack. La madre de su hija. —Se volvió hacia Mason. —Mierda.

Su teléfono interrumpió la respuesta. Ella vio el número y contestó inmediatamente.

—Sudáfrica, —dijo Brooks, uno de sus hombres. —Lo trasladaron en un vuelo privado a Johannesburgo hace unas horas.

—¿Qué tan pronto podrás sacarnos de esta isla? —preguntó.

Brooks tecleó —Los vuelos comerciales tardarán demasiado. Todos tienen al menos una conexión en Europa. Empieza a dirigirte al aeropuerto y yo me encargaré de encontrar un avión privado que pueda llevarte lo antes posible.

Bajó el teléfono y se volvió hacia Mason. —Tenemos que irnos ahora.

—¿A dónde? —Preguntó.

—Al aeropuerto.

—¿Para ir a dónde?

—Johannesburgo.

—¿Sudáfrica?

—Sí.

—Estás loca.

—Lo sé.

—¿Y qué pasa con la chica?

—Haré que Brooks se coordine con los lugareños para llevarla a casa y ponerla bajo nuestro cuidado.

—Estás loca, —volvió a decir Mason mientras Sasha salía de la habitación sin intención de detenerse hasta estar en un avión con destino a Johannesburgo, Sudáfrica.

CAPÍTULO 49

NUEVA YORK

Charles estaba en una mullida cama en una habitación de hotel malísima. El tipo de lugares en los que nunca se quedaba. Pero esa noche no le importaba. Esperaba que esa condición le impidiera relajarse demasiado. Tal vez, le diera a su cerebro la oportunidad de entender las cosas. Se quedó mirando un trozo de techo amarillo, cerca de la pared exterior. Supuso que era una gotera procedente de la ventana de la habitación de encima, no le importaba, siempre y cuando no se derrumbara esa noche.

No podía permanecer lejos de la ciudad por mucho tiempo. Las cosas se irían al infierno rápidamente si sus capitanes comenzaban a pensar que él los había abandonado. Todos cuidaban de sí mismos. Nadie se preocupaba por sus intereses. Estaba seguro de que algunos todavía pensaban que había una manera de que tomaran el control. Tenía que evitar que se uniera un grupo de ellos y lo intentara. Por supuesto, las posibilidades de que eso ocurriera eran escasas, porque todos cuidaban de sí mismos. De nadie más. Ni él. Ni los demás.

Aun así, este viaje tenía que terminar. Y pronto. Consideró la posibilidad de dejar ir a Paolo. Solo sería cuestión de tiempo antes de que el tipo apareciera en algún lugar. Una orden permanente

contra el tipo pondría fin a su vida tan pronto como lo hiciera. Pero eso requeriría una cierta cantidad de trapos sucios, por así decirlo. Y Charles estaba en contra de eso. En su mayor parte.

Un rayo de esperanza surgió cuando sonó su teléfono celular y el número que llamaba era el del soldado McGillicuddy, el contacto de Charles en estos lugares.

—¿Qué tienes para mí, Gilly? —preguntó Charles.

—Hemos encontrado a tu hombre.

—No me digas. —Charles se incorporó y sonrió al ver su reflejo en el espejo. —¿Dónde?

—En Ohio, cerca del lago, a unos veinte minutos de la frontera con Pensilvania.

—No llamaste a nadie de allí, ¿verdad?

—No. Tengo a uno de mis hombres vigilándolo. Si tu hombre se mueve, él también lo hará. No intentará detenerlo, incluso si las cosas se salen de control. No puede hacerlo allí.

—Bien. Dile que se quede quieto. De todos modos, no quiere meterse con ese tipo.

—Me debes una, DeCosta.

—Lo sé. Aunque pensé que eras tú quien me debía algo —Charles se levantó y se dirigió al baño. —Ah, olvídalo. Te debo algo. O, más precisamente, te deberé algo si esto resulta como espero. Ahora dame esa dirección.

Charles copió la dirección y las indicaciones, luego se lavó y salió del hotel.

—Cierra los ojos, Essie —susurró Paolo mientras acariciaba el cabello de su hermana hacia atrás. Ella todavía no había hablado. Parecía peor que hacía unas horas. Le preocupaba que, cuando finalmente saliera de esa situación —si es que salía de ella—, no fuera la misma por un tiempo. Tal vez nunca. El estrés postraumático era terrible. Lo había visto en algunos de los muchachos que trabajaban en la organización. Los que habían servido en Irak y Afganistán.

Se levantó y caminó hasta el fregadero, sirvió dos tazas de agua, colocó una al lado de Essie y luego se sentó en la cama.

—Aquí estamos a salvo, —dijo. —Estas cabañas están en lo profundo del bosque y la nuestra es la más alejada. Podemos ir y venir y nadie nos verá. Calculo que nos quedaremos aquí una semana, tal vez dos, y luego seguiremos adelante. Tal vez crucemos la frontera en la península superior o continuemos hacia el oeste hasta Montana. Si nos adentramos lo suficiente en las montañas, prácticamente estaremos en otro país sin tener que pasar por la aduana.

Miró hacia abajo y le sonrió a Essie. Ella miraba fijamente el techo sin comprender. Se preguntó si ella había oído algo de lo que había dicho.

—Buenas noches, hermanita. —Se inclinó, le besó la mejilla y luego apagó la luz.

La respiración de Essie se mantuvo constante. Según Paolo, ya estaba dormida. Había estado así casi todo el día. ¿Y qué si tenía los ojos abiertos? La miró. La suave luz que se filtraba por la ventana se reflejaba en sus ojos todavía abiertos. Puso la mano sobre su frente, le masajeó suavemente las sienes y luego deslizó la palma hacia su nariz, dejando que el pulgar y el índice le acariciaran los párpados y los cerraran.

El soldado Johanson anotó la hora en que se apagaron las luces de la cabaña. No estaba seguro de cuánto tiempo estaría allí. McGillicuddy le había dicho que el tiempo que fuera necesario. Bien podría ser útil llevar un registro de los hábitos y patrones para cuando llegara el siguiente tipo.

CAPÍTULO 50

UBICACIÓN DESCONOCIDA

Todos sus músculos ardían, pero Jack apenas podía moverse. Sentía la cabeza peor que después de que le aplicaran el ahogamiento simulado unos años atrás. Era como si alguien hubiera combinado las diez peores resacas de la historia y las hubiera arrojado sobre la cabeza de Jack. No podía decir si tenía los ojos cerrados, si la habitación estaba a oscuras o si se había quedado ciego. Un goteo constante caía sobre el suelo cerca de él y su sonido se intensificaba con cada segundo que pasaba. Apretó el puño derecho clavándose las uñas en la palma hasta que recuperó algo de sensibilidad. ¿Cómo podía doler tanto y no tener sentido del tacto ni de la sensibilidad? Sentía hormigueo en los dedos, las manos, las muñecas y los brazos. Empezó a trabajar la otra mano de la misma manera. Luego, apretó los párpados con fuerza. El izquierdo se abrió fácilmente. El derecho fue más difícil de abrir. Poco a poco, se fue adaptando a la luz tenue. Se tumbó boca abajo sobre un suelo de cemento sucio, con el lado derecho de la cara presionado contra la superficie húmeda.

El goteo sonó más cerca ahora. Justo detrás de él. Acercó las manos, las colocó con las palmas hacia abajo en el suelo y se impulsó hacia arriba. Su torso se elevó un par de centímetros, luego

se desplomó y su mejilla chocó con el concreto, enviando una onda expansiva de dolor a través de su hueso orbital. Un dolor diferente al que había estado experimentando. Era superficial, no profundo ni muscular. Significaba que estaba recuperándose.

¿De qué, entonces?

No recordaba haber acabado en el suelo. Hizo memoria, tratando de recordar algo, pero no se le ocurrió nada de inmediato. La frustración aumentó y volvió al desafío físico de levantarse del suelo. El goteo de agua, cada vez más intenso, ahora le golpeaba la nuca. Consiguió girar el cuerpo y apartó la cara del suelo. Levantó la vista y vio un tubo largo de metal que iba de un lado a otro de la habitación, justo encima de él. Grandes gotas de agua se aferraban a la barandilla. Otra cayó y le golpeó el costado de la cabeza con un golpe.

¿Cómo carajo pudo una gota de agua doler tanto?

Jack se balanceó hacia atrás y luego hacia adelante, deslizando las manos por el suelo hasta que quedaron directamente debajo de sus hombros. Sus piernas todavía estaban entumecidas, pero eso era solo una sensación. Dirigió sus pies para que se enderezaran y arrastró las rodillas hacia arriba. No sintió nada. Las escuchó raspar contra el suelo. Empujó su pecho del concreto. Requirió tanto esfuerzo como una centésima flexión. ¿Cuándo fue la última vez que intentó tantas? Tenía que ser en el Entrenamiento de Reclutas, o en una de las escuelas de Operaciones Especiales a las que había asistido durante sus primeros años en la Marina. Siguió empujando, trabó los brazos cuando estaban rectos y acercó las rodillas. Retiró las manos del suelo y se balanceó hacia atrás para sentarse sobre los talones, con las rodillas hacia adelante. Ahora, a ponerse de pie.

El agua goteaba a su lado, salpicando y rociando sus brazos desnudos. La pared se encontraba a unos pocos metros de distancia. Demasiado lejos para simplemente extender la mano y tocarla. Se arrastró sobre sus rodillas hasta que estuvo lo suficientemente cerca para caer hacia adelante y permanecer erguido. Apretó sus manos contra el yeso húmedo o la pared de yeso como si fuera el piso. Empujó hacia afuera con sus brazos y hacia arriba con sus piernas. Avanzó lentamente, con la cara presionada contra la pared. El sudor

goteaba por su cara, pecho, espalda. ¿O era agua de la tubería? No tenía suficiente sensibilidad para saber si tenía frío o calor. Su piel ardía, pero no de calor.

El dolor de cabeza se intensificaba con cada centímetro que avanzaba. Tenía destellos de los acontecimientos. Una reunión en un apartamento oscuro. Una llamada telefónica con Erin. Tenerife. Algo sobre la isla frente a la costa norteafricana. Charles DeCosta en su apartamento. ¿Qué demonios? Nada de eso tenía sentido. Ni el cuerpo que recordaba haber visto en una casa extraña, ni el que recordaba haber visto con Frank en una playa junto a un lago.

Finalmente, Jack se puso de pie. Se obligó a darse la vuelta y se apoyó contra la pared. Sus pulmones clamaban por oxígeno. Su pecho se movía con dificultad en un intento de satisfacer la necesidad. La sensibilidad volvió a sus piernas, empezando por los dedos de los pies y subiendo. Luego siguió una sensación de ardor, que ahora se extendía por todo su cuerpo. Sentía su piel, huesos y músculos en llamas.

Se dio cuenta de que estaba desnudo, salvo por un par de calzoncillos. Se miró las piernas y el pecho desnudos y el puño cerrado. Y entonces se rio. Era lo único que podía hacer en ese momento. ¿Había perdido la cabeza? ¿Qué demonios había pasado? ¿Era un prisionero?

Los recuerdos lo inundaron. Aparecieron y desaparecieron destellos de imágenes con la misma rapidez. Se formó una línea de tiempo que comenzaba con el encuentro. Sin embargo, no podía unir todo. Se agachó, levantó las perneras de sus calzoncillos y vio los dos moretones oscuros. Todo lo que quedaba de los tranquilizantes que alguien le había inyectado.

¿Quién? ¿Por qué?

Jack dio sus primeros pasos tímidos hacia la puerta que estaba al otro extremo de la habitación. Una luz más brillante que la de la habitación llenaba las grietas de la parte superior, los lados y la parte inferior. Estaría cerrada. Estaba seguro de eso. Nadie lo retendría cautivo y dejaría la puerta abierta. Pero tenía que comprobarlo por sí mismo. ¿Qué clase de idiota sería si resultaba de otra manera? No es que así fuera. Pero tenía que comprobarlo. Aunque solo fuera para

demostrarse a sí mismo que podía cruzar la habitación. Miró hacia abajo de nuevo, en busca de más moretones. No vio ninguno. No podía entender cómo no, considerando lo mucho que le dolía el cuerpo. No, quemaba. Un dolor era diferente. La sensación después de un accidente de coche o de que te patearan el trasero era diferente. Era como si todos los nervios de su cuerpo hubieran sido congelados y luego descongelados con ácido.

Paso a paso, cruzó la habitación. Arrastraba los pies cuando no podía levantarlos del suelo. Tenía que seguir, pues la única opción que le quedaba era desplomarse. Y, por muy mal que estuviera donde había estado acostado, este lado de la habitación parecía como si el otro se hubiera cagado en él.

Finalmente, se paró a centímetros de la puerta. Apoyó la mano izquierda en la pared para apoyarse. Luego, extendió la otra mano para agarrar el pomo. El picaporte de metal estaba frío y húmedo. Lo giró hacia la izquierda. No se movió. Inhaló y suspiró. Dejó que su frente descansara contra la puerta. Luego giró el pomo en la dirección opuesta.

Y lo encontró desbloqueado.

CAPÍTULO 51

UBICACIÓN DESCONOCIDA

La puerta se quedó atascada después de moverse unos centímetros. Jack pensó que estaba cerrada con llave por el otro lado. Le dio un empujón, pero la puerta no se movió. Entonces, dio un paso atrás, miró hacia arriba, más allá, hacia el techo. El agua no solo cubría la tubería, sino que todo el techo estaba cubierto de una viscosa condensación. Por primera vez, notó el olor pútrido. ¿Para qué demonios se había utilizado esa habitación? Revisó el suelo en busca de rejillas, preocupado por si allí había cuerpos desmembrados y disueltos en ácido. Pero si así fuera, no encontraría ningún rastro allí.

Se recordó a sí mismo que la puerta se movía, por lo que no era un pestillo lo que la bloqueaba. En el peor de los casos, estaba bloqueada del otro lado, quizá con, simplemente, una cadena de seguridad. Pero no había forma de que una simple cadena pudiera contener los sólidos 100 kilos de Jack, especialmente si tomaba impulso.

Lo mejor era un camino directo, pero tenía que estar libre de charcos. Todavía tenía poca confianza en su equilibrio y en la capacidad de sus músculos para aguantar una carrera. Una línea a través del medio de la habitación funcionaría mejor. Jack caminó

hacia la otra pared de espaldas, concentrándose en la puerta. Se detuvo cuando sus omóplatos hicieron contacto con la pared fría y húmeda. Luego, respiró profundamente, se agachó con la pierna izquierda hacia adelante e impulsó la espalda hacia la puerta, girando y agachándose para que su hombro izquierdo recibiera el golpe.

Los huesos y los músculos chocaron con la pesada barrera con un golpe. No hubo resistencia. Lo que fuera que aseguraba la puerta cedió como si no fuera nada más que hilo dental. Jack perdió el equilibrio y tropezó. Se obligó a girar para no terminar estampándose de cara contra una pared y quedar inconsciente.

Pero no había nada que pudiera detenerlo. Al menos, no de inmediato.

Continuó avanzando, doblado por la cintura, agitando los brazos en un intento de recuperar el equilibrio. Sin embargo, no lo encontró y se desplomó en el suelo, con el hombro izquierdo recibiendo nuevamente el impacto de la caída. El dolor se extendió por su brazo, hasta las puntas de los dedos. Cerró el puño, solo para asegurarse de que aún podía hacerlo.

Después de un momento de silencio, el espacio se llenó de ruido. Un ruido nuevo. No necesariamente mejor que el del agua que goteaba. Pero diferente.

Jack se dio la vuelta y abrió los ojos. El pasillo era amplio y estaba pintado de beige. El techo también era blanco y no había agua. Alguien tosió cerca y un bebé lloró un momento. Jack arqueó la espalda y miró hacia el pasillo, obteniendo una vista al revés. Una mujer que acunaba a un bebé contra su pecho le dio una calada a una pequeña pipa de vidrio. Tenía los ojos vidriosos. Parecía un maldito zombi. Un zombi del crack. Y, al mismo tiempo, estaba alimentando a su hijo. El asco le revolvió el estómago a Jack. Se dio la vuelta, se puso de rodillas, extendió la mano hacia afuera de la pared y se puso de pie.

—Esto es para ti —dijo un hombre detrás de él.

Jack se detuvo y se dio la vuelta. El tipo era mayor. Probablemente de sesenta años. Su aspecto era frágil, con una

cabeza llena de pelo corto y blanco. Hablaba inglés, pero su acento no era el que a Jack le resultaba familiar.

—¿Disculpa? —dijo Jack.

El tipo levantó algo de su regazo. —Esto es para ti.

Jack todavía no podía identificar el acento. Era fuerte, como el de la gente de Nueva Zelanda. Jack entendió las palabras, pero era como si hablaran en otro idioma.

—¿Qué es?, —preguntó Jack, aunque estaba claro que el hombre sostenía unos pantalones y una camisa. Sólo quería oírlo hablar de nuevo.

—¿Qué aspecto tiene, hombre? Es ropa. Tómala o se la daré a alguien de aquí.

Jack extendió ambas manos en señal de rendición. —Está bien, dámela. —Se puso la camisa y luego los pantalones.

El tipo se levantó y metió la mano en el bolsillo. Jack se echó hacia atrás y tensó el torso. El hombre sacó un teléfono móvil. —Casi lo olvido. Me dijeron que te diera esto.

Jack tomó el móvil y preguntó —¿Quién? Y ¿Dónde estoy?

El tipo lo miró divertido. —Qué bien te lo pasaste anoche, ¿eh?

—¿De qué estás hablando? ¿Quién te dijo que me dieras esto?

—Hombre, tienes que dejar de hacer tonterías —dijo el tipo sonriendo. —Llegarás tarde a tu boda si no te pones en marcha. El autobús pasa cada diez minutos.

Jack se abalanzó hacia delante, agarró al tipo por la camisa y lo levantó de la silla. Se dio cuenta, por primera vez, de que el hombre no tenía piernas. La adicta al crack jadeó. Su bebé lloró. Ella lo hizo callar, tal vez redirigiéndolo hacia sus pechos.

—¿Qué demonios estás haciendo?, —dijo el hombre con la boca abierta y el aliento cargado de alcohol invadió a Jack.

—¿Quién te dijo que me dieras esto?

—Tres tipos, hombre. Todos estadounidenses, como tú. Dijeron que te habías desmayado por haber bebido demasiado. Ya sabes, una despedida de soltero. Hoy es tu boda. Me pagaron un par de cientos para que me quedara aquí y te esperara. Dijeron que te irías de esa habitación después de unas cuatro horas.

Jack buscó en su memoria, esperando que la descripción de los hechos que había hecho el tipo le sirviera, pero no recordaba que lo hubieran llevado a la habitación. Lo ayudó a sentarse.

—¿Dónde diablos estoy? —preguntó Jack.

—Hillbrow.

Pensó en todas las ciudades que conocía de Australia, Nueva Zelanda, Bélgica y Ámsterdam. No podía ubicar a Hillbrow en ninguna de ellas.

—¿Dónde? —preguntó Jack.

—Hillbrow, en Johannesburgo.

Jack miró fijamente al tipo sin comprender.

—Tú estás en Sudáfrica, hombre. ¿Cómo es que no lo sabes? Estás aquí para casarte. Hombre, vas a tener una novia enojada.

—Sudáfrica —repitió Jack. —¿Qué?

—¿Necesitas que llame a alguien por ti?

Jack sacudió la cabeza y se alejó del anciano. —¿Cómo salgo de aquí?

—Hay una escalera al otro extremo del pasillo. La salida de emergencia está abajo. Pero no te preocupes, no suena ninguna alarma.

Jack se dio la vuelta y se alejó del tipo, pasando junto a la madre adicta al crack y se quedó mirando al bebe, que no tenía ninguna posibilidad de un futuro decente. Llegó al final del pasillo y abrió la puerta de metal de una patada. No estaba seguro de lo que encontraría al otro lado. Había una parte de él que quería creer que todo esto era una especie de broma. Pero luego, pensó en los moretones que tenía en el muslo y recordó los disparos. Tranquilizantes.

Y las cosas empezaron a tener sentido.

CAPÍTULO 52

JOHANNESBURGO, SUDÁFRICA

Brett condujo hasta el centro de la ciudad, pensando que desde allí podría llegar a cualquier otra parte en el mismo tiempo. Ballard solo le había dicho Johannesburgo. Más allá de eso, el tipo no tenía detalles. Pero los tendría con el tiempo. El hombre insistió en ello. En algún momento, alguien le diría a alguien más dónde estaba Noble, y luego, Ballard le transmitiría la información. Brett tenía que confiar en que el tipo lo haría. Después de todo, Ballard había encontrado una manera de transportarlo a Sudáfrica sin que tuviera que entregar su arma. Claro, podían encontrar una casa segura a través de cualquier agencia con la que Ballard estuviera asociado, pero eso llevaría tiempo. Y cuando se rastrea a un tipo como Noble, el tiempo no sobra. Juega en tu contra. Cada segundo que ese tipo tenía para averiguar su siguiente paso, significaba otro segundo que Brett estaría más cerca de fallar.

Y el fracaso no era una opción en esta operación.

Encontró un lugar para estacionar cerca de un banco de tiendas y salió al aire fresco de la mañana. Una diferencia considerable, pasar de treinta grados todo el día en Estados Unidos, a diez grados, incluso cuando el sol brillaba directamente sobre él.

Su teléfono móvil vibró en su mano. En la pantalla se leía "desconocido". Respondió de todos modos, seguro de la identidad de la persona que llamaba.

—Tengo una ubicación para ti, —dijo Ballard.

—De acuerdo.

—Hillbrow.

—¿Donde es eso?

—Te voy a enviar un correo electrónico con un enlace seguro para un programa que descargarás en tu teléfono. Las credenciales de inicio de sesión aparecerán en el mensaje. Úsalas para acceder después de haber instalado la aplicación. Luego, tendrás que ingresar 6XZNYR# en el cuadro de formulario. Repítelo.

Brett repitió el código.

—Bien, —dijo Ballard. —Ahora, una vez que hagas eso, tendrás un enlace a la señal del celular de Noble. Aparecerá en un mapa. Sigue la señal y lo encontrarás.

—¿Cómo conseguiste la información de su teléfono?

—Estas personas que lo trajeron allí son idiotas.

—¿Por qué lo trajeron aquí en lugar de terminar el trabajo?

—Porque están tratando de protegerlo, no matarlo.

—SIS.

—Bien. —La respiración agitada de Ballard indicaba que estaba entusiasmado ante la perspectiva de acercarse a Noble.

—¿Qué pasa después de esto?

—Supongo que tendrás que regresar a Estados Unidos.

—¿Cómo?

—Eres un tipo inteligente. Lo resolverás.

Con esto, la llamada se desconectó.

—Bastardo, —murmuró Brett mientras abría su aplicación de correo. Como Ballard había dicho, había un mensaje esperando con un enlace seguro. Hizo clic en el enlace y fue redirigido a una página con un icono y nada más. Otro clic inició la descarga. Volvió a su bandeja de entrada, abrió el mensaje nuevamente y memorizó las credenciales de inicio de sesión. Después de que la aplicación terminó de instalarse, inició sesión y luego, ingresó el código que Ballard le había entregado verbalmente en el cuadro de diálogo.

Un mapa se apoderó de la pantalla de su teléfono. Primero, se superpusieron las capas del terreno. Luego, las calles. Pero ahí se detuvo. Brett caminó hasta la esquina y tomó nota de las señales de la calle. Luego miró el mapa. Estaba perfectamente sincronizado con su posición.

—¿Dónde estás, Jack?, —preguntó al teléfono.

La respuesta era tan obvia que Brett casi estampó el dispositivo contra el cemento cuando se dio cuenta. Con dos dedos, amplió el mapa y descubrió más partes de la ciudad.

Finalmente, encontró la señal de Jack a unos once kilómetros de donde se encontraba. Un par de vueltas bastarían para llegar hasta él. El final estaba a la vista.

CAPÍTULO 53

JOHANNESBURGO, SUDÁFRICA

No esperaba que hiciera tanto frío afuera. A lo largo de su carrera, la mayoría de las operaciones mantuvieron a Jack en el hemisferio norte o cerca del ecuador. Nunca había viajado tan al sur, excepto en un viaje a Australia, pero eso había sido hace años. Mientras se le erizaba la piel, se preguntó por qué los hombres de Frank no le habían dejado un abrigo o una sudadera. Miró por los escaparates de las tiendas por las que pasaba, pero era inútil a menos que planeara irse sin pagar. Y, aunque no se oponía a hacerlo en ese momento, no tenía ningún arma para enfrentarse a cualquier guardia de seguridad que pudiera ir tras él. La única opción era moverse más rápido.

La calle estaba llena de actividad. Pasaban coches. Los chicos trabajaban en las esquinas para los traficantes dentro de los edificios. Alguien caminaba o se detenía y le entregaba algo al chico y, el chico, a su vez, se iba a pie o en bicicleta, a veces camino a un edificio visible, otras veces, doblando la esquina. Volvían y le entregaban a la persona que esperaba una bolsa o una caja o simplemente le estrechaban la mano. Depende del tamaño del pedido. Si los pillaban, lo que Jack supuso que no pasaba a menudo porque los traficantes sobornaban a la policía, sería el chico el que

pagaría la culpa. Y como en la mayoría de los lugares, eso no significaría mucho. Incluso si pasaban un tiempo en un reformatorio, el traficante consideraría oportuno ayudarlos después.

O no.

Jack siguió adelante, observando a los grupos de chicos que pasaban por las escaleras. Hizo contacto visual directo con cada uno de ellos. Una forma de decirles: *Sé que estás ahí, no te molestes en intentar nada*. Y nadie lo hizo. Por un lado, esperaba que alguien lo hiciera, por si acaso tuvieran un arma. Por el otro, todavía se sentía débil. Sus músculos todavía ardían. Y, a veces, sentía que no tenía control total sobre su cuerpo.

Lo que más odiaba era caminar a ciegas. Claro que podía ver la calle frente a él y todo lo que ocurría, pero no tenía ni idea de adónde diablos iba. Sabía dónde estaba Sudáfrica en un mapa. Tenía un contorno vago de Johannesburgo almacenado en su cerebro. Pero no tenía un mapa mental de la ciudad, y mucho menos de un barrio marginal llamado Hillbrow.

Cuanto más caminaba, más bonita parecía la zona. Las rejas de hierro de las ventanas dieron paso a cortinas. Las casas de empeño se convirtieron en joyerías. En cada zona habaía un punto de demarcación. Un lugar donde las cosas van de mal a bien. Cuanto más urbana es la zona, más corta es la transición. Una casa adosada renovada, de un millón de dólares, podría estar justo al lado de otra que alberga a veinte personas que viven de subsidios del gobierno. Por supuesto, todo era observación. Sin ninguna pista real de dónde estaba, Jack no podía estar seguro de que la zona por la que caminaba ahora fuera mejor que donde había estado diez minutos antes.

Cuando vio el vehículo blanco desacelerando hasta casi detenerse, la ventanilla bajando, los rostros de dos hombres que no pertenecían al vecindario y el cañón oscuro de la pistola del tipo cuando la levantó por encima del alféizar de la ventana, Jack se dio cuenta de que no importaba dónde estuviera.

Lo habían encontrado.

Confiando en sus músculos, que todavía ardían y fallaban ocasionalmente, Jack corrió hacia adelante. Escuchó el agudo

zumbido del motor del pequeño vehículo que aceleraba. Los neumáticos chirriaron cuando el auto giró en U en medio de la carretera.

Jack fijó su mirada en un callejón angosto, a no más de seis metros de distancia. Lo suficientemente cerca como para poder pasar antes de que el vehículo lo alcanzara. Sin mirar atrás, se esforzó al máximo, moviendo las rodillas y golpeando el suelo con los pies, impulsándose hacia adelante. Giró a la derecha cuando llegó al callejón. Era una curva ciega. Sin idea de lo que le esperaba al otro lado, podría haberse arruinado si se hubiera metido en un callejón sin salida. Los hombres no tendrían que esforzarse mucho para sacarlo.

Miró hacia atrás mientras giraba. El coche estaba cerca. El conductor frenó bruscamente y pequeñas columnas de humo se elevaron alrededor de los neumáticos cuando los frenos detuvieron el vehículo.

Más adelante, el peor temor de Jack se hizo realidad. El callejón era un largo pasillo que no conducía a ninguna parte. Estaba amurallado. Llegaría hasta el final y escalaría la pared si era necesario. No dejaría que los hombres le dispararan por la espalda. De ninguna manera, Jack vería cómo la bala lo alcanzaba.

Un cañón de ladrillos se alzaba a su alrededor y se oían pasos por todas partes. Los de ellos. Los suyos. No importaba. El sonido, el miedo y su instinto de supervivencia lo impulsaron hacia adelante, corriendo hacia el final del corredor.

Se oyó un disparo.

Jack se tensó, pero siguió moviéndose. Esperó el dolor y la quemadura en la piel , el impacto que lo haría caer al suelo. Pero no llegó. ¿Estaban jugando con él? ¿Le estaban enviando una señal para que se detuviera? ¿Quizás estaban allí para ayudar?

O, probablemente, el tirador simplemente falló.

Un segundo disparo que falló por centímetros respondió a esa pregunta. Querían a Jack muerto.

El pasillo se cerró sobre él a medida que se acercaba al final del callejón. No había ningún otro lugar al que ir. Excepto hacia arriba. Dieciocho metros, por lo menos. Sólo había pequeños ladrillos

rellenos de mortero, sin asideros reales para las manos o los pies. A falta del sonido de los disparos, todo lo que oía era el silbido de su corazón. No recordaba que alguna vez hubiera latido tan rápido. La explosión de energía y adrenalina, y los efectos persistentes del tranquilizante, competían entre sí por el preciado oxígeno que transportaba su sangre.

¿Cómo no se había desplomado aún?

Un tercer disparo impactó contra la pared que tenía encima y redujo a polvo los ladrillos y el mortero, cubriéndole el pelo y la piel.

Jack miró hacia atrás. Un hombre estaba de pie al final del callejón, recortado contra la luz del sol. No había avanzado. Cuanto más lejos estuviera Jack, más difícil sería disparar con una pistola. Por supuesto, el tipo solo necesitaba que llegara al final. Luego, podría bajar, confiado en que Jack no tenía adónde ir ni medios para defenderse. Excepto que el hombre había estado disparando un arma a plena luz del día. ¿Cuánto tiempo permanecería allí? ¿Cuánto tiempo tardaría la policía en responder?

Quizás la zona era tan mala que los residentes le prestaban poca atención.

El tipo debía estar esperando algo o a alguien. Tal vez su compañero se uniría a él. Quizá planeaban detener a Jack. Pero ¿por qué? ¿Quién se tomaría tantas molestias para hacerlo? No era como si hubiera llegado al país anunciado. Debían haber seguido su progreso a través del Atlántico. Lo que significaba que había una fuga en alguna parte. Pensó en la pista de aterrizaje. ¿Cuántos hombres habían estado allí? ¿Frank había estado involucrado desde el principio? Debía haberlo estado. Eso, o Frank estaba muerto ahora, porque, ciertamente, no había estado esperando en esa habitación con Jack.

Jack recordó la pista de aterrizaje cuando cayó. ¿Dónde estaba Frank? Se oyeron gritos. Y la voz de Frank se alzaba por encima de las de los demás. ¿Lo habían derribado también? Jack vio de reojo a Frank delante de él, estirándose hacia él. ¿Qué había dicho?

Si Frank seguía vivo, tenía las respuestas, pero para conseguirlas, Jack tenía que salir con vida de aquella situación, y las posibilidades de que eso sucediera parecían bastante escasas.

El muro detuvo su avance. Ya casi había terminado. Se detendría y el tipo se acercaría y dispararía fuera de su alcance.

El corazón de Jack seguía latiendo como si siguiera corriendo. Estaba tan oscuro allí abajo que el tipo no podría apuntar con precisión desde el otro extremo. Llegaría hasta la mitad antes del siguiente disparo.

Jack colocó las manos sobre el ladrillo frío como si esperara que la pared se abriera por la mitad para dejarle pasar. No fue así.

Pero la puerta pintada de oscuro a su derecha sí lo hizo.

CAPÍTULO 54

JOHANNESBURGO, SUDÁFRICA

Brett había seguido los movimientos de Noble durante varios minutos. Ahora, permanecía concentrado en la pantalla, preguntándose qué estaría haciendo el tipo al final de un callejón sin salida. No descartaba la posibilidad de que Noble tuviera un contacto en la ciudad. ¿Y si ahora se estaba reuniendo con esa persona y se estaba armando o estaba consiguiendo un transporte para salir de Johannesburgo?

Luego, el punto en la pantalla se movió, no fuera del callejón, sino hacia la derecha y, luego, detrás de él. Demasiado lento para estar en un vehículo. Pero ¿qué había en ese lugar? El mapa no ofrecía imágenes satelitales y Brett no tuvo tiempo de intentar encontrar la ubicación en otra aplicación, incluso si la tuviera.

—¿Qué estás haciendo, Jack? —dijo Brett, refiriéndose al objetivo por su nombre de pila por primera vez en años. Tenía que ignorar su historia juntos. Hacer lo contrario podría nublar su toma de decisiones en un momento crítico. El resultado de eso sería la muerte de la persona equivocada.

El punto se detuvo una vez más, en un lugar entre el callejón y la siguiente calle nombrada.

—¿Qué estás haciendo, Jack? —repitió Brett, consciente de que estaba humanizando al hombre.

CAPÍTULO 55

CERCA DEL LAGO ERIE, OHIO

El viaje duro más o menos lo que Charles esperaba. Es decir, demasiado. Pero mientras el viaje valiera la pena, como él esperaba, podría afrontarlo. El camping tenía un modesto cartel colocado a unos dos metros del arcén. Un camino de tierra y grava atravesaba el bosque. La primera estructura que vio fue una caravana. Las luces de Navidad envolvían la puerta y las ventanas y bordeaban el amplio dosel. Las brasas ardían tenues en la hoguera.

El contacto era el agente Johanson. Un idiota, según Gilly, pero entrenado. Lo que significa que se quedó sentado en su puesto toda la noche.

Charles se detuvo frente a una cabaña que parecía desierta y llamó a Gilly para avisarle que estaba allí. El policía le dijo que esperara a que le devolviera la llamada.

El soldado Johanson había estado durmiendo. Según su reloj, había pasado al menos una hora. Se quedó mirando el teléfono móvil que sonaba durante un momento antes de recomponerse lo suficiente para responder. Mientras saludaba, vio la cabaña y la examinó para ver si había algún cambio. La luz se había apagado.

—Tu tipo está ahí, —dijo McGillicuddy.

—Está bien. ¿Quién es?

—Alguien que conozco. Le estamos haciendo un favor. ¿Entiendes? Así que simplemente dile lo que sabes, lo que has visto, y luego regresa aquí sin causarle problemas.

—¿Cómo es él?

—Sal de tu auto y párate detrás de él. Él te encontrará.

—Sí, señor.

—Y recuerda, —añadió McGillicuddy con una pausa.

—¿Sí?

—Cuida tus palabras. Lo digo en serio. Este tipo tiene mal carácter.

Tiene mal carácter, pensó el agente Johanson con una sonrisa. Casi todas las personas que conocía en las fuerzas del orden tenían mal carácter. Al menos, cuando estaban con él.

Paolo ignoró la culpa que sentía por haber dejado a Essie en la cabaña. No es que ella se diera cuenta cuando él se fue. Había abierto los ojos de nuevo, pero su atención, si la tenía, seguía en el techo.

La pareja de mediana edad, que había estado sentada en lados opuestos de la fogata cerca de la entrada, le dijo que pasarían por allí para ver cómo estaba antes de acostarse, mientras él salía a tomar algo. También le dijeron que el bar en el que estaba sentado ahora estaba más cerca que el que recordaba haber pasado al entrar en el auto. Le habría ahorrado al menos cuarenta minutos. Y estaba a solo unos pasos de distancia. Si la pareja encontraba algo extraño, el hombre prometió acercarse en coche y avisarle a Paolo.

Miró su jarra, el último sorbo de cerveza que quedaba. *Bébelo y vete,* pensó. Levantó el vaso, lo inclinó hacia atrás, tragó lo que quedaba y dejó la jarra sobre la encimera. Bajó un pie del taburete y lo colocó en el suelo.

—¿Otro? —preguntó la mujer que atendía el bar.

No era muy bonita, pero su sonrisa resultaba tentadora. Al menos, lo suficiente para que Paolo decidiera tomar otra copa antes de volver a la cabaña.

Charles vio el camión a cincuenta metros de distancia cuando dobló la esquina. Parecía que el tipo había dejado suficiente espacio

para que Charles estacionara delante. Se acercó y vio a un hombre parado cerca de la puerta trasera, mirando hacia el cielo.

Charles bajó la ventanilla del pasajero y se detuvo.

—Gilly me envió, —dijo.

El hombre se acercó al vehículo de Charles y se inclinó. —¿Soldado McGillicuddy?

—¿A quién más podría llamar Gilly?

—Está bien, señor. Quiero decir, sí, señor. No hay problema.

—¿Podrías callarte la boca, idiota parlanchín?

El soldado Johanson asintió rápidamente y miró al suelo, con las manos detrás de la espalda.

—¿Qué cabaña es? —preguntó Charles.

Johanson señaló hacia la cabaña que tenía una luz encendida antes de quedarse dormido.

—¿Cuántas personas? —preguntó Charles.

—Dos, —dijo Johanson. —Un hombre y una mujer. Ella parecía enferma o algo así.

—¿Así como?

—No sé.

—Entonces ¿por qué lo dirías?

Johanson miró hacia otro lado. Charles podía oír al tipo pensando en lo idiota que era Charles.

—Ella simplemente se movía de un lado a otro, si sabes a qué me refiero.

—Creo que sí. —Charles miró la cabaña. Siempre sacudía la cabeza cuando la gente decía que algo estaba tan cerca que podían sentirlo. Pero ahora lo sabía. La venganza tenía un sabor. Y era dulce.

—¿Algo más, señor?, —preguntó el soldado Johanson.

—Para empezar, deja de llamarme señor. Segundo, dime qué has visto.

—No mucho, supongo.

—¿Supones?

—Llegaron aquí y estuvieron dentro, la mayor parte del tiempo. Es decir, han estado dentro todo el tiempo que llevo aquí.

Charles estudió al tipo. Era un verdadero idiota. Charles no sabía cómo había llegado a la policía estatal. Ojalá el tipo trabajara en la ciudad. A un policía como ese lo tendría en su nómina en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Algo más? —preguntó Johanson.

Charles sacudió la cabeza mientras se metía la mano en el bolsillo. Sacó un fajo de billetes, trescientos dólares, y se los tendió a Johanson. El tipo miró el dinero, pero no hizo ningún movimiento.

—Tómalo, idiota, —dijo Charles.

—No creo... no sé si pueda.

—Si no tomas esto, Dios me ayude, llamaré a Gilly y le diré que te despida.

Johanson extendió la mano para coger el dinero, luego se giró y se subió a su camioneta.

—Dios mío —murmuró Charles, mientras observaba cómo el tipo retrocedía y luego se alejaba. Al menos, esperó hasta pasar la cabaña antes de encender las luces delanteras. Eso habría arruinado todo.

El agente Johanson se sentía sucio. No había otra forma de decirlo. Había trabajado fuera de servicio, fuera de su jurisdicción —¡diablos!, había cruzado las fronteras estatales— y había recibido dinero de un hombre del que dudaba que tuviera algo que ver con la aplicación de la ley. Excepto, que tal vez lo buscaran.

sin embargo, su jefe, le había ordenado que lo hiciera. Así que, si alguien *lo* criticaba por ello, lo dirigiría a *Gilly*, como llamaba a su jefe, el buen amigo de McGillicuddy en el campamento.

En lo que respectaba a Johanson, se había desenganchado de todo el asunto.

Paolo llamó la atención de la camarera. —Uno más, querida.

Ella sonrió y le guiñó un ojo, tomó su taza y la volvió a llenar.

Charles se aproximó a la cabaña por detrás. Pasó a la derecha, pasó por delante de otras dos y, luego, se dirigió unos treinta metros hacia la parte trasera. Había muchos árboles, lo que, pensó, le proporcionaría a un tipo de su tamaño la cobertura justa. Para su decepción, no había ventanas en la parte trasera. Había planeado localizar los objetivos y dispararles desde fuera. Si hubiera sabido

que terminaría dentro, habría entrado por la puerta principal para empezar.

A segundos de la muerte, y el tipo sigue molestándome, pensó Charles. Pero no había problema. Pronto se ocuparía de Paolo. Entonces, cualquiera dentro de la organización, que pensara que podía hacer algo como lo que había hecho el hombre, lo pensaría dos veces antes de hacerlo.

Caminó hasta la esquina, siguió por el costado y se detuvo antes de llegar al frente. Alguien se acercó, haciendo crujir la grava con cada paso. Los pasos venían del otro lado de la cabaña. Charles examinó el paisaje frente a él, pero no parecía que hubiera alguien afuera. Se pegó al exterior de la cabaña, así, quienquiera que fuera, pasaría y no lo notaría.

Le convenía hacerlo.

Pero la persona no pasó de largo. Salió de la grava al porche. Las suelas duras, como las de las botas, chocaron con los tablones de madera que ocupaban el espacio. El pomo se movió y la puerta se abrió.

—¿Estás bien? —preguntó un hombre en tono suave.

Paolo.

Charles se apartó de la pared y salió con cuidado al porche. La puerta estaba abierta por un espacio de quince centímetros. Se veía oscuro por dentro y por fuera. No podía ver hacia dentro y, dudaba que ellos pudieran ver hacia fuera.

Aunque estaba armado, quizá Paolo también lo estaba. Sin embargo, Charles tenía la sorpresa de su lado.

Atravesó la puerta, apuntó al hombre y le disparó con silenciador en la nuca. El tipo se tambaleó hacia delante y se desplomó en el suelo.

Charles se acercó a él, escupió, sacó su teléfono y usó la pantalla para iluminar el piso.

—Mierda.

No era Paolo.

Charles no tenía reparos en quitarle la vida a alguien. Lo había hecho muchas veces, merecido o no. Acababa de disparar en mitad de la noche y, aunque su pistola tenía un silenciador, eso no

silenciaba el disparo, solo lo amortiguaba un poco. Alguien tenía que haberlo oído.

En contra de su mejor criterio, tanteó la pared y encendió un interruptor de luz. Entonces, tuvo la confirmación de que el hombre al que disparó no era Paolo. Y el tipo no respiraba.

¿Y ahora que hago? No podía irse con Paolo vivo. Al mismo tiempo, no podía quedarse en la cabaña. Alguien lo había oído e investigaría. No pasaría mucho tiempo hasta que la policía invadiera el lugar.

Levantó la mirada y, por primera, vez notó a la mujer en la cama.

—¿Esmeralda? —preguntó.

Ella no dijo nada. Tenía los ojos abiertos y fijos en el techo.

—¿Dónde está tu hermano?

Ella no dijo nada.

—Bueno, si no puedo matarlo, puedo llevarte a ti con vida. Él se dará cuenta. Y cuando venga a buscarte, adiós, Paolo.

Esmeralda no se resistió cuando Charles la levantó de la cama y la cargó sobre su hombro. Apagó la luz. Se detuvo en la puerta principal y la abrió lentamente. Escudriñó el área. No había nadie afuera. Ninguna de las luces estaba encendida.

Él sonrió.

Tal vez pensaron que era el disparo de un cazador. A lo lejos, abatiendo a un oso o algo así.

—Esto no está bien —dijo en voz alta el agente Johanson. Había hecho un juramento y su instinto le decía que lo había roto fuera de esa cabaña. Había puesto en peligro la vida de ese hombre y esa mujer. Ahora podrían estar muertos.

Miró el reloj. No habían pasado ni doce minutos desde que se fue. Si aceleraba, podría estar de vuelta en ocho minutos. ¿Sería suficiente?

Sólo podía esperar que así fuera.

—¿Estás seguro de que tienes que irte?, —le preguntó la camarera a Paolo. —No cerraremos durante un tiempo. Y, como soy yo quien cierra el lugar, puedes quedarte mientras yo esté aquí.

Paolo le sonrió. —Aunque disfruto mucho de tu compañía, debo regresar.

—¿Estás seguro de que puedes conducir? Puede que no lo parezca, pero esta zona está llena de policías.

—No, no creo que pueda —se bebió de un trago la cerveza que le quedaba en la jarra. —Afortunadamente, solo tengo que caminar hasta el campamento.

—Puedo llevarte cuando termine, ¿sabes? Pasaré por allí. Tal vez, incluso pueda llevar una botella para compartir.

—Ah, sólo hay un problema —dijo levantando un dedo.

—Una mujer, —dijo.

Él asintió. —Pero no como tú crees. Es mi hermana y me temo que no se encuentra bien.

—¿Estás seguro de que te necesita?

Las palabras le hicieron reflexionar. Bajó la mirada hacia la barra. Se había formado un anillo de condensación en el lugar donde había estado su taza y el líquido se derramó hacia él.

—Sí, me necesita, —dijo. —Y debo irme ahora.

Se levantó y dejó caer un billete de cien dólares en el mostrador para la camarera de la dulce sonrisa.

La mujer se había acostado en el maletero como si lo hubiera hecho cientos de veces. Con un hermano como Paolo, tal vez lo hubiera hecho. Charles se rio entre dientes.

Miró su GPS. Siete horas, más o menos, hasta llegar a la ciudad. Si se apresuraba un poco, incluso podría ganarle al tráfico de la mañana.

El soldado Johanson apagó las luces después de pasar la primera cabaña. Los LED solares que iluminaban el camino de tierra y grava eran suficientes para orientarse. Redujo la velocidad al mínimo al acercarse a la cabaña que había vigilado antes. El hombre que le había pagado se había ido. Solo quedaban huellas donde había estado estacionado su auto.

Johanson se detuvo en el mismo lugar y examinó la cabaña. La luz interior estaba encendida de nuevo. La luz del porche seguía apagada. Parecía que la puerta estaba entreabierta.

Comprobó su pistola, salió del camión y se mantuvo pegado al borde de la carretera, tanto como pudo, para evitar que el crujido de la grava anunciara su presencia.

Las persianas estaban bajadas y no había forma de ver el interior sin ir a la puerta. Johanson no esperaba ver gran cosa, sólo una habitación vacía. Tal vez algo de ropa tirada por ahí para darle más efecto. Supuso que era posible que los dos hombres se pelearan y, si así fuera, podrían haber roto una silla, o la cama, o la lámpara.

Excepto que la luz estaba encendida.

No empieces a dar por sentado, pensó. *Así es como mueren los soldados.* El mayor error que podía cometer era dar por sentado que allí dentro estaba seguro. Entraría sin ningún plan y con la guardia baja. No quería volver a casa con sus padres en una bolsa para cadáveres.

Así que se arrastró por el porche, con cuidado de no golpear la madera con los talones. Johanson presionó el dedo índice izquierdo contra la puerta. Se deslizó unos centímetros más y luego se detuvo. Se inclinó hacia delante, con la pistola a la altura del pecho, y apuntó hacia adentro.

Al principio parecía vacío, pero luego se dio cuenta de que había alguien en el suelo.

—Oh, dulce Jesús, —dijo.

Entonces Johanson hizo algo fuera de lo común. Hizo caso omiso de su instinto de llamar la atención y entró en la habitación para ver cómo estaba el hombre.

Paolo pensó en volver. En decirle a la camarera que se iría a casa con ella. ¿Por qué demonios no? Essie no iba a despertarse pronto. Y si lo hacía, se quedaría allí hasta que él volviera.

De la hoguera se alzaban volutas de humo y las luces de la pareja de mediana edad estaban apagadas. Pensó en detenerse y preguntar si todo estaba en orden, pero el tipo no había venido a buscarlo. Y tampoco se sentó en el porche a esperar para informarle a Paolo sobre el estado de Essie.

Así que siguió andando. Pasó por delante de una cabaña tras otra. Siguió el camino hasta llegar al tramo que conducía a su casa para pasar la noche. Vio la camioneta estacionada donde había estado. El silenciador hizo un ruido como si su dueño la hubiera conducido recientemente. La gente hace eso, se recordó. Salen. Tal como él lo había hecho.

Miró hacia la cabaña y la luz estaba encendida. ¿Se había levantado Essie? ¿Quizás el tipo había entrado a ver cómo estaba y había dejado la luz encendida? Pero ¿por qué lo haría? Tal vez Essie lo había oído, había supuesto que se trataba de Paolo y había pedido ayuda. El hombre debería haber ido a buscarlo al bar si ese era el caso. Antes de irse, Paolo decidió que necesitaba hablar con ese tipo.

Se apresuró hacia la puerta y se dio cuenta de que estaba entreabierta. Paolo se abstuvo de llamar a su hermana. Se detuvo en el porche, se agachó y sacó un cuchillo de la funda que llevaba en el tobillo.

Desde adentro, se escuchaba como si alguien estuviera jadeando. Lentamente, Paolo cruzó la puerta. Vio al hombre en el suelo y un charco de sangre que lo rodeaba. Aunque no había dicho nada, el tipo miró hacia atrás, con las manos en alto, a la vista. Estaban cubiertas de sangre.

—¡Hijo de puta! —gritó Paolo mientras se lanzaba hacia el tipo.

El hombre abrió mucho los ojos. Parecía asustado. No como un asesino. Pero era demasiado tarde. Paolo giró el brazo y hundió el cuchillo en el cuello del tipo, rozando la carótida. Un hilo de sangre se esparció por la pared, las cortinas, el techo y el suelo y se redujo a un hilo impulsado por el latido del corazón a medida que el hombre se desangraba. Se desplomó en el suelo y cayó de espaldas sobre el cuerpo de su...

—Esa no es Essie —murmuró Paolo.

Corrió hacia el baño y abrió la puerta de golpe. Ella no estaba allí. Corrió de nuevo a la habitación, arrancó las sábanas de la cama y miró debajo. No había armario ni ninguna otra habitación.

—¿Essie?

No hubo respuesta.

Lo dijo otra vez, más fuerte.

Todavía no hubo respuesta.

Fue a la puerta y gritó.

Ella todavía no respondió.

Se volvió hacia la masacre que había en la habitación. Dos hombres muertos; uno de ellos por su propia mano. El otro hombre

era el tipo de la primera cabaña. El tipo que había prometido ir a ver cómo estaba su hermana. Alguien lo había matado. Y ese alguien tenía ahora a Essie.

¿Quién?

La respuesta para Paolo era obvia.

Charles.

Agarró sus maletas, aseguró su pistola, salió de la cabina y corrió hacia el vehículo.

Y sin dudarlo, cuando llegó a la carretera, giró hacia Nueva York.

CAPÍTULO 56

FRANCIA

A uno de los socios de Pierre le llevó más tiempo del que debía localizar el Audi. Después de conducir hacia el oeste durante tres horas, el trío formado por Oso, Pierre y la madre de Kat, tuvo que dar marcha atrás durante noventa minutos para llegar al lugar del accidente.

Había cristales rotos esparcidos por el lugar. Era lo único que quedaba del vehículo. Oso estaba de pie al borde de la carretera, mirando hacia el valle, con las rodillas apoyadas contra la barandilla. No sentía el vacío en la boca del estómago, al menos no por la altura. Su preocupación por Mandy superaba eso.

Pierre se unió a él.

—¿Alguna novedad? —preguntó Oso.

—Incluso el informe del Audi ha desaparecido.

—¿Qué significa eso?

Pierre le ofreció su teléfono. Oso lo tomó y miró las fotos del vehículo. Decir que estaba destrozado era un insulto.

—Consiguieron el reporte para nosotros, —dijo Pierre. —Pero ahora todo ha desaparecido: el informe policial, la información de los testigos, todo.

—¿Cómo es que eso desaparece?, —preguntó Oso, señalando las imágenes en la pantalla del teléfono.

Pierre no dijo nada.

—¿Dónde está el hospital más cercano? —preguntó Oso.

—No están allí.

—¿Qué?

—Yo... Mi gente ya lo revisó.

—Ellos podrían ser parte de esto, hombre. ¿No lo ves? ¿De qué otra manera podrían saber cada uno de tus movimientos?

Pierre se encogió de hombros mientras miraba hacia abajo y pateaba los escombros a un lado. —Muchas agencias son capaces de hacer eso. Mi gente vendría a buscarme si esa fuera su intención. No a una mujer joven y a una niña.

—Quiero ir al hospital.

—Sólo estaríamos perdiendo el tiempo.

—¿A diferencia de qué? ¿Qué tenemos para seguir? —Oso se dio la vuelta y dio unos pasos hacia delante. —Nada, eso es todo. Tu gente podría estar mintiendo. No estaré satisfecho hasta que lo comprobemos nosotros mismos.

Un momento después, Pierre lo alcanzó. —Tenemos que llevar a la madre de Kat a un lugar seguro. No se puede descartar que haya habido un crimen. Y no me extraña que esta gente esté persiguiendo a su familia.

—Afortunadamente no tengo nada de eso.

—Yo tampoco —dijo Pierre y dio un paso adelante. —Pero Kat sí, y tenemos que proteger a su madre.

Oso observó a la mujer que estaba en la parte trasera del coche. No podía describirla como angustiada. No había querido salir cuando llegaron al lugar del accidente. No quería aceptarlo, pensó. Él tampoco. Y no lo había hecho.

Mandy estaba en algún lugar y él la alcanzaría de algún modo.

CAPÍTULO 57

JOHANNESBURGO, SUDÁFRICA

Si quedaba alguna duda sobre si Jack seguía en el gueto, ya estaba resuelta. Los pasillos del edificio estaban llenos de latas de cerveza, botellas de licor, colillas de cigarrillos y cristales rotos. La mitad de las luces estaban apagadas y, las que estaban funcionando, proyectaban una neblina amarilla, sobre las paredes opacas y la alfombra de color verde vómito, que inducía a la depresión. Sin embargo, estaba tranquilo. Jack pensó que su observación que podría llevar a algunos a concluir que los residentes tenían trabajos diurnos. Y supuso que la mayoría de ellos todavía estaban inconscientes por las actividades de la noche anterior.

Se colocó en el otro extremo del pasillo por el que había entrado desde el callejón. Después de eso, Jack no tenía otro plan que esperar a que el hombre atravesara todo el pasillo, y le dio al tipo cuatro minutos, como máximo, para entrar.. Entonces atacaría con la esperanza de neutralizar al tipo y lograr que hablara.

Un bebé lloraba en uno de los apartamentos cercanos. Jack no le prestó atención. Hizo lo mismo con la madre, que le gritaba al bebé que se callara.

Los segundos seguían pasando sin que se produjera ninguna actividad en el otro extremo del pasillo. ¿Esperar había sido un

error? El hombre podría aprovechar el tiempo extra para pedir refuerzos. Si había suficientes de ellos buscando a Jack, podría haber un equipo cerca. Lo encerrarían dentro del edificio.

Los efectos persistentes del tranquilizante nublaron sus pensamientos y no estaba seguro de en quién confiar. ¿Y qué pasaba con sus habilidades físicas? Si llegaba el momento, ¿podría enfrentarse a aquel hombre?, o peor aún, ¿a dos o más de ellos? Apenas podía correr diez pasos sin sentir que iba a caer de cabeza al suelo. Aún no recuperaba la sensibilidad en las manos y los pies. Los músculos todavía le ardían como si un fuego arrasara su cuerpo.

Tenía que correr. No había otra opción. Al menos por ahora. Escapar, salir de la red y recuperarse. Luego, averiguar qué diablos estaba pasando.

El bebé se había callado y la mujer del apartamento lloraba. Un instinto le decía que derribara la puerta de una patada y averiguara qué había pasado. Otro, le arrastraba más allá del pasillo, lejos del callejón. El camino parecía un laberinto, que le obligaba a girar a la derecha, a la izquierda y otra vez a la derecha. Mientras siguiera adelante, sabía que llegaría a una salida. Por supuesto, podría ser la misma por la que había entrado. La ironía suprema. Caminar hacia los brazos expectantes de su futuro agresor.

Dobló una esquina y se encontró cara a cara con un hombre que había visto unos minutos antes: una cabeza grande y calva, con una perilla llena de canas.

El hombre abrió mucho los ojos, echó el brazo hacia atrás y se lanzó hacia delante.

Jack esquivó el golpe, pero no lo suficiente. Recibió el golpe en la oreja, que lo hizo girar. Mientras miraba por encima del hombro, el hombre calvo lanzó otro puñetazo. Jack se puso en cuclillas. El golpe falló por encima de su cabeza. Jack le dio un codazo en la zona media del cuerpo al hombre, que se inclinó hacia atrás. A continuación, le dio un cabezazo invertido en la parte superior de la frente.

Un golpe sordo fue seguido por el sonido del hombre cayendo al suelo.

Jack saltó sobre él y le asestó dos golpes más en la cara.

—¿Quién eres? ¿Para quién diablos trabajas?

Los ojos del hombre parpadearon y se pusieron en blanco. Jack le dio un revés.

—Respóndeme.

—Púdrete.

Una puerta se cerró de golpe detrás de ellos. Jack miró hacia atrás, esperando ver al otro tipo del auto.

No había nadie.

Sintió una mano alrededor de su garganta. Luego otra. Se apretaron y le cortaron el suministro de aire.

Jack presionó los pulgares contra los ojos del tipo. Luego, movió la pierna hacia adelante y presionó su rodilla contra el cuello del hombre.

Quién duraría más dependía de la condición cardiovascular de cada uno. Y en ese momento, Jack no confiaba en él.

En sus últimos segundos, Jack retiró los pulgares de las cuencas de los ojos del hombre y agarró los costados de su cabeza. Luego, ejerció fuerza en cada lado, uno arriba, el otro abajo, y le rompió el cuello.

Las manos se soltaron y cayeron al suelo.

Jack buscó entre su ropa y no encontró nada más que un teléfono móvil. Volvió a mirar el pasillo vacío. ¿Dónde estaba el tirador que había visto desde fuera? No tenía intención de esperar para ver si el tipo estaba en el edificio. Siguió por el pasillo hasta llegar a unas puertas dobles que conducían al exterior.

Jack se arrastró hacia la salida, con cautela, escudriñando la calle en busca de señales que le resultaran familiares. Estaban por todas partes y en ninguna. Parecía la misma calle por la que había estado conduciendo cuando vio el pequeño coche y al conductor mirándolo fijamente. Sin embargo, no era la misma. Los carteles de los edificios eran diferentes. Las escaleras no coincidían. Se detuvo en la puerta, presionando su cara contra el cristal para ver lo más lejos posible a ambos lados de la calle. Buscó el coche, o al hombre, o un clon de cualquiera de los dos. No cambiaría mucho si veía uno. Hasta donde él sabía, había dos formas de salir del edificio. Una,

probablemente, estaba en peligro. Tal vez, esta también lo estaba. Tendría que afrontarlo en algún momento. Bien podría ser ahora.

Empujó la puerta hacia adelante, pero no se movió. Jack lo intentó una segunda vez y obtuvo los mismos resultados. No había ninguna cerradura visible, por lo que no debía abrirse. Retrocedió un par de pasos, dispuesto a patear el vidrio, y notó un botón verde montado en la pared, a unos centímetros a la derecha de las puertas. Lo presionó y la cerradura magnética se soltó. Abrió la puerta con cuidado y salió a la calle.

Allí olía igual que al otro lado del edificio. La brisa seguía empujando el aire frío. Una franja de nubes obstruía el sol, lo que proporcionaba un alivio bienvenido a los ojos de Jack. Era uno de los efectos persistentes de los fármacos que usaron para sedarlo.

Miró hacia arriba y hacia abajo de la calle. A la izquierda, los edificios se alineaban sin interrupciones obvias entre ellos. A la derecha, observó rutas de escape más rápidas. Había dos callejones y una intersección. Todo, a un par de cientos de metros. Pero no fue en ninguna dirección. En cambio, cruzó la calle hacia un compacto azul claro, ubicado en la acera opuesta. El conductor golpeó el volante al ritmo de una canción que Jack no pudo escuchar. Se acercó al vehículo por detrás, utilizando el punto ciego natural para sorprender al conductor. Funcionó. El hombre no se inmutó hasta que Jack agarró la manija y abrió la puerta de un tirón. No era viejo ni joven. No era gordo. No era flaco. Solo un tipo normal. Y, aunque Jack no pudo sentir el impacto debido a sus manos entumecidas, el puñetazo que lanzó dejó al tipo inconsciente.

Brett tomo la decisión de moverse mientras la señal de seguimiento de Jack permanecía inmóvil. Como un conductor que envía mensajes de texto, miró la pantalla de su teléfono y luego la carretera. Cuando el punto comenzó a moverse, no le preocupó demasiado. Podía hacer modificaciones en su ruta cuando llegara a la zona. Pero, cuando despegó a una velocidad similar a la suya, Brett miró la pantalla del teléfono más que la carretera frente a él. Si no hubiera sido porque el conductor atento, que tenía derecho de paso en la intersección, tocó la bocina, tal vez no hubiera importado dónde terminó Jack.

Pisó el freno de golpe y se detuvo bajo el semáforo. Los conductores se giraban al pasar, sacudiendo la cabeza. Brett observó durante un segundo y luego volvió a centrar su atención en su teléfono. Noble casi se había salido de la pantalla. Brett alejó el mapa y ajustó el zoom para que estuviera centrado. El hombre se alejaba en su coche.

—Está bien —murmuró. —Sólo debo mantenerlo en la mira.

Sencillo, realmente.

Con un poco de suerte.

Jack mantuvo la velocidad dentro del límite legal mientras se alejaba del edificio. Que lo detuvieran nunca era algo bueno. Y, teniendo en cuenta que no tenía idea de quién le había disparado ni para quién trabajaba, aparecer en el radar de alguien en ese momento lo llevaría a la muerte.

Casi en el punto en el que Jack pensó que se estaba alejando, apareció el pequeño vehículo. El hombre vio a Jack cuando los dos autos se cruzaron. Sus miradas se cruzaron por un breve segundo, después de lo cual Jack pisó el acelerador a fondo y el otro hombre pisó el freno y azotó violentamente el pequeño auto en medio de la carretera. Antes de que el vehículo completara su arco, Jack giró bruscamente a la derecha en la primera intersección. Los neumáticos lucharon por mantener su agarre. Se deslizó hacia el otro carril, enfrentándose al tráfico que venía en sentido contrario, en forma de un camión seguido por un par de sedanes. Jack giró bruscamente contra el deslizamiento. La parte trasera del auto patinó, enviándolo por un rumbo incontrolable hacia el camión que venía en sentido contrario.

—Maldita sea —gritó. Sabía que no debía dar la espalda a un tobogán. El sedante que le habían inyectado lo había dejado en tal estado mental que, si tuviera la oportunidad, habría dicho que estaba patas arriba. Pero eso no importaba. Lo que importaba era el enorme camión que se le venía encima, tocando la bocina. Obviamente, porque no sería capaz de detenerse a tiempo. El conductor lo intentó y, aunque los frenos hidráulicos funcionaron a la perfección, no había nada que pudieran hacer para frenar cinco toneladas de máquina.

Jack soltó el acelerador, soltó el volante por un momento y luego recuperó el control del vehículo, dando la vuelta. En cuestión de segundos, corrigió el rumbo del vehículo y se enderezó. El conductor del camión se cubrió la cara con los brazos, pero Jack se desvió en el último segundo.

Sin embargo, no había tiempo para relajarse. Al mirar hacia atrás, Jack vio el pequeño coche. El hombre ya lo había alcanzado.

La ventana trasera estalló en mil pequeños fragmentos.

El hombre no tenía intención de perseguirlo. Iba a matar a Jack a toda costa. Si estaba lo bastante loco como para disparar desde un vehículo en movimiento, probablemente, estaría dispuesto a estrellar su coche contra el de Jack.

Distancia. Tenía que conseguirla rápidamente. El problema era que el vehículo no podía ir más rápido.

Jack hizo un brusco giro a la izquierda. Esta vez logró mantener el control y esperaba que el otro conductor no tuviera tanta suerte. Pero el tipo sí la tuvo. No perdió el ritmo y se mantuvo lo más cerca posible. Aunque no volvió a disparar. ¿Por qué? ¿Y si el tipo no estaba tratando de matar a Jack, sino solo de llamar su atención?

De nuevo, apareció ese pensamiento confuso. *Sigue adelante*, se dijo Jack, sin estar seguro de cómo resultaría.

Los carteles de las calles pasaban como si nada. No importaba. La ciudad era un misterio. No tenía idea de su distribución. Podría haber estado conduciendo directamente hacia un laberinto de tráfico o dirigiéndose al campo. Cualquiera de las dos opciones sería suficiente.

Después de cinco minutos, la carretera se ensanchó y se añadieron más carriles. Vio señales que indicaban lo que parecía ser una autopista interestatal con coches que se agolpaban en el carril derecho. Jack se quedó a la izquierda, con el otro hombre detrás, aparentemente dispuesto a esperar. La única explicación razonable era que había informado a su cadena de mando y le habían ordenado que lo hiciera. El inconveniente era que pronto habría más gente en camino.

Se acercaba la rampa de acceso y una fila de vehículos avanzaba a paso de tortuga.

Jack aceleró y se desvió entre dos vehículos, atravesando perpendicularmente y pasando por delante de una miniván que le rozó el guardabarros trasero. El coche se tambaleó, pero Jack mantuvo el control. Rozó a uno de los coches que giraban hacia la rampa de acceso, se detuvo a unos metros y corrió por el arcén hacia la autopista. Al mirar hacia atrás, por el espejo retrovisor, no vio señales de que lo hubieran seguido.

No duraría mucho. El otro tipo se recuperaría pronto.

Brett entro en un estacionamiento abandonado. Lo único que quedaba de la estructura con la que se apoyaba era una base de hormigón, con pasto y maleza creciendo a través de grietas gruesas.

La distancia entre él y Jack había aumentado hasta tal punto que tuvo que alejar la pantalla aún más para asegurarse de no perderlo. Estudiando el mapa, intentó determinar hacia dónde se dirigía el hombre. ¿Qué tan bien conocía Noble la ciudad? ¿Mejor que Brett? No sería difícil, ya que esta era la primera visita de Brett al país.

Noble estaba en la Metropolitan 1, en dirección sur, fuera de la ciudad. Desde allí, si seguía en la autopista, tomaría la Ruta 82, o se incorporaría a la 12 y luego, tomaría esa dirección suroeste, o la 1 en dirección sur. La 12 parecía ser la ruta más rural de las dos, y Brett pensó que era por allí por donde iría Jack.

Entonces, en lugar de dirigirse al este para seguir a Jack, Brett se dirigió al oeste, se incorporó a la circunvalación occidental N1 y luego al sur, con la esperanza de interceptar al hombre.

—Conducir a ciegas no es conducir, —pensó Jack. Pero no tenía muchas opciones. Sin idea de quién lo perseguía, ni cuántos eran, tenía que seguir adelante. Conducir hasta que no se pueda conducir más.

¿Fue la mejor opción?

Tal vez. Al menos por el momento. Cada minuto que pasaba lo llevaba a pensar con un poco más de claridad. Otra razón para seguir adelante. Muy pronto, estaría actuando con claridad y sus decisiones serían las correctas. Había llegado lo suficientemente lejos como para darse cuenta de eso.

Buscó en la guantera y encontró un mapa de carreteras. Lo desplegó y lo examinó hasta determinar su ubicación aproximada,

buscando Hillsbrow y luego, la autopista más cercana. Las señales que en ese momento no tenían mucho sentido ahora parecían plenamente realizadas en su mente. Iba en dirección sur por la Metropolitan 1. Desde allí, tenía algunas opciones. Lejos de la ciudad era su mejor opción, y había dos rutas que le permitirían viajar sin restricciones. Una iba hacia el sur, pero a juzgar por el mapa, se cruzaba con varias ciudades más. Eso podría generar tráfico, lo que significaba que reduciría la velocidad y quien lo persiguiera podría alcanzarlo.

Eso le dejaba una opción: la Nacional 12. La autopista le daría tiempo suficiente para decidir su próximo paso.

Brett tomó su móvil y contestó al segundo timbre.

—¿Actualización?, —preguntó Ballard.

—Está en movimiento.

—¿Estás tras su pista?

—Relativamente.

—¿Qué significa eso?

—Ahora estoy más cerca que hace un día.

—No dejes que se escape.

—Si crees que puedes hacer mi trabajo mejor que yo, entonces siéntete libre de venir aquí y tomar el control.

Ballard colgó sin responder.

—Pequeño cabrón —murmuró Brett. Echó un vistazo a su teléfono para confirmar que estaba en el camino correcto. Como predijo, Jack había tomado la 12 hacia el suroeste y Brett estaba a menos de ocho kilometros de su posición.

—Se detendrá, —pensó Brett. —Y cuando lo haga, lo detendré.

CAPÍTULO 58

UBICACIÓN DESCONOCIDA

Se despertó con un amanecer como ningún otro que hubiera visto antes. Ni siquiera mirar directamente hacia las estrellas, mientras estaba de pie entre grandes edificios, había sido tan intenso. La luz, brillante y caliente, dejó una impresión roja mucho después de que cerró los ojos.

—¿Puedes entenderme?

Su mente meditó un momento la frase y la tradujo de un conjunto de palabras a otro.

—¿Puedes oírme?

—Sí, —dijo ella. —Puedo.

—¿Eres estadounidense?, —preguntó la mujer. Su voz sonaba rara, pesada, casi susurrante.

—¿Qué? —preguntó ella.

—De los Estados Unidos, ¿no?

La niña parpadeó, abrió los ojos y vio la fuente del amanecer: una gran luz circular que ahora apuntaba en ángulo hacia el techo, proyectando un gran halo alrededor de la esquina de la habitación.

—Yo… —Miró la luz y luego a la mujer vestida con bata azul. —No lo sé.

La mujer arrugó el rostro y se giró para mirar a la niña de reojo. —¿No sabes de dónde eres?

La niña meneó la cabeza.

—¿Y tu nombre? —preguntó la mujer.

La niña no dijo nada.

—Soy Marie —dijo la mujer. —¿Y tú eres…?

La niña sintió un vacío en el pecho y el estómago. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos y susurró: —No sé quién soy.

Marie extendió la mano, tomó la mano de la niña y la apretó.

La niña se echó hacia atrás y acercó las rodillas al pecho, entrelazando los brazos por debajo y entrelazando las manos.

—Lo solucionaremos, —dijo Marie. —Lo prometo.

La niña observó a la mujer, sus ojos amables y su sonrisa suave. Quería confiar en Marie. Quería creerle. Después de todo, la enfermera era la única persona en el mundo a la que conocía.

CAPÍTULO 59

SOBRE EL ATLÁNTICO

Jared Akers se quedó dormido varias veces, mientras el avión volaba a 600 millas por hora a una altura de más de 36.000 pies. Quería cerrar los ojos y rendirse por completo. Escabullirse hasta que aterrizaran. Pero tenía que vigilar a la niña.

Hasta el momento, no había supuesto un gran problema. Todavía estaba en estado de shock, pensó, por haber presenciado la muerte de su madre. Su amenaza de hacerle lo mismo, sólo que más lentamente, podría haber ayudado a mantenerla bajo control también. Y, para asegurarse de su cooperación, antes de salir hacia el aeropuerto, había aplastado y le había dado a beber suficiente Valium como para dejar inconsciente a un hombre de ciento cincuenta kilos. Cuando hicieron el check-in, ella ya estaba dormida en sus brazos.

Él hubiera preferido dejarla atrás, pero su jefe insistió en que, hasta que supieran que Noble estaba muerto, necesitaban a la chica. Ella sería la moneda de cambio definitiva. No es que eso importara al final. Tanto ella como Noble estarían muertos cuando todo estuviera dicho y hecho.

Akers giró la cabeza y la observó dormir. La mayoría de las personas podrían sentir una punzada de culpa, o algo similar, en un

momento así. Él no. Mataba indiscriminadamente. Lo había hecho durante más de veinte años. Hombres, mujeres, niños. A él no le importaba. Dependiendo de dónde hubiera estado, Jared no siempre necesitaba una orden para hacerlo. Según su opinión, las cosas siempre habían sido así. No todos con los que había trabajado a lo largo de los años estaban de acuerdo con él. Especialmente, durante su tiempo en el ejército. Pero eran cómplices de sus fechorías, así que mantenían la boca cerrada. Siempre se trataba de la palabra de un hombre contra la de otro, así que eso podía resultar de cualquier manera.

En la actualidad, se atenía a sus órdenes. Le ayudaba pasar poco tiempo, si es que pasaba alguno, en algún páramo de un país del tercer mundo. También le ayudaba ser mayor. La ira que sentía cuando era joven se había disipado. Al menos un poco. Pero, también, se había vuelto más frío que nunca. Aunque algunos llegaron a considerarlo un sociópata, Akers no estaaba de acuerdo. Todo lo que hacía era por dinero. Nunca entraba en la casa de nadie y masacraba a una familia. Ni acechaba a una jovencita con la intención de violarla y matarla. Y nunca se sentía mal por la gente a la que le pasaban cosas así.

Sintiendo que no iba a poder volver a dormirse, Akers revisó su correo electrónico para saber cuál era el siguiente paso de su trabajo. Todo lo que sabía, hasta ese momento, era que su avión llegaría a Boston en un par de horas. No sabía de ninguna casa segura en la zona, por lo que tenía que completar otra etapa del viaje. El primer mensaje que leyó lo confirmó.

Alquila un coche. Ve a Nueva York.

Claro y sencillo, como le gustaba a Akers.

CAPÍTULO 60

JOHANNESBURGO, SUDÁFRICA

—Esto es absurdo, —dijo Mason, confinado en el asiento del pasajero del pequeño vehículo de alquiler. —No tenemos ningún apoyo aquí. No tenemos idea de dónde está este tipo. No tenemos idea de qué está haciendo aquí.

Sasha se abrió paso entre el tráfico de la M1, en dirección sur, a través de la ciudad. No tenía ni idea de qué esperar del tráfico. Hasta el momento, no habían visto gran cosa. La autopista estaba llena de coches, pero el tráfico fluía.

—Sasha —dijo Mason. —¿Me estás escuchando?

Ella asintió y no dijo nada. Estaba demasiado ocupada pensando en el futuro. Mantenía su mente ocupada mientras esperaba la siguiente llamada. El rastro de Brett se había perdido. Todo lo que sabían, era que el hombre había estado en un avión con destino a Johannesburgo. Tal vez, había encontrado un vuelo de conexión y ya se había ido.

—¿Y entonces? —preguntó Mason.

—¿Qué? —Ella giró la cabeza hacia él por un segundo.

—¿Cuál es el plan aquí?

—No tengo ninguno.

—¿Simplemente vamos a conducir por la ciudad con la esperanza de ver a este tipo?

—Sí. Si es lo que hace falta, eso es lo que haremos. Sabes que mi gente es la mejor en el sector. Nos ayudarán.

—Han estado trabajando en ello durante horas. Si no pudieron encontrar nada cuando aterrizamos aquí, ¿qué te hace pensar que lo harán ahora?

—Ha estado en silencio. Esa es la única respuesta que tiene sentido. Pero no lo estará por mucho tiempo. Se pondrá en contacto con alguien y entonces lo sabremos. Estamos cerca, Mason. Sé que lo estamos.

Condujeron otros ocho kilómetros sin hablar. Estaban más o menos en el centro de la ciudad. Habrían llegado minutos antes si hubieran ido hacia el oeste desde el aeropuerto, en lugar de hacia el norte por la N3 y luego hacia el sur por la M1. Sasha calculó que tardarían entre diez y quince minutos más y llegarían al extremo sur del circuito. ¿A dónde ir entonces? ¿Parar, tal vez? Hacer algunas llamadas y ver si se había determinado algo nuevo. Incluso podría intentar comunicarse con Jack nuevamente, aunque le preocupaba hacerlo, porque existía la posibilidad de que alguien estuviera monitoreando su número. Sería fácil para ellos determinar el origen de la llamada. Rastrearían el número hasta ella. Si ben la mayoría no podría hacelo, esta organización, obviamente, tenía la capacidad de eludir las autorizaciones de seguridad. Y una vez que se revelara su identidad, comenzarían las preguntas. ¿Qué está haciendo un futuro director del MI6 en Sudáfrica? Pero ¿quién preguntaría y a quién le preguntarían?

Se sobresaltó cuando sonó su teléfono y el auto giró bruscamente hacia la izquierda. El automovilista que se interponía en su camino frenó y tocó la bocina. Sasha lo ignoró y respondió la llamada.

—Recibimos una llamada de su móvil, no hace ni diez minutos.

—¿Dónde?

—Johannesburgo, extremo sur de la ciudad, en la Nacional 12 en dirección sur.

—Mason, —dijo ella.

Él se giró hacia ella.

—Localiza la N12.

—¿Él está ahí?

Ella asintió y habló por teléfono. —¿Algo más? ¿Conocemos el contenido de la conversación?

—Lo único que podemos captar es la señal. Estamos trabajando para rastrearla en tiempo real.

—¿Y cómo conseguimos eso?

—Es con quién está trabajando. Hemos estado siguiendo a Joe Ballard desde media mañana. Una vez que se hizo la llamada, anotamos los puntos.

—Dios mío —dijo, mirando a Mason. —Esto va a provocar un caos político, ¿no?

El tipo del otro lado de la línea no dijo nada. Mason levantó una ceja, implorándole que continuara.

Después de terminar la llamada, Mason dijo: —¿Buenas noticias?

—En parte, —dijo. —Pasó por aquí hace poco. Tenemos que seguir hacia el sur, por la 12, y, con suerte, lo alcanzaremos.

—¿Con un poco de suerte?

—No tienen su señal en tiempo real. Al menos todavía.

—¿Y todo ese comentario sobre la tormenta política?

—Está bien, están espiando al contacto de Taylor en Estados Unidos. Intentan averiguar en qué agencia está. Francamente, no estoy segura que importe. Sea cual sea, no apreciará que los vigilemos.

—Como si no nos lo hicieran a nosotros.

Ella no dijo nada. La verdad era que esto sucedía con más frecuencia de lo que ella estaba dispuesta a admitir.

—Así que seguimos conduciendo, —dijo Mason.

CAPÍTULO 61

JOHANNESBURGO, SUDÁFRICA

—Mierda. —Jack golpeó el volante con los nudillos mientras el coche se detenía a un lado de la autopista. Se había quedado sin gasolina, aunque el indicador decía que quedaba más de un cuarto del depósito. Inspeccionó la guantera y no encontró nada. Antes de salir, abrió el maletero. Se levantó un pie y luego se acomodó sobre el chasis. Si había un arma, estaría allí.

Afuera, la temperatura no había cambiado mucho desde antes ese mismo día. Sin embargo, el sol estaba más bajo en el cielo. Una mirada rápida le indicó que, tal vez, le quedaban dos horas de luz. Había frecuentes salidas a lo largo de la carretera. Caminaría hasta la siguiente y lo averiguaría desde allí. Probablemente, encontraría un lugar donde instalarse para pasar la noche. Conseguiría un teléfono e intentaría comunicarse con uno o dos contactos.

En la parte trasera del vehículo, levantó la tapa del maletero. No había nada dentro. Retiró la tapa y notó que la rueda de repuesto no estaba, al igual que las herramientas. Maldijo en voz baja mientras cerraba la tapa de golpe. Luego, dio un paso hacia un lado del vehículo y comenzó a caminar por el arcén.

No había muchos coches a esa altura de la ciudad y, los que pasaban, no prestaban demasiada atención. Pronto, no sería así.

El teléfono que llevaba en el bolsillo rebotaba contra su pierna a cada paso. Sacó el aparato y lo miró fijamente durante un momento. Su primer instinto fue hacer una llamada. Oso, Brandon, Clarissa. No importaba. Los tres harían lo que fuera por ayudarlo. Pero no los llamó. En lugar de eso, llamó a Frank.

El hombre respondió inmediatamente —¿Jack? ¿Eres tú?

—Hijo de puta, —dijo Jack.

—Tranquilízate, hombre. Tenía que sacarte del país. Una vez que mencionaste a tu ex y a tu hija, supe que no había forma de que pudiera disuadirte.

—Sí, ¿y qué pasa con el tipo que intentó matarme unos minutos después de que saliera a la calle?

Hubo una pausa. —¿Estás seguro de lo que estás hablando, Jack?

Jack empezó a responder, pero pasó un camión de dieciocho ruedas y su voz quedó ahogada.

—¿Dónde estás? —preguntó Frank. —¿A un lado de la carretera? ¿Estás solo?

—No importa —dijo Jack.

—Mira, Jack, tenemos que averiguar qué está pasando aquí. Se suponía que te dejarían con mi contacto, un hombre llamado Jorge, al norte de la ciudad.

—Me desperté en la maldita sala de mantenimiento de un edificio de mala muerte. Un tipo mayor estaba sentado afuera de la puerta. Me dio algo de ropa y un teléfono, que es el teléfono desde el que te estoy llamando.

—Eso no está bien. Nada de eso está bien. Se supone que deberías estar con Jorge. Por Dios, Jack. Mira, no te muevas. Necesito hacer algunas llamadas. Quédate en esa línea un minuto.

Se escuchó suficiente ruido estático en la línea para que Jack supiera que la llamada seguía conectada.

—¿A dónde coño se fue? —Brett miró la pantalla de su celular y amplió el mapa, pero no había señales de Jack en ninguna parte. El punto estaba allí la última vez que lo revisó. Ahora, había desaparecido.

Echó un vistazo hacia atrás, giró el volante hacia un lado y se detuvo en la zona de emergencias. Tenía que ser un error. Un mal funcionamiento del software. En ese caso, volvería, así que quedarse sentado al costado de la autopista no era forma de lidiar con la situación. Tenía una idea de la última ubicación de Jack. Si hubiera sucedido algo, digamos un accidente, encontraría a Noble allí. Después de unos momentos de desplazarse por el mapa, Brett volvió a centrar su posición y se incorporó al tráfico.

La preocupación de Jack aumentaba con cada segundo que pasaba. ¿Por qué tardaba tanto? Todo lo que tenía que hacer el tipo era encontrar a alguien que se reuniera con Jack y luego darle la dirección. De allí en adelante, podría seguir. De alguna manera. No sería fácil, estaba muy lejos de la ciudad y no tenía dinero para un taxi. Sin embargo, había otras formas. Ya había robado un auto hoy. ¿Cuánto daño más podría causar si tomaba otro?

Primero, tenía que salir de la autopista. Al final, alguien se detendría para ayudarlo. Pero, ese alguien podría terminar siendo un policía. Revisarían la matrícula, encontrarían el auto denunciado como robado y entonces se terminaría todo. Asalto. Robo. Cualquier otra cosa que se le pudiera agregar.

—Vamos, Frank —gritó Jack por teléfono.

Frank no respondió.

—Al diablo con esto, —murmuró Jack mientras terminaba la llamada. La siguiente salida no estaba a la vista y, la anterior, estaba al menos a ocho kilómetros detrás de él. Decidió arriesgarse y seguir adelante.

Brett paso la mayor parte del trayecto mirando su teléfono, esperando que la señal de rastreo respondiera. Trató de convencerse a sí mismo de que no había sido un error haber venido a Sudáfrica, pero hacer el viaje y regresar con las manos vacías no le sentaría bien. El tiempo era limitado. Una vez que terminara, sería su cabeza la que se presentaría ante el gobierno.

Un pequeño coche aparcado al costado del camino le llamó la atención. No se había dado cuenta, pero eso era algo que no había visto hasta ese momento en la autopista.

—No crees en señales, —se recordó.

Pero al mirar su teléfono, se dio cuenta de que la señal de seguimiento había regresado y se estaba moviendo lentamente a menos de un kilómetro de distancia.

Después de casi un kilómetro y medio, no había salida a la vista. Aunque, quizá, hubiera algo mejor. Jack saltó la barandilla y descendió por la pendiente cubierta de hierba hasta el estrecho carril que había debajo. La autopista pasaba justo por encima, pero no ofrecía ninguna rampa para entrar o salir. Existía la posibilidad de que el hombre del callejón todavía lo estuviera persiguiendo. Tal vez, el tipo había tomado las decisiones correctas y había acabado en la 12, como Jack. Si era así, no estaba tan lejos. Esto le dio algo de tiempo. Tal vez una hora. Tal vez un día. Pero ahora, tenía la oportunidad de conseguir un nuevo teléfono, un vehículo o un viaje, y ponerse en contacto con alguien que pudiera ayudarlo.

Entonces, pasó por debajo de la carretera interestatal y continuó hacia el sur, caminando sobre el césped, junto a los árboles.

—Muy bien, Jack —dijo Frank. —Esto es lo que quiero que hagas y adónde quiero que vayas. A partir de ahí, te traeremos de vuelta aquí, conmigo, hasta que esto termine.

Esperó una respuesta, pero no la recibió.

—Jack, ¿estás ahí?

Silencio absoluto. Jack había colgado la llamada.

—Maldita sea.

Brett disminuyó la velocidad y se detuvo al costado del paso elevado. Había una carretera más abajo y la baliza de seguimiento indicaba que Jack estaba en ella, pero no había forma de acceder a la calle desde la autopista. Había barandillas a lo largo del arcén, lo que significaba que no podía salir e intentar bajar la colina.

Entonces ¿cómo lo había hecho Jack?

Fácil, pensó. Ese coche que estaba allí atrás era suyo. Había caminado hasta allí y había aprovechado la oportunidad. Sin embargo, Brett lo había atrapado. Una vez más, se alejó y siguió la autopista hasta la siguiente salida, intentando conectar un camino de carreteras rurales, desde un punto cinco millas más adelante, hasta la carretera que se encontraba debajo de él.

No había ninguno

Y la señal podía apagarse en cualquier momento. Tal como estaban las cosas ahora, Jack estaba a sólo media milla de distancia. Sería fácil calcular su ritmo y, luego, todo lo que Brett tenía que hacer era viajar un poco más rápido.

Entonces, abandonó el vehículo, se fue por el costado, bajó la colina y emprendió la misma dirección en persecución de Jack. Era lo más cerca que había estado hasta entonces y no tenía intención de fallar ahora.

CAPÍTULO 62

UBICACIÓN DESCONOCIDA

Todo lo que Kat vio fue oscuridad. No importaba si era de noche o si se encontraba en una habitación oscura. La capucha que le cubría la cabeza era espesa y oscura. Su aliento, rancio y amargo, se atrapaba en la tela y la bañaba. Hacía calor debajo de la capucha. Tanto, que el sudor se acumulaba en su frente antes de deslizarse por sus párpados y, cuando parpadeaba, el líquido salado encontraba su camino y le picaba y escocía los ojos. Trató de levantar la mano y limpiarse, pero tenía las manos atadas a la espalda.

Por primera vez desde que había recuperado la conciencia, oyó que alguien golpeaba cerca. ¿En una puerta? Tal vez. Pero sonaba más como a unas suelas duras sobre un suelo de madera. Rascó el suelo con las puntas de los dedos descalzos. Era áspero, duro. Una aguja le perforó el dedo gordo del pie derecho. Una astilla, pensó.

Los golpes se acercaban, por lo que las vibraciones en el suelo se hacían más fuertes, más profundas. Paso a paso, alguien se acercaba. Alguien pesado, a juzgar por sus pisadas.

Kat se esforzaba por respirar. En parte, por la capucha que le cubría el rostro y, también, por el extraño que se acercaba. Su captor. El hombre, supuso, que haría con ella lo que quisiera.

¿Qué sería eso?

Hasta ese momento, nadie se había acercado a ella. Había perdido la noción del tiempo. Dormitaba y despertaba, y podían haber pasado horas o días desde que estaba allí. Lo único que indicaba que no había pasado mucho tiempo, era que sus dolores de hambre no eran demasiado fuertes.

Los pasos se detuvieron y una respiración entrecortada surgió por encima de su cabeza. Sintió el calor corporal de la persona contra su piel. ¿La habían desvestido? ¿La habían dejado atada y con los ojos vendados mientras estaba desnuda? Se formaron lágrimas, lágrimas reales, no inducidas por el sudor, que corrieron por su rostro.

—Bueno, bueno —dijo el hombre. —Veo que ya estás despierta.

No dijo nada y obligó a su cuerpo a quedarse quieto. Pero era demasiado tarde. Sus temblores ya habían revelado su estado.

El tipo le tiró con fuerza de la cabeza, moviéndola hacia arriba, hacia atrás y hacia los lados. Se detuvo para aflojar la capucha y luego se la quitó.

No podía distinguir si la luz de la habitación era intensa o tenue, sólo notó que dolía muchísimo. Luchando contra el dolor en sus ojos, los obligó a permanecer abiertos para poder ver a su captor.

El tipo era alto, musculoso y algo barrigón. No estaba particularmente bronceado ni pálido. Tenía el pelo corto y una barba de un par de días le cubría el mentón, las mejillas y la mandíbula.

Se agachó y le quitó la mordaza que cubría su boca. —Dime quién eres. —Su acento era americano.

Tenía la garganta tan reseca que no podía hacer mucho más que gruñir. —Agua. Por favor.

La miró de reojo y permaneció inmóvil durante unos segundos. Finalmente, se dio la vuelta, salió de la habitación y regresó con una botella de plástico. —Inclina la cabeza hacia atrás.

Kat hizo lo que le habían ordenado y abrió la boca. El tipo inclinó la botella hasta que quedó completamente boca abajo. El agua salió a borbotones, más rápido de lo que Kat podía beber. Bebió lo que pudo, mientras que el resto del líquido se derramó sobre su rostro y le corrió por el cuello y el pecho desnudo.

El chico no parecía inmutarse por sus pechos.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

Recordó las instrucciones que le había dado Pierre: no renunciar a nada sin recibir nada a cambio.

—Nadie, —dijo Kat.

—¿Sabes lo que les pasa a los don nadie?

Ella no dijo nada.

—Terminan muertos y desmembrados.

Ella todavía no dijo nada.

—¿Insistes en no ser nadie?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces ¿quién eres tú?

—Kat.

—Es un buen comienzo. ¿Kat qué?

—Kat Lyon.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando con Pierre Allard?

—Nunca he trabajado con él.

—¿Recuerdas lo que dije sobre los don nadie? Lo mismo se aplica a los mentirosos.

—Te digo la verdad. Nunca he trabajado con él. Soy camarera. Pierre es mi amante.

—¿Qué sabes de sus operaciones?

—Nada. Nunca supe en qué andaba metido hasta que le dispararon. Y desde entonces, tuvo una larga recuperación en el hospital, luego nos fuimos de París. Quería estar lejos de todo.

—No lo ha hecho.

—Sí, —dijo. —Lo ha hecho. Ha estado en el hospital y conmigo durante meses. No ha estado involucrado en nada.

El tipo la miró fijamente sin hablar.

—¿Quién eres tú? —preguntó. —¿Qué quieres de Pierre?

—Volveré después de que sepamos qué hacer contigo.

Dejó caer la capucha y la mordaza al suelo, junto a ella, y luego salió de la habitación. Kat vio cómo la pesada puerta se cerraba. Oyó el clic del cerrojo y, entonces, lloró.

CAPÍTULO 63

JOHANNESBURGO, SUDÁFRICA

—Lo tenemos, —dijo Sasha. —Tienen el teléfono en la mira. Está a unos sesenta kilómetros de la ciudad. Pasó de ir a unos noventa kilómetros por hora a ir a paso de tortuga. Tal vez tenga problemas con el coche porque se ha salido de la autopista.

—¿Estamos seguros de esto?, —preguntó Mason. —¿Podemos confiar en esta información?

—Basta de peleas constantes. Mis analistas son tan buenos como los tuyos. Si dicen que tienen a Taylor en la mira, entonces lo tienen.

—¿Y entonces crees que encontraremos a la chica de Noble?

—No lo sé, Mason. Pero creo que, al menos, obtendremos algunas respuestas.

Mason centró su atención en su teléfono. —Entonces, si ya ha recorrido unos sesenta kilómetros, nos quedan unos treinta y dos más. Supongo que fue suerte que tomáramos este camino.

—No fue suerte. Tomamos la información que nos proporcionó mi gente y la aprovechamos. —Lo miró y lo vio sonriendo, obviamente, disfrutando de incitarla. —Muy gracioso.

—Sólo intento aliviar la tensión.

—Vamos a atrapar a este tipo y averigüemos qué diablos está pasando. Luego podremos preocuparnos por aliviar la tensión.

Continuaron otros quince minutos y llegaron a un punto a medio camino entre dos salidas, donde un vehículo había sido abandonado al costado de la autopista. Sasha se desplazó lentamente hacia el arcén y luego dio marcha atrás hasta quedar a unos pocos pasos del vehículo. Ambos salieron al arcén.

—¿A dónde irá desde aquí? —preguntó.

Mason miró hacia atrás. —La última salida fue hace unos cinco kilómetros, ¿no?

Ella asintió.

Mason dijo: —¿Habría corrido el riesgo de dar marcha atrás o habría seguido adelante hasta la siguiente salida?

—¿Qué tan lejos está eso?

Lo comprobó con su teléfono. —Otros cinco kilómetros, pero quizá no lo sabía. Quizá había estado mirando las salidas y se dio cuenta de que cada una estaba un poco más lejos que la anterior. Pensando en las dos salidas anteriores, había quizás cuatro o cinco kilómetros de distancia. Así que, se dice a sí mismo que, a la distancia que ha recorrido desde la última salida, sólo deberían faltar otros cinco kilómetros, máximo dos para llegar a la siguiente.

Sasha asintió con la cabeza en señal de acuerdo con la evaluación de Mason.

—Sigamos conduciendo un poco —dijo. —Quizá lo alcancemos.

Volvieron al coche. Sasha volvió a la autopista y, a menos de un kilómetro de allí, se encontraron con otro coche abandonado al costado de la carretera.

—¿Coincidencia? —dijo ella.

—No creas en ellas, —dijo Mason.

—Bueno, vamos a comprobarlo de todos modos. —Se detuvieron detrás del vehículo.

—Matrículas de alquiler, —dijo Mason.

—¿Quienes fueron los últimos? —preguntó.

—Son locales. Los recuerdo. —Salió y avanzó.

—Deberíamos hacer que mi equipo los ejecute.

Él asintió.

Sasha salió y caminó hasta el punto medio del paso elevado. Se inclinó sobre la barandilla de acero y miró hacia abajo, esperando

ver un arroyo o las vías del tren. En cambio, vio asfalto descolorido.

—Mason,—gritó.

Él la miró.

—Allí abajo —dijo, dirigiéndose hacia él. —Hay un camino. Mi instinto me dice que está ahí abajo, en alguna parte.

Mason pasó por encima de la barandilla y estudió el terreno. Señalando, dijo: —Mira allí. Esos tallos altos de hierba, todos rotos, apuntando hacia la carretera en una línea recta hacia abajo. —Se arrodilló e inspeccionó uno de los trozos. —Es reciente, Sasha. Esto sucedió recientemente.

—Tenemos que encontrar un camino que conecte, —dijo.

Se unió a ella un momento después, con el teléfono en la mano y el mapa abierto. Ambos regresaron a sus asientos en el coche.

Él dijo: —No veo nada que conecte.

—Tiene que haberlo, —dijo. —En algún lugar. Sigue buscando. No puede ser un camino cualquiera que no lleve a ninguna parte, ¿no?

—Eso explica por qué no hay salida aquí. Tal vez deberíamos empezar a caminar.

—Él nos lleva, al menos, un kilómetro de ventaja.

—Y podría recorrer otro kilómetro, o buscar refugio, o desviarse hacia el bosque en el tiempo que nos llevará darnos cuenta de que hemos cometido un error y regresar aquí en coche.

Sasha sacó su móvil y llamó a su oficina. —Creemos que hemos encontrado el lugar por el que salió. ¿Dónde está ahora?

—Perdimos la señal.

—¿Puedes conseguir la mía?

—Un momento.

Los segundos transcurrían. El coche se balanceaba de un lado a otro cada vez que pasaba un vehículo por el carril más cercano. El sonido del motor en ralentí y el del ventilador, se mezclaba con la respiración de ambos. Por fin, su analista volvió a hablar.

—Estás en el lugar donde lo vimos por última vez. Desde allí, se dirigió hacia el este.

Ambos giraron la cabeza hacia la izquierda. La carretera no se veía desde el otro lado de la autopista, pero sí el sendero abierto

entre los árboles.

—No puedo encontrar la manera de regresar aquí, —dijo Mason, levantando su teléfono.

—Necesito que me encuentres una ruta para llegar a este camino, —le dijo a su analista. —¿Puedes hacerlo? No me importa si es un viejo camino forestal o un sendero abierto por elefantes.

—Estoy seguro de que puedo.

—Llámame de nuevo. —Puso el coche en marcha y volvió a entrar en la autopista, en dirección sur, hacia la siguiente salida.

—Lo vamos a perder, —dijo Mason.

—No, no lo haremos —dijo, y empujó el velocímetro hasta superar el límite de velocidad. —Mis hombres encontrarán la manera.

CAPÍTULO 64

CENTRO DE FRANCIA

Oso esperó cerca de la entrada mientras Pierre se ocupaba de la recepcionista. El tipo no ejerció ninguna presión. Hizo las mismas preguntas una y otra vez hasta que la mujer se puso nerviosa, roja y sus manos empezaron a temblar. Estaba mintiendo. Oso lo sabía. Probablemente. Pierre también. Pero no hizo nada al respecto.

Las puertas de cristal se abrieron con un crujido y una mujer entró con su hijo pequeño. Le indicó que tomara asiento mientras ella ocupaba un lugar en la fila detrás de Pierre. Fue la primera en hacerlo.

Oso miró hacia atrás, preguntándose cuándo aparecería el próximo paciente.

Pierre volvió a preguntarle a la mujer por Kat y Mandy. Ella frunció los labios con fuerza y no dijo nada.

—Basta. —Oso se cargó contra el mostrador y se estrelló contra el costado de Pierre, empujando al francés unos centímetros hacia un lado. La mujer que estaba detrás de él protestó, pero con una mirada Oso la silenció.

La mujer se echó hacia atrás en su silla para crear un poco de distancia. No es que importara. No se escaparía si esa era la

intención de Oso.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una billetera. La abrió y sacó una foto de Mandy tomada durante su estancia en Iowa. Extendió el brazo y colocó la foto a centímetros del rostro de la anciana.

—Solo te lo voy a preguntar una vez —dijo. —Después, empezaré a romper cosas. ¿Has visto a esta chica?

La mujer no dijo nada.

Oso agarró la esquina superior del monitor y lo arrojó hacia un costado. La pantalla se quebró con cien golpes simultáneos.

—La próxima vez serás tú.

Miró hacia la puerta. Toda la esperanza que quedaba en su rostro se desvaneció. Pero Oso sabía que su tiempo era limitado. Ella había hecho algo para alertar a las autoridades. O suponía que alguien más lo había hecho, y ahora tenía esperanzas de que llegaran.

—¿La has visto?

Pierre colocó una foto de Kat sobre el mostrador. Oso la agarró con su mano libre y se la extendió.

Él dijo: —¿Y ella?

La mujer empezó a llorar, sacudió la cabeza y luego asintió.

—¿Cuál? —dijo Oso.

—Yo... he visto a la niña, pero no a la mujer.

—¿Dónde está? —Oso dio un paso atrás y miró los tres pasillos que se bifurcaban desde la sala de espera.

—Ella no está aquí.

Se adelantó y gritó: —Mierda. ¿En qué habitación está?

La mujer lloraba demasiado para responder.

Oso casi saltó sobre el mostrador, pero no habría servido de nada. Había destrozado el monitor. Detrás de la mujer había oficinas, una de las cuales estaba ocupada por un hombre que observaba la escena que se desarrollaba en la sala de espera. Oso señaló al tipo.

—Llévanos allí.

La mujer se levantó y salió de detrás del mostrador de recepción. Hizo un gesto a los dos hombres para que se acercaran a ella, a la oficina. El hombre que estaba dentro negó con la cabeza cuando ella abrió la puerta. Intentó hablar, pero no logró articular palabra.

—Levántate,— dijo. —Necesito mostrarle que la niña se fue.

El tipo se levantó y dio un paso atrás. Cuando la mujer, Oso y Pierre estuvieron todos detrás de su escritorio, el tipo ya estaba apretujado en un rincón. Respiraba rápido y ruidosamente por la nariz. Oso esperaba que el tipo se desmayara en cualquier momento.

—Aquí. —La mujer señaló la pantalla. Oso se inclinó hacia delante y leyó la información mínima.

—Sin identificación. Accidente de tráfico. No hay nadie más. —Miró a Pierre. —¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que tienes? ¿Y qué significa "Sin identificación"?

La mujer miró al hombre en busca de permiso. Él asintió y ella dijo —Significa que no tenía idea de quién era y no tenía identificación.

Oso la escuchó, pero no se permitió procesar la información todavía. —¿Dónde está ahora?

La mujer esperó un momento antes de hablar. —No podemos divulgar esa información.

—Será mejor que la divulgues o tu jefe aquí va a terminar con la cabeza atravesando esa pared.

Pierre agarró a Oso y lo tiró hacia un lado. —Escucha.

Todos se quedaron en silencio. Solo se escuchaba la respiración del hombre y el zumbido del ventilador de su computadora.

Y sirenas.

—Podría ser la ambulancia, —dijo Oso.

Pierre negó con la cabeza. —En Francia no. Es la policía.

El oficinista contuvo un sollozo.

—Bastardo —dijo Oso, empujando a Pierre hacia la puerta, donde se detuvo y miró a la pareja en la esquina de la habitación. —Voy a encontrarte, señorita. ¿Me escuchas? Y cuando lo haga, será mejor que tengas la información que estoy buscando.

La policía ya había entrado en el aparcamiento del hospital. Afortunadamente, Pierre, previendo el futuro, había aparcado en el lateral del edificio.

—Por aquí —dijo, tirando de Oso hacia el corredor más a la izquierda.

Corrieron por el pasillo. Al final, unas puertas dobles dejaban pasar la luz del sol a través de unas pequeñas ventanas rectangulares. Tenían que llegar allí. Las sirenas resonaban en las paredes. Los rodeaban. Parecía que los policías habían conducido sus coches directamente a la sala de espera.

Pero nunca oyeron los gritos de los policías. Tal vez, la conciencia de la señora le pesaba. Quizá quería contárselo a Oso, pero temía por su trabajo, lo cual era razonable, si él se ponía en su lugar. Tonterías, desde cualquier otro punto de vista.

Atravesaron las puertas de salida y el coche estaba a seis metros de distancia. Las sirenas se apagaron y los policías no estaban a la vista.

Pierre tomó el volante y Oso se acomodó en el asiento del pasajero.

—No vayas lejos, —dijo Oso.

—Nos vamos a alejar lo más que podamos, —dijo Pierre. —No tienes idea de las acusaciones falsas que el gobierno podría presentar contra mí si quisiera.

—¿Por qué querrían hacerlo?

—Tengo la sensación de que ellos están detrás de todo esto. Estaban enojados porque me negué a regresar a la agencia después de recuperarme de mis heridas.

—¿Por qué meterse con Kat y Mandy? Si te quieren, deberían atraparte.

—Ya sabes por qué. Para hacerme hablar. Podrían torturar a mil personas en mi nombre y yo no pestañearía. Pero si tomas a la mujer que amo, te cazaré y te separaré la cabeza del cuello.

Oso lo entendió. Diría que era por la mujer involucrada, pero en ese momento, Mandy era su única preocupación.

—Mierda —dijo Oso. —¡Cuidado!

Un coche de policía se internó en la carretera. Pierre giró a la izquierda como para esquivarlo, pero otro se le adelantó y le impidió realizar la maniobra. Pisó los frenos a fondo. El impulso llevó a Oso hacia delante. Golpeó torpemente su antebrazo contra el salpicadero para evitar golpearse la frente contra el parabrisas. Un dolor sordo se extendió desde el codo hasta las yemas de los dedos.

—¡Reversa! —gritó Oso.

El francés, mirando fijamente el espejo retrovisor, meneó la cabeza. —Estamos rodeados.

—¿Y qué? Son policías de barrio. Tú y yo podemos enfrentarnos a toda su fuerza.

Pierre movió la cabeza mientras mantenía la mirada fija en el espejo. —Mira.

Más adelante, cuatro policías se acercaban apuntaron rifles de asalto a la parte delantera del auto. Oso se movió en su asiento y miró hacia atrás, a una masa de patrullas policiales y vehículos negros. Una mezcla de sedanes y todoterrenos. Al menos, había unos diez hombres armados con lo que parecían MP5. Algunos llevaban trajes oscuros. Otros vestían uniformes militares negros. Distinguió pistoleras en los muslos donde estaban aseguradas sus armas.

Miró a Pierre y vio a otros dos hombres vestidos con uniformes militares y con metralletas en la mano. Oso giró la cabeza y miró por la ventana. Tres hombres se acercaban a él.

—¿Qué diablos está pasando? —dijo.

—Levanta las manos y haz lo que te digan, —dijo Pierre. —Haré todo lo que pueda para sacarte de esta.

CAPÍTULO 65

SUDÁFRICA

Jack visualizó la gasolinera cuando llegó al final de una curva de la carretera. Los árboles se fueron aclarando hasta dejar un campo con los surtidores y una pequeña tienda justo al otro lado. Había un coche parqueado, sin nadie que lo vigilara. Al menos, eso parecía.

Aceleró el paso, cada vez menos consciente de lo que lo rodeaba y más concentrado en llegar al coche. Podría ser su oportunidad. Allí, tardaría media hora, tal vez más, en aparecer un policía y tomar el informe del tipo. En ese tiempo, Jack podría estar a unos sesenta kilómetros de distancia.

Cuando bajó de la acera y entró en el aparcamiento de la tienda, una mujer salió de la tienda. Lo miró a él y luego al coche. Ella estaba más cerca, pero, supuestamente, él era más rápido. Se formó un plan B. Podría intentar convencerla para que lo llevara. Diría que había sufrido una avería y que estaba perdido. ¿Podría llevarle al pueblo más cercano?

La mujer se detuvo, miró hacia atrás y señaló hacia la puerta. Un niño salió, envuelto en un abrigo de franela a cuadros. Jack aminoró el paso. El niño pasó corriendo junto a su madre y se dirigió hacia el coche.

Maldita sea, pensó. Con la mujer sola, podía correr el riesgo. Pero no con un niño. No con la incertidumbre de lo que lo seguía a dondequiera que fuera.

La mujer lo miró con los ojos entrecerrados, los labios finos y las manos en los bolsillos, sin duda, agarrando sus llaves y, tal vez, una lata de gas pimienta.

Jack asintió en su dirección y luego se volvió hacia la pequeña tienda. Corrió hacia la entrada y una cadena de campanillas doradas tintineó cuando abrió la puerta. Un hombre mayor detrás del mostrador lo saludó.

Jack dijo: —¿Baño?

El anciano señaló con la barbilla hacia la parte trasera de la tienda, en dirección al refrigerador con cervezas. Dijo: —Por esa puerta. La segunda puerta a tu derecha. Cuidado con el trapeador.

Brett escuchó el motor acelerar. Un gemido agudo que se convirtió en un suave ralentí. Era el primer coche que oía desde que se alejó un poco de la autopista. El asfalto y los árboles seguían frente a él. Había estado trotando desde que bajó la colina y pasó por debajo del paso elevado. Ahora aceleró hasta llegar a un ritmo casi igual al de un sprint. Podía mantenerlo durante un minuto, tal vez unos segundos más, pero no mucho más.

Dobló la curva. Los árboles dieron paso a un campo de hierba que lindaba con una tienda y una gasolinera. Un coche pequeño se alejó de uno de los surtidores.

¿Noble?

Brett se llevó la mano a la espalda y agarró su pistola. La mantuvo presionada contra su muslo. No quería alertar al conductor en caso de que resultara que no era Jack.

El vehículo giró a la derecha y se alejó. Por más rápido que corriera Brett, no lograría alcanzarlo. ¿Había perdido la oportunidad de alcanzar a Jack?

Disminuyó la velocidad a medida que se acercaba a la tienda. Si Jack hubiera estado allí, quien trabajara allí lo recordaría. Brett pensó que no era habitual que los estadounidenses aparecieran en esta parte del país.

A cada paso, aminoraba la respiración y el ritmo cardíaco. Volvió a enfundar la pistola y se secó el sudor de la frente. Brett cruzó el aparcamiento y abrió la puerta principal. Unas campanillas sonaron junto a su cabeza. Resistió el impulso de quitárselas de un tirón.

—¿Puedo ayudarte?, —preguntó el anciano sentado en un taburete detrás del mostrador.

—Necesito saber si has visto a un tipo pasar por aquí. De unos 1,80 m, aspecto atlético y pelo castaño.

El tipo asintió. —Debes ser amigo suyo, ¿eh? No recuerdo haber tenido nunca a dos yanquis aquí en un mismo día.

—Sí, es amigo mío. ¿Hace cuánto tiempo que está aquí y a dónde ha ido?

El anciano señaló con la cabeza hacia la parte trasera de la tienda. —Está aquí ahora mismo, en el baño.

Brett sacó su pistola y apuntó a la cabeza del anciano. —Levántate con cuidado. Da la vuelta al mostrador y llévame allí.

Jack cerro el grifo después de oír el sonido de las campanas. El agua goteaba de su cara y caía en el lavabo. Se dirigió el dispensador de toallas de papel y arrancó la mitad de la hoja que colgaba.

Había tomado el trapeador cuando regresaba. Pisó los rizos de tela y giró el palo para liberarlo. Alguien llamó a la puerta mientras lo hacía.

Jack no dijo nada.

—¿Estás bien ahí? —preguntó el anciano.

Jack miró hacia atrás, hacia la ventana. Estaba a unos dos metros del suelo y sólo medía unos sesenta centímetros de alto por unos noventa de ancho. Podría atravesarla si fuera necesario, pero no parecía que llevara a ninguna parte. No entraba luz.

—Te preguntó que si todo estaba bien, —dijo el anciano.

—Sí, todo bien —respondió Jack. Miró hacia abajo y unos rayos de luz se filtraban por la rendija de la puerta. Se arrodilló y miró a través de ella. Un metro y medio. —Solo necesito un minuto o dos. ¿De acuerdo?

—Claro, amigo, claro.

¿Cómo lo habían encontrado? Estaba tan fuera de la red como se puede estar, pero habían logrado acorralarlo en el baño de una gasolinera. Poco a poco, su claridad mental había regresado, al punto en que casi sentía que cualquier plan que se le ocurriera sería el correcto. Así que tenía que decidir, ataque o defensa. El pasillo era oscuro y estrecho, pero la puerta se abría hacia adentro. Eso le daba al otro tipo la ventaja. En el baño, el tipo tendría que entrar y rodear la puerta para llegar a Jack. El primer golpe con el palo podría desarmar al hombre. El siguiente, sería en el cuello o la ingle, lo que se presentara primero. En ese momento, el tipo estaría en el suelo y Jack tendría respuestas.

Mientras se movía contra la pared, el teléfono presionó contra su pierna.

Y se dio cuenta de cómo el tipo lo había rastreado. Lo habían estado siguiendo todo el tiempo con el teléfono. Algo tan simple. Algo que lo había obsesionado durante unos quince años. El maldito teléfono celular los había llevado hasta allí. Se reprendió a sí mismo por no haberse dado cuenta antes.

Entonces, empezó a dudar de su plan de esperar. Tal vez sería mejor entrar corriendo al salón. Abrir la puerta de golpe y salir con la pértiga.

Un palo contra una pistola en combate abierto. Algo le decía a Jack que aquello no acabaría bien.

Brett agarro al viejo por el cuello y lo tiró hacia atrás unos centímetros. El hombre no ofreció resistencia. Hace treinta años, tal vez más, el pobre tonto había dirigido el lugar. Nunca había tenido un problema. Entonces, el día especial en que no uno, sino dos estadounidenses aparecieron en su tienda, terminó con una pistola apuntando a la parte posterior de su cabeza. El viejo había revisado el pomo. Estaba cerrado.

—Quiero que vayas al final del pasillo y te acuestes —susurró Brett.

No le preocupaba que el arma estuviera apuntando a la cabeza del tipo. Un hombre más joven o un soldado entrenado, por supuesto, sería diferente. Alguien así podría hacerse con el control de la situación y, posiblemente, del arma de fuego. Pero con este

tipo, el tiempo no estaba de su lado. Brett no tenía planes de dispararle, pero lo dejaría inconsciente si fuera necesario.

Y no fue así. El tipo levantó las manos, dio un paso hacia un lado y luego se arrastró hasta el final del pasillo. Se dejó caer sobre la rodilla derecha, apoyándose en la pared para estabilizarse, luego sobre la izquierda. Lentamente, bajó el torso hasta el suelo. Su pecho golpeó el suelo y su trasero quedó en el aire. Luego, dejó que sus piernas se deslizaran hacia atrás y su cuerpo se desplomó.

Brett levantó la pistola frente a su cara, cerró los ojos y respiró profundamente.

Tú o yo, Jack. Supongo que siempre estuvo previsto que fuera así. Simplemente lo retrasamos unos años.

Ignorando el zumbido del teléfono en su bolsillo, levantó la rodilla y luego golpeó hacia adelante con el talón del pie, apuntando al punto junto a la manija de la puerta.

Joe Ballard golpeó su escritorio con una mano con su bolígrafo y con la otra presionó su teléfono contra su cabeza.

—Vamos, Taylor, —dijo.

Tenía que llegar hasta el hombre. Su línea de comunicación se había visto comprometida y alguien podría estar rastreando a Brett ahora. El hecho de que el hombre no respondiera le indicó a Ballard que, o bien Brett descubrió esto, o bien, quienquiera que lo estuviera buscando, lo había encontrado.

CAPÍTULO 66

SUDÁFRICA

—¿Estas seguro de que es todo esto?, —preguntó Mason, llevándose la mano a la frente para protegerse del sol mientras miraba el viejo edificio de madera.

—Afirmativo, —dijo el chico a través del teléfono que Sasha sostenía entre ellos.

—El lugar parece desierto, —dijo Mason. —No veo a nadie adentro.

Señaló un charco cerca de uno de los surtidores de gasolina. —Parece que alguien estuvo aquí recientemente.

—Te lo digo, la señal llega a unos 30 metros de tu ubicación.

Sasha estacionó el auto a un costado y apagó el motor. El edificio se veía peor desde ese lado. El paso del tiempo, y las estaciones, habían deformado la madera. Unas cuantas tablas estaban rotas en un extremo y descansaban en el suelo. No había ventanas, así que, a menos que alguien los viera entrar o hubiera cámaras, no los podían ver allí. Una mirada rápida indicó que no había un sistema de seguridad instalado allí.

Mason abrió la puerta y salió. Cuando Sasha se unió a él, él ya había desenfundado su arma. Ella hizo lo mismo después de guardar su teléfono en el bolsillo. La línea estaba conectada. Mantuvo el

micrófono visible para que su equipo pudiera escuchar y grabar todo lo que sucediera. Si todo salía bien, el archivo sería eliminado.

Caminaron por la parte trasera del edificio. Un gran tanque de propano bloqueaba un tercio de la pared. Había una ventana en el medio. Parecía que la habían pintado de negro. No había mucho espacio entre la estructura y el bosque. Diez metros como máximo. Aún quedaba un poco de distancia por si alguien aparecía por la esquina y abría fuego.

Pero no llegó a eso. Llegaron al otro lado, que parecía el resto del edificio: viejo, sucio y decrépito.

Mason se detuvo frente a ella, en la esquina. Observó el aparcamiento, la miró y dijo: —Vacío. —Después de una pausa, añadió: —Yo iré primero.

Ella lo siguió, mirando a través de las sucias ventanas delanteras mientras se dirigían a la puerta ubicada al otro lado del centro. Mason confirmó que no había nadie visible adentro. El mostrador estaba vacío. Empujó la puerta y sonaron las campanas.

Y desde la parte trasera de la tienda, se escuchó un estruendo.

CAPÍTULO 67

SUDÁFRICA

Brett Taylor no oyó el sonido de las campanas cuando se abrió la puerta principal. En ese momento, el talón de su pie chocó con la puerta a unos dos centímetros y medio a la izquierda del picaporte. El punto más débil. La puerta se dobló hacia dentro. Gimió sobre las sucias bisagras como un anciano que salta de la cama. Brett permitió que su impulso lo llevara hacia adelante en una estocada donde aterrizó sobre el pie que golpeó. Si hubiera podido evitarlo, lo habría hecho. Porque, aparte de la luz que se asomaba desde el pasillo oscuro, el baño estaba completamente a oscuras.

Jack no perdió tiempo. Dio un paso hacia la izquierda, pasando la puerta, con el palo colgado del hombro, listo para girarlo. El hombre se quedó unos cuantos metros más allá. Se inclinó hacia delante, con los brazos extendidos, en un intento de estabilizarse. Su pistola estaba fuera de su alcance. Jack blandió el palo, apuntando a la garganta del hombre. El tipo lo vio en el último momento, levantó el brazo izquierdo y desvió el golpe.

El golpe no había alcanzado el objetivo previsto por Jack, pero, al menos, desaceleró al hombre por un segundo más, lo que le permitió a Jack acercarse un poco más. Llevó el palo hacia atrás y preparó otro golpe.

El hombre se volvió hacia Jack y levantó el brazo derecho. Jack hizo girar el palo sobre su hombro sin rozar el techo y lo dejó caer sobre la muñeca derecha del tipo. Su brazo cayó unos centímetros. La pistola se disparó con un destello brillante. El disparo resonó en la habitación. A Jack le zumbaron los oídos y se sintió un poco aturdido. Pero no le habían dado.

Jack soltó la mano derecha del poste y la dejó resbalar hasta la mitad del lado izquierdo. La levantó y golpeó con ella. A continuación, lanzó un gancho de derecha. Ambos dieron en el costado de la cabeza del tipo, que se tambaleó hacia atrás. Su pistola cayó al suelo y se deslizó hacia el rincón oscuro del baño. Jack la perdió en las sombras.

El tipo chocó con la pared permaneciendo erguido, con los brazos flácidos y la cabeza gacha. Jack se abalanzó sobre él para asestarle el golpe final, pero el tipo logró salir disparado hacia delante. Le asestó un golpe en la barbilla que detuvo su impulso y le hizo girar la cabeza hacia atrás y hacia la izquierda. Se arrodilló y trató de enfrentarse al hombre rodeándolo con sus brazos.

No sirvió de nada.

El tipo volvió a atacar, y, esta vez, Jack quedó de espaldas. La luz brilló débilmente en un orinal que estaba sobre su cabeza. Luego, Brett accionó el interruptor y la habitación se iluminó.

—Es una buena idea, —dijo.

Jack logró colocar el codo izquierdo debajo de él y se incorporó unos centímetros. Observó al tipo caminar hasta la esquina, agacharse y recoger su pistola. El hombre la inspeccionó y luego la giró hacia Jack.

—¿Brett? —dijo Jack. —¿Brett Taylor?

El hombre asintió una vez mientras se limpiaba la sangre del labio superior con la muñeca.

—¿Qué diablos es esto? ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Qué crees, Jack?

Jack lo sabía. Estaba intentando ganar unos minutos. Tiempo suficiente para recuperar fuerzas y hacer un último movimiento. Pero sabía, que contra un tipo como Brett, eso sería inútil. Tenía que

recurrir a una táctica que no le gustaba, pero que podría salvarle la vida.

—¿Por qué? —preguntó Jack.

—No es que me importe, pero hiciste algunas cosas malas en tu vida. Por eso, te han marcado para que te eliminen.

—¿Quién fue?

Brett se encogió de hombros y no dijo nada.

—Al menos dime eso, hombre.

—Un montón de gente.—Dio unos pasos hacia delante, con cuidado de permanecer fuera del alcance de Jack, pero lo suficientemente cerca para no fallar. —¿Quieres verlo venir?

—No tienes que hacer esto.

—Sí tengo.

—No. Tienes las mismas opciones disponibles que yo tenía hace seis años.

Brett no dijo nada y sujetó la pistola con la mano izquierda.

—Brett…

—¿Qué?

Jack cerró los ojos. No había nada que pudiera decir para detener al tipo. A Brett lo habían entrenado para distanciarse de lo que sucedía, al igual que a Jack. De hecho, todos esos años atrás, no había sido Brett quien lo había convencido de abandonar el trabajo. Al menos no al principio.

—¿Cómo está Reese? —preguntó Jack.

Brett se quedó inmóvil. No dijo nada. No hizo expresión alguna. No se movió. Y no disparó.

Reese McSweeney era la hermana de Brett. La única familia que tenía. Había sido detective de homicidios en la ciudad de Nueva York. Hasta que se involucró con Jack. Fue su súplica de escuchar a Brett lo que llevó a Jack a cancelar el asesinato.

—¿Has hablado con ella recientemente? —preguntó Jack.

Brett negó con la cabeza. —La pusieron bajo protección de testigos.

—Te di una oportunidad por ella. Lo recuerdas, ¿verdad?

Brett asintió.

—Ella querría que hicieras lo mismo por mí. Al menos habla de esto conmigo. Si no podemos encontrar una solución, entonces aprieta el gatillo.

Brett no dijo nada. Se quedó paralizado.

Y Jack se dio cuenta de que los golpes que oía no estaban dentro de su cabeza cuando una puerta se derrumbó.

Sasha siguió a Mason por el pasillo oscuro y vio a un anciano acurrucado al final. Se cubrió la cabeza y miró por debajo del brazo, luego miró hacia otro lado.

—¡Baja el arma! —gritó Mason. —¡Suelta el arma! ¡Tírate al maldito suelo!

Sasha lo siguió hasta el baño. El hombre que estaba de pie en medio de la habitación no se movió. Señaló hacia la esquina. Sasha siguió su puntería y vio a Jack tendido en el suelo, apoyado sobre un codo. La miró, sonrió y desvió la mirada hacia el pistolero.

—Déjala caer, —dijo Mason.

—Mi nombre es Brett Taylor. Soy un agente federal de los Estados Unidos. Tengo una orden ejecutiva para matar a este hombre.

—No me importa, —dijo Mason. —No estamos en los malditos Estados Unidos.

Jack dijo: —Brett, sabes que esto no viene desde arriba.

—Así es, —dijo Brett. —Porque ellos no saben lo que tú, yo y los que son como nosotros hacemos. Pero tienen gente a la que le pagan para que tome este tipo de decisiones. Y decidieron que tú tenías que morir.

Mason dijo: —No podrás salir de aquí. Te lo prometo.

—Mason, cállate la boca —dijo Jack. Cada segundo que pasaba era la cuenta regresiva de una bomba. Brett llegaba a cero y apretaba el gatillo. La parte de él, que había sido programada para hacer su trabajo sin pensar, estaba en conflicto con su lado racional. Jack lo vio. Lo vio porque había estado allí antes. Mason había sido del MI5 toda su vida. Un agente, pero nunca un asesino.

Sasha dijo: —Él asesinó a Erin, Jack.

Jack sintió que el mundo se le venía encima. Erin y él se conocían desde hacía años. Casi se habían casado. Aún la amaba, y

sentía que el sentimiento era recíproco, aunque ambos sabían que nunca funcionaría. Por el bien de su hija, habían dejado la relación en una amistad. Intentó preguntar por Mia, pero su garganta no podía formar las palabras.

Brett parpadeó y dio un paso atrás. Su pistola tembló. —No lo hice, Jack. Estaba allí, asechándolas. Planeaba usarlas para sacarte. Pero mujeres y niños inocentes, ese no es mi juego.

—Encontramos a la chica estadounidense, —dijo Sasha. —Hannah dijo que fuiste a la playa a buscarlas. Vimos imágenes de ti en la isla.

—Y encontré a Erin, —dijo Brett. —La encontré en la playa. Ya estaba muerta. Le habían disparado en la cabeza.

—¿Mia? —preguntó Jack.

—Ella no estaba allí.

—Si no fuiste tú, ¿quién lo hizo?, —preguntó Jack. —¿Con quién estás trabajando?

Brett bajó la pistola. Mason miró a Jack como si quisiera pedirle permiso para derribar al tipo. Jack negó con la cabeza.

—Estoy solo, —dijo Brett. —Es la única forma en que trabajo.

—Tienes que contarnos todo lo que sabes —dijo Jack, poniéndose de pie. —Todo.

CAPÍTULO 68

WASHINGTON, D.C

Beck llego temprano esa mañana. Reprendió a Clarissa en el momento en que ella abrió la puerta.

—Podrías haberme devuelto la llamada anoche, —dijo.

—Podrías haberme devuelto la mía antes, —dijo. —En lugar de eso, te quedaste hasta tarde bebiendo con tus amigos cuando hoy tenemos un gran día.

Él le hizo un gesto para que se fuera mientras entraba. —No es así en absoluto.

—Entonces, ¿cómo es?

—Tomé un par de tragos y luego volví a la oficina para asegurarme de que teníamos todo cubierto.

Su postura defensiva se relajó. —¿Y nosotros?

—Pensé que sí, pero ahora que te han seguido y te han atacado, no estoy tan seguro de que me guste. —Sacó algo de su mochila.— Échale un vistazo a esto.

—¿Qué es?

—Imágenes de seguridad de tu ataque.

Tomó el disco y lo insertó en el reproductor de DVD. Todo empezó cuando ella se acercaba. Lo que no había notado la noche anterior, era que el auto había pasado más o menos al mismo

tiempo que ella apareció ante su vista, aunque era una pequeña figura sombría al otro extremo de la carretera.

Ella observó cómo se desarrollaba el ataque.

—Podrías haber sufrido una conmoción cerebral, —dijo Beck. —¿Por qué no fuiste al hospital?

—Porque habrían involucrado a la policía.

—¿Y?

—No me gusta la policía.

Beck negó con la cabeza. —¿En qué me he metido contigo?

—Me pregunto lo mismo casi todas las noches.

Compartieron una sonrisa, aliviando la tensión.

Miró el vídeo unas cuantas veces más, ralentizándolo cuadro por cuadro la primera vez que pasó el auto.

—Ahí tienes, —dijo. —Matrícula de Nueva York.

—Si tan solo pudiéramos distinguir el número.

Amplió la imagen, pero solo distorsionó aún más la etiqueta. Sin embargo, ambos notaron algo más.

—¿Ves eso? —dijo Beck.

Ella asintió. —Etiqueta de la Orden Fraternal de la Policía.

—Ese hijo de puta de Harris.

—Yo también lo creo —dijo ella, volviéndose hacia él. —Pero no tenemos ninguna prueba que lo respalde. Podría haber sido otra persona la que estuviera escuchando nuestra conversación con él, que tuviera contacto con Charles.

Beck se rodeó la nuca con las manos, se inclinó hacia atrás y miró hacia el techo. —Supongo que tienes razón. Tendremos que apretarle las tuercas a Harris la próxima vez que lo veamos. Mientras tanto, no creo que debas quedarte aquí.

—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza. —Estoy cansada de correr. Además, al tipo le dieron una paliza. No hay forma de que vuelva aquí.

—Clarissa…

—Beck…

Él no dijo nada.

—Vamos, —dijo, queriendo dejar atrás el incidente por ahora. —Tenemos una estafa que hacer.

CAPÍTULO 69

QUEENS, NUEVA YORK

Charles odiaba casi todo lo relacionado con el complejo de Queens. El suelo era anticuado y olía mal, porque había demasiados hombres en el lugar las veinticuatro horas del día. Cuando Feng dirigía la organización, había obligado a Charles a pasar todo el tiempo allí.

Pero había un lugar que le daba a Charles motivos para sonreír.

La mazmorra.

Al menos, así lo llamaba él. El Viejo se refería a él como su casa especial de huéspedes. El lugar donde terminaban sus amigos, socios y enemigos más despreciados, a menudo, para nunca volver a ver la luz del sol.

Charles se destacaba en la mazmorra. Un tipo de su tamaño intimidaba a la mayoría de las personas. Si los encadenaban al suelo, casi nunca tenía que sudar para obtener información.

Y así era la mayor parte del tiempo.

Recordó una velada con Clarissa. La mujer se negó a cooperar. Era una mujer dura, pero no lo suficiente. Si no hubiera sido por la interferencia del contratista, Charles habría enterrado a Clarissa esa noche.

Quizás en otro momento.

Bajó por la escalera y el guardia de la entrada le hizo un gesto de saludo.

—¿Se movió?, —le preguntó Charles sobre Essie.

El guardia dijo: —No. Sigue tirada en el suelo, igual que cuando la trajiste.

Charles asintió y le indicó al hombre que abriera la puerta principal. Había tres cerraduras que la aseguraban. La primera, era un código de diez dígitos que se ingresaba en un teclado numérico. Luego, una placa que había que pasar por el lector. Solo diez personas tenían una que funcionara. Por último, había que desactivar una cerradura biométrica que funcionaba con huellas dactilares. Esto era algo nuevo y sólo diez personas tenían acceso. Antes había quince, pero Charles había recuperado y quemado dos de esos cinco pulgares. Los otros dos pertenecían a Milano y Endrizzi. El último pulgar pertenecía a Paolo.

Charles caminó por el pasillo, mirando las celdas vacías a su paso. Ignoró al único residente antiguo de la mazmorra, un remanente del régimen de Feng. El tipo debía seguir comiendo una sola vez al día hasta que muriera. Finalmente, Charles haría que lo mataran y se deshicieran de él, pero no podía hacerlo hasta que los últimos leales a Feng se hubieran dado la vuelta o se hubieran ido.

Se detuvo frente a la celda de Esmeralda. Ella yacía en el suelo, con los ojos abiertos, fijando la mirada en el techo. Golpeó el cristal, pero ella no se movió. Sus ojos permanecieron inmóviles. Sólo sus pechos subían y bajaban con cada lenta respiración.

Charles abrió la puerta y entró en la habitación.

—Espero que estés disfrutando de tu alojamiento, —dijo.

Ella no respondió.

—Es temporal. Verás, solo eres un cebo hasta que aparezca tu hermano mayor. Me jodió. Tal vez te lo contó. Si es así, entonces te darás cuenta de que la razón por la que estás aquí es culpa suya. Supongo que también te jodió a ti. Ese idiota nunca debería haber ido a tu casa. Bueno, aún creo que te habríamos encontrado de todos modos, pero, al menos entonces, podrías culparme a mí, y no a él.

Ella continuó mirando al techo sin decir una palabra.

—¿Qué demonios te pasó ahí atrás que te dejó catatónica? —Caminó hasta el centro de la habitación, se detuvo y miró a la mujer. —Me pregunto si Paolo va a venir a buscarte. Mierda, podría haberle hecho un favor.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Mirándo hacia atrás, dijo: —Pero no importa. Muy pronto no serás el problema de nadie.

CAPÍTULO 70

QUEENS, NUEVA YORK

Paolo se detuvo a un kilómetro del complejo. Si se acercaba más, se encontraría con el primer observador. Se sintió un poco incómodo. Dadas las circunstancias, era posible que Charles hubiera agregado algunos otros en algunas de las arterias principales que conducían al lugar. Lo estarían buscando.

En general, Paolo sabía qué buscar. Hubo un tiempo en que su trabajo consistía en reclutar y ubicar a los observadores. En su mayoría, eran niños entre diez y dieciséis años. Feng nunca ponía a nadie menor de diecisiete años en el campo para hacer un trabajo real. Charles permitió que la regla se eliminara.

No importaba si no había nadie hoy. Entrar al recinto era prácticamente imposible. Estaba fuertemente vigilado. A dos cuadras, los observadores daban paso a guardias armados. Algunos estaban en posiciones fijas, mientras que otros patrullaban. Seguramente, habían recibido órdenes de matar a Paolo en cuanto lo vieran.

Si lograba pasar a los guardias externos, acceder a la casa principal sería casi imposible. En cada puerta había un centinela presente. Se necesitaban códigos y tarjetas para abrir la puerta. Luego, la prueba de la vista. Todos los hombres que estaban allí

conocían a Paolo. La cantidad de ellos entre él y Charles era insuperable. Nunca tendría la suerte de acertar todos los tiros y evitar todas las balas que se dirigieran hacia él.

¿Y entonces qué? ¿Debería huir de la ciudad? ¿Dejar que Essie sufriera en la mazmorra de Charles? Nunca podría volver a mirar a su familia a la cara. Le escupirían.

Estaba el túnel y la cuestión de si realmente existía.

Había oído historias sobre un túnel que partía de la casa y que, después de un kilómetro o así, se unía a un desagüe que desembocaba en un campo vacío. Si existía, lo más probable es que conectara con el nivel más bajo de la casa. Hasta donde él sabía, esa era la mazmorra. Como era uno de los pocos que tenía acceso, había pasado algún tiempo allí.

En todo ese tiempo, nunca se había topado con la entrada de un túnel, por lo que, si es que realmente existía, estaba bien escondido.

¿Quién lo sabría?

Se devanó los sesos. Pensó en todos los hombres que trabajaban en el lugar, pasados y presentes. Solo unos pocos bajaban a las celdas. De los que quedaban en el complejo, ninguno lo ayudaría jamás. Eran leales a Charles. Así era como mantenían el acceso.

Paolo centró su atención en los miembros que habían pasado a ocupar nuevos puestos. Todo lo que necesitaba era a alguien que le debiera un favor o que odiara a Charles, lo suficiente como para darle cualquier información que pudiera tener.

Sólo una persona se ajustaba a la descripción: Scott Hood, enviado a prisión por delitos económicos por cargos falsos. Se especulaba que Charles había dado a los federales lo que necesitaban para encerrar a Hood.

Paolo tardó otros diez minutos en pensarlo. No había nadie más. Hood era su única oportunidad, además de una misión suicida total. Lo cual no era una mala idea. Entrar en el lugar, cargado de explosivos, y matarlos a todos, a él mismo y a Essie incluidos. Tenía que haber algún karma redentor allí, pensó.

Dio la vuelta con el coche y se dirigió a Brooklyn. Luego, utilizó su teléfono para consultar los detalles de la sentencia de Hood. Una

vez que tuvo el número de la prisión, llamó para preguntar sobre los horarios de visita.

—Puedo ver si está disponible para hablar ahora, —dijo el guardia.

Paolo esperó unos minutos.

—¿Quién es? —preguntó Hood.

—Un viejo amigo, —dijo Paolo.

—¿Nombre?

—Paolo.

—Sólo conozco a un hombre llamado Paolo, y por lo que he oído, está metido en serios problemas.

—Eso es cierto.

—Lo suficientemente profundo como para que crea que no quiero hablar con él.

Paolo se rio. —No parece el Scott Hood que yo conocí.

—Las cosas cambian.

—Así es. Y creo que es hora de un cambio de líder.

—Este no es el mejor lugar para tener esta conversación. ¿Puedes venir hoy?

—Sí. —Paolo finalizó la llamada y planeó su ruta a la prisión.

CAPÍTULO 71

SUDÁFRICA

Jack escuchó mientras Brett contaba su historia por tercera vez. Los detalles nunca cambiaron. Ni desde su encuentro con Joe Ballard, ni desde la información que encontró en los archivos de Jack, ni desde el tiempo que el hombre pasó en Tenerife. Él le creyó a Brett. El tipo no había apretado el gatillo cuando tuvo la oportunidad. Incluso antes de que Jack mencionara a Reese McSweeney. Brett podría haberlo hecho, pero no lo hizo.

El tipo sabía que el razonamiento detrás del golpe era una tontería.

—¿Te crees todo esto, Jack? —preguntó Mason.

—No estoy seguro de lo que quieres decir, —dijo Jack.

—Te habría matado si no hubiéramos aparecido.

—Creo que el hecho de que no lo haya hecho todavía demuestra que no lo habría hecho. Creo que lleva angustiado por ello desde que recibió las órdenes.

—¿Y por qué sería eso? —preguntó Mason.

Todas las miradas se volvieron hacia Brett. Él miró hacia otro lado y respiró profundamente.

—Mira, —dijo Mason. —Estabas prácticamente muerto y ahora vas a dejar que este tipo se vaya, él volverá y te hará pagar por ello.

—No iba a matarlo, —dijo Brett. —Jack tiene razón. He estado luchando contra esto desde que recibí la misión. Le debo más que a nadie. Él me salvó la vida y salvó la vida de mi hermana. Creyó en mí cuando había múltiples contratos sobre mi cabeza.

—Entonces, ¿cómo es que te encontramos a punto de matarlo?, —preguntó Mason.

—Supongo que el entrenamiento es difícil de superar.

Jack se rio. Se dio la vuelta y miró hacia el cielo oscurecido. Cuando encontraron el claro junto al camino, el sol ya había salido. Ahora solo quedaban débiles rastros de luz.

—¿Quién es el siguiente en tu lista? —preguntó Jack.

—Van a despedir a tus colaboradores más cercanos.

—¿Oso?

—Sí.

—¿Clarissa?

—Ella estaba en el archivo.

—¿Quién más?

—El francés con el que trabajaste a lo largo de los años.

—Pierre.

—Ese.

Jack vaciló y luego dijo —¿Mi familia?

Brett negó con la cabeza. —Las familias, a menos que estuvieran presentes en el momento del ataque, deben quedar excluidas.

—Entonces, ¿por qué está muerta Erin? ¿Y quién la mató?

—Me pregunto lo mismo. De verdad que me lo pregunto. No cometerían el error al contratar dos veces para este trabajo. Alguien lo hizo deliberadamente y me pregunto por qué. ¿Qué sentido tiene? Conocen mi historial. Si fracasé, que así sea, pero, al menos esperarán hasta ese momento. ¿No es así?

Jack asintió.

Brett continuó: —Es casi como si quisieran tendernos una trampa a los dos.

—¿Cuántos trabajos habías realizado para esta operación?

Brett se encogió de hombros y miró a Mason y Sasha. —Saben que no puedo decirlo.

—Está bien. Digamos que son unos pocos. El hecho es que se trata de una operación encubierta de limpieza y, para completarla, están llevando a cabo una de las operaciones encubiertas más grandes de la historia.

—Según mi opinión, sí.

—Bueno, tiene sentido que tengan que atar muchos cabos sueltos, incluidos los asesinos.

—Esa es la idea que he estado rechazando durante el último día. —Brett pasó junto a Jack, se detuvo y le puso las manos en la nuca. —Tal vez deberíamos desaparecer los dos.

—¿Qué nombres nos puedes dar? —preguntó Jack.

—¿Aparte de Ballard? Ninguno.

—Así que tenemos que llegar hasta él.

—¿Nosotros? —Brett se rio. —Lamento decírtelo, pero no vas a llegar a Estados Unidos en un futuro cercano.

—Corrección. Jack Noble no está muerto, pero eso no me detendrá. De hecho, creo que lo mejor para todos es que Jack Noble esté muerto. ¿Estás de acuerdo?

—¿De qué estás hablando? —dijo Sasha.

—¿Quieres que lo notifique? —dijo Brett—. ¿Un asesinato confirmado?

Jack asintió.

—¿Y qué pasará cuando descubran que sigues con vida? Espera, te lo contaré. Tendrán veinte fantasmas tan metidos en mi trasero que tendré que pegarme un tiro en el estómago para matarlos.

—Cuando se enteren, todos estarán muertos.

—¿Cómo regresarás?

Jack miró a Sasha.

—No es tan fácil —dijo. —Desde Londres, claro, puedo hacerte cruzar la frontera sin que casi nadie se entere. Pero desde aquí, no va a suceder. Incluso intentar llevarte a Londres va a ser casi imposible. Las cámaras, la tecnología de reconocimiento facial… Te descubrirán en un instante. Es un gran riesgo, Jack. Para los dos.

No había considerado que Sasha se negara a ayudar. Tenía mucho que arriesgar. Probablemente, recibiría una reprimenda

severa por haber venido hasta allí y arrastrar a Mason con ella. Aunque estaba decepcionado, no podía culparla por poner un límite.

Sasha continuó: —Podemos encontrar alguna manera de apoyarte desde aquí. Tal vez encontrar a alguien que te acoja por un tiempo mientras las cosas se calman. Quizá, con el tiempo pueda organizar tu llegada a Inglaterra con asilo. Ya sabes, una vez que se conozcan los hechos.

—Nunca se sabrá nada de ellos, —dijo Brett. —No con algo como esto. Es demasiado alto.

—¿Qué tan alto? —preguntó Jack.

Brett no dijo nada. Una respuesta que reveló más de lo que las palabras podían decir.

—Aprecio la oferta —dijo Jack. —Pero no puedo vivir bajo esos términos. Alguien lo descubrirá. Siempre lo hacen. Y, una vez que eso suceda, volveré a luchar por mi vida. Y eso te pondrá en peligro. Además, tengo que encontrar a Mia. Y para ello, tengo que enfrentarme a esa gente en Estados Unidos. Alguien allí lo sabe. Y los interrogaré y mataré a todos hasta encontrarla. —Hizo una pausa y miró a Brett. —Aunque tenga que ir a la cima.

Pasaron algún tiempo consolidando historias y planes. Sasha y Mason estuvieron de acuerdo en que estaban trabajando juntos en un esfuerzo por rastrear a un presunto terrorista. Tenían información y querían actuar en consecuencia de inmediato. Ambos sentían que sus posiciones dentro del MI5 y el MI6 les daban la autoridad para tomar las medidas que habían tomado sin necesidad de autorización adicional. Ella le aseguró a Mason que sus analistas la respaldarían.

Si eso fallaba, revelarían una versión distorsionada de la verdad, una en la que se marcharon en un intento de ayudar a su amiga que terminó asesinada.

También le prometió a Jack que haría todo lo posible para localizar a Mia, incluido el envío de un equipo a Tenerife para trabajar con las fuerzas del orden allí.

—¿Puedo hablar contigo a solas? —le preguntó a Jack.

Él asintió y la condujo hacia el norte, hacia el bosque. Caminaron durante cinco minutos en silencio.

—Siento mucho lo de Erin, —dijo Sasha. —Sé lo mucho que significaba para ti. Cuando vi que la habían etiquetado, hice todo lo que estaba a mi alcance para llegar allí. Habríamos llegado horas antes. Probablemente, a tiempo para salvarla.

—No tienes por qué hacer esto, —dijo. —No te culpo. Como todo lo demás, esto se debe a mí. Son mis acciones y la vida que he llevado, lo que causó esto.

—No digas eso. Has hecho mucho por tu país. Por este mundo.

—Y he hecho muchas cosas por dinero. Me motivaba mucho más que hacer lo correcto. Al menos, así fue durante varios años. Ahora, no estoy seguro de qué fue peor, luchar por una figura o por el todopoderoso dólar.

—El mundo necesita gente como tú y como yo. No lo olvides nunca.

Jack vio que Sasha le devolvía la sonrisa a la luz de la luna. Por un momento consideró besarla. Había negado que hubiera química entre ellos, pero, a veces, la había.

Tal vez, intuyendo sus pensamientos, Sasha dijo: —Deberíamos regresar. No queremos que piensen que nos hemos ido.

Él asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

—Una cosa, —dijo.

—¿Sí?

—¿Cómo lo haces, Jack?

—¿Qué?

—¿Hablas de Erin como si su muerte hubiera ocurrido hace mucho tiempo y hubieras tenido tiempo de superarlo?

—Después de todos estos años, he aprendido a compartimentar cada aspecto de mi vida. No veo de qué otra manera podría superar cada día.

Se dirigieron de nuevo hacia Mason y Brett. Jack esperaba que los dos hombres no se hubieran matado entre sí mientras él estaba ausente.

—¿Su cuerpo se va a casa? —preguntó Jack.

—Sí. Una vez procesado, lo enviaremos de vuelta a Londres.

—Ella no tiene familia. No estoy segura de si hay algo legal, pero hagan lo que puedan para retener el cuerpo hasta que encuentren a

Mia.

Unos minutos después llegaron al claro y encontraron a los dos hombres de pie junto al coche. Lo único que quedaba por determinar era cómo llegaría Jack a casa. Parecía que viajar en avión estaba descartado. Eso dejaba una opción.

Bote.

—Me he puesto en contacto con un amigo —dijo Brett. —Le llevará tres días llegar hasta aquí. Tiene un barco que puede cruzar el Atlántico. A bordo, habrá una lancha Zodiac. Tendrás que usarla en las últimas cinco millas aproximadamente. No será fácil, ni siquiera en un día despejado. Y tampoco esperará a que el tiempo sea perfecto.

Jack había entrenado con equipos de embarcaciones pequeñas durante un tiempo, al principio de su carrera militar. Habían pasado años desde que había utilizado el entrenamiento, pero esperaba que le resultara útil si lo necesitaba.

Los cuatro se amontonaron en el pequeño coche de alquiler y se dirigieron hacia el suroeste, a Ciudad del Cabo. Apenas hablaron. No había mucho que decir. Después de dejar a Brett cerca del aeropuerto, continuaron ciento diez kilómetros hacia el norte, hasta Saldanha. Allí era donde Jack se encontraría con el contacto de Brett, un ex marino mercante que se había retirado en la costa de África hacía unos años. Al parecer, habían sido hermanos adoptivos en algún momento.

Una parte de él deseaba que Sasha se quedara con él allí. Pero, al mismo tiempo, se alegraba de que ella regresara a Londres. Jack sabía que eso nunca funcionaría.

Se despidieron con un abrazo y Mason se sentó al volante del vehículo de alquiler. Sacó un teléfono de su bolsillo y se lo entregó a Jack.

—Es uno de mis teléfonos personales. Es completamente seguro. Ni siquiera puedo rastrearte con él. —Levantó otro teléfono. —Puedes comunicarte conmigo en esta línea. Está en la lista de contactos como Teléfono Uno. Llámame cuando llegue tu transporte y luego avísame cuando llegues a Estados Unidos.

Con eso, se metió en el coche y ella y Mason se marcharon. Jack observó hasta que las luces traseras se perdieron de vista. Luego, se volvió hacia el océano. Dejar ir fue lo más difícil. Todos los que lo conocían se enfrentaban al peligro. Y no podía protegerlos a todos. También tenía que confiar. Confiar en que Brett se ceñiría al plan. Confiar en que Sasha seguiría trabajando con la policía en Tenerife y encontraría una pista sobre Mia.

El pensamiento de su hija le provocó un nudo en el estómago. El único aspecto de la situación que había archivado, que había compartimentado al máximo, era su hija. En su línea de trabajo, las personas secuestradas no vivían mucho si no había una razón clara para mantenerlas como rehenes. Si alguien la retenía por él, entonces, una vez que se filtrara la noticia de que Jack estaba muerto, ella sería de poca utilidad para sus captores.

A menos que conocieran bien la historia de Jack. Entonces, podrían haber rastreado su linaje y descubierto un fondo fiduciario muy importante a su nombre. Dottie nunca tuvo hijos propios, por lo que Erin era como una hija y Mia su nieta. El ex marido de Dottie, Thornton Walloway, nunca eliminó las disposiciones de su testamento para que su fortuna recayera en Erin y Mia.

Tal vez, el otro equipo no estaba detrás de Jack después de todo. Lo usaron como tapadera. Todo el tiempo, su propósito había sido capturar a Erin y Mia, con la esperanza de quedarse con un poco de su fortuna.

Tenía suficiente sentido como para que Jack esperara que fuera cierto.

CAPÍTULO 72

PRISIÓN FEDERAL DE MÍNIMA SEGURIDAD DE ANDERSON

Scott Hood esperó solo en la sala. Había al menos una docena de mesas allí. El horario de visitas de los domingos no era muy popular, pensó Paolo mientras lo escoltaban a través de la puerta de seguridad. Él y el guardia se detuvieron a un par de pasos dentro. Hood asintió con la cabeza hacia Paolo y le guiñó un ojo al guardia. Paolo sintió un empujón en la parte baja de la espalda. Miró por encima del hombro a tiempo de ver al guardia entrar en el pasillo. La puerta se cerró con un ruido sordo. Un sólido recordatorio de que el lugar todavía era una prisión.

La interacción de Hood con el guardia, por leve que fuera, dejó a Paolo incómodo. ¿Le había guiñado el ojo porque el guardia había ayudado a arreglar la habitación vacía? ¿Por qué lo haría? ¿Quizás era una trampa? Hood podría haberse puesto en contacto con Charles inmediatamente después de la llamada de Paolo. El motivo era simple. Sabía que su jefe tenía el control y, ahora, quería volver a estar de su lado. ¿Qué mejor manera que entregarle al enemigo del momento?

—Me alegro de verte —dijo Paolo, quedándose en el lugar donde lo había dejado el guardia.

—Yo también —dijo Hood. —Pero podemos saltarnos las formalidades. Aquí no pasa nada. Y, realmente, no me importa lo que hayas estado haciendo. Supongo que hiciste algo muy malo para pedirme ayuda.

Paolo asintió mientras recordaba cómo había sobrevivido al atentado contra su vida. Sonrió al pensar en cómo mató a Milano y Endrizzi.

—Escuché algo sobre que se encontraron dos gorras en el norte del estado.

Paolo asintió nuevamente.

—Bueno, eso es todo lo que necesitaba saber. A mí tampoco me gustaron esos estúpidos. —Hood se levantó y caminó hacia el fondo de la sala. Se apoyó contra la pared, encendió un cigarrillo y luego miró fijamente a Paolo. —Francamente, a mí tampoco me gustaste.

Si esto era una trampa, ahora se estaba llevando a cabo. Por eso, Paolo se movió. Se hizo a un lado para dejar espacio para la pelea que se avecinaba y miró hacia la puerta. A través de la pequeña ventana, no vio nada más que al guardia, que estaba mirando hacia el lado opuesto.

—Tranquilo, —dijo Hood. —Somos solo nosotros. Estás a salvo aquí. Más seguro de lo que crees. Ahora, prácticamente soy el que manda en este lugar.

Sus palabras no sirvieron de mucho para consolar a Paolo. Todos los que conocía eran mentirosos patológicos, delincuentes y asesinos. Hood no era diferente. Sacaría de Paolo la información que quería y luego lo mataría. Si esa era su intención.

—¿Por qué? —preguntó Paolo.

—¿Por qué qué?

Dijiste que nunca te agradé. Sólo tengo curiosidad de saber por qué.

—En un momento dado lo hiciste, pero una vez que el Viejo pasó, la línea quedó trazada. Tú estabas del otro lado. Durante un tiempo, pensé que iba a ganar. No era una cuestión de estar en contra de Charles. No, era más que eso. Me iban a poner a cargo

una vez que lo derrotáramos. Obviamente, eso no sucedió. No todavía. Estoy esperando el momento adecuado aquí. Reuniendo recursos. Estableciendo conexiones. No creerías el poder corporativo que hay aquí. Cuando salga, tendré lo suficiente para comenzar mi propio negocio si es necesario.

—Charles tiene más contactos de los que tú puedes hacer aquí. Te matará si intentas adentrarte en su territorio.

—La gente de fuera de la organización se pondrá del lado de quien crea que es más poderoso y de quien crea que puede beneficiarlos más. Creo que pronto se darán cuenta de que soy la persona indicada.

No tenía sentido debatir con él. Paolo tenía más que ganar si le daba la razón, por desilusionado que estuviera, obtendría la información que necesitaba y seguiría adelante.

—Quizás tengas razón, —dijo Paolo.

—Sé que tengo razón. —Hood se cruzó de brazos y sonrió, con el cigarrillo colgando de sus labios.

—Quiero saber sobre el túnel.

—¿Qué túnel?

—Bajo el recinto.

—No sé de qué estás hablando.

—No tengo otra forma de entrar. Y, para sacar a Charles, lo mejor es entrar usando el túnel del complejo. Sí, el lugar está lleno de matones, pero tiene pocos guardias allí abajo, precisamente por esa razón.

Hood dejó caer el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la punta del zapato. Se quedó allí un momento, concentrado en Paolo. Finalmente, asintió y le indicó a Paolo que se acercara a la mesa. Hood metió la mano en el bolsillo, sacó un bolígrafo y un papel.

—Sólo dos personas saben de lo que hablas —dijo Hood. —Bueno, supongo que ahora tres. Ni siquiera Charles sabe la verdad. El Viejo no confiaba lo suficiente en él. Temía que el tipo lo utilizara para acabar con él de alguna manera. Para la mayoría de los hombres, es una leyenda. ¿Cómo puede ser real algo que no puedes ver?, ¿verdad?

Paolo asintió. Se había sentido así hasta ese momento.

Hood continuó: —Tiene una longitud de dos kilómetros y medio. Se entra por la alcantarilla. Hay muchas formas. Se hizo así para que hubiera opciones si era necesario escapar, o si había que llevar a alguien adentro y uno de los puntos de entrada era inaccesible por cualquier razón.

—Entonces, ¿por dónde entro?

Hood le dio las ubicaciones. —Hay una entrada falsa y una real. Verás, se necesita un código para entrar al túnel, pero no puedes meter una caja de seguridad en la alcantarilla. Así que pasas por la primera entrada, que está oculta y vas a necesitar los planos, porque la conozco por el tacto, no por la distancia. Una vez dentro, recorres otros cincuenta metros y llegas al puesto de control de seguridad. —Hood repitió el código de acceso. —Como Charles no sabe nada de esto, supongo que sigue siendo el mismo. En el otro extremo, introduce el código al revés. Llegarás a la última celda a la izquierda. Pero primero, marca la caja a la derecha de la escalera. Debería haber una tarjeta de acceso allí que te permite anular todas las puertas, incluso las que tienen cerraduras elegantes.

—De todos modos, estoy autorizado para eso.

—¿Crees que todavía lo estas? ¿Después de lo que pasó?

Paolo no dijo nada mientras pensaba en esto. Hood tenía razón. Charles habría desactivado la tarjeta de acceso de Paolo y borrado sus escaneos biométricos. Al menos, después de la puerta principal. No tendría ningún problema con que Paolo entrara, siempre y cuando no llegara al interior.

Hood había estado tomando notas en una hoja de papel. Garabateó una última nota que parecía una serie de números y se la pasó a Paolo.

—Ese es tu contacto. No lo conoces, pero puedes confiar en él. Era un socio del Viejo. No tuvo nada que ver con lo que pasó después de la muerte de Feng, pero estaba en contra de Charles. No le digas lo que estás haciendo, solo dile que necesitas los planos del túnel. Dile que yo te envié. Él te pondrá en contacto.

Paolo dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo. Estaba un paso más cerca, siempre y cuando Hood no lo delatara.

—Hazlo bien, —dijo Hood, —y te convertiré en mi número dos cuando salga de aquí.

Paolo se levantó, sonrió y le extendió la mano. *No,* pensó, *puedes ser el mío.*

Scott Hood miró al guardia con sorpresa cuando le informaron que tenía otro grupo de visitantes.

—Pensé que el horario de visitas había terminado, —dijo Hood.

—Vamos, Hood —dijo el guardia. —Termino mi turno en cinco minutos. No tengo tiempo para tu charla.

Hood se estiró en su cama y miró la televisión. Era uno de los pocos que tenía su propia habitación. Privilegios adicionales pagados con un fajo de billetes falsos.

—Hood, ahora puedo denunciarte, ¿sabes?

Hood se rió. —Claro que puedes, pero no lo harás. Sostén la puerta un momento mientras voy a orinar.

Clarissa observó al hombre entrar en la habitación y lo reconoció de inmediato. Había sido cliente habitual del bar que ella dirigía años atrás, antes de que Hood y Charles alcanzaran el siguiente nivel en la organización del Viejo.

A juzgar por la expresión del rostro de Hood, ella ya no era ni siquiera un recuerdo lejano para él. Aunque Beck le había dicho que ya era seguro usar su nombre real y que había ascendido a un nivel de seguridad muy restringido para acceder a sus archivos, ella sabía que había hombres a los que no les importaban esas cosas. Si Charles había puesto precio a su cabeza, estaba muerta.

Beck tomó la iniciativa. —Seré breve . Mi nombre es Beck. Trabajo en el Servicio Secreto y estoy aquí para ofrecerte un trato.

Explicó a quién y qué buscaban. Hood sonrió ante la mención de Charles DeCosta. Cinco minutos después, la sonrisa no se había desvanecido.

—Dame todo lo que sepas, —dijo Beck. —Y, si todo cuadra y lo atrapamos, te reduciremos la sentencia a treinta y seis meses, con un incentivo diario por buena conducta.

—¿Y qué haría falta para reducir el resto de ese tiempo?

—Puede que haya opciones con el FBI, —dijo Beck.

Sacudiendo la cabeza, Hood levantó la mano y lo interrumpió. —Que se jodan. Yo hablo contigo y solo contigo.

—¿Puedes darnos otros nombres? ¿Quizás alguien que pueda ayudarnos a presentar más cargos?

—¿Hago esto y me quitas los tres años restantes?

Beck asintió. —Siempre y cuando conduzca a lo que esperamos.

Hood sonrió, se reclinó y abrió los brazos. Dejó que sus manos cayeran sobre su estómago y les contó todo lo que tenía sobre Paolo Almeida, incluidos los planes del hombre para infiltrarse en el complejo.

—Parece el candidato perfecto, —dijo Beck. —Nos pondremos en contacto, señor Hood.

CAPÍTULO 73

WASHINGTON, D.C

Brett se apoyó contra la pared, junto a la ventana, para observar la lluvia que caía. Los relámpagos estallaban y los truenos resonaban. Por primera vez, las aceras de abajo estaban desiertas. El agua se acumulaba en su porche. Sucedía cada vez que llovía. A veces, tardaba una hora en secarse.

Había regresado hacía dos semanas. Su primera visita había sido a Ballard. El hombre creyó en la noticia de la muerte de Jack al pie de la letra. Luego, preguntó por los socios de Noble. Brett recordó la conversación.

—Logan está fuera de la red, —había dicho Brett. —No puedo localizarlo.

—Seguiremos intentándolo entonces, —dijo dicho Ballard. —¿Qué pasa con los demás?

—Supongo que puedo ir tras la mujer, Abad, si así lo desea.

—No, ella está fuera de los límites. Olvida ese nombre. Olvida que alguna vez existió. De hecho, borra de tu memoria a Jack Noble y todo lo que sabes sobre él. Vamos a seguir adelante.

Con eso, Ballard le había encomendado a Brett matar a un miembro activo del SIS, un hombre llamado Turner. No hubo nada

dramático en la operación. Brett había seguido al tipo hasta su casa y le había disparado mientras regaba el césped.

En las siguientes instrucciones, Brett debía esperar. Querían vigilar la reacción de Frank Skinner. A estas alturas, el hombre ya tenía que estar alerta y no tardaría en esconderse. O en huir.

La última comunicación de Ballard había sido hace cinco días. Brett lo había presionado en cada llamada para que revelara más sobre lo que estaba sucediendo. Los nombres de otros objetivos. Los nombres de los principales protagonistas. Ballard no reveló nada. Pero no era el tipo de persona que Brett suponía que resistiría bajo una presión intensa. Así que, cuando llegara el momento, lo pondría bajo presión.

El teléfono de Brett vibró sobre la mesa de la cocina. Le echó un vistazo y decidió ignorarlo. Volvió a concentrarse en las calles lluviosas durante otros cinco minutos.

Entonces, su teléfono volvió a sonar. Esta vez contestó.

—¿Brett? ¿Eres tú?

No fue difícil reconocer la voz británica femenina.

—Hola, Sasha, —dijo. —Estaba esperando noticias tuyas.

—Nuestro amigo se puso en contacto con nosotros. El paquete fue entregado.

—¿Dónde puedo recogerlo?

—Espera y recibirás más instrucciones.

—Puedo asegurarte que ésta es una línea segura.

La escuchó respirar a través del teléfono mientras hacía una pausa. —Nada es seguro ahora. Nos pondremos en contacto una vez que hayas recogido el paquete.

La línea se cortó y el nivel de frustración de Brett aumentó. Había estado esperando dos semanas y eso era todo lo que podían comunicarle. Había arriesgado su vida por esto. Podría haber completado su trabajo y haber matado a Jack. Claro, también podría haber recibido un disparo en el proceso. Pero existía la posibilidad de que Mason no fuera un tirador rápido. El tipo tenía el aspecto de un oficinista. Dos disparos. Dos hombres muertos. Y Sasha habría sido fácil de tratar.

Dejó esos pensamientos a un lado. Las cosas no habían sucedido así, así que no tenía sentido pensar en ellas.

Ella dijo que se pondrían en contacto con él una vez que se encontrara con Jack, pero él no tenía idea de dónde sería.

Unos minutos después, llegó un mensaje cifrado. Le llevó unos minutos descifrar la cadena de números hassta que determinó que eran coordenadas. Las marcó y revelaron una ubicación al norte de Charleston, Carolina del Sur.

Otro mensaje llegó a su correo electrónico personal. Contenía cinco dígitos. Luego, recibió un mensaje de texto con otra serie de números. Al unirlos, reveló un número de teléfono del Reino Unido. Tenía la corazonada de que la línea se comunicaría directamente con Jack cuando la llamara.

Brett salió de su apartamento y se dirigió a la farmacia más cercana. Compró un teléfono desechable y algunos minutos. Regresó a su edificio, pero subió al piso superior en lugar de al suyo. La escalera del este conducía al tejado. Llovía a cántaros, pero un dosel le proporcionó suficiente alivio para poder hacer la llamada.

Jack respondió casi de inmediato —¿Quién es?

—Soy Brett. Nuestra amiga me puso en contacto y también me dio algunas coordenadas.

—Llegué hace unas horas. Hay una casa que quiero ver aquí.

—Voy a bajar. Debería llevarme unas siete u ocho horas llegar a tu ubicación.

—¿Qué piensa el mundo de mí?

—Estás muerto.

Después de terminar la llamada, Brett regresó a su apartamento y preparó una maleta. Guardó una pistola extra, algo de dinero en efectivo y otro teléfono seguro para Jack. Consideró llevar una identidad falsa para que Jack la usara. Sin embargo, la licencia de conducir y la foto del pasaporte eran de Brett. Las llevó, pero para su propio uso.

Salió del edificio con las bolsas en la mano y tomó un taxi. El conductor lo dejó a tres cuadras de un Hertz, donde había alquilado un sedán grande. No tenía sentido conducir un vehículo que el

gobierno podía rastrear. Pagó el auto con una tarjeta de crédito bajo el nombre de su identidad falsa.

Treinta minutos después, estaba fuera de la ciudad por la I-95, en dirección a Carolina del Sur.

CAPÍTULO 74

NEVERS, FRANCIA

Se quedó quieta mientras el chico entraba en su habitación. Era mayor que ella. Quince o dieciséis años, calculó. Sus padres adoptivos habían empezado a llamarla Madeline. Le parecía casi apropiado, pero no del todo. Ahora, el chico susurraba su nuevo nombre una y otra vez. Cada vez más cerca.

Se tapó la cara con las sábanas y las sujetó con los pies. Levantó el cuerpo en un intento de asegurar el resto de la ropa de cama debajo de ella.

Y no importó cuando el chico los arrancó de la cama.

Sus pies y su cuerpo ofrecieron poca resistencia. Logró sujetarse con las manos por un momento, pero un segundo tirón del muchacho las liberó.

Ella permaneció inmóvil, con la esperanza de que, si no se resistía, él seguiría adelante.

No lo hizo.

La farola de la calle arrojó una franja de luz en la habitación. El chico pasó a través de ella. Estaba desnudo, solo en ropa interior. Ella vio que no era mucho más grande que ella. Se abalanzó sobre la cama y le sujetó los brazos con las manos.

Quizás no era mucho más grande, pero parecía más fuerte.

Ella luchó de todos modos.

Él le soltó el brazo izquierdo. Por un momento, ella pensó que se estaba rindiendo. Entonces la golpeó. Pero, antes de que pudiera gritar de dolor, él le puso la mano sobre la boca.

Aprovecha cualquier oportunidad para lastimar a tu oponente.

La voz en su cabeza, tan familiar y a la vez desconocida, le gritaba órdenes. Tenía una oportunidad y la aprovechó.

La niña mordió con fuerza la mano del tipo, que la retiró de un tirón. Apartó la otra mano y la envolvió alrededor de su palma sangrante.

—Perra, —dijo mientras soltaba su apéndice herido y se lanzaba hacia su cara.

Vio su puño atravesar la luz. Sin pensarlo, movió la cabeza. El puñetazo impactó en su almohada. No estaba mucho más lejos de lo que habría estado su cara, pero ofreció una resistencia completamente diferente. El chico perdió el equilibrio y cayó de costado.

Conoce los puntos más débiles del cuerpo de un hombre. Golpea rápido y fuerte. Golpea dos o tres veces. Haz lo que tengas que hacer hasta neutralizarlo.

Ella giró su brazo derecho formando un arco, formó un puño y conectó con el cuello del chico.

Él continuó deslizándose lejos de ella.

Se retorció hacia un lado y volvió a golpear, sin estar segura de dónde había impactado el golpe. Sus nudillos gritaron de dolor y no pareció afectar tanto al chico.

Él se apartó de ella y de la cama y se puso de pie.

—Vamos, —dijo. —Pelea conmigo.

Ella balanceó sus piernas y se puso de pie, dejando la cama entre ellos y sin ningún lugar a dónde ir. Él tenía la puerta detrás de él. Ella estaba atrapada. Una sonrisa cruzó su rostro. Él también se dio cuenta.

Utiliza todos los recursos disponibles.

Saltó a la cama, cortando así cualquier vía de escape. Ella retrocedió hasta la esquina de la habitación, se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar.

Su risa le indicó que se había creído la actuación. Sus pies golpearon el suelo mientras saltaba frente a ella.

—¿Aún tienes fuerzas para luchar? —preguntó.

Ella sollozó un poco más.

Él extendió la mano y la agarró del hombro. —¿Por qué no vuelves a esa cama y me dejas hacer lo que quiero contigo?

Ella retiró las manos y bajó la cabeza. Sin mirarlo, asintió. Estaba cerca. Tal vez a unos treinta centímetros de distancia. Podía percibir su olor corporal.

Otro paso, pequeño bastardo.

El ventilador del techo hizo tictac y silbó. Sintió el aire fresco en su piel empapada de sudor y percibió el calor del cuerpo del chico cuando se paró a centímetros de ella. Su mano cayó sobre su hombro. No fue suave ni delicada. Apretó. Le clavó las uñas y se rio suavemente. Un sonido siniestro.

¡Debilidad! ¡Ataca la debilidad!

Ahora tenía ambas manos sobre ella. Una, todavía agarraba su hombro. La otra, rodeaba su nuca, apretándola alrededor de su cabello. La envolvió alrededor de su muñeca y la atrajo hacia sí.

Su frente tocó su pecho y él respiró profundamente.

Ella también lo hizo.

Y levantó la rodilla derecha con toda la fuerza que pudo. La rótula le impactó en la ingle y el chico soltó un aullido hueco. Sonó como vapor escapando, sin el silbato.

Pero él no se dejó caer ni la soltó. Su mano derecha se hundió más en su hombro y la izquierda tiró de su cabeza de izquierda a derecha.

Entonces, la chica atacó de nuevo. Su rodilla atravesó los pocos metros de altura, ganando fuerza e impulso. Golpeó entre las piernas del hombre y le aplastó los testículos.

Esta vez la soltó y se inclinó. Sus manos desaparecieron entre sus piernas.

La chica no dudó. Lo agarró por la nuca, le tiró del pelo hacia arriba y luego lo obligó a bajar la cabeza mientras le daba otro golpe con la rodilla. Oyó el crujido del cartílago y el grito ahogado y repugnante y luego, al chico ahogándose con su sangre.

Podría haberlo dejado así. Casi lo hizo. Pero él había tenido la intención de hacerle un daño mucho peor.

Además, todavía estaba de pie.

Entonces, ella le levantó la cabeza y luego la bajó de un tirón justo a tiempo para que le diera con la rodilla una segunda vez. El golpe no fue tan satisfactorio como el crujido. Esta vez él no gritó. En cambio, su cuerpo se relajó y cayó al suelo. Ella lo sostuvo por el pelo.

La muchacha se soltó y retrocedió un paso. Encaramado sobre sus rodillas, se balanceó de un lado a otro.

—Cáete, —susurró.

No lo hizo.

—Hazlo, —dijo ella.

Todavía no lo hizo.

Ella retrocedió otro pie, luego se lanzó hacia adelante y golpeó con el talón su garganta.

El chico se desplomó hacia atrás y aterrizó con los pies atrapados junto a las caderas.

Pasó por encima de él, se puso unos pantalones cortos y una camiseta, agarró unas cuantas prendas más y las metió en la pequeña bolsa que le habían dado en el hospital. Volvió a mirar al chico. Todavía no se había movido. ¿Respiraba siquiera? No le importaba. Pasó por encima de él otra vez, abrió la ventana y desapareció en la oscuridad.

CAPÍTULO 75

CIUDAD DE NUEVA YORK

Akers desearía haber matado a la niña junto con su madre. Había pasado las últimas dos semanas haciendo de niñera de la pequeña perra llorona.

Pero no tuvo elección.

Su jefe le había dicho que no permitiría que la perdiera de vista bajo ninguna circunstancia, lo que significaba que no podía salir de la suite.

La encerraba en el dormitorio y dormía en el sofá. Tenía un baño. Le proporcionaba tres comidas al día. Cuando lloraba, subía el volumen de la radio o la televisión. Cuando ella golpeaba la puerta, él respondía con un golpe.

Lo peor fue cuando gritó llamando a su madre. No porque Akers se sintiera mal por haberle proporcionado una salida de este mundo, sino porque no podía enviar a la niña a reunirse con ella.

Aún no.

No entendía por qué. Noble, según todos los informes, estaba muerto. El otro equipo se había hecho cargo de él. El que tenía la autoridad real para eliminarlo. Así que, conservar a la chica no tenía ningún propósito. Al menos, hasta donde él sabía.

Akers tenía que confiar en su jefe. En realidad, no tenía otra opción. La desobediencia se castigaba con la muerte, y, probablemente, no tan rápida como la que le había infligido a la madre de la niña.

CAPÍTULO 76

LITTLE RIVER, CAROLINA DEL SUR

El pueblo estaba tranquilo y pintoresco. No era precisamente el tipo de lugar en el que viviría un fantasma. Y no es que la apariencia importara. Jack sabía que no era así.

Brandon le había dado la delantera hacía dos semanas y media. Bien podría haber sido hace dos vidas. Habían pasado muchas cosas desde entonces. Lo que empezó como una reunión, para hablar sobre la posibilidad de dirigir el equipo de seguridad de un supuesto millonario, se convirtió en una carrera por su vida.

El millonario resultó ser algo completamente diferente. No había dado un nombre, pero Jack tenía la corazonada de que sería John C. Merrick, o un alias. Por otra parte, Merrick podría haber sido el nombre falso. Tal vez Brandon ya lo había descubierto. Sin embargo, Jack no podía llamarlo para averiguarlo. Las líneas del tipo estaban siendo monitoreadas.

Una vez que sonara la línea desconocida, la NSA se encargaría de todo. Rastrearían el número hasta Sasha y luego alinearían las piezas para conectarlo con Jack. Podría utilizar una línea descartable, pero eso daría como resultado que, cuatro equipos invadieran la ciudad en cuestión de horas. Todo lo que tenían que hacer era localizar el punto de origen. Jack podría haberse ido para entonces.

Pero ¿y si no estaba listo? Había algo allí, lo sabía. Y no quería que lo apresuraran para encontrarlo si podía ser la única pieza de información o evidencia que pusiera fin a todo esto.

La única opción que tenía Jack era reunirse cara a cara con Brandon. Y, dado que ya no tenía ni idea de dónde vivía el tipo, no podía hacer otra cosa. Así que tendría que recurrir a otra persona. El problema era, ¿en quién podía confiar? Solo había dos personas en las que podía confiar, y ambas estaban fuera de su vida.

En las pocas horas que había estado en Little River, había logrado resolver una pieza del rompecabezas. La dirección de Merrick figuraba en la guía telefónica bajo el nombre de JC Merick. El error de ortografía explicaba que Brandon no pudiera encontrar el listado. Aunque, con su experiencia, debería haber considerado la opción. Sin embargo, Jack no le echaba la culpa al tipo. Podría haberle pedido que lo comprobara con la misma facilidad.

Consideró la posibilidad de que Brandon lo hubiera hecho. Pero el papel no se podía cambiar tan fácilmente. Tenía que haber al menos cincuenta mil guías telefónicas que tuvieran ese listado. Las bases de datos y los registros en línea no planteaban ese problema. Un par de pulsaciones de teclas bastaban.

No importaba. Tenía la dirección. Ahora tenía que esperar al más improbable de los socios. Un hombre al que le habían enviado a matar años atrás. El mismo hombre que estuvo a punto de quitarle la vida hacía unas semanas.

Jack esperaba en un banco en medio del parque. Estaba rodeado de frondosos robles. El sol se había puesto hacía horas y el follaje lo ocultaba en un anillo de oscuridad. Las tiendas y los restaurantes habían cerrado. Los bares habían cerrado. De vez en cuando pasaba un coche de policía. No se molestaban en comprobar el parque. Allí nunca pasaba nada. Los policías estaban cumpliendo su turno.

Pasaron otras dos horas antes de que el Ford oscuro se detuviera en uno de los muchos lugares de estacionamiento vacíos. Un auto como ese, a las dos de la mañana, dejaba entre dos posibilidades: un espía enviado para matarlo o alguien que estaba allí para ayudarlo.

Jack sacó su pistola. Se colocó detrás de un roble grueso y observó el coche. Su teléfono vibró una vez y luego se quedó en silencio. La puerta del coche se abrió. Nadie salió. Su teléfono vibró de nuevo. Una mano agarró la parte superior de la puerta y un pie tocó el suelo. El hombre se levantó y miró a su alrededor. Jack inspeccionó el área. No le importaba que hubiera un borracho tropezando por ahí, o un policía aburrido mientras patrullaba. Tenía que asegurarse de que no hubieran seguido a Brett. Eso significaba que tenía que creer que Brett era lo suficientemente competente como para saber cuándo alguien lo estaba siguiendo.

Brett cerró la puerta de su coche y caminó alrededor del perímetro del parque. Probablemente, tenía la misma pregunta que Jack. No importaba lo vigilantes que fueran, un equipo de seguimiento experto podría vencerlos. Si hubiera suficientes coches trabajando juntos, el trabajo sería perfecto e imposible de detectar. Al menos, hasta que llegara a su destino. Entonces, diez agentes aparecerían de la nada y la noche se iría oficialmente a la mierda.

El teléfono de Jack volvió a sonar. Esta vez, la persona que llamaba no colgó. No tuvo que mirar la pantalla para saber que era Brett. Vio al tipo que tenía el teléfono en la cabeza.

—Estoy en el parque, —dijo Jack. —Ahora puedo verte.

Brett apagó el teléfono, se dio la vuelta y caminó hacia las sombras. Jack lo encontró a mitad de camino.

—Es un lugar tranquilo, —dijo Brett.

—Demasiado tranquilo para mi gusto.

—No lo sé. A mí me gusta un poco.

—Genial, entonces puedes retirarte aquí. Pero primero, limpiemos este desastre.

—¿Sabes a dónde tenemos que ir? —preguntó Brett.

Jack asintió. —Tengo la dirección. Creo que este es un buen momento para investigar.

—¿No te preocupa despertar a los habitantes?

—Prefiero despertarlos que acercarme mientras están despiertos y darles tiempo para prepararse.

Brett estuvo de acuerdo. Regresaron a su vehículo y condujeron durante diez minutos más allá de las afueras de la ciudad. Las

farolas se hicieron más escasas y luego desaparecieron por completo. La estrecha carretera tenía zanjas profundas a ambos lados. La pesadilla de un conductor somnoliento. Jack miró a Brett. El hombre parecía bastante alerta y despierto, a pesar del viaje desde Nueva York. Ambos habían sido entrenados para operar en cualquier condición y para funcionar sin dormir.

—Ese es el lugar, —dijo Jack.

Brett pasó en coche y confirmaron la dirección que figuraba en el buzón. No se había planteado utilizar un GPS. Alguien podría estar vigilando la dirección. En cuanto lo conectaran, alertaría a la agencia sobre su ubicación.

Unos cientos de metros más allá de la casa, Brett apagó los faros y dio un giro de tres puntos que dejó la parte delantera y trasera del vehículo colgando sobre las zanjas. Los neumáticos permanecieron firmemente incrustados en el asfalto todo el tiempo. Pasaron de nuevo por delante de la casa, aparcaron a unos treinta metros y luego salieron.

Los dos hombres sacaron sus pistolas mientras cruzaban la calle. Había pinares a ambos lados de la entrada. Atravesaron el bosque, utilizándolo para ocultar su presencia en caso de que la casa tuviera cámaras de seguridad. Considerando la posible identidad del propietario, las cámaras eran lo que menos preocupaba a Jack.

Continuaron bajo el dosel de pinos hasta que estuvieron a unos pocos metros de la casa, al lado del garaje. No había ninguna puerta lateral como Jack había esperado.

—Sigamos por la parte de atrás, —dijo.

Brett tomó la delantera. Cruzaron en la esquina trasera y luego encontraron una puerta corrediza a mitad de camino. Estaba cerrada. Brett iluminó el interior con una linterna. La pista no estaba asegurada. Brett comenzó a balancear la puerta de vidrio hasta que el pestillo se rompió.

Entraron en la estrecha habitación rectangular.

—Está vacía, —dijo Brett mientras iluminaba con su linterna un rincón tras otro.

Un pasillo los condujo a la cocina. Faltaban los electrodomésticos. No había mesa. Jack abrió los armarios. No había platos. No había

especias, ni comida, ni utensilios.

—El lugar está desierto —dijo Brett. —¿Estás seguro de que esta es la dirección correcta?

Jack asintió y salió de la cocina. —Vamos a revisar todo el lugar.

Investigaron habitación por habitación y no encontraron nada. El polvo y las telarañas indicaban que el lugar llevaba tiempo vacío.

—El garaje, —dijo Jack.

Se dirigieron de nuevo a la cocina. Una puerta en el pasillo conducía al garaje para un solo coche. Cuando entraron, Jack notó que olía a polvo. Si alguna vez habían guardado un coche en el interior, eso había sido hacía mucho tiempo.

Brett recorrió la habitación con la luz. En un rincón había tres palas cubiertas de tierra. Jack cogió una y rascó la tierra. Estaba seca y se había desprendido en pedazos.

—Ha pasado un tiempo desde que se utilizaron, —dijo.

—Tal vez deberíamos buscar algún tesoro enterrado en el patio trasero —Brett sonrió.

—O un cuerpo.

Brett se encogió de hombros. —Supongo que eso también es posible.

Jack miró hacia abajo y vio lo que alguna vez habían sido huellas de botas embarradas que habían dejado las palas en la puerta del pasillo. Después de todo, Brett no había estado tan equivocado al decir que había algo enterrado. Si alguien había estado trabajando en el jardín o cortando el césped, ¿por qué no entrar y salir por la puerta del garaje?

—Vamos a comprobarlo. Pero primero, quiero ir al ático.

Regresaron al pasillo. A mitad de camino estaba la abertura del ático, cubierta con un trozo de madera. Jack saltó y lo empujó para apartarlo. Luego, saltó de nuevo, agarrándose de ambos lados, y se impulsó hacia la abertura. Brett le entregó la linterna. Jack hizo una panorámica del ático, que era más espacioso de lo que hubiera imaginado. Y en la esquina, vio un estante lleno de carpetas.

—Y ahí está.

CAPÍTULO 77

QUEENS, NUEVA YORK

El alcantarillado olía exactamente como Paolo había esperado. Asociar la suciedad con la libertad era algo extraño, pero lo aceptaría. Y estaba seguro de que Essie también lo haría. Se arriesgó y se puso en contacto con uno de los guardias del complejo. El tipo era un traidor en secreto. Hizo lo que Charles le dijo porque necesitaba un sueldo. Pero si llegaba el momento, sería el primero en cambiar de bando.

El tipo le había dicho a Paolo que su hermana estaba allí. Ella vendría en algún momento. Se levantó. Comió. Se duchó. No habló, pero ahora hizo contacto visual.

No estaba claro si ella sabía que estaba en el complejo donde trabajaba Paolo. De todos modos, él sabía que ella lo culparía por esto y juró que haría lo que fuera necesario para arreglarlo.

Se movía chapoteando en el agua pútrida. Las botas, que se suponía debían mantener sus pies secos, no lo hacían. La idea de que contraería una infección mortal cruzó por su mente. Pero, aunque así fuera, tenía que seguir adelante.

Paolo se había aprendido de memoria los planos. Si bien para la mayoría no tenía mucho sentido gastar seis cifras en copias de los planos y luego quemarlos, él no tenía otra opción. Si alguien

aparecía en el motel de mala muerte en el que se alojaba y los encontraba, lo ejecutarían allí mismo. No tendría posibilidad de ofrecer una explicación. No le darían crédito a su oferta de soborno a cambio de su vida.

Dio la última vuelta de la primera etapa de su viaje. La puerta falsa ya estaba a la vista. Antes de abrirla, apagó la linterna y miró hacia atrás. El agua todavía rebotaba en las paredes. Un vestigio de su viaje hasta el momento. Escuchó una multitud de gotas, algo que, hasta ahora, había pasado desapercibido.

Todo sonaba como si alguien se acercara. Su mente trabajaba a toda velocidad. Agarró la MP5 y apuntó en la dirección de la que había venido. Sus ojos se acostumbraron y, durante cinco minutos, permaneció en la oscuridad, esperando a que apareciera una sombra.

Pero no sucedió nada.

Entonces, encendió la luz, se dio la vuelta y dio los últimos pasos hacia la puerta oculta.

Paolo se puso de pie y pisó tierra seca. Luego, cerró la puerta y se sentó. En su bolso había un segundo par de calcetines. Se quitó las botas y luego los calcetines empapados. Durante unos minutos permaneció así, con la luz apuntando al techo, dejando que sus pies fríos se secaran.

Mientras tanto, permaneció escuchando los sonidos de la nada.

Finalmente, se puso el par de calcetines secos y volvió a meter los pies en las botas. Estaban húmedas, pero, al menos, sus pies ya no estaban empapados.

Esta sección del túnel se extendía por casi treinta metros. Como era de esperar, tenía una curva que impedía ver el final.

Finalmente, encontró el panel de seguridad. Quitó la tapa con el taladro eléctrico compacto que había traído y luego marcó el código. Pasaron unos segundos y no sucedió nada. El corazón de Paolo se aceleró. ¿Había pulsado los números equivocados? Si era así, ¿qué pasaría? ¿Sonaría una alarma en la oficina de Charles, señalando su presencia? Entonces, recordó que Charles no sabía de la existencia del túnel. Incluso si sonara una alarma, el hombre tardaría un tiempo en averiguar qué era.

Los dedos de Paolo se cernieron sobre el teclado, listos para un segundo intento de escribir el código.

Entonces, se oyó un silbido y un clic, y la puerta frente a él apenas se abrió.

Exhaló y se llevó el dorso de la mano a la cara para secarse el sudor que se le había formado en la frente. Dejó el MP5 colgándo frente a su pecho y usó la otra mano para empujar la pesada puerta y abrirla.

Su luz iluminó la habitación oscura y el túnel que tenía delante. Dio unos pasos hacia adentro y la puerta se cerró. Unos pies se arrastraron y, antes de que Paolo pudiera siquiera agarrar la MP5, estaba en el suelo con cuatro manos que le retorcían los brazos hacia atrás.

—¡No te muevas, maldita sea! —gritó Beck mientras aseguraba sus esposas a la muñeca derecha de Paolo.

Clarissa siguió su ejemplo y envolvió la mano izquierda de Paolo con la suya. Luego, conectaron las dos esposas vacías y las cerraron.

La puerta se abrió detrás de ellos y entraron cuatro agentes, uno a la vez. Beck les dio instrucciones de detener al hombre.

—¿Qué diablos es esto?, —preguntó Paolo mientras lo levantaban del suelo.

—Servicio Secreto, —dijo Beck. —Lo estamos arrestando.

—¿Qué? Nunca he estado cerca de la Casa Blanca ni del presidente.

Clarissa dijo: —¿Recuerdas esa red de falsificación que manejas?

Paolo la miró y luego miró hacia otro lado.

—Sí, —dijo ella. —Es cierto. ¿Quién iba a decir que no podías salirte con la tuya imprimiendo tu propio dinero?

—Me meo en ti —escupió Paolo al suelo, cerca de sus pies.

Beck golpeó al hombre en el abdomen. Paolo se inclinó, con la boca abierta, tratando de aspirar aire hacia unos pulmones que no estaban preparados para recibirlo.

—Continúa, —dijo Beck. —Hazlo otra vez.

Paolo se recompuso unos momentos después. —No sé nada sobre una red de falsificación.

—Eso no es lo que dice tu amigo, —dijo Clarissa.

—¿Qué? ¿Quién?

—El que visitaste hace unas semanas. ¿Lo recuerdas? Fuiste a Anderson y te reuniste con él. Él abandonó todo tu plan de vengarte de tu jefe por obligarte a dejar tu mayor fuente de ingresos.

Paolo miró a los dos agentes. Comenzó a hablar, pero luego se quedó callado. Después de una pausa, dijo: —No diré nada más sin que esté presente mi abogado.

—Haz lo que quieras —dijo Beck, —pero debes saber que es mucho más probable que te haga un trato sin un chupasangre en la habitación. Especialmente, si es un corrupto como Romano.

Paolo no dijo nada.

—No es necesario que lleguemos a eso, —dijo Clarissa. —Simplemente, dinos que estás dispuesto a hablar y te llevaremos a un lugar seguro para analizar los detalles.

—¿A quién pretendes derribar?, —preguntó Paolo.

—¿A quién crees?

Paolo se encogió de hombros y no dijo nada.

—Charles DeCosta —dijo Beck. —No puedo prometerte inmunidad. Al menos, todavía no. Pero si puedes entregármelo, estoy seguro de que podemos negociar.

Paolo no dijo nada. Había perdido el contacto visual y ahora miraba al suelo.

—O no —dijo Beck. —Te enfrentas a una condena de cuarenta años en una cárcel federal. Según las pruebas que tenemos y el testimonio de los testigos, te condenarán por esto.

—Espera. —Paolo hizo una pausa de un minuto. Clarissa sintió que se le erizaba el vello de la nuca, como si un ataque fuera inminente. Finalmente, Paolo continuó: —Hablemos. A solas. Sin abogado.

—Llévenlo a la camioneta, —ordenó Beck a los otros agentes.

CAPÍTULO 78

UBICACIÓN DESCONOCIDA

Oso levantó la mirada mientras la luz bañaba sus pies. Alguien había levantado la solapa de hierro que cubría la ventana de su celda. Durante dos semanas, había estado confinado en el espacio de seis por seis. Esa ventana se abría dos veces al día, según un horario. Esta era la segunda vez hoy, pero el horario no era el adecuado.

Una cabeza tapaba la luz. El contorno era de alguien grande. Sin duda, la cabeza de un hombre, pero no podía ver sus rasgos. Podría haber sido cualquiera.

Luego, la solapa se cerró.

Apoyó la cabeza contra la fría pared y miró fijamente el techo. Había perdido dos semanas de su vida. Dos semanas para que Mandy se alejara aún más de él. Había decidido que, si volvía a ver a esa enfermera, la mataría primero y, luego, haría preguntas. Ella podría haberle dado la información, pero en lugar de eso, notificó a las autoridades.

Aunque tenía la fuerte sensación de que las cárceles francesas no eran así. Le recordaban a algo de Oriente Medio. Las cárceles improvisadas y las salas de interrogatorio que había instalado la CIA. Él y Jack nunca habían formado parte del equipo al que se le

permitía entrar, pero los habían llevado allí una o dos veces para extraer prisioneros.

Apartó esos pensamientos de su cabeza. Era una partede su vida que no tenía muchas ganas de recordar.

—Mandy —murmuró. —Espero que estés a salvo. En cuanto salga de aquí, iré a buscarte.

Su mirada se desvió hacia el suelo. La siguió con la cabeza hasta que se posó sobre el pecho, con la barbilla apoyada en el pecho. Faltaban aproximadamente tres horas para la cena. Bien podría echarse una siesta. No había nada más que hacer.

Cerró los ojos y repitió suavemente un mantra que lo había ayudado a dormir durante años. No había terminado de recitar tres líneas cuando se abrió la puerta de su celda.

Se acercó un hombre alto y musculoso. Era el primer ser humano de cuerpo entero que Oso había visto en dos semanas. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz que lo inundaba, los rasgos del hombre aparecieron a la vista.

—¿Pierre?

Extendió la mano y Oso vio dos llaves colgando de los dedos de Pierre. El francés se agachó y abrió los grilletes que ataban al hombretón. Oso se frotó las muñecas durante unos momentos.

—¿Cómo? —preguntó.

—Me dejaron ir casi inmediatamente. He estado trabajando para asegurar tu libertad desde entonces. —Levantó la mirada, apartándola de Oso. —No fue fácil y tuve que hacer algunas concesiones, pero ahora eres libre de irte.

Pierre extendió su mano y ayudó a Oso a ponerse de pie.

—¿Eso es todo?, —dijo Oso. —¿Solo levantarse y marcharse?

Pierre se encogió de hombros. —Hay que rellenar algunos trámites. No se puede pedir cuentas al gobierno. No se puede hablar de esto. Ese tipo de cosas. Ya sabes cómo es esto.

Oso asintió y no dijo nada mientras salían de la celda. Dos guardias armados esperaban al final del túnel. Lo que le llamó la atención, fue que no había otras celdas alineadas en el pasillo.

—Yo era un VIP, ¿eh?

—Todo el lugar está diseñado así. De esa manera, si hay una brecha aquí, podemos contenerla allí arriba. —Señaló la celda de Oso y luego la puerta sólida al final del corto pasillo.

—¿Qué pasa con…

Pierre lo interrumpió y en voz baja le dijo: —No preguntes aquí. Espera hasta que nos vayamos.

Oso permaneció en silencio durante el resto de su estancia en la prisión. Firmó todos los documentos, pero no le importó. Fuera de Francia, las provisiones tenían poco peso. Antes de marcharse, le devolvieron sus objetos personales, menos el arma que llevaba. Se cambió de ropa, y después, él y Pierre salieron de la prisión.

Esperaron diez minutos para hablar.

—Entonces, ¿qué diablos pasó? —preguntó Oso.

—Todo esto es un desastre —dijo Pierre. —Ambos estábamos en la mira de una agencia externa. ¿Y sabes por qué? —Miró a Oso y continuó sin permitirle responder. —Por nuestra conexión con Jack.

—¿Jack?

—Me habían estado vigilando, eso es todo. Eso es lo que dicen. Bueno, mi agencia estaba vigilando a la otra agencia que me vigilaba a mí. Lo que pensé que se debía a un aparente desaire por no haberme reincorporado, era en realidad una operación a gran escala. Querían ver si todavía tenía alguna conexión con Noble.

—¿Y la tienes?

—No, hace mucho tiempo que no lo veo. Pero, cuando apareciste, asumieron que todos trabajábamos juntos y se decidió el golpe. Iban a eliminarnos a los dos.

—¿Por qué Jack?

Pierre negó con la cabeza. —SIS. Es lo único que tiene sentido para mí. Ha habido bastantes miembros actuales, y antiguos, que han acabado muertos en los últimos meses.

—Yo nunca fui parte de eso. Tú tampoco.

—Es cierto, pero ambos trabajamos con él durante o después de esa fase de su vida.

—Entonces, ¿por qué he pasado dos semanas en prisión?

—Nos siguieron desde Niza.

—¿Quién?

—Mi agencia. En ese momento, supusieron que estabas trabajando con otro equipo. Nos cercaron en el hospital. No fue el personal el que avisó a la policía. Estaban tratando de hacernos salir a propósito. Nos movimos más rápido de lo que esperaban.

—¿Qué te pasó después? —preguntó Oso.

—Me interrogaron y luego me dejaron ir. Y, durante las últimas dos semanas, he estado luchando con ellos para sacarte. —Redujo la velocidad del auto y giró a la derecha. —Y no fue fácil. Pero lo logré.

Oso tomó nota del camino por el que se encontraban. —Dijiste que hiciste concesiones.

Pierre asintió y no dijo nada.

—¿Qué fue?

Pierre señaló. —Mira eso. Es el hospital.

Entraron al estacionamiento y se parquearon cerca de la entrada principal. Cuando entraron, la primera persona que Oso vio adentro fue la misma mujer detrás del mostrador. Al ver a los hombres, miró dos veces y tomó el teléfono.

—Eso no será necesario, —dijo Pierre mientras mostraba una placa y una identificación.

Oso se dio cuenta de que esa era la concesión: había aceptado un puesto en su agencia.

Pierre rodeó el escritorio y puso una mano sobre el hombro de la mujer. —Creo que tenías información que transmitirle a mi gran amigo.

La mujer levantó la vista, forzó una sonrisa tímida y luego comenzó a escribir.

—Me gusta el nuevo monitor, —dijo Oso.

—Es mucho mejor que el anterior, —dijo. —Supongo que debería agradecerte.

—Sólo consígueme la información que necesito.

La mujer hizo anotaciones en un bloc de papel, luego arrancó una hoja y se la entregó a Oso, quien la leyó. Satisfecho, asintió con la cabeza y, junto con Pierre, salió del hospital.

De regreso al auto, Oso dijo: —¿Tu agencia estuvo detrás de esto? Me refiero a trasladarla.

Él asintió.

—Entonces, ¿por qué volvimos aquí?
—Porque no confío en ninguno de esos bastardos.

CAPÍTULO 79

LITTLE RIVER, CAROLINA DEL SUR

Jack hojeo los documentos. Como le había dicho su instinto, eran clasificados y tenían que ver con operaciones clandestinas. Pero ninguno era más reciente que el año 2006.

—No tiene sentido, —dijo. —¿Por qué estarían aquí?

—Aquí vivía alguien de inteligencia, —dijo Brett. —Supongo que ese tal Merrick. Podemos tantear el terreno.

Una foto cayó al suelo. Brett la recogió.

—Reconozco a ese hombre, —dijo.

—Déjame ver. —Jack tomó la fotografía.

Brett lo giró para que ambos pudieran verlo y encendió su linterna.

—Su nombre es Butch Mónaco, —dijo Brett.

Jack estudió la imagen. El pelo era corto de colore plateado y negro. Una cicatriz iba desde el lóbulo de una oreja hasta la comisura de la boca de Mónaco.

—Mierda, —dijo. —Ponle una peluca rizada y con él me encontré en Nueva York.

—¿Te reuniste con Mónaco?

—Sí, supongo que sí. Estaba haciéndose pasar por millonario. Esa reunión es la razón por la que estamos en este ático ahora mismo.

—Entonces, ¿quieres decirme que Mónaco es Merrick? —Brett iluminó la imagen con su linterna y luego a Jack.

—Yo diría que, como mínimo, los dos hombres están relacionados.

Jack y Brett volvieron a revisar las carpetas en busca de más fotografías, nombres o cualquier otra cosa que pudiera relacionar a Merrick y Mónaco. Después de treinta minutos de búsqueda, no habían descubierto nada.

—¿Qué sabes sobre Mónaco? —preguntó Jack.

—Era una leyenda en la agencia cuando yo estaba allí. Sólo lo vi una o dos veces. No llegué a conocerlo personalmente, pero sabes tan bien como yo que no se necesita la historia de alguien una vez que se ha derramado sangre con él. Era frío y calculador, y nunca cometía un error. Por lo que recuerdo, se había ido en 2000 o 2001. Cualquiera que sea el año, fue antes de los ataques. Su nuevo puesto lo convirtió en un elemento decisivo en la formación de Seguridad Nacional y, más tarde, del SIS.

Jack buscó en su memoria una ocasión en la que Frank u otro miembro del SIS hubieran mencionado a Mónaco. No recordaba nada.

—¿Qué día tuvo lugar esta reunión? —preguntó Brett.

—Fue un jueves, —dijo Jack. —Se había acordado un día antes y me encontré contigo unos días después.

—Recibí órdenes de matarte ese viernes.

—Al día siguiente de conocerlo. —La coincidencia no pasó desapercibida para Jack. —Estaba buscándome.

—Él quería usarte como si fueras yo.

—Debí haber dicho algo que no le gustó. Por eso, en lugar de contratarme, dio la orden de matarme.

Brett se dirigió al otro extremo del ático. —Entonces, ¿por qué no hacerlo allí? ¿Por qué pasar por todo esto para lograrlo?

Era una buena pregunta. Todo podría haber terminado en ese momento, a menos que hubiera algo más. Querían algo de Jack y no era posible que se lo diera muerto. En su opinión, una pistola apuntando a su cabeza, en su presencia, habría sido mucho más eficaz. Entonces, pensó en una posible explicación.

—Está involucrado, —dijo Jack. —Pero demasiado involucrado como para poder apretar el gatillo.

Brett volvió al estante vacío y miró los archivos esparcidos por el suelo. —Dados sus antecedentes de logros y puestos en agencias clandestinas, diría que está más que involucrado, Jack. Apuesto a que tuvo una participación importante en la organización de todo el asunto.

—Es plausible. Ahora tenemos que permanecer vivos el tiempo suficiente para averiguarlo.

—Creo que puedo ayudar ahí.

—¿Cómo?

—Ballard.

Jack recordó que Brett mencionó al hombre mientras estaban en Sudáfrica.

—Joe Ballard, —dijo Brett. —El pequeño bastardo con nariz de comadreja que actúa como mi entrenador.

—¿Dónde lo encontramos?

—DC. Quizás en Langley.

Los hombres pasaron por la abertura del ático y luego salieron por la parte trasera de la casa.

—No puedo dejar de pensar en esas palas, —dijo Jack.

—¿Qué quieres hacer? ¿Buscar un agujero en la propiedad?

Jack miró hacia el amplio patio trasero. —Vamos a explorar el perímetro.

Registraron el patio y unos cuantos metros más allá de la línea de árboles, pero no pudieron encontrar nada que hubiera sido removido del suelo. Algo había sido excavado o enterrado, y esas palas habían sido utilizadas. Pero ¿qué? ¿Y cuándo? Por lo que sabían, los jardineros podrían haber estado allí el verano pasado y haberlas dejado atrás.

—Vamos, —dijo Brett. —Tenemos más de qué preocuparnos que de un agujero fantasma.

Dos minutos más tarde viajaban hacia el noroeste, en ruta hacia la I-95.

CAPÍTULO 80

UBICACIÓN DESCONOCIDA

Habían pasado tres días desde que Kat vio por última vez a su captor. Él había entrado y colocado una hielera frente a ella, luego se fue. Ella tomó las cuerdas alrededor de las muñecas y los tobillos hasta que estuvo en posición de quitar la tapa. Cuando lo hizo, estaba vacía, excepto por tres botellas de agua. En algún momento le pusieron una camiseta blanca que le llegaba hasta la mitad del muslo.

Le había llevado casi dos días liberarse de las cuerdas de las muñecas. La sed la llevó a beberse de un trago la primera botella entera. Se dio cuenta de su error cuando el líquido le inundó el esófago. No pudo retenerlo.

Al menos, era libre. Y, para celebrarlo, se acurrucó en una esquina y se quedó dormida. Fue el mejor sueño que había tenido en dos semanas.

Todavía preocupada por si alguien permanecía detrás de la puerta, se tomó su tiempo antes de acercarse. Si supieran que se había liberado de las cuerdas, podrían usar algo más para restringir sus movimientos.

Esta vez no lo permitiría. Si alguien entraba en la habitación, habría una pelea a muerte. A Kat ya no le importaba si eso significaba que sería su vida la que terminaría.

El hecho de que el hombre que había estado visitando su celda fuera estadounidense, le generó varias dudas sobre el otro hombre que conocía de Estados Unidos. Pero ¿cómo podía todo esto tener que ver con Oso? No, tenía todo que ver con Oso, pero él no tenía nada que ver con ello. Sabía que no había sido él quien la había arrojado al pozo sucio y la había atado a la silla.

Pero las cosas no habían empeorado hasta que él y Mandy llegaron.

¿Qué le había pasado a la niña? Quedó atrapada en el vehículo después del accidente. ¿Resultó herida en el choque? ¿Había sobrevivido?

Esos cabrones habían provocado el desastre. Si no hubiera sido por la rápida reacción de Kat, la chica estaría con ella ahora. Se preguntó qué destino era peor.

Kat se secó las lágrimas de las mejillas.

—Es hora de irnos, —susurró.

Volcó la silla. Era un objeto pesado de madera. Comenzó a patear una de las patas para liberarla. Con el tiempo, se aflojó lo suficiente como para que pudiera soltarla. Se envolvió la cuerda alrededor de una muñeca. *Nunca se sabe cuándo podría resultar útil*, pensó.

Se arrastró hasta la puerta. La tierra, suelta en algunas zonas, se sentía fría contra sus pies descalzos. Se detuvo y la amontonó a su derecha. Si alguien la sacaba corriendo del pasillo, intentaría dirigirlo hacia la tierra suelta. Podrían perder tracción allí. Una pelea contra un hombre desequilibrado era preferible a uno que pudiera enfrentarse a ella.

Kat se detuvo frente a la puerta. Se inclinó hacia delante y presionó la oreja contra ella. Si había alguien allí, no podía oírlo. El pomo estaba frío al tacto. Lo giró, esperando que cediera un centímetro y luego se detuviera. Para su sorpresa, giró libremente. La puerta no tenía seguro. La abrió y metió la cabeza por la abertura.

Un pequeño rellano conducía a unas escaleras que subían. Había una luz cerca del último escalón, pero la fuente no se veía. Podían estar allí arriba. Se le hizo un nudo en el estómago. ¿Intuición? ¿Miedo? ¿Ambos a la vez? Kat miró hacia atrás, a la habitación donde había pasado las últimas dos semanas. La muerte la encontraría allí. Tenía que correr el riesgo de que la luz la llevara a la libertad.

Armada con la pata de madera de la silla y la cuerda enrollada en la muñeca, Kat subió las escaleras. El primer paso silencioso alimentó su adrenalina y aceleró el paso. Pero, los dos siguientes, crujieron bajo su peso. Se quedó paralizada, con los ojos muy abiertos, mirando fijamente la abertura brillante a menos de cuatro metros de distancia.

Vio pasar sombras. ¿Debería dar marcha atrás? ¿Encerrarse de nuevo en la habitación?

No.

No se había ido para luego regresar. A partir de ese momento, cualquiera que se interpusiera en su camino debería esperar una pelea. Si perdía, que así fuera. Haría todo lo posible para acabar con todos los asaltantes que se cruzaran en su camino.

Después de treinta largos segundos, las sombras no volvieron a aparecer. Nadie se acercó.

La voz que resonaba en su cabeza no era la suya. Tampoco era la de Pierre. Era ronca y norteamericana, y la empujaba y la empujaba hacia adelante por los escalones. Se movía con una determinación que la llevaba a un desenfreno temerario. Si alguien se cruzaba con ella en la cima, lo derribaría.

En el escalón más alto, Kat se detuvo, con ambos brazos apoyados contra las paredes, manteniéndose en su lugar. Sus rodillas se sentían débiles, pero su impulso para seguir adelante era fuerte. Llenó sus pulmones de aire lleno de moho y polvo y exhaló lentamente. Cerró los ojos y lo repitió dos veces más.

Inclinándose hacia delante, abrió los ojos. Miró a la izquierda. Nada. Giró la cabeza en la otra dirección y vio un pasillo que se extendía frente a ella.

Conducía a una puerta. Cuatro paneles de vidrio constituían el tercio superior de la misma. La luz del sol se filtraba a través de ella y calentaba el lugar donde se encontraba. Vio árboles más allá, que se balanceaban con una fuerte brisa. El sol se cernía cerca. Habían sido los árboles los que proyectaban las sombras, probablemente como resultado de una fuerte ráfaga.

Fue hasta la puerta, la abrió, sacó la cabeza y miró en todas direcciones. Nada ni nadie. Un vehículo retumbó a lo lejos. ¿A qué distancia? No podía decirlo, pero la dirección era obvia.

Kat se estiró y encontró la energía para correr. Sus pies descalzos pisaron la tierra y luego atravesaron los campos, donde las espinas y las zarzas le desgarraron la carne. No le importó. Cada rasguño, cada aguja que la penetraba, solo servía para impulsarla hacia adelante. El camino estaba a la vista. Estaba vacío, pero había oído pasar un vehículo, lo que significaba que vendría otro.

Se hundió en la maleza. No era que la maleza creciera más, sino que el suelo se hundió. Pequeños cuchillos le desgarraron la camisa y se le clavaron en la carne de las manos, los brazos, el torso y el cuello. Le perforaron las mejillas. Se llevó las manos a la cara para protegerla, pero no sirvió de mucho.

Cuando la tierra se niveló de nuevo, el camino estaba a solo veinte metros de distancia. La maleza se disipó y Kat disminuyó la velocidad hasta caminar. Llegó al borde del camino y notó que no había arcén de grava. Pasaba de la hierba al asfalto.

Cayó de rodillas y su cuerpo se inclinó hacia delante. Apoyó los brazos en el suelo y la cabeza sobre ellos. Sus miembros temblaron y sus músculos se acalambraron. Cómo había logrado correr tan lejos era un misterio.

El calor se elevaba desde el asfalto, pero esa sensación la reconfortó. Kat sintió que su mente se desvanecía. Los colores se volvieron grises.

Levántate. No es momento de rendirse.

De nuevo, la voz empujándola hacia adelante.

Respiró profundamente y notó el sabor a colillas de cigarrillo. Supuso que era alquitrán de la carretera.

Entonces, sintió algo diferente. Una especie de vibración temblorosa. No provenía de dentro. Empezó de forma baja y fue aumentando. Kat levantó la cabeza, miró a la izquierda y luego a la derecha. Ahora lo oía. El temblor se había convertido en el sonido de un rugido.

El coche apareció por la curva con dos faros delanteros penetrando la luz del día. Parecía que estaba parado. Ni avanzaba ni retrocedía. A medida que pasaban los segundos, se acercaba lentamente.

Kat se levantó y se quedó al costado del camino, con la mitad del pie en la hierba y la otra mitad en el asfalto.

El vehículo se detuvo junto a ella.

El reflejo de Kat en la ventana la tomó por sorpresa. Su camisa estaba manchada de marrón y rojo. Su rostro estaba demacrado, surcado de cortes, rasguños y sangre.

La ventanilla del conductor bajó.

—¿Estás bien?

Se quedó mirando al hombre y procesando lo que había dicho. Él repitió su pregunta.

—¿Estás bien?

Ella asintió y le dijo en alemán que necesitaba alejarse de ese lugar.

El hombre, presumiblemente detectando su acento francés, cambió al francés al salir del auto.

—Sí, entra —dijo, mirando en todas direcciones, tal vez buscando a alguien que siguiera a Kat. Sacó una manta de detrás del asiento trasero y la envolvió con ella.

Kat le dio las gracias y se dispuso a entrar en el coche. Había dos mujeres en la parte trasera que se hicieron a un lado para dejarle espacio para sentarse.

—¿Podemos llevarte a un hospital? —preguntó el conductor.

Kat negó con la cabeza. —Llévame a donde sea que vayas.

—Eso es a través del país, —dijo.

—¿En qué país estamos?

Él la miró con los ojos entrecerrados. —Alemania, por supuesto.

Miró por la ventana el campo que se extendía ante ella. La pequeña casa con el sótano en el que había estado confinada estaba fuera de la vista. Los hombres no iban a ir tras ella. Pero ¿y si regresaba a Francia? ¿La encontrarían?

—Señorita —dijo. —¿Ya se ha decidido?

Ella asintió y respondió en alemán: —Llévame a tu destino.

CAPÍTULO 81

ALEMANIA

El hospital sólo pudo decirle a Oso que la niña había sido puesta en un hogar de acogida. No tenía heridas importantes, solo cortes y moretones. Y no sabía quién era. Pierre tuvo que sujetar al hombretón para evitar que lo arrestaran nuevamente.

Oso se preguntó por qué Pierre no tenía ya esa información. Pierre no tuvo respuesta. Solo le dijo que conseguiría a alguien de confianza para que trabajara en localizar a la niña.

Mientras salían del hospital, Pierre recibió una llamada en su teléfono móvil. Oso sintió que el corazón le daba un vuelco y luego, una oleada de sangre le hizo ver un destello de luz en el campo de visión. A continuación, se produjo una versión sutil de los dolores de cabeza que había estado padeciendo.

La conversación fue rápida y, después de colgar, Pierre se quedó mirando ansiosamente su teléfono. Había sonado. El francés buscó en algunos menús y luego abrió un mapa.

—Tenemos una pista sobre Kat, —dijo Pierre. —Está a unas tres horas de aquí.

Oso sintió que lo tiraban en dos direcciones. ¿Qué pasaría si durante ese tiempo se revelara la ubicación de Mandy?

—Sé lo que estás pensando, —dijo Pierre. —Pero sabemos que está en un lugar seguro. Hay muchas posibilidades de que no sea el caso de Kat.

Oso asintió lentamente. No dijo nada mientras pensaba en los escenarios a los que se enfrentaba Mandy. Probablemente, estaba en un orfanato o en un hogar de acogida. Según el hospital, no sabía quién era, pero se comportaba bien. Conociendo el temperamento de la niña, él la consideraba un riesgo de fuga. Pero no importaría, mientras no supiera dónde estaba.

Tal vez intuyendo la línea de pensamiento de Oso, Pierre dijo: —Puedo enviar un equipo a buscarla en cuanto sepamos su ubicación. Estará protegida por la gente en la que confío.

—Está bien. Vamos a buscar a Kat.

Pierre no se preocupaba demasiado por el límite de velocidad. Las credenciales emitidas por el gobierno podían sacarlo de casi cualquier situación, y, una vez más, las aprovechó. El viaje de tres horas solo les llevó dos horas y quince minutos.

Un largo camino de grava conducía a la pequeña casa cubierta de hiedra. Las ventanas delanteras estaban destrozadas, las tejas del techo se habían desprendido y nunca habían sido reemplazadas. El césped circundante era espeso y estaba cubierto de maleza. Oso observó la maleza. Había muchos lugares dónde esconderse, pocos por los qué escapar limpiamente. La única opción sensata era volver a bajar por el camino de entrada.

Sacó su pistola.

Pierre miró el arma y sacudió la cabeza. El maletero se abrió y el francés se retiró a la parte trasera del vehículo y sacó dos MP7. Le tendió una a Oso.

—Saludos del gobierno francés, —dijo Pierre.

Oso tomó el arma, la inspeccionó y cambió de un solo disparo a una ráfaga de tres disparos.

—Voy a la izquierda, —dijo Pierre. —Nos vemos en la parte de atrás.

Oso se acercó a la casa y la rodeó con la mirada hacia la derecha. Miró el interior de las ventanas, o los cristales vacíos en algunos casos, pero la mayor parte del tiempo se concentró en el

campo que rodeaba el lugar. ¿Por qué, después de dos semanas, le revelaron la ubicación de Kat a Pierre? Es cierto que Oso sabía poco de lo que había sucedido en los últimos quince días. Una vez que lo encarcelaron, eso fue todo. Y los dos hombres habían hablado poco durante el viaje de salida. Había sido tiempo de preparación, por lo que ninguno de los dos había estado a la ofensiva. Tenían que poner sus mentes en orden.

No vio nada entre la maleza que lo rodeaba. Los únicos sonidos eran los de los pájaros y algún que otro coche que pasaba por una carretera que no podía ver. Pero los vehículos seguían avanzando. Si se hubieran detenido, se habría preocupado de que alguien los hubiera seguido, ya sea visualmente o usando el teléfono móvil de Pierre para rastrearlos.

Oso dobló la esquina y vio a Pierre esperando junto a una puerta abierta. Si eso era bueno o malo, aún estaba por determinarse.

—¿Lo encontraste abierto? —preguntó Oso.

Pierre asintió. —Yo entraré primero.

Oso no se opuso. Cubrió la abertura mientras Pierre entraba. Ambos hombres sostenían sus MP7 con ambas manos, listos para abrir fuego. Oso echó un último vistazo a la maleza antes de entrar. Siguieron el estrecho pasillo hasta unas escaleras que descendían.

—¿Hueles eso?, —preguntó Pierre.

—Desperdicios humanos, —dijo Oso.

Pierre bajó apresuradamente las escaleras anulando todos los intentos de seguir el protocolo.

—Maldita sea —dijo Oso mientras seguía al hombre hacia abajo. Cuando llegó al final, el francés ya había entrado en la habitación contigua. Oso la examinó. Vio las botellas vacías, la silla de lado y la tierra seca y apelmazada en la esquina.

—Ella no está aquí, —dijo Pierre.

Oso asintió y no dijo nada.

—Debe haber otra habitación, otra estructura. —Sacó su teléfono móvil. —Mierda. No hay señal.

—Probablemente porque estamos bajo tierra.

Pierre lo empujó y comenzó a subir las escaleras.

Oso se quedó atrás por un minuto. Caminó por el perímetro de la habitación y vio que a la silla le faltaba una pata. Era extraño, por decir lo menos. ¿Por qué sería así? ¿Podría haberla arrancado Kat para abrir la puerta o usarla como arma?

Salió de la habitación y subió las escaleras para consultarle a Pierre. Llegó a tiempo para ver al francés salir por la puerta al final del pasillo, sosteniendo su teléfono hacia el cielo. Pierre maldijo por no tener señal.

Y luego la mitad de su cabeza se desintegró.

El objetivo está muerto.

El principal asesino de Francia, un hombre a quien Laure Desault sólo conocía por su nombre clave, Geai Blue, pronunció esas palabras.

Laure pensó en las implicaciones. Pierre, el hombre que había liderado el equipo que ella ahora dirige, había desaparecido. La farsa estaba completa. Al menos había muerto mientras trabajaba para el gobierno y no como un vagabundo alcohólico en la calle.

Luego, oyó algo más. Disparos. Pero no provenían del rifle de francotirador del asesino.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Hay disparos.

—Pensé que habías dicho que estaba solo.

—Sólo lo vi venir por el costado de la casa.

—¿Y qué pasa en el coche?

Él no dijo nada.

Laure dijo: —Te hice una pregunta. ¿Qué pasa con el auto? ¿Cuántos había?

—No lo vi llegar. Solo vi que se acercaba a la casa. Cuando llegué, ya estaba dentro.

—Maldita sea, —gritó. Después de una pausa para ordenar sus pensamientos y agregó: —No te molestes en volver a entrar al país.

Oso se apretó fuerte contra la pared exterior. El tirador no había devuelto el fuego, lo que significaba que estaba huyendo. O eso quería que pensara Oso.

Disparó de nuevo hacia la maleza y luego volvió hacia el cuerpo de Pierre. No había forma de salvar al hombre. Estaba muerto antes

de tocar el suelo. Oso agarró la MP7 de Pierre y se dirigió hacia la maleza en la dirección de la que calculó que había venido el disparo. Zigzagueó hasta allí, haciéndose pequeño. Bueno, pequeño para él, pues seguía siendo un objetivo grande y eso le preocupaba.

Era obvio que se trataba de un francotirador.

Y, el francotirador, no estaba preparado para él. De lo contrario, habría acertado a Oso en la cabeza en el momento en que cruzó la puerta abierta.

Desde la casa, la maleza parecía impenetrable. De cerca, no era tan terrible. Oso desapareció en ella. Le llevó unos treinta segundos localizar el lugar. Le había disparado directamente. Y si la sangre en el suelo era una indicación, había acertado al francotirador.

El rastro se perdió tres metros después. Oso buscó otras señales. Las ramas rotas indicaban el camino. Tres metros más adelante y la sangre reapareció.

El francotirador estaba perdiendo fuerza.

Oso iba al frente con su metralleta apuntando hacia delante. Siguió el sonido de la respiración agitada del francotirador. Solo faltaban unos pocos pasos. Se abrió paso entre la espesa maleza.

El hombre se apoyó contra un tronco de un árbol. Con su mano derecha sostenía la culata de su rifle e intentó levantarlo.

Oso apretó el gatillo una vez y se dispararon tres balas de forma rápida. La primera, alcanzó al hombre en el muslo, cerca de la cintura. La siguiente, pasó entre el abdomen y el brazo del tipo y se estrelló contra el suelo. La tercera se estrelló en la parte superior del brazo del francotirador y le destrozó el húmero.

El francotirador gritó y apretó los dientes. La sangre brotó de sus heridas. Oso vio que el primer disparo había alcanzado la parte superior derecha del pecho del tipo. Debió haberse levantado después de realizar el disparo fatal, ya sea preparándose para desmontar su arma o para moverse de inmediato. Había sido un tiro afortunado por parte de Oso. Si no lo hubiera alcanzado, la siguiente bala que disparó el francotirador lo habría alcanzado en la cabeza.

— ¿Quién eres? —preguntó Oso.

El francotirador no dijo nada.

—¿Para quién trabajas? ¿Para qué gobierno?

El francotirador giró la cabeza sin decir palabra.

Oso apretó el gatillo de nuevo y disparó tres veces al otro brazo del tipo. Todas las balas dieron en el mismo lugar. El brazo quedó colgando de un hilo.

—Respóndeme.

El tipo empujó la cabeza hacia el centro y apoyó la barbilla en el pecho. Miró a Oso y luego al teléfono que estaba en el suelo. Parecía estar conectado.

—Que te jodan, —dijo el tipo con acento francés.

Oso apretó el gatillo dos veces y las balas recorrieron el cuerpo del francotirador en línea recta, comenzando en su ombligo y terminando en su frente.

Luego tomó el teléfono.

—¿Quién carajo eres?

Nadie respondió.

—Voy a venir a matarlos a todos.

La línea se cortó.

Oso dejó caer el teléfono y salió de la maleza. Se dirigió hacia el coche, se detuvo y volvió al cuerpo de Pierre.

—Mereces algo mejor que quedarte abandonado aquí.

Oso se echó los restos del francés al hombro y regresó al vehículo. Abrió el maletero. Dentro había una manta azul. Envolvió a Pierre en ella y lo colocó dentro del maletero.

—Esto se acabó, —dijo Laure. —Ya basta. Ya no cooperamos.

Oso sintió que su teléfono zumbaba. Se detuvo y lo sacó de su bolsillo.

—¿Hola?

—Escuche con atención, señor Logan. Ésta es la única vez que le voy a decir esto. —Le dio una dirección en un suburbio de París. —Allí es donde está su hija.

La llamada terminó antes de que pudiera decir algo.

CAPÍTULO 82

CIUDAD DE NUEVA YORK

—Parece que estás en un mundo de problemas, Paolo.

Beck se sentó frente al tipo mientras Clarissa permanecía fuera de la habitación. A ella se unieron los agentes especiales Howell y Shelton del FBI y, el detective Harris, del Departamento de Policía de Nueva York. Había empezado a desconfiar de los tres. Beck le dijo que eso la convertía en una agente perfecta.

Los hombres eran como buitres, esperando hasta que ella y Beck hubieran mutilado al sospechoso lo suficiente para poder entrar en acción y limpiar el asunto, presentando cargos uno tras otro. Era como si esperaran que Paolo no hablara. Conseguir una condena en su contra sería mucho más fácil que acabar con Charles DeCosta. A estos tipos, lo único que les importaba era su historial de victorias y derrotas. Mientras estuvieran en el lado ganador, no importaba qué monstruos vagaban por las calles.

—Es muy sencillo, —dijo Beck. —Si quieres sobrevivir con un mínimo de tiempo en prisión, entrega a tu jefe. Simplemente, implícalo en este plan, acepta testificar y haremos el trato.

Paolo miró hacia otro lado y no dijo nada.

Después de todo lo que habían descubierto, cómo Charles había enviado a Paolo al norte del estado para que lo ejecutaran, había

enviado un equipo de ataque para matarlo después de que escapó y los rumores de que Charles había secuestrado a la hermana de Paolo, ¿por qué el hombre se mordería la lengua?

—Nunca entenderé a estos muchachos, —dijo Shelton, sacudiendo la cabeza. —Supongo que los consideran de la vieja escuela. Sabes muy bien que casi todos los demás muchachos de esa organización se volverían contra Paolo si tuvieran la oportunidad.

Dentro de la habitación, Beck cambió de táctica. Se inclinó y metió la mano en una bolsa. Sacó un puñado de fotografías y las puso sobre la mesa. Clarissa sabía que las fotos eran de la escena del crimen en el norte del estado. La evidencia era circunstancial. Pero estos eran hombres que Paolo conocía desde hacía dos décadas. Habían estado juntos casi a diario. Uno de ellos, estaba casado con su otra hermana.

No buscaban una confesión.

Querían ver su reacción.

—Míralos, Paolo, —dijo Beck.

El hombre bajó la mirada y desvió la mirada.

—Por más tiempo.

Paolo no se movió.

—Compláceme, Paolo. Mira lo que les hiciste a esos tipos.

La mirada de Paolo se desvió hacia la fotografía. Se concentró en la que mostraba los dos cuerpos acostados uno al lado del otro. Clarissa creyó ver una leve sonrisa formarse en él. Pero él no permitió que se prolongara.

—¿Qué opinas de eso?, —preguntó Beck.

Paolo señaló con la barbilla hacia la ventana. —¿Quién está ahí atrás?

—¿Dónde?

—Detrás del cristal, hombre.

Beck negó con la cabeza. —No estoy seguro de lo que quieres decir.

—Compláceme, —dijo Paolo.

—Sólo mi compañera. La conociste antes.

—¿Quién más?

—Nadie más. Somos los únicos aquí.

—Tonterías, hombre.

—¿Cómo es eso?

—Me arrastras hasta un edificio de Manhattan. Subimos en un ascensor de servicio quién sabe cuántos pisos. Luego, entramos en esta oficina, que en realidad no es más que una celda dentro de cuatro paredes. Hay una razón para ello. ¿Cuál es?

Beck se enderezó y apoyó los antebrazos sobre la mesa. —La razón es que estás en serios problemas, Paolo. Puede que no lo creas, pero tengo pruebas suficientes para encerrarte durante cuarenta años. Luego, cuando entregue estas otras pruebas, probablemente, te condenen a cadena perpetua, por asesinato. Y, créeme, cuando te digo que intentaremos inculparte de algo fuera del estado también, solo para poder solicitar la pena de muerte.

Paolo sonrió. —¿Crees que eso me asusta? Llevo veinte años viviendo con esa sensación. Nadie está a salvo haciendo lo que yo hago. —Dio una calada a su cigarrillo y añadió: —Ahora, responde a mi pregunta. ¿Quién está ahí atrás?

Beck no dijo nada.

—¿El FBI? ¿La policía de Nueva York? Eso es todo, ¿no? Tienes a todos allí. Me entregarás a ellos cuando hayas terminado conmigo.

—Prefiero hacer un trato contigo y hacer que cualquier otro sea irrelevante.

—Déjalos ir y hablaré contigo.

Beck permaneció en silencio por un momento. Luego, miró a Clarissa y asintió.

—Muy bien, caballeros. Necesito que salgan.

Los tres hombres discutieron con Clarissa pero, al final, nada de lo que dijeron la convenció. Cerró la puerta con llave y entró en la sala de interrogatorios.

—Ésta es mi compañera, Clarissa —dijo Beck. Se volvió hacia ella. —¿Está vacía la habitación?

—Los dejé afuera, —dijo.

—¿Satisfecho?, —le preguntó Beck a Paolo.

El hombre se quedó mirando el cristal durante un largo rato. —Supongo que no me queda otra opción que confiar en ti ahora mismo.

Beck asintió.

—Está bien —dijo Paolo. —Esto es lo que necesito de ti, una promesa firme de que vas a sacar a mi hermana de ese recinto sana y salva.

—¿Qué está haciendo ella allí?

—Charles la secuestró.

—Un cargo más que podemos presentar.

Paolo sacudió la cabeza. —Ella ha visto demasiado. Necesito sacarla de allí. Alejarla de todo esto.

—¿Dónde la tienen?

—En un lugar que él llama la mazmorra. Es el sótano equipado con varias celdas.

Al recordar el diseño, Clarissa apartó la mirada por un segundo, pero volvió la mirada a tiempo para ver a Paolo entrecerrando los ojos.

—Oye, me acuerdo de ti. Te tenía allí abajo. Nos amenazó de muerte si interferíamos.

—No hay ningún hombre entre vosotros, —dijo.

Paolo se encogió de hombros. —Decisión de negocios, señora.

—Sí, ¿quieres oír la mía? ¿Qué tal si digo que no hay trato con tu hermana? Danos lo que queremos o nos vamos al diablo.

—Oye, mira, estaba yendo a sacarla de allí cuando ustedes, idiotas, me arrestaron. ¿Falsificación? Déjame en paz. Ve a ocuparte de un delito real, como encerrar a ese imbécil por cuarenta asesinatos en los últimos seis meses.

Beck dijo: —Eso es lo que vamos a hacer, pero primero tenemos que acusarlo de algo que sabemos que se pueda hacer. Así que, danos los detalles de la red de falsificación, y luego lo entregaremos a nuestros amigos y ellos prepararán los demás cargos.

Paolo no dijo nada.

—Y si haces esto, haremos lo que podamos para sacar a tu hermana de ese recinto con vida.

Beck y Clarissa no dijeron nada más. Ahora todo dependía de Paolo. Si se negaba a cooperar, presentarían cargos y dejarían que el FBI y el Departamento de Policía de Nueva York también se

encargaran de él. El tipo nunca volvería a ver la luz del sol y tendría que vivir sabiendo que le había fallado a su hermana.

Pasaron cinco minutos. Diez. Quince. Clarissa estaba lista para salir de la habitación y traer de vuelta a los tres hombres.

—¿Tengo tu palabra? —preguntó Paolo.

—¿Sobre qué?, —dijo Beck.

—Essie —levantó la mirada y se encontró con la mirada de Clarissa. —Mi hermana. La sacarás de ese agujero, ¿verdad?

Clarissa dijo: —Tienes mi palabra.

Durante las tres horas siguientes, escucharon a Paolo detallar todo lo que sabía sobre la operación de falsificación. Pero no se detuvo allí. Les habló de empresas fantasma de las que nunca habían oído hablar y que Charles, y el Viejo antes que él, utilizaban para blanquear dinero, evadir impuestos y financiar organizaciones de todo el mundo que no eran necesariamente amigas de los Estados Unidos.

Cuando Paolo terminó, Beck comentó: —Tenemos suficiente para encerrar a DeCosta durante quinientos años. Casi odio tener que entregarte a esos imbéciles del pasillo. Si no fuera por las familias de los fallecidos, no lo haría. Pero, el hecho es, que ahora tienes inmunidad. No pueden echarse atrás.

—Entonces, ¿hacemos esto aquí? —preguntó Paolo.

—No, —dijo Beck. —Te llevaremos de vuelta a DC. Pueden realizar las entrevistas en nuestras instalaciones. Controlaremos cada aspecto de esto hasta que ingreses al programa.

—¿Programa?

Clarissa dijo: —Protección de testigos.

Paolo bajó la cabeza y la sacudió. —Nunca pensé que sería un chivato. Quiero decir, sé que él es un mal hombre. Pero supongo que yo no soy mucho mejor.

Beck dijo: —Estaré encantado de dejarte volver a la calle cuando todo esto termine. Si sientes que necesitas algún tipo de castigo, te lo daremos.

—Simplemente saquen a mi hermana de allí.

—No te preocupes, —dijo Clarissa. —Les vamos a dar duro.

—Los túneles, —dijo Paolo. —Es la única forma segura.

—No es así, Paolo, —dijo Beck. —Tenías a un tipo esperando. Cuando no apareciste, puedes apostar a que empezó a sospechar. No dudo que ya haya empezado a hacer preguntas.

Clarissa dejó que Beck terminara y se dirigió al pasillo donde los agentes del FBI la esperaban.

—¿A dónde fue Harris? —preguntó.

Shelton señaló el ascensor. —Recibió una llamada y se fue. Supongo que los homicidios nunca descansan.

—Hazme un favor, —dijo. —Ve a ver qué trapos sucios puedes encontrar sobre ese tipo.

—¿No confías en él? —dijo Howell.

—No confío en ustedes, —dijo sonriendo. —Me da escalofríos. Puedo oler a alguien a kilómetros de distancia y, chicos, déjenme decirles que Harris apesta.

Ninguno de los dos dijo nada. Ambos miraron hacia el ascensor. Ella los vio pensando en los canales que utilizarían para investigar los antecedentes de Harris. Dónde vivía, qué tipo de coche que conducía, a qué se dedicaba su mujer, a qué colegio iban sus hijos, con quién se juntaba. Examinarían los registros financieros. Si el tipo estaba en el negocio de los sobornos, lo averiguarían. Rápido.

—De todos modos, dejando eso de lado, nos vemos de nuevo en DC. Pueden hablar con Paolo allí.

—Ah, ¿qué demonios? —preguntó Shelton. —Hemos estado esperando todo el día. Eso es una tontería y tú lo sabes.

Clarissa se encogió de hombros. —Habla con mi jefe.

Harris se metió en el callejón desierto y se quedó en las sombras, vigilando la entrada. Pasaron cinco minutos. Nadie lo había seguido. Sacó su móvil y llamó. El hombre respondió con un saludo brusco.

—Estás metido en esto hasta el fondo, —dijo Harris.

—¿Por qué? ¿Y por qué me lo estás contando por teléfono?, —preguntó Charles.

—Porque se te acaba el tiempo.

—¿De qué carajo se trata esto?

—Tienen a tu hombre, Paolo. Y él te está dando la espalda, hombre.

—¿Qué dijo?

—Me sacaron de la habitación. Pero, mientras él esté allí, no debe ser bueno.

—¿Dónde lo tienen detenido?

—En Manhattan ahora mismo, pero eso no durará.

—Bueno, entonces ¿por qué no me llamas cuando sepas dónde está y nos encargaremos de esto?

Harris metió su teléfono en su bolsillo y se metió en el flujo de peatones, sin saber que, en ese momento, el FBI había iniciado una investigación que revolucionaría su vida.

CAPÍTULO 83

WASHINGTON, D.C

Jack había dormido siete horas. Ni siquiera el amanecer había sido suficiente para despertarlo. Leyó las señales de la carretera y notó que habían llegado a los suburbios del norte de Virginia.

—Necesito un café, —dijo Jack.

Brett señaló la próxima salida. —Nos bajaremos aquí.

Cinco minutos después, estaban sentados dentro de un IHOP.

—Por fin puedo comer algunos panqueques, —murmuró Jack.

—¿Qué? —dijo Brett.

Jack meneó la cabeza.

La camarera les dejó el café y tomó nota de sus pedidos. Cada uno se tomó dos tazas sin decir mucho. Estaban demasiado ocupados para hablar de lo que tenían planeado para el día.

Después de comer, llenaron el tanque de gasolina y luego volvieron a la carretera.

—Vive en Washington, —dijo Brett. —Al menos, eso es lo que me dijo mi contacto.

—¿Confías en ellos?

—Por supuesto. De lo contrario, no los habría llamado.

—¿Me mencionaste?

Brett asintió. —No te preocupes. Están tan metidos en esto y, si lo cuentan, serán eliminados.

Lo hecho, hecho estaba, así que no importaba. Jack tendría mucho cuidado. Nada nuevo.

—No podemos llegar hasta él durante el día, —dijo Brett.

—¿Langley? —preguntó Jack, refiriéndose a la sede de la CIA.

Brett asintió.

—¿Vives en la ciudad? —preguntó Jack.

—No, aquí afuera. Nos dirigimos hacia allá ahora. Creo que tiene sentido instalarnos dentro de su casa y esperar. De esa manera, podemos llegar hasta él en cuanto llegue a casa.

Jack no se opuso. Se sentó y observó las salidas a medida que pasaban. Estudió las caras de quienes iban en otros autos. Observó los vehículos que iban detrás de ellos en busca de alguien que los siguiera. Vio algunos candidatos detrás de ellos, siempre los había. Pero, después de unos minutos de observación, todos se marcharon.

—Puedes relajarte, —dijo Brett. —Esto es un apartamento alquilado. Nadie sabe dónde estamos.

—¿Estás seguro de eso? ¿Y tu teléfono?

—Nadie lo sabe.

—¿Hiciste una llamada a tu contacto?

—De un aparato desechable. Y ya lo he tirado a pedazos.

Brett tenía todas las bases cubiertas. Jack se sentía un poco a gusto. Pero no tenía el control, lo cual le molestaba. Pensó que, a veces, así son las cosas. *Déjate llevar*, se dijo.

Pasaron veinte minutos y salieron en Alexandria, Virginia. Jack había pasado mucho tiempo en esa zona hacía años. Había cambiado mucho desde entonces. Y, en algunos aspectos, nada en absoluto. Solo le habían hecho ampliaciones. Dudaba que eso hubiera mejorado algo, sólo había hecho que todo estuviera más congestionado y lleno de gente.

Se convirtió en un suburbio de modestas casas de dos pisos con jardines bien cuidados. Era el tipo de lugar en el que Jack nunca se hubiera imaginado vivir. El mantenimiento, ligado a las restricciones impuestas por alguna asociación de propietarios, no era el tipo de vida que quería.

Entonces, se le ocurrió una idea y se la dijo a Brett.

—¿Niños y familia?

Brett miró las casas a ambos lados de la calle y se tomó un momento para responder —No, que yo sepa. ¿Sería un problema?

Jack se encogió de hombros. —Depende de lo que planees hacer con ellos.

—Quitarles los teléfonos y meterlos en el baño, supongo.

—Nos verán.

—Hay formas de evitarlo.

—Está bien.

Continuaron su camino. Brett recorrió todo el vecindario. Había dos salidas y un parque que daba a una zona muy arbolada. En el peor de los casos, si tenían que salir corriendo, eso les proporcionaría algo de protección.

Volvieron a la casa de Ballard. Brett pasó por delante, giró a la derecha en el primer giro y aparcó el coche fuera de la vista de la otra calle. Salieron y caminaron hasta la casa.

Jack revisó la puerta. Estaba cerrada.

Brett sacó herramientas de su bolsillo y le tomó menos de quince segundos abrir la cerradura.

—Lo siento, —dijo. —Estoy un poco oxidado. No hay muchos robos en mi trabajo últimamente.

Al entrar en el vestíbulo, Jack se dio cuenta del problema de inmediato. Al parecer, Brett también lo hizo.

—Alguien estuvo aquí —dijo Brett en voz baja.

Jack asintió. Ya tenía su pistola en la mano y apuntaba hacia el pasillo.

Viajaron juntos, con Brett cubriendo su flanco. Cada sonido representaba una amenaza potencial, aunque la mayoría, podían atribuirse a los ruidos que hace una casa.

Llegaron a la gran sala y el sofá estaba volcado, una mesa estaba volcada y el televisor estaba destrozado.

Jack señaló la cocina. Una isla larga era lo único que la separaba del lugar donde se encontraban. Le indicó a Brett que fuera hacia la izquierda y él tomó la derecha.

Los dos hombres sincronizaron sus movimientos y se agacharon mientras se acercaban a la isla. Ambos aparecieron por la esquina al mismo tiempo apuntándose con las pistolas.

Pero ambos miraron al suelo.

Ante el cadáver de Joe Ballard.

—Mierda, —dijo Brett.

—Parece que alguien se nos adelantó, —dijo Jack.

—Tenemos que despejar la casa. —Brett se levantó y se dirigió hacia las escaleras. —Quédate aquí abajo.

Jack se quedó con Ballard mientras Brett subía las escaleras.

—¿Qué hiciste? —preguntó Jack sin esperar una respuesta.

El hombre tuvo que haber cometido un error para acabar muerto. No había duda de que había sido un trabajo de la agencia. Echó un vistazo a la destrucción que había en la otra habitación. Luego miró a la cocina. La pelea había terminado en la isla, pero el disparo había sido, obviamente, a corta distancia. Vio las marcas de quemaduras en la frente del tipo. Ballard había recibido la bala a quemarropa.

—Arriba está despejado, —dijo Brett mientras bajaba la escalera.

—Ven a mirar esto y dime qué ves, —dijo Jack.

—Bueno —dijo Brett mientras daba la vuelta por el otro extremo de la isla. —Veo a un tipo muerto. —Se arrodilló y miró la cabeza de Ballard. —A corta distancia. La explosión del cañón lo alcanzó.

—¿Y?

Brett se levantó. Miró la cocina, luego la sala de estar, luego miró a Jack y luego, nuevamente a la cocina.

—No hay señales de lucha aquí, —dijo Brett.

—Así es, —dijo Jack.

—Es como si alguien se le hubiera acercado, tal vez hubiera esperado a que se diera la vuelta y hubiera disparado. No se lo esperaba. Dios, todavía no había terminado de vestirse. Probablemente estaba allí, preparándose para preparar el café y el desayuno, cuando alguien se presentó en su puerta. Lo dejó entrar, quizá estaban hablando, y entonces, ¡zas!, estaba muerto.

Jack dijo: —Y luego, destrozan el lugar para que parezca que hubo una pelea. Un robo, tal vez.

—Plausible.

Jack revisó los bolsillos de Ballard. Encontró su teléfono celular y su billetera, que, luego de investigar, descubrió que estaban vacíos. Pero dejar atrás el teléfono había sido un error.

—¿Por qué? —dijo Jack.

—Hasta donde yo sé, yo era el único con el que trabajaba en esto. Ahora bien, no estoy seguro de si estaba a cargo de otras operaciones. No puedo imaginarme que lo estuviera.

—Eso sería demasiado para un solo hombre. ¿Tenía un equipo?

—Nunca lo dijo.

—¿Pareja?

—¿Un controlador? Lo dudo.

—¿Y estás seguro de que nunca trabajó en el campo?

Brett miró hacia abajo. —Míralo, Jack. ¿Terminaríamos tú o yo muertos de esta manera?

—Buen punto.

Brett asintió y no dijo nada.

—Eso nos deja una opción.

—¿Cuál?

—Saben que estoy vivo. Creen que les mintió. Ni siquiera le preguntaron al tipo al respecto. Fue una ejecución simple.

—Grupo duro.

Jack asintió. —Por supuesto. Así que hagamos todo lo posible para mantenernos fuera de su radar.

—Obviamente, ya es un poco tarde para eso —Brett hizo una pausa. —Él tenía las respuestas. Sabe cómo se originó todo esto. Ahora no tenemos nada. No hay pistas.

—Tengo su teléfono. Busca su computadora portátil y cualquier otra cosa que haya usado para trabajar. Apurémonos. Alguien podría estar mirando. Tenemos que salir de aquí.

CAPÍTULO 84

NEVERS, FRANCIA

El árbol no cubría mucho a Oso de la lluvia, pero no le importaba. Estaba a una cuadra de la dirección que le había dado la mujer. Fácilmente podría haber sido una trampa. Cada fibra de su ser le decía que se mantuviera alejado. Ir allí solo resultaría en su muerte.

Pero todo había sucedido tan rápido. La tensión en su voz, la frustración, el miedo... Parecían reales. Como si la mujer hubiera intentado lavarse las manos de todo lo que había sucedido al ofrecerle a Mandy.

Una ofrenda de paz.

Toma a tu niña y sal de nuestro país para siempre.

Y, mientras planeaba hacerlo, sus pensamientos seguían dirigiéndose hacia Kat. ¿Qué habían hecho con ella? Supuso que la habían matado antes de preparar el escenario para la muerte de Pierre.

Vaya plan, pensó. Traer de vuelta al hombre a bordo después de haberlo acosado durante meses. Pero que fuera una concesión de su parte, de esa manera disfrutaría un poco más de su poder. Incluso lo conectaría con su antiguo equipo. Eso era parte de la poca información que Pierre le había dado durante su viaje.

Su antigua segunda al mando, Laure Desault, una mujer que Oso había conocido años antes había dimitido y había permitido que Pierre retomara el control de su antiguo equipo. Ni siquiera el puesto que tenía cuando dejó la agencia.

Oso ya tenía su dirección. Y, después de tener a Mandy en un lugar seguro, iría tras Laure. Ella lo organizó todo, le había dicho dónde encontrar a Mandy, así que también sabría la ubicación de Kat.

Respiró más despacio, se despejó la cabeza y esperó bajo la lluvia durante otra hora. Tras las nubes oscuras, el sol se escondía en el oeste. Las farolas se encendieron y la lluvia que caía distorsionaba los conos de luz que éstas emitían.

Durante las horas que había estado observando, Oso había visto a unos niños entrar en la casa. Una mujer se fue y luego regresó. No había amenazas en la calle. Ningún rostro permaneció allí más de unos minutos y no vio ningún coche extraño aparcado cerca. Los tejados estaban despejados.

Manteniéndose en las sombras, hizo su movimiento. No había pensado en lo que diría cuando abrieran la puerta. O lo que le diría a su chica.

Mi niña.

Sonrió al pensarlo. El tiempo pasaba rápido. Ella estaba creciendo y pronto se independizaría. A partir de ese momento, no iba a ponerla en la posición de tener que volver a ser parte de una situación así.

—Una última vez —murmuró mientras miraba las nubes de lluvia. —Déjenme en paz esta última vez.

Se detuvo antes de llegar al rellano. Se apoyó contra el exterior y volvió a observar la calle y la acera durante cinco minutos más. Como todo iba bien, Oso reanudó la caminata. Solo le quedaban unos pocos metros.

Subió los escalones hasta el rellano y golpeó la puerta con sus gruesos nudillos.

Respondió un chico que parecía haber usado su cara para atacar a un dos por cuatro.

—¿Tus padres están en casa? —preguntó Oso en francés.

El chico asintió y salió corriendo. Un momento después, una mujer que parecía tener unos cincuenta años se acercó con cautela. Oso estaba acostumbrado a eso.

—Estoy buscando a mi hija.

La mujer se encogió de hombros.

—Su nombre es Mandy.

La mujer meneó la cabeza.

Oso sacó una foto. La mujer la miró y luego lo miró a él con los ojos entrecerrados.

—Ella estaba aquí. A ese muchacho que respondió, ella le hizo eso. Luego la jovencita huyó.

—¿Mandy hizo eso?

La mujer no respondió.

—Entonces debe haberlo merecido.

—Y otra cosa, ella no tenía nombre cuando llegó aquí. No sabía nada sobre sí misma. Empezamos a llamarla...

—Espera, ¿qué?

—Amnesia o lo que sea. No tenía idea de quién era ni de dónde venía. —Miró a Oso de arriba abajo. —Tiene sentido que sea de tu familia.

—¿Cuándo pasó eso?

—Durante la noche. Se fue antes del amanecer.

Oso dio un paso atrás, miró hacia la calle y se preguntó en qué dirección se había ido. A dónde se había ido.

—Necesito lo que sea…

La mujer cerró la puerta de golpe. Oso dio un paso adelante y golpeó. Nadie respondió. Entonces golpeó más fuerte, pero siguió sin respuesta. Oso golpeó la puerta dos veces y luego dio un paso atrás para patearla. Una ventana sobre él respondió. La mujer asomó la cabeza.

—Voy a llamar a la policía —le gritó. —Vete.

Con todo lo que pasó, lo último que necesitaba Oso era que la policía interviniera. Podrían entregarlo de nuevo a la DSGE y luego desaparecería.

Saltó de la escalera y regresó al lugar donde había tomado posición antes.

—¿Dónde estás, Mandy? —dijo.

No podía haber ido muy lejos sin identificación y, presumiblemente, sin dinero. ¿Pero por dónde?

Caminó de regreso hacia la casa, quedándose al otro lado de la calle. Cerró los ojos y respiró profundamente varias veces. Se imaginó a la niña atacando al niño —por una buena razón— y, luego, se imaginó lo que haría ella si fuera él.

Abrió los ojos y observó la calle en ambas direcciones. A su izquierda, estaba despejado y luminoso. Podía haber gente en la calle, incluso a altas horas de la madrugada.

A su derecha, entre las casas adosadas había callejones, lo que ofrecía un lugar oscuro, estrecho y abandonado.

Y esa era la dirección que habría tomado Oso. Había agudizado sus instintos lo suficiente como para saber que ella habría tomado el camino que le ofrecía la posibilidad de escapar y esconderse si alguien la perseguía.

Les mostró su fotografía a unos hombres que estaban escondidos bajo un toldo. La habían visto ese mismo día, a unos tres kilómetros de la carretera.

Oso corrió hacia su coche de alquiler y empezó a caminar por la calle. Se detuvo después de seis kilómetros, pensando que ella debería haber ido hasta allí. La lluvia paró. Dos mujeres estaban paradas frente a una puerta, fumando. Se acercó a ellas y les mostró la foto de Mandy.

La mujer mayor asintió y señaló hacia el otro lado de la calle.

—Nuestra familia es la dueña de ese restaurante. La envié allí hace una hora para que se calentara y comiera.

—Gracias, —dijo Oso mientras se giraba y corría a través de la calle.

Un coche frenó bruscamente y patinó sobre la calle mojada. Oso saltó hacia delante, perdiendo, por poco, la oportunidad de ser atropellado. El tipo bajó la ventanilla y gritó algo, pero Oso solo tuvo que mirar hacia atrás para que el conductor siguiera adelante.

Se detuvo frente a la puerta y vio su reflejo. La lluvia le había dejado el pelo suelto y su rostro cubierto de barba parecía hinchado.

Tenía la ropa empapada. Se pasó una mano por el pelo y abrió la puerta.

—Mandy, —gritó.

Varias personas se giraron para mirarlo, pero ninguna de ellas era ella.

En la barra, una melena de cabello rubio descansaba sobre el respaldo de un taburete.

—Mandy —dijo de nuevo, dirigiéndose hacia el bar.

La muchacha sentada allí no se movió.

Oso le puso la mano en el hombro y sintió que se ponía tensa. Luego, se estiró y le agarró la muñeca. Intentó torcerle el brazo, pero sólo consiguió darse la vuelta en el asiento.

—Mandy, mira, sé que tienes algunos problemas con tu memoria, pero mírame. Tienes que saber quién soy.

Ella parecía asustada. —Déjame ir.

Metió la mano en el bolsillo y sacó su foto. —Mira, llevo conmigo esta foto tuya. Vamos, niña, tú me conoces. Yo sé que me conoces. Tú sabes que me conoces. —Se inclinó hacia delante para que sus ojos estuvieran frente a frente.

Durante ese tiempo, un cliente que estaba observando el intercambio se levantó de su mesa y se acercó.

—¿Este hombre te molesta? —preguntó en francés.

Oso se volvió hacia el chico y le dijo: —Vete a la mierda.

El tipo retrocedió.

—Escucha, Mandy. Siempre te enseñé a atacar la mayor debilidad del oponente. Y siempre me preguntaste cuál es mi debilidad. ¿Recuerdas lo que te dije?

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas. Parpadeó y se le formaron dos hilillos en las mejillas. —No sé de qué estás hablando.

—Siempre dije que no tengo debilidades, así que no puedes derrotarme. —Hizo una pausa y se secó los ojos. —Pero eso no es verdad, niña. Tengo una debilidad, y es muy grande. Tú, Mandy. Eres mi mayor debilidad. Y, a pesar de eso, quiero seguir criándote y asegurarme de que llegues a la edad adulta.

La niña no dijo nada.

Pero el camarero lo hizo. Apuntó con una pistola a la cabeza de Oso y le dijo: —Retrocede.

Oso levantó sus manos a la altura del pecho, lo suficientemente cerca de su arma para poder alcanzarla, y dio un paso atrás.

—Escucha, —dijo. —Esta es mi niña. Tuvo un accidente y perdió la memoria. Pero es mía. Simplemente no se acuerda.

—Dejaremos que ella sea la jueza de eso.

—Te lo acabo de decir, ella no lo recuerda.

—Y yo sostengo el arma.

Yo también.

Oso retrocedió.

—Niña, ¿quién es este hombre?

Su voz le sonaba muy familiar, pero, seguramente, un hombre de tal estatura se registraría en la mente de la chica si lo conocía. Volvió a mirar al hombre detrás de la barra, ahora flanqueado por otros dos hombres armados, y sacudió la cabeza.

El hombre dijo: —Sal de aquí antes de que te matemos y te enterremos allá atrás.

El hombre corpulento dijo: —Mandy, no me rendiré contigo. —Dio un paso atrás hacia la puerta, se detuvo y señaló por encima del hombro de ella. —Volveré por ti. Puedes contar con eso.

—¡Sal de aquí! —gritó el tipo.

—Mandy —dijo desde la puerta abierta, por encima del ruido de los coches que pasaban por la carretera mojada. —Recuerda las lecciones que te he enseñado. Te mantendrán con vida.

Su voz sonaba en su cabeza. Docenas de frases que oía constantemente, como cuando el chico la atacó. ¿Por qué no podía recordarlo si había jugado un papel tan importante en su vida? Y allí estaba él, suplicándole, mientras tres hombres le apuntaban con sus armas y amenazaban con matarlo.

Soy su mayor debilidad.

—No te lo voy a decir otra vez, —dijo el hombre detrás de ella.

El hombre de la puerta la miró fijamente. Ella percibió su dolor, pero no sintió nada. Se dio la vuelta para marcharse. Una puerta se cerró. Su gran mano sostuvo la otra abierta mientras salía a la acera.

La chica sintió un ligero anhelo. Una sensación de que el hogar desaparecía.

—¡Espera! —Su voz cortó el aire húmedo.

Oso se dio la vuelta y volvió a entrar en el restaurante. Mandy corrió hacia él. Él extendió los brazos. Ella lo golpeó con la fuerza de un camión.

El hombre armado saltó sobre la barra y dijo: —¿Qué es esto? ¿Estás segura de que conoces a este hombre?

Mandy miró a Oso con lágrimas en los ojos y luego giró la cabeza. —Sí, lo sé. Es mi padre. Estaba enojada con él porque no me dejaba salir con unos amigos, así que me escapé. Estaba tratando de castigarlo.

Oso la tomó de la mano y la arrastró hasta la puerta. Era mejor salir mientras los hombres reflexionaban sobre sus palabras, que permitirles que la interrogaran más. Giraron a la izquierda en la siguiente esquina. Oso se detuvo después de otra media cuadra, agarró a la chica por los hombros y se inclinó.

—Qué manera de pensar con tanta rapidez, muchacha. Fue un momento excelente para que recuperaras la memoria.

Él notó que las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Señor, no tengo idea de quién es usted —dijo. —Pero su voz... escucho su voz todo el tiempo. Pequeños fragmentos de información. Lecciones, supongo.

—Mandy, eso es...

—¿Ese es mi nombre? ¿Mandy?

Él asintió.

—En esa casa me llamaban Madeline. Me pareció apropiado. Creo que ahora sé por qué.

Oso asintió nuevamente y no dijo nada.

—¿Quién eres tú? —preguntó ella.

—Riley Logan, aunque tú y la mayoría de la gente me llaman Oso.

Ella lo miró y le dijo: —Eso te queda bien.

Él se rio. —Claro que sí, muchacha.

Continuaron por la calle iluminada durante unas cuantas cuadras más, en silencio. Supuso que la niña tenía mucho que procesar. Con

suerte, algo de lo cual la llevaría a recuperar la memoria.

—¿Señor Oso?

—Sólo Oso.

—¿Oso?

—¿Sí?

—¿A dónde vamos?

—A una estación de tren.

—¿A dónde?

—París.

—¿Por qué París?

—Tengo que visitar a una vieja amiga.

CAPÍTULO 85

CIUDAD DE MÉXICO

Brett se quedó sobre la computadora de Ballard. Habían logrado ingresar al sistema de archivos, pero no había nada que pudiera ser de utilidad. Solo había un montón de carpetas vacías. Parecía posible que Ballard supiera que algo estaba pasando y hubiera logrado borrar todo lo que fuera importante.

—Danos algo que podamos usar, —le dijo a la computadora portátil.

—Tal vez hizo todo en una unidad USB, —dijo Jack.

—Así es como se hace la mayor parte de las cosas hoy en día. —Brett pulsó unas cuantas teclas más. —Pero supongo que habrá algunos restos en el sistema. Especialmente, con todas estas carpetas vacías.

—¿Qué tan segura es tu celda?

Brett sacó su teléfono. —No creo que la NSA pueda descifrar la conexión.

—¿Qué pasa si el otro extremo de la llamada tiene dudas?

—Les parecerá que estamos en Islamabad —Brett hizo girar el móvil en la palma de la mano. —¿A qué te refieres?

Jack se levantó, se acercó y le tendió la mano. —Tengo a alguien que puede ayudarnos con nuestro problema informático.

Brett le entregó el teléfono. Jack marcó el número de memoria. Dos timbres después, Brandon contestó.

Jack dijo: —Apuesto a que pensaste que nunca volverías a saber de mí.

—Mierda, ¿de verdad eres tú, hombre? ¿Qué demonios pasó? Escuché informes de que estabas frito hace más de dos semanas.

—Soy yo, y te ahorraré los detalles, salvo decir que quien esté detrás de esto tiene un mundo de odio y dolor en camino.

—Sí, bueno, he estado luchando contra matones de tres agencias a diario. Finalmente, ayer encontré una solución. Los he visto intentar interrumpir mi conexión todo el día sin suerte.

Jack le hizo un gesto con la cabeza a Brett y tapó el auricular. —¿Ves?, es la persona indicada.

Brett asintió.

—Entonces, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

—Un analista y agente de una agencia resultó muerto hoy. No fue culpa nuestra, pero logramos confiscar su computadora portátil. Logramos abrirla, pero no pudimos encontrar nada más que algunos fragmentos de video.

Brandon dijo: —Bueno, primero que nada, ¿con quién estas?

—Brett Taylor —dijo Jack. —¿Te suena el nombre?

—En un par de aspectos. ¿No se suponía que lo matarías hace algunos años?

—Sí.

—¿Y no es él el tipo que supuestamente te mató hace un par de semanas?

—Correcto.

—Hombre, vas a tener que tomarte un par de horas y explicarme esto cuando todo esté dicho y hecho.

—Lo haré, Brandon. Pero, por ahora, ¿puedes ayudarme con esta computadora?

—Claro que puedo —Brandon procedió a explicarles cómo conectar la computadora portátil a un túnel SSH seguro que él había creado. —La agencia puede manipular esa máquina como quiera. Ahora no podrán ver absolutamente nada.

Con la computadora conectada, la línea quedó en silencio mientras Brandon revisaba la laptop. Jack notó la preocupación en el rostro de Brett. Cuando captó la mirada del tipo, Jack asintió y le aseguró que podía confiar en Brandon. Siempre había dicho que había dos personas en las que confiaba en este mundo.

Oso y Clarissa.

En realidad, eran tres. Porque Brandon siempre lo respaldaba, solo que de una manera diferente. Pero si el tipo tuviera unos brazos y unas piernas que funcionaran bien, arriesgaría su vida si Jack se lo pidiera.

Como estaba haciéndolo ahora mismo. Si alguien rastreara la acción hasta Brandon, un equipo de asalto se pondría en camino de inmediato.

—Está bien, —dijo Brandon. —Puedo decirte que esto llevará un tiempo.

—Define un tiempo, —dijo Brett.

—Cuatro horas, más o menos.

—Es broma, ¿verdad?

—Lo que buscas está ahí, pero enterrado.

—Brandon —dijo Jack, —ahora no tenemos cuatro o cinco horas libres. Tenemos que ponernos en marcha.

—Sí, bueno, entonces te sugiero que comiences a moverte hacia la ciudad de Nueva York.

—¿Por qué?

—Porque por el contenido de este correo electrónico que estoy leyendo, parece que ahí es donde se encuentra tu hija Mia ahora mismo.

Jack cogió el teléfono de la cama. —Nunca te hablé de Mia, Brandon.

—Lo sé, y debo decir que me duele un poco que no hayas compartido algo así conmigo. Dejando eso de lado, puedo decirte que tu chico recibió un mensaje que dice claramente, la hija de Jack Noble, Mia.

—¿Fecha?

—Ayer. Le dice a Ballard que se quede quieto y que usarán a su hombre para ponerle fin a esto.

Brett se inclinó hacia delante. —¿Usaron algún nombre junto con 'su hombre'?

Jack supuso que se referían a Brett. —¿Y poner fin a qué?

Brandon dijo: —Ustedes van a tener que darme algo de tiempo para resolver todo eso.

Jack dijo: —¿Qué pasará con la computadora portátil cuando termines?

Brandon dijo: —Depende de ti, supongo.

—Tiene configuraciones para notificar a la agencia su ubicación, ¿verdad?

—Afirmativo.

—¿Qué tal si haces que se encienda su sistema de monitoreo tan pronto como hayas terminado con eso? Y, cuando digo "terminado", me refiero a que les plantes un montón de información basura que tendrán que analizar durante dos semanas antes de darse cuenta de que los han engañado.

Brandon se rio y dijo: —Lo tienes.

—Está bien. Nos vamos de aquí. Te llamaré en cuatro horas.

Quince minutos después, se incorporaban a la I-95 en dirección norte. Brett estaba al volante. Jack no perdía de vista el espejo retrovisor para ver si alguien los seguía, algo que era mucho más difícil de hacer en mitad de la noche.

—Entonces, ¿qué crees que salió mal?, —preguntó Brett.

—¿Con qué?

—Ballard recibe un mensaje para que se quede allí un día o dos más y me llama para terminar algo. Luego, termina muerto. Tiene que haber hecho algo, ¿no?

Jack pensó en ello mientras miraba las farolas que pasaban. Su luz anaranjada iluminaba la carretera interestatal, pero no lograba penetrar los espesos bosques que bordeaban la carretera. Entonces, lo comprendió.

—Sí, —dijo Jack, —hizo algo.

—¿Qué?

—Él mintió. Y tú también.

—Mierda. —Brett empezó a mirar los espejos.

—Saben que estoy vivo.

CAPÍTULO 86

I-95, NUEVA JERSEY

La ayuda llega en los momentos mas improbables. Como la llamda de un amigo, a las tres de la mañana, que vive a mas de seis mil kilómetros.

El teléfono que Sasha le había dado a Jack sonó por primera vez. Jack se preguntó si ella había descubierto algo o si la llamada era para saber cómo estaba.

—Estoy recibiendo algunos datos extraños aquí, Jack.

—¿Qué cosa?

—Hay una cuenta, dos de ellas, en realidad, que están vinculadas a ti.

—La de Mia —dijo Jack sin dudarlo.

—Es cierto, y por lo que puedo decir, son cuentas considerables.

—¿Y qué pasa con ellas?

—Alguien está intentando acceder a ellas.

—Necesitarían el permiso de Erin y mío —hizo una pausa, al darse cuenta del desliz. —Bueno, supongo que el mío, hasta que Mia sea mayor de edad.

—Estás muerto, Jack. ¿Recuerdas?

No dijo nada. No hacía falta. Sabía a dónde iba a parar esto.

—He investigado un poco más. Alguien ha presentado los documentos de custodia de Mia.

Jack no tuvo que preguntarle el nombre.

—John C. Merrick aparece en los documentos, —dijo. —Pero todavía no está aprobado, así que no sé qué están haciendo para intentar acceder a la cuenta.

Jack tenía una idea más clara de lo que estaba pasando. —Están intentando acceder a mi expediente ahora porque saben que estoy vivo. Supongo que van a presionar a sus abogados para que consigan que se apruebe rápidamente esta decisión sobre la custodia. Pero ¿cómo se enteraron? Dios mío, ¿crees que lo sabían desde el principio?

—Voy a presentar una orden judicial para detener esto, Jack. Y voy a congelar esas cuentas. ¿De acuerdo?

—Suena bien —hizo una pausa y luego añadió: —Una cosa más.

—¿Qué?

—¿Puedes indicarme su ubicación exacta?

—No puedo, y no estoy segura de poder usar ninguno de mis activos aquí para hacer eso por ti. Estamos tratando con un territorio oscuro.

—¿Qué pasa si te pongo en contacto con alguien que pueda hacerlo?

—Supongo que podemos intentarlo.

Jack le dio la información de Brandon y le dijo que estaría bien que Brandon se comunicara con él para darle los resultados, si es que recibía alguno.

Brett miró de reojo a Jack después de colgar. —¿De qué se trata todo eso?

Jack se volvió hacia la ventanilla, la bajó y dejó que el aire cálido lo bañara. Más allá de la neblina naranja se alzaba el bosque oscuro, la única constante en la carretera.

Se volvió hacia Brett y le dijo: —Paremos y tomemos un café.

El tipo se encogió de hombros, se dirigió al carril de la extrema derecha y tomó la siguiente salida. Dos minutos después, estaban estacionados frente a una tienda. Brett entró, mientras Jack se quedó atrás de guardia.

Brett regresó con dos tazas grandes de café. Puso una en el techo, abrió la puerta, tomó la segunda taza y se sentó en el asiento del conductor. Cuando se dio vuelta para entregarle el café a Jack, encontró una pistola apuntándole a la frente.

—¿Qué demonios, Jack?

—¿Cuánto te ofrecieron?

—¿Para qué? ¿Para matarte? —Brett miró a Jack y al arma. —Era una tarifa estándar. ¿Por qué crees que te dejé vivir?

Jack ignoró la sonrisa del tipo. —No, no por matarme.

Pocos hombres podían permanecer tan tranquilos como Brett en ese momento. Al igual que Jack, no era la primera vez que alguien le apuntaba con un arma. El hombre tenía opciones. Jack era consciente de ello y se mantuvo alerta por si Brett intentaba arrojarle el café.

—Tendrás que darme una pista aquí, —dijo Brett.

—Me estás llevando directo a ellos. Van a ganar miles de millones con esto. ¿Cuál es tu parte?

—Puedo asegurarte que estoy aquí solo por dos razones, y ambas se traducen en que te debo algo. Me perdonaste la vida hace años y, ahora, por mi culpa, Erin está muerta y tu hija está retenida por unos hombres muy peligrosos. Si puedo ayudarte a recuperarla, de alguna manera te lo habré compensado.

Jack consideró sus palabras, pero no dijo nada.

—Depende de ti si me crees o no. Pero te pido que tomes la decisión rápidamente, porque estas tazas de papel están empezando a quemarme los dedos y, cuando llegue el momento, me gustaría poder manejar mi arma correctamente.

Jack bajó la pistola unos centímetros y la movió hacia la derecha para que no apuntara a Brett.

—Si me mientes, —dijo Jack, —te mataré primero.

—No espero menos de ti. —Dejó las tazas en los portavasos de la consola central. —¿Qué sucede? ¿Qué has descubierto?

—¿Has oído alguna vez el nombre Thornton Walloway?

Brett levantó la vista y se encogió de hombros. —Refréscame la memoria.

—Multimillonario británico. Trabajó con criminales y luego con terroristas. Dottie Carlisle trabajó con la inteligencia británica e hizo algunas cosas por su cuenta. Así fue como la conocí. De todos modos, ella y Walloway se juntaron hace unos años. Ninguno tenía hijos. Walloway no tenía familia y Dottie solo tenía a su sobrina, Erin. Lo que convierte a Mia en su sobrina nieta. ¿Entiendes la idea?

—Mia es la heredera de la fortuna de Walloway.

—Así es.

—¿Podría todo esto haber sido un plan para conseguir ese dinero?

—El alcance de esto, por lo que has dicho y por lo que espero que nos diga Brandon, es demasiado grande como para atribuirlo todo a eso. ¿Por qué matar a tanta gente cuando lo único que necesitaban era a mí para obtener el pago? Creo que esto se remonta a esa primera reunión. Fue una maniobra para ponerle cara a un nombre. Cuando empezaron a investigar mi pasado, se encontraron con Erin y Mia, lo que los llevó a Dottie y Walloway, y alguien lo vio como una oportunidad.

—¿Quién?

—Están intentando obtener la custodia de Mia. El nombre que figura en los documentos es John Merrick.

—Lo que significa que estamos tratando con Butch Mónaco y el equipo que él armó. Eso prácticamente confirma que él mató a Ballard. Probablemente, pensaron que tú lo encontraste y lo delataste. ¿Por qué, anunciaría tu muerte cuando no es cierto?

Jack asintió mientras bebía un sorbo de café. —A menos que hayas sido tú. Por lo tanto, no dudo de que hayan visitado tu apartamento solo para cubrir todas las posibilidades. Probablemente, te fuiste de la ciudad en el momento adecuado. —Hizo una pausa. —En Johannesburgo, alguien me encontró minutos después de que saliera a la calle. Estaba tan desorientado en ese momento que lo único que pude hacer fue correr. Honestamente, tuve suerte de escapar con vida. Tuvo que ser alguien a quien enviaron. No puedo imaginarme que fuera Frank. Si me hubiera querido muerto, lo habría hecho en Nueva York, no habría desperdiciado recursos enviándome al otro extremo del mundo.

—Pero esa reunión que tuvieron —dijo Brett, —fue antes de que yo tuviera órdenes de eliminarte. Si querían que murieras, ¿por qué no hacerlo allí?

—No tiene sentido ¿verdad?

Brett asintió. —Enviaron al asesino de Erin. —Sus rasgos se ensombrecieron al recordar su estancia en Tenerife. —Maldita sea, lo vi, Jack. Lo vi en el vestíbulo de su hotel. No era alguien a quien conociera, pero tenía esa pinta. ¿Entiendes a qué me refiero?

Jack asintió y no dijo nada.

—En Sudáfrica, rara vez nos encontrábamos con los demás, pero siempre se notaba. De todos modos, él se sentó en el mismo asiento que yo había usado cuando estaba explorando el lugar. Me fui a hacer unos arreglos... —Hizo una pausa y miró hacia otro lado —Iba a llevar a Erin y Mia a alta mar para atraerte. Y cuando me fui para hacer eso, él debió haber comenzado a seguirlas.

Jack se tragó la ira que lo invadía. —Estabas haciendo tu trabajo, Brett. El mismo trabajo que yo hice decenas de veces antes. Sería hipócrita de mi parte culparte.

Brett no dijo nada y continuaron conduciendo en silencio durante unos minutos.

Jack relató los acontecimientos que lo llevaron a terminar en Sudáfrica, tanto para su propio beneficio como para el de Brett. Desde el extraño encuentro con quien él creía que era Mónaco, hasta el encuentro con Charles. El supuesto asesinato en Ítaca. Encontrar al hombre muerto en la casa. El equipo acercándose a él allí. Y luego, apareció Frank. Finalmente, recibió un disparo con un tranquilizante y luego despertó en Sudáfrica.

—¿Han estado trabajando uno contra el otro? —preguntó Jack. —¿O juntos? Y, si ese es el caso, ¿por qué enviarme tan lejos? Simplemente pudieron hacer el maldito trabajo y acabar con esto de una vez.

—Sabes que no confío en Skinner, —dijo Brett. —Pero, como me has explicado, no creo que te haya vendido. Parece que sabía lo que estaba pasando y estaba intentando alejarte lo más posible.

—¿Cómo supiste dónde estaba?

—Todo llegó a través de Ballard.

—Y, a menos que Brandon encuentre algo, nunca sabremos quién lo estaba informando.

Sonó el móvil de Jack. Era Brandon.

—Dime que encontraste algo —dijo Jack.

—Encontré muchas cosas, la mayoría irrelevantes. Pero llegaré a lo más importante, que está totalmente respaldado por la información que tu chica de Londres me acaba de pasar.

—Sé claro, hombre.

—¿Sabes dónde está el Hotel Excelsior en Nueva York?

—Calle 81 West, —dijo Jack. —Estuve allí hace unas semanas. Tuve un encontronazo con un par de encargados y uno de los hombres de mantenimiento.

—Espero que hayas quedado en buenos términos, porque ahí es donde está tu hija. Estoy cerca de localizar la habitación desde la que intentaron acceder a la cuenta.

Brandon dijo que devolvería la llamada tan pronto como lo tuviera y luego colgó.

—Ahora tienes la oportunidad de borrar tu culpa —le dijo Jack a Brett. —Upper West Side. Hotel Excelsior.

CAPÍTULO 87

PARÍS, FRANCIA

Oso localizó la casa de Laure con un poco de ayuda. La misma ayuda que lo puso en contacto con seguridad privada para Mandy. Mil dólares por dos hombres. No reembolsables. Rezó para que eso significara que eran muy buenos.

Sus instrucciones en caso de que no regresara antes de las diez de la noche fueron explícitas: llevar a la chica a un avión con destino a Heathrow y llamar a Sasha Kirby.

Después de todo, había sido ella quien le había dado la dirección de Laure y le había recomendado la empresa de seguridad.

También lo había puesto al tanto de todo lo que le había pasado a Jack. La culpa que sentía Oso era peor que la bilis que le subía por la garganta. Había desactivado el número que Jack siempre había usado para comunicarse con él. Había cortado la comunicación con el hombre. Su compañero. Uno de sus amigos más antiguos. El único que podía entender cómo pensaba, sentía y actuaba Oso.

Había presionado a Sasha para que le diera más detalles, como dónde estaba Jack ahora y si sabía quién estaba detrás de todo. Ella se había negado a responder, diciéndole a Oso que ya tenía suficiente por hacer en ese momento. Como de costumbre, lo que más habló fue lo que no había dicho.

La situación era grave y Sasha no había dicho nada más en un esfuerzo por proteger a Oso y a Mandy.

Sospechaba que tenía algo que ver con las fuerzas que habían ido por Pierre. Era posible que, incluso, estuvieran siguiendo a Oso y a Mandy cuando llegaron a Niza. Ésa era parte de la razón por la que tenía que llegar hasta Laure. Oso supuso que, como mínimo, ella tenía conocimiento de por qué habían asesinado a Pierre. Incluso, podría haber tenido algo que ver en ello.

Era tarde por la mañana cuando llegó al apartamento de ella. Se dirigió hacia el pasillo desierto, pasó por delante de la puerta y volvió a hacerlo en sentido inverso. En su tercera pasada, se detuvo y comprobó el pomo. Tal como esperaba, la puerta estaba cerrada con llave. Sacó un juego de ganzúas y abrió la puerta en quince segundos.

Se guardó las herramientas en el bolsillo y sacó la pistola por detrás de la espalda. Atravesó la puerta y se encontró cara a cara con Laure.

Ella estaba parada en el centro de la habitación con una toalla envuelta alrededor de su cuerpo desnudo. Su cabello estaba mojado y peinado hacia atrás. las gotas de agua resbalaban por sus suaves brazos y piernas.

Laure giró, dejó caer una pierna hacia atrás y se preparó para correr.

—¡No te muevas, carajo! —gritó Oso. —Te voy a abrir un agujero en la cabeza.

Se detuvo a unos cuantos metros de donde había estado parada. Levantó los brazos y la parte de atrás de su toalla se deslizó unos centímetros.

—Date la vuelta, —dijo.

Giró lentamente en un semicírculo, bajando un brazo para sostener la toalla. Oso no la detuvo.

—¿Qué quieres? —preguntó ella.

—Respuestas.

—Te devolví a tu chica. ¿Qué más necesitas saber?

Oso se acercó al sofá, movió los cojines y revisó las costuras. No había nada escondido allí. Le hizo un gesto con la pistola para que

se sentara.

—¿Qué más?, —dijo. —¿Qué tal si me respondes una pregunta? ¿Puedes hacerlo?

Ella asintió.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

Oso mantuvo la pistola apuntada a su pecho. —¿Por qué todo esto, Laure? ¿Por qué ir por Pierre en primer lugar? ¿Por qué eliminar a las chicas? ¿Encerrar a una en una celda al otro lado de la frontera en Alemania y trasladar a otra de un hospital a otro?

Él hizo una pausa para que ella respondiera, pero ella no dijo nada.

—¿Por qué matar a Pierre después de liberar a Kat?

—No teníamos elección. ¿No lo ves?

—¿Qué cosa?

—Conozco a Pierre desde hace más tiempo que tú. Crecí en la agencia bajo su dirección. Me enseñó todo lo que sé. Y, una de esas lecciones, fue que, si quería vivir, nunca debía cuestionar a mis superiores. Puede que no me guste lo que me pidan que haga, pero es mejor que lo haga.

Oso sacudió la cabeza. —Ese hombre desafiaba a la autoridad con regularidad.

—Y se negó a volver. Empezó a trabajar más de lo debido como freelance. Se metió en problemas.

—Está bien, Laure. Entonces ¿por qué? ¿Qué tenía de malo que mereciera morir?

—No lo sé. Nos dieron la orden. Apareciste en Niza y arruinaste el plan. Ya te estábamos siguiendo, pero solo para ver qué tramabas. Al principio, no parecía nada, pero encontraste a Pierre y no estábamos seguros.

—¿Por qué enviaste a Kat a Alemania si ya se había ido?

—Nunca se suponía que estuvieras allí. Y no sabíamos que Kat se había ido hasta que llegó el francotirador. Su reconocimiento indicó que ella no estaba allí. Tres días antes, el equipo que la tenía retenida se había ido. De alguna manera, ella logró escapar. Si no lo

hubiera hecho, el francotirador le habría metido una bala en la cabeza.

—¿Por qué? Es prácticamente una niña.

Laure miró hacia otro lado. —Ya lo sé. Pero ella ya llevaba un tiempo con él. Es probable que lo supiera.

—¿Dónde está ella ahora?

Laure lo miró fijamente por un momento antes de responder. —Ni idea.

Oso dio un paso adelante y le apuntó la pistola a la frente. —No es suficiente.

—No importa. En mi informe dije que hubo dos disparos. Uno para Pierre y otro para ella. —Lo miró. —No es que nuestro francotirador esté vivo para decir lo contrario.

—¿Y qué pasa con tu equipo? ¿No había nadie en la habitación contigo?

—Una persona. No quiere hablar.

—Los superiores.

—Exactamente.

—Una pregunta más y luego decidiré si vives o no.

La mayoría se habría rendido ante esa declaración. Laure se enderezó, con una expresión más desafiante que antes.

—Mandy —dijo Oso. —¿Por qué me dijiste dónde encontrarla?

—Ella no tuvo nada que ver con esto y, obviamente, tú fuiste mejor para ella que una familia de acogida. ¿Cómo está? ¿Ha recuperado la memoria?

Oso miró hacia la ventana y sacudió la cabeza. —Ella me conoce, pero no me conoce. Ya llegará el momento.

Se quedaron en silencio durante un minuto. El frigorífico zumbaba y, el ventilador que había apagado el sonido del frigorífico unos momentos antes, se apagó. Laure miró hacia una puerta cerrada, presumiblemente su dormitorio.

—¿Quieres vestirte?

Ella asintió y se inclinó hacia delante. Su mirada se desvió hacia la puerta otra vez. Parecía una leona, preparándose para atacar.

Oso dio un paso atrás.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe y un hombre salió corriendo, armado, gritándole a Oso que se tirara al piso.

Oso se dio la vuelta, disparó, y la bala atravesó el pecho desnudo del hombre. Él devolvió el fuego, pero había cambiado de puntería. Cuando el hombre cayó, dejó caer su pistola al suelo y se deslizó unos cuantos metros hacia el centro de la habitación.

Oso se volvió hacia Laure para evitar que fuera tras el arma.

No hay posibilidad de que eso suceda.

Ella yacía recostada en el sofá, con la sangre brotando de la herida de bala en el costado de su cabeza y sus ojos sin vida mirándolo fijamente.

—¿En qué demonios estabas pensando? —le gritó como si ella pudiera responder. —¿Por qué no me dijiste que estaba allí?

Caminó hacia el hombre que estaba en el suelo. El tipo intentó retroceder, pero no llegó muy lejos. La herida era grave, pero posiblemente sobreviviría.

—Estabas en la habitación con ella, ¿no? —dijo Oso. —Cuando ese francotirador mató a Pierre. ¿De quién vino la orden? ¿Eh? ¿Cuál de tus jefes la autorizó?

El tipo movió la boca como un pez fuera del agua hasta que logró hablar. —Laure. Laure lo hizo.

—Y ella pensó que nunca lo dirías.

—Ayuda...ayúdame.

Oso levantó la vista y vio una toalla en el suelo. Pasó por encima del hombre, la agarró y la envolvió alrededor de su cuello, apretándola hasta que el hombre se puso azul y ya no se defendió.

Tomó la toalla y limpió la puerta de entrada con ella. Al mirar los cadáveres, pensó en Pierre. Antes de salir del edificio, tiró la toalla en un armario de mantenimiento.

Media hora después, estaba en el hotel. Mandy sonrió al verlo regresar. Había forzado el gesto, pero era un comienzo. Con el tiempo, lo recordaría.

Tiró su ropa a la basura y luego se lavó. Después, pensó en despedir al equipo de seguridad, pero decidió que le quedaban unas horas y que bien podría aprovecharlas.

Oso llamó a Sasha.

Después de las formalidades, dijo: —Tengo entendido que hoy han asesinado a un agente de alto rango de la DSGE y a uno de sus subordinados. Los encontraron semidesnudos. Él la mató, pero no están seguros de quién apretó el gatillo. Sospechan de una aventura, y su exmarido es el principal sospechoso en este momento. Calculo que eso les da a los demás posibles sospechosos unas doce horas para salir del país.

—Por eso te llamo, —dijo Oso. —¿Puedes ayudarme con eso?

—Depende de a dónde quieras ir.

—Estaba pensando en Alemania.

Sasha hizo una pausa antes de responder. —No estoy segura de poder hacerlo, pero, si vienes aquí primero, puedo ayudarte con la documentación para los dos y luego puedes ir a donde quieras.

Oso abrió un poco la puerta. Mandy estaba sentada a la mesa, comiendo un sándwich. Lo miró y sonrió. Un poco menos distante. Un poco más genuina.

—En realidad, —dijo Oso, —no importa a dónde vaya, siempre y cuando ella esté a salvo.

—Entonces, ven a Londres y te llevaré a uno de los lugares más seguros que conozco. Mi familia tiene una finca al norte. Está llena de personal, pero nadie estará allí al menos durante los próximos tres meses. Puedes quedarte allí y dejar que esto se calme un poco. Tal vez la condición de Mandy mejore mientras estén allí.

Treinta minutos después, el equipo de seguridad los escoltó fuera de París hasta un aeropuerto privado, donde Sasha había organizado un Gulfstream para llevarlos a Londres.

Sasha los recibió en la pista. A última hora de la tarde, el trío había llegado a la finca, a unos sesenta kilómetros al oeste de Newcastle.

CAPÍTULO 88

CIUDAD DE NUEVA YORK

Brett dejó que Jack saliera del coche en la calle 77, en el extremo opuesto del Museo de Historia Natural. Los hombres llevaban puestos los equipos de comunicación que Brett había traído de su apartamento. También tenía un par de cambios de ropa. Los hombres eran más o menos del mismo tamaño. Jack llevaba pantalones cortos de deporte, una camiseta, un sombrero y gafas de sol. No era el mejor disfraz, pero serviría.

Los primeros rayos del sol matutino tiñeron la ciudad de tonos rojizos y anaranjados. Parecía limpia, fresca. Sabía que el día no sería así en absoluto.

Se dirigió hacia el norte por Columbus, mirando de un lado a otro en busca de los hombres de Mónaco. Cuando se acercaba a la 81, todavía no había visto a nadie. Mónaco se sentía seguro en su ubicación. ¿Quién vendría a buscar a un grupo de asesinos al hotel?

Para entonces, la agencia ya sabría de la muerte de Ballard y estaría buscando su computadora portátil. Si Brandon hacía bien su trabajo, estarían buscándola durante días, antes de encontrarla.

Se preguntó si Mónaco seguía en contacto con alguien de la agencia. Con su experiencia, podría haber permanecido en la nómina, incluso, si hubiera pasado a un segundo plano en la

mayoría de las operaciones en la actualidad. Era una leyenda en las operaciones clandestinas, según Brett. No era una exageración suponer que los líderes de hoy consultaran a un héroe del pasado. Eso beneficiaba a ambas partes. Cuando la mierda golpeó al ventilador para Mónaco, todo lo que tenía que hacer era pedir algunos favores.

No dejes que este sea uno de esos momentos.

Recorrió la cuadra que rodeaba el hotel, exploró los callejones y caminó por el parque. Todo ello, mientras se mantenía en contacto constante con Brett. No había ningún dispositivo de seguridad visible. No quería decir que no estuviera allí, sólo que no podía verlo.

—Está despejado, —dijo.

—Está bien —dijo Brett. —Te veré detrás del hotel, cerca de la sala de mantenimiento.

Jack entró al hotel por la entrada principal. El personal parecía cansado después de un largo turno nocturno, así que nadie se molestó en saludarlo. Caminó por el vestíbulo y pasó frente a los ascensores. Giró a la derecha en el primer pasillo que encontró, luego se detuvo frente a la sala de mantenimiento y llamó a la puerta.

Unos segundos después se abrió. Mancha de grasa lo miró fijamente.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Necesito tu ayuda.

—Ni lo pienses. Sal de aquí antes de que llame a la policía.

—¿Por qué razón?

El gran hombre de mantenimiento no dijo nada.

—Te voy a dar la oportunidad de que me ayudes a recuperar a mi hija. Está retenida aquí.

—¿Por qué debería importarme?

—¿Necesitas que te dé una razón? —Jack agarró la pistola detrás de la espalda con la mano derecha. —No lleguemos a ese punto, ¿vale?

Mancha de grasa se quedó allí como una montaña bloqueando la entrada. Miró a Jack, luego miró por encima del hombro y luego, de

nuevo a Jack. Ambas manos estaban fuera de la vista. Era fácil imaginar al tipo blandiendo un cortatubos o un bate de béisbol.

—¿Tu hija? —preguntó el tipo.

—Ella es sólo una niña, —dijo Jack. —Si tienes la más mínima idea de qué tipo de hombre soy, entonces probablemente puedas suponer qué tipo de hombres son ellos.

Mancha de grasa asintió y dio un paso atrás. —Usa lo que necesites.

La habitación zumbaba. El aire cálido estaba cargado de estática y olía a aceite.

Jack se dirigió al lado opuesto y abrió la puerta de salida. Brett estaba de pie en el rellano, con la pistola en la mano apoyada contra el muslo. Entró. Su mirada se dirigió al hombre corpulento que estaba al otro extremo de la habitación.

—¿Un amigo tuyo? —preguntó Brett.

Jack ignoró la pregunta. —¿Recibiste la llamada?

Brett asintió y le dijo a Jack el número de habitación que Brandon le había dado.

Jack lo condujo hasta Mancha de grasa y le dijo: —¿Tienes una llave maestra?

—¿Por qué? —preguntó el hombre.

—Porque necesito una.

—Podrían despedirme.

—No les permitiré que hagan eso, —dijo Jack. —Confía en mí.

El hombre metió la mano en el bolsillo y sacó una llave. La utilizó para abrir un cajón de su escritorio. Del cajón, sacó una tarjeta de plástico y se la entregó a Jack.

—Tráela de vuelta, —dijo Mancha de grasa.

Jack recogió algunos objetos de la sala de mantenimiento y luego salió al pasillo. Él y Brett tomaron el ascensor hasta el sexto piso, caminaron hasta el final del pasillo, tomaron nota de los números de las habitaciones y luego bajaron un tramo por las escaleras.

—Será a cinco habitaciones de aquí —dijo Jack. —A la izquierda. Yo abriré la puerta. Tú me cubres. Yo encerraré al primer tipo que vea y te diré la ubicación de los demás. ¿Entendido?

Brett asintió y se dirigió a la puerta del pasillo. Jack entró primero, con la pistola en la mano y escondida detrás de la cadera. De lo que no estaban seguros, era de si había varias habitaciones en uso. Ambos hombres tenían que permanecer muy atentos. Podría haber un tipo detrás de una de las puertas, un vigía, mirando hacia el pasillo en caso de que ocurriera un momento como ese.

—Deberíamos haberle pedido a tu amigo que buscara los registros de cada habitación, —susurró Brett.

Jack se encogió de hombros. Eso no importaba. Esos hombres eran más que capaces de usar identidades falsas. Para cuando revisaran eso, y las imágenes de las cámaras, la oportunidad podría haberse desperdiciado.

Se detuvieron frente a la puerta. Jack a la derecha, Brett a la izquierda. Ambos fuera del campo de visión de la mirilla. Jack deslizó la llave maestra por el lector electrónico. Al oír el clic de la cerradura, Brett se estiró, giró la manija y golpeó la puerta con el hombro. Jack entró por la abertura.

Un hombre estaba sentado en un par de calzoncillos al otro extremo de la habitación, comiendo cereales. Derramó el cuenco sobre sí mismo mientras intentaba levantarse. La leche le goteaba por el pecho y el estómago y le empapaba la ropa interior.

Jack corrió hacia el final del pequeño pasillo, con su pistola apuntando al hombre empapado en leche.

—Un tipo, justo enfrente. Es mío. El resto de la habitación está vacía. Revisa el baño.

Brett derribó la puerta del baño de una patada y comenzó a gritarle a alguien que se diera la vuelta y levantara las manos.

—No te muevas —le dijo Jack al tipo, que ahora estaba de pie con los brazos en alto. El tipo no dejaba de mirar hacia la cama. —¿Tienes algo ahí?

El hombre no dijo nada.

—¿Qué encontraste? —le gritó a Brett.

—Un tipo.

—Tráelo aquí y ponlo contra la pared. —Jack volvió a centrar su atención en el hombre. —¿Dónde está?

—¿Quién?

—Te voy a dar un pase porque no te dije las reglas. Si haces cualquier cosa, menos responder a mis preguntas con la verdad, te voy a causar un dolor inmensurable.

Brett apareció al lado de Jack. Se inclinó y susurró —Es él. Del hotel de Tenerife.

Jack asintió y miró al tipo que había estado en el baño. —Lo reconozco de Johannesburgo. El muy cabrón me disparó. Revisa la cama. Están escondiendo algo allí.

Brett tiró las almohadas y las sábanas. Volvió con una Glock, una billetera y un teléfono celular.

—¿Dónde está ella? —preguntó Jack.

—No sé de quién estás hablando, —dijo el chico sonriendo.

Jack dejó la pistola sobre la cama y se acercó al hombre. —¿Sabes quién soy?

Él asintió. —Tengo una idea.

—Entonces sabes por qué estoy aquí. En este momento, te encuentras en una situación terrible. Lo mejor para ti sería que me dijeras lo que quiero saber.

El tipo no dijo nada, que era más o menos lo que Jack esperaba. Parecía que el hombre todavía podría estar en la CIA. Su relación con Mónaco indicaba que le habían entrenado para mantener la boca cerrada en todas las circunstancias.

Jack le asestó un golpe en el plexo solar. No había hecho mucho para golpearlo. No hacía falta. El hombre se inclinó hacia delante mientras intentaba tomar una bocanada de aire. Jack lo empujó hacia atrás y el tipo rebotó en la mesa y cayó en la silla en la que estaba sentado. El tipo que estaba contra la pared miró hacia atrás. Brett se abalanzó hacia delante y le dio un codazo en la columna vertebral.

— ¿Dónde está ella? —gritó Jack.

El rostro del hombre estaba rojo oscuro. A pesar de eso, levantó el dedo medio.

Jack extendió la mano y agarró el dedo extendido. Luego sacó un par de alicates de corte de alambre de gran calibre de su bolsillo.

—¿Dónde? —preguntó Jack.

El hombre no dijo nada.

Jack abrió la herramienta. Las afiladas hojas de dos centímetros de largo estaban muy separadas.

—Dime qué hiciste con ella —dijo Jack.

El tipo intentó respirar hondo, pero no dijo nada. Podría haber gruñido o haber forzado la palabra.

Jack le dio un codazo en la nariz al tipo y luego giró hasta que le atrapó el brazo entre el torso y el brazo superior. Levantó las tenazas hasta el segundo nudillo del dedo medio del hombre.

—Última oportunidad.

—Que te jodan.

Jack apretó las empuñaduras acolchadas de goma. Le tomó un par de golpes más completar el trabajo, ya que no quería un corte limpio entre el nudillo y el hueso. La mayor parte del dedo del tipo cayó sobre la mesa y la sangre brotó del muñón. Brett había amortiguado al hombre con una almohada. Sus gritos eran apenas audibles.

—¿Quieres más? —dijo Jack.

—Ah, Jesús —gimió el hombre mientras miraba su dedo sin vida sobre la mesa.

Jack agarró la muñeca del tipo y extendió el brazo nuevamente. Colocó las hojas del alicate cerca de la base del dedo índice del tipo. Presionó con la suficiente fuerza para romper la piel y se detuvo en el hueso.

—¿Listo para decírmelo?

—Para, —dijo el tipo. —Para y te lo diré.

—Entonces hazlo —dijo Jack.

—Se la llevaron, hombre. Me dijeron que me quedara aquí un día o dos más.

—¿Quién se la llevó?

El hombre meneó la cabeza y no dijo nada. Brett le dio un revés con el dorso de la mano.

Jack clavó los alicates y el hueso se quebró. El hombre gritó.

—Butch —dijo. —Butch se la llevó.

—¿A dónde?

—No sé.

Jack apretó de nuevo, moviéndose hacia arriba y hacia abajo mientras lo hacía. El dedo chasqueó. Jack le dio otro tirón y luego lo soltó. El dedo colgaba de la mano del tipo por un hilo de piel.

—¡Dios mío! ¡Carolina del Sur! Butch tiene una casa allí. Quizá la llevó allí.

Jack miró a Brett y asintió. Luego tomó una sábana del suelo y le arrojó un extremo al hombre. El tipo se la envolvió en la mano sangrante.

—¿CIA?, —le preguntó Jack al tipo.

Él asintió.

—¿Activo?

—Sí. Actividades especiales.

—¿Has estado en Tenerife?

El tipo apretó la mandíbula y no dijo nada.

—Esa mujer que mataste, la madre de la niña. —Jack se secó la frente y extendió la mano izquierda. —Ella era especial para mí.

Brett colocó su pistola en la mano de Jack. En la boca del cañón había un silenciador.

Jack dijo: —Si tuviera más tiempo, recibirías un trato especial.

—Te dije dónde está la chica, tío —dijo el tipo. —Déjame tranquilo. No se lo diré a Butch ni a nadie.

—Así es —dijo Jack. —No lo harás.

Levantó la pistola y deslizó el dedo detrás del guardamonte. Las súplicas del hombre no fueron escuchadas. Jack apretó y disparó una bala en el centro de la frente del tipo. El hombre se desplomó en la silla, deslizándose sobre el asiento acolchado cubierto de leche.

—¿Y qué pasa con él? —preguntó Brett, señalando con la barbilla al hombre que estaba de cara a la pared.

Jack le devolvió la pistola a Brett. —Tuvo la oportunidad y no dijo nada. Mátalo.

Brett le metió dos balazos en la nuca al hombre. Luego, abrió la cartera que había encontrado en la cama y sacó el documento de identidad. La foto coincidía con la del tipo al que Jack había interrogado.

—Su nombre es Jared Akers, —dijo Brett.

—No —dijo Jack. —Su nombre *era* Jared Akers.

CAPÍTULO 89

CIUDAD DE NUEVA YORK

Salieron de la habitación y bajaron las escaleras hacia el primer piso. Mancha de grasa miró dos veces a los dos hombres que entraban a su oficina.

—¿Qué diablos pasó allí arriba? —preguntó.

—No tenían lo que yo buscaba—, dijo Jack.

Mancha de grasa señaló un lavabo. —Será mejor que se quiten esa porquería. Después de que Jack y Brett se enjuagaron, el hombretón dijo: —Vengan conmigo.

Los condujo al sótano, a una pequeña habitación con múltiples monitores.

—Señales de seguridad, —dijo. —¿Cómo es?

Jack buscó una billetera que no estaba allí. —Me quitaron todo lo que tenía hace unas semanas.

Se centraron en tres pantallas mientras Mancha de grasa avanzaba hacia atrás en el metraje.

—Listo —dijo Jack. —Congela eso.

La imagen en la pantalla era de dos hombres y Mia. La identidad de uno de ellos se reveló de inmediato: Butch Mónaco. El otro, estaba oculto a la vista. Retrocedieron un poco y encontraron lo mismo en cada punto por donde el trío pasaba frente a la cámara.

—La había visto antes, —dijo Mancha de grasa. —Hombre, si lo hubiera sabido, habría hecho algo al respecto.

—No es un problema por el que debes preocuparte, —dijo Jack.

—Tengo cinco hijas, hombre. Yo lo habría convertido en mi problema, —señaló la pantalla. —Tienen unas dos horas de ventaja sobre ti.

Pasaron otros diez minutos revisando las imágenes de todas las cámaras al mismo tiempo, pero no pudieron determinar la identidad del segundo hombre.

—¿Sabes hacia dónde se dirigían? —preguntó el hombre.

—Posiblemente a Carolina del Sur. Tenemos personal de inteligencia que también está buscando. Nos ayudarán.

—No te preocupes por la escena en la habitación, —dijo. —Voy a deshacerme del cuerpo en el horno. Está lo suficientemente caliente como para reducirlo a cenizas. No preguntes cómo lo sé. Además, voy a conseguir un equipo para limpiar la habitación. No quedará ni un rastro. El mejor equipo forense del país no sería capaz de averiguarlo.

Jack y Brett le dieron las gracias al hombre y salieron de la habitación, encontraron la escalera y llegaron al vestíbulo. Cuando llegaron a la puerta principal, una voz retumbante los llamó desde atrás.

—¡Espera!

Jack se giró y vio a Mancha de grasa de pie junto a los ascensores, con las manos en las rodillas, como si hubiera bajado las escaleras de cuatro en cuatro y corrido el resto del trayecto.

—¿Qué pasa?

—Ya atrapé al otro tipo.

Corrieron de vuelta a la habitación del sótano. Jack llegó primero. El tipo había congelado la imagen en la pantalla principal y la había ampliado. Jack conocía bien la cara.

Frank Skinner.

Los hombres tardaron menos de cinco minutos en llegar al coche y otros quince minutos en salir de Manhattan. Dos horas después, estaban a las afueras de DC.

Jack había estado trabajando en los teléfonos, llamando a Brandon y a Sasha. Los puso al día con los acontecimientos de la mañana, pero omitió la información sobre Frank. Ya saldría a la luz, con el tiempo. Si era posible, quería enfrentarse al hombre.

No tenía ningún sentido.

Jack quería saber cómo, por qué y cuándo se había involucrado. Tenía a Jack en ese aeródromo. Podría haberlo matado en ese momento. En lugar de eso, lo envió a Sudáfrica. ¿Por qué meterse en todos esos problemas?

Brandon les dijo que no había encontrado nada más útil en la computadora portátil y que la había vuelto a poner a transmitir la señal. La cargó con un montón de información falsa que haría que la policía de la agencia siguiera una pista tras otra.

Lo que Brandon había logrado encontrar indicaba que Ballard estaba involucrado en la planificación de la operación, pero no era parte del plan para robar el dinero de Mia. Era peligroso para el plan general. Cuando tenían algo que merecía la pena hacer, lo hacían. Nadie sabía si lo habían aprobado o no. Jack sabía que nunca lo descubrirían, así que dejó de preocuparse por eso.

Ni Brandon ni Sasha habían logrado rastrear a los hombres y a Mia después de que abandonaron el hotel. Había sido una suerte que encontraran la señal original. Sus teléfonos, como los de Brett, eran lo suficientemente seguros como para eliminar todos los intentos de localizarlos.

Por ahora, tenían que esperar hasta el próximo intento de obtener la custodia y la herencia de Mia. Ya habían metido la pata una vez y lo volverían a hacer.

Al entrar en la ciudad, Jack esperaba que hubieran tomado la decisión correcta. Si Mónaco y Frank habían llevado a Mia a Carolina del Sur, ahora tenían una ventaja considerable sobre Jack y Brett. Volar no era una opción, a menos que pudieran conseguir un avión privado en cualquier momento. Cuando se le pasó por la cabeza esa idea, decidió que era una opción que debían tomar. Estaban en el territorio de Brett, así que el tipo se puso en contacto con un amigo y, en veinte minutos, tenían un vuelo en espera.

Se detuvieron cerca de la sede del SIS. El lugar siempre había parecido desierto. Ahora parecía condenado. La entrada principal al edificio estaba cubierta de madera contrachapada, ademas del resto de las ventanas. Ninguna de las oficinas estaba en uso y la recepción nunca estaba atendida. Todo era por las apariencias. Era un edificio de oficinas típico de Washington DC.

—Sigue adelante y da una vuelta alrededor del bloque, —dijo Jack.

Cuando pasaron por la entrada del callejón lateral, Jack vio que estaba cerrada. Y no por la puerta de seguridad que daba a la parte trasera, sino que el callejón estaba bloqueado con cinco capas de paredes de hormigón.

—¿Se movieron?, —preguntó Brett mientras se detenía y agarraba su teléfono celular.

Jack salió a la acera y cruzó la calle. Saltó los muros de la casa y llegó a la puerta trasera. Habían colgado carteles de "Prohibido el paso". Se levantó de un salto y miró hacia allí, pero no vio nada. De camino al coche, llamó a Brandon.

—Dime qué está pasando con el SIS, —dijo Jack.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Brandon.

—Estoy parado afuera de su cuartel general y ya no existe. ¿Dónde están ahora?

—Debería preguntar por qué, pero no lo haré. Así que dame un minuto.

Jack se quedó de pie en las sombras del edificio, frente a Brett y el coche. Era tarde por la mañana y ya hacía más de treinta grados, y la humedad no aliviaba la situación. Se secó el sudor de la frente antes de que se acumulara y le entrara en los ojos.

—No sé si han subido un nivel en la autorización de seguridad, pero a mí me parece que el SIS ya no existe. De hecho, cuando cotejo mi última lista conocida, sólo hay un hombre en pie.

—Desollador.

—Lo tienes. ¿Quieres decirme qué significa?

—No. —Jack vio a Brett salir del coche. La expresión del rostro del tipo le indicó que Brett había llegado a la misma conclusión. —

Haz lo que puedas para encontrarlo, Brandon. ¿Puedes hacer eso por mí?

—Lo tienes.

Jack terminó la llamada y cruzó la calle, deteniéndose en el medio para dejar pasar una miniván.

—Ya no existen, —dijo Brett. —El SIS ha sido disuelto.

Jack asintió mientras pasaba hacia el lado del pasajero. —No sólo eso. Frank es el último hombre que queda en pie del grupo.

—No es ninguna sorpresa. Verlo en el video con Mónaco lo coloca justo en el medio de todo.

—Pero ¿desde el principio? —Jack no podía dejar pasar por alto lo que había sucedido en Ítaca. —Me salvó y luego me envió a otro lugar. Si el objetivo era matarme, ¿por qué no hacerlo entonces?

—No estoy seguro, Jack.

—Frank sabía lo que estaba pasando. Alguien le había avisado, o él había descubierto información. O, tal vez, simplemente lo averiguó todo cuando sus agentes empezaron a morir. Quizá, después de no poder salvarme, decidió vender su alma a Mónaco.

—¿Qué podía ofrecer? Si lo que dices es cierto, entonces Skinner ya tenía la soga alrededor del cuello. Todo lo que Mónaco tenía que hacer era tirar de ella y el tipo ya era historia.

Jack inclinó la cabeza hacia atrás y miró fijamente el techo del coche. Podrían ir y venir durante días y no averiguarlo nunca. —Supongo que tendremos que encontrarlo y preguntarle, ¿no?

Pasaron por delante del edificio de apartamentos de Brett. No podían entrar. Había agentes apostados en las esquinas que rodeaban el edificio y las entradas. Continuaron sin rumbo mientras esperaban que les devolvieran las llamadas.

Finalmente, llegó una. Sasha.

—Jack, tengo buenas y malas noticias.

—Golpéame con cosas malas.

—Alguien está presionando mucho para que se apruebe esta audiencia y parece que van camino de obtener la custodia. Estoy tratando de bloquearla, pero, hasta ahora, no lo estoy logrando. No puedo decir de dónde, pero parece que tienen a alguien trabajando para ellos. Supongo que sería un soborno considerable. Después de

todo, pueden ganar un par de miles de millones aquí. No puedo decir cuánto tiempo tienes. ¿Un día? ¿Quizás dos?

—A menos que hagamos todo lo posible y revelemos que todavía estoy vivo.

—Esa podría ser la única opción, pero deberíamos esperar hasta el último minuto.

—Tienes razón. ¿Y cuál es la buena noticia?

—Hemos localizado el lugar de su última transmisión.

Jack transmitió las coordenadas que le había dado Sasha. Brett las introdujo y esperó a que el programa de mapeo respondiera.

Cuando lo vio, Brett dijo: —Dios mío, Jack. ¿Te das cuenta de dónde está eso?

Jack miró el mapa. Para él, parecía una calle cualquiera en Washington, DC. Una zona con muchos negocios y residencias dentro de grandes edificios. Cientos, tal vez miles de negocios en una zona pequeña.

Brett dijo: —Esa es la ubicación de uno de los edificios de la División de Actividades Especiales. En el que yo trabajaba. El problema es que ahora se supone que está en desuso.

—¿Sí? Bueno, quizá deberíamos ir a verlo por nosotros mismos.

CAPÍTULO 90

WASHINGTON, D.C

Nada parecía fuera de lugar cuando pasaron por el edificio. No había seguridad visible. No había ningún mostrador atendido por un empleado. Cuando entraron, vieron un montón de placas en la pared que indicaban qué negocio estaba ubicado en qué oficina. Jack se preguntó si alguna de ellas era una entidad real.

—Los primeros cuatro niveles no eran más que oficinas vacías, —dijo Brett mientras estudiaba las placas con los nombres. —Siempre estuvieron ahí, era una forma de hacer que el lugar pareciera legítimo, aunque cualquiera que estuviera más informado sabía la verdad. Todo sucedía en el piso superior. Si alguien todavía trabaja aquí, supongo que es ahí donde está.

El ascensor estaba fuera de servicio. Brett los guió hasta la escalera y les explicó que no se podía llegar directamente desde el nivel principal al piso superior. Era necesario cambiar de ascensor o de escalera.

Unos minutos después, llegaron al último rellano. De la pared sobresalían unos cables. Brett dijo que ahí era donde empezaba la seguridad, empezando por un lector de tarjetas magnéticas.

Sin el dispositivo, la puerta se abrió sin problemas. Jack sacó su pistola y Brett llevaba la HK MP5, que encontró en el Excelsior, atada

al pecho. Apuntó hacia adelante mientras salía al pasillo.

La alfombra y la pintura, de un gris apagado, recorrían todo el edificio. Había cinco puertas espaciadas uniformemente de un extremo al otro.

—Todos van al mismo lugar, —dijo Brett. —Más allá de esa pared hay una habitación bastante abierta. Paredes de cristal, en su mayor parte. En las esquinas que dan al exterior están las habitaciones para los VIP. Son privadas. Al igual que la sala de instrucciones y disciplina. Está en el otro extremo, en la esquina contra esta pared. Supongo que es allí donde la tendrán, si están aquí.

—¿Por qué puerta debemos entrar?

Brett parecía estar buscando en un almacén de imágenes mentales, recordando la posición de cada escritorio, cubículo, impresora, cafetera y otros obstáculos.

—Son todas bastante abiertas, Jack. No voy a mentir. Seremos vulnerables cuando atravesemos esas puertas. Si fuera yo, tendría tres armas posicionadas entre cada una de las puertas con órdenes de disparar primero. Pero, considerando con lo que están lidiando, probablemente lo estén manteniendo lo más en secreto posible. Además, creen que no podemos rastrearlos aquí. Ya sabes, tal vez solo llegamos a Nueva York por Ballard. Vieron que la computadora portátil estaba comprometida, así que vinieron corriendo.

—Mónaco conoce este lugar tan bien como tú.

Brett se encogió de hombros. —Supongo. Este no es el único edificio sin marcar de la ciudad. Ni del país. —Brett miró hacia el pasillo. —Afortunadamente para nosotros, parece que todos los sistemas de seguridad fueron desmantelados. Probablemente, podríamos esperar aquí hasta que salgan y tenderles una emboscada.

—No —dijo Jack. —En cuanto tengan el control sobre Mia y su dinero, ella estará muerta. No la necesitarán. Tenemos que pasar a la ofensiva. Tenemos que atacar.

—Entonces hagámoslo.

Los hombres formularon su plan y entraron por la puerta más cercana, lo que los colocó más lejos de donde Brett sospechaba que Mia estaba retenida.

Había unas cuantas filas de luces fluorescentes encendidas, pero, aparte de eso, la luz del sol, que se filtraba a través de las ventanas tintadas, iluminaba la habitación. Era evidente que hacía tiempo que no limpiaban la alfombra. La habitación olía a patatas fritas rancias.

Se habían desmantelado las filas de cubículos, dejando en su lugar los rieles en el suelo y los escritorios modulares. Esto les permitía ver claramente toda la habitación, y también permitía que cualquier persona que estuviera del otro lado pudiera verlos claramente.

Pero no vieron a nadie.

Brett señaló la oficina de la esquina. Ambos hombres se inclinaron y usaron las sillas y los escritorios como protección mientras se dirigían a la puerta. Mientras que las otras oficinas estaban rodeadas de vidrio, ésta estaba revestida de paneles de yeso. Jack se preguntó si serían paneles de yeso a prueba de balas. Tenía sentido, considerando a algunos de los hombres que habían ocupado el edificio de vez en cuando. En su mayoría, eran analistas. Los tiradores rara vez pasaban tiempo en el lugar. Tenían oficinas esparcidas por otras instalaciones. No era frecuente que los equipos se reunieran, y, aún menos frecuente, que se mezclaran con individuos de otros equipos.

Jack alargó la mano hacia la manija, pero no estaba cerrada con llave. La abrió un poco. Brett se asomó y le hizo una señal clara a Jack y abrió la puerta de golpe. Ambos hombres entraron corriendo, con las armas escrutándose delante de sus ojos.

La habitación estaba vacía.

Era una caja vacía. No había escritorio, ni mesa, ni sillas. Solo una ventana que daba al callejón trasero y a la parte superior del edificio que había detrás.

—Entonces, ¿por el pasillo o nos arriesgamos a atravesar la habitación?, —preguntó Brett.

—El salón parece la opción más lógica, —dijo Jack. —A menos que nos encontremos con un equipo allí. En ese caso, estamos muertos.

—Entonces, ¿atravesamos la habitación?

—Vamos a hacerlo.

Salieron, se mantuvieron agachados y trabajaron en tándem hasta llegar a la mitad del camino. Allí, se detuvieron por un momento. El edificio no tenía aire acondicionado y ambos hombres estaban empapados en sudor.

La habitación silenciosa no ofrecía pistas sobre si había alguien allí, así que continuaron avanzando lentamente, usando los escritorios como protección.

Brett se detuvo, levantó la mano y la cerró en un puño.

Jack se acercó y susurró: —¿Qué pasa?

Brett señaló un cable delgado que corría por lo que solía ser un pasillo.

—¿Crees que es un explosivo? —preguntó Jack.

—Supongo que se trata de una alarma silenciosa —Brett miró por encima del hombro. —Alguien está monitoreando. Y ahora me preocupa que hayamos activado una de estas sin saberlo. Tal vez cuando abrimos la puerta de la oficina. Podría haber sido desde adentro, ya sabes, como las trampas que colocamos en nuestras propias puertas, solo que esta está conectada a un sistema.

—Es plausible. El lugar todavía tiene electricidad, aunque no haya aire acondicionado.

Brett sonrió. —Ten cuidado a partir de ahora. Puedo estar equivocado sobre la función del cable trampa.

Después de cinco sudorosos minutos, lograron despejar el piso y llegar a la otra oficina. Esta vez, la puerta estaba cerrada y ambos hombres presionaron sus oídos contra la pared. No escucharon nada.

—No podemos esperar, —dijo Jack.

Brett asintió. —Cúbreme.

El tipo dio un paso atrás y abrió la puerta de una patada. La puerta giró y se estrelló contra la pared. Brett rodó hacia la derecha, fuera de la vista de la abertura, lo que, probablemente, no importaría si alguien comenzaba a disparar.

Pero nadie lo hizo.

Jack dobló la esquina y entró en la habitación. Se agachó y miró debajo del escritorio, luego se levantó y lo apartó de una patada. Salvo que estaba amueblado, era igual que la otra oficina.

Vacía.

—Mierda —dijo Jack. —No están aquí. Debería haber confiado en mi instinto y haberme ido a Carolina del Sur.

—Teníamos que aclararlo, Jack, después de la información que nos proporcionó Sasha.

Jack pasó junto a él y salió de la oficina.

—El avión está a sólo veinte minutos en coche desde aquí, —dijo Brett. —Estaremos en el aire en menos de cuarenta minutos si salimos ahora.

Se dirigieron hacia la puerta, conscientes del camino que tomaban. No había nadie en el edificio, pero eso no significaba que no les hubieran tendido una trampa. Un paso en falso podría alertar a un escuadrón de asesinos y Jack y Brett pagarían con sus vidas.

Jack agarró el pomo, lo giró y se detuvo. Se oyó un ruido débil, suave y agudo, procedente de algún lugar cercano.

—¿Oyes eso? —preguntó.

Brett asintió y miró hacia arriba.

Ambos se giraron hacia la sala que Brett había dicho que había sido designada para reuniones informativas y disciplina.

—Es ella —Jack pasó corriendo junto a Brett.

—Espera, —gritó Brett.

—¡Mia! —gritó Jack.

La vocecita se hizo más fuerte. Sus gritos apagados de "Jack" eran claros.

—No abras la puerta, Jack.

Jack agarró el pomo y sintió una mano en el hombro. Brett lo tiró hacia atrás.

—Espera un momento o volarás el techo de este lugar.

Jack dio un paso atrás y miró hacia abajo. Había cuatro cables que salían de la habitación: dos debajo de la alfombra, uno a lo largo de la pared y el último en el suelo.

—No era un cable trampa, —dijo Brett. —Este lugar está preparado para explotar si se abre esa puerta.

CAPÍTULO 91

WASHINGTON, D.C

—Espera, Mia—, dijo Jack, con su mejilla presionada contra la puerta.

Brett siguió cada cable hasta donde llegaba. Todos desaparecían en el suelo o detrás de las paredes.

—Alguien planeó esto bien, —dijo Brett.

—O se aprovechó de lo que alguien ya había hecho, —dijo Jack.

Brett se encogió de hombros mientras pensaba en ello. —De todas formas, no la metería allí sin ninguna manera de sacarla. Ella es su boleto de fortuna. Tienen que mantenerla con vida por un tiempo. Incluso, si planeaban matarla, tenía que parecer natural. Yo diría que explotar en un antiguo edificio de oficinas secretas de la CIA no califica.

—Seguro que hay una manera, pero eso no nos ayuda. —Jack miró hacia el falso techo. Se dio la vuelta y caminó hacia un escritorio. —Voy a subir y pasar por encima.

Arrastraron dos escritorios y colocaron uno contra la pared. Luego, apilaron el otro encima, Jack trepó y tiró una placa del techo.

—No hay mucho espacio, —dijo mientras asomaba la cabeza. —Maldita sea, está amurallado hasta el techo.

—Dios, ya te lo dije, esa habitación se usaba para disciplinar. Supongo que pensaron que podría usarse para detener a alguien, así que la encerraron allí.

Jack bajó de un salto. —Vamos a revisar el otro lado.

Movieron los escritorios, los apilaron uno sobre otro y Jack subió. Apartó una baldosa y metió la cabeza por la abertura cuadrada. Una vez más, descubrió que la pared se extendía hasta el techo.

—¿Tal vez hay algún acceso al techo? —preguntó después de saltar hacia abajo.

Brett negó con la cabeza. —Lo dudo. ¿Por qué tapiar la habitación hasta el techo si sólo es para permitir que alguien entre y salga?

—Puedo pensar en algunas razones, pero ninguna tiene sentido en el marco de los planes de la agencia en este caso.

Se quedaron allí, mirando los cables que sobresalían de la pared.

—¿Crees que es a prueba de balas? —preguntó Jack.

—Hay una forma de averiguarlo, pero probablemente no sea la mejor idea.

Tenía razón. Podían tirar a Mia al suelo, pero una bala desviada podría acabar con su vida. No valía la pena correr el riesgo.

En cambio, Jack pateó la pared. Cedió y se quebró un poco, pero eso fue todo. No se iba a romper.

—El dispositivo, si es que hay uno, está en el interior. —Brett se arrodilló e inspeccionó por dónde entraban los cables. —Esto podría ser viejo. Puede que no tenga nada que ver con esto. La dejaron aquí, así que apuesto a que no tenían pensado que los encontrarían.

—Entonces sólo queda una cosa por hacer.

Brett se deslizó fuera del camino de Jack mientras este volaba hacia adelante con una patada que aterrizó a centímetros del picaporte. La puerta se inclinó hacia adentro, pero la cerradura resistió. Jack pateó otra vez y la puerta se abrió de golpe. La habitación no explotó.

En el centro de la habitación había una mesa de madera con cuatro sillas debajo. Miró más allá y vio a Mia, en un rincón, acurrucada con los brazos alrededor de las piernas y la cara hundida en las rodillas.

—Mia, —dijo Jack.

Ella no levantó la mirada.

—Soy yo, Mia. Jack.

Ella lloró suavemente cuando él se acercó. Él se arrodilló y le pasó la mano por el cabello.

—¿Te hicieron daño? —preguntó.

Ella miró hacia arriba con sus grandes ojos azules, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Mataron a mi mamá, —dijo.

Jack asintió. —Lo sé, Mia. Lo sé.

Brett dijo: —Jack, tenemos que sacarla de aquí. Conozco a unos tipos que podemos poner a vigilar el edificio. Llevémosla a un lugar seguro.

Jack levantó a Mia y ella se aferró a su costado izquierdo. Él sostenía su pistola en su mano derecha. Brett los dejó salir y luego revisó debajo de la mesa para ver si habían dejado algún objeto.

—Salgo enseguida, —dijo Brett.

Jack siguió avanzando hacia la primera puerta del pasillo. A unos cuantos metros de ella, la puerta se alejó de él. Aturdido, se detuvo.

Lo mismo hizo el hombre que estaba al otro lado cuando vio a Jack cargando a Mia. El tipo se apresuró a buscar su pistola enfundada.

Jack podría haberle dicho al tipo que se detuviera, o se congelara, o se agachara o levantara las manos.

No lo hizo.

El arma se disparó y la bala impactó en la frente del hombre, entre sus ojos. Cayó de rodillas y luego se desplomó hacia adelante.

Brett pasó corriendo junto a Jack, pasó por encima del cuerpo y entró en el pasillo con la MP5 preparada. El pasillo debía estar libre de peligro, porque se dio la vuelta y miró el cuerpo, mientras la pregunta de quién era el muerto se formaba en su boca.

—Mónaco, —dijo Jack.

CAPÍTULO 92

VIRGINIA DEL NORTE

Salieron de la ciudad con Mia en el asiento trasero. Ella se quedó dormida antes de llegar a la autopista. Sin un refugio al que ir, entraron en un estacionamiento y ambos hombres comenzaron a trabajar con sus teléfonos. Ni Sasha ni Brandon tenían información sobre Frank.

Brett, sin embargo, tuvo mejor suerte.

—Nunca creerás esto, —dijo.

—¿Qué cosa?

—La agencia absorbió a Frank. No sólo eso, sino que lo pusieron a cargo de las Actividades Especiales del SOG.

—Hijo de puta, hizo un trato.

—Lo más probable es que sí, y ahora es intocable.

—No es mi caso.

—Sí, Jack. Jesús, tienes a Mia. Has puesto fin a su intento de llevársela y robarle su dinero. Creo que tienes que dejarlo pasar.

Jack miró a su hija, todavía durmiendo en el asiento trasero.

—¿Lo harías? —preguntó.

—¿En serio? No, pero sería inteligente. Si intentas hacerlo ahora, sabrán que eres tú.

Jack metió la mano en el bolsillo y envolvió con ella el teléfono móvil que le había arrebatado a Mónaco. El único que tenía respuestas ahora era Frank. Y Jack estaba decidido a sacarle las respuestas al hombre. El móvil ya había sonado dos veces, presumiblemente, porque habían fijado horarios para comunicarse y Mónaco estaba desaparecido.

No pasaría mucho tiempo hasta que Frank visitara el edificio abandonado.

O enviara un equipo.

Ante la posibilidad de que Frank estuviera rastreando el dispositivo, Jack lo apagó. Aunque pensó que también la agencia pudiera rastrearlo, en cierto modo, lo acogió con agrado.

—Entonces, ¿qué pasa ahora, Jack?

Miró a Brett. —Supongo que ya no tienes que hacer nada, pero me pregunto si tus credenciales profesionales están arruinadas ahora.

Brett se rio. —La mayoría nunca se enterará de esto. De hecho, creo que la mayoría de los que lo han oído ya están muertos. Con la disolución del SIS, y el despido de algunos de los principales operadores de operaciones encubiertas, supongo que han dejado todo en suspenso. Han seguido adelante. ¿Sabes?

Jack lo haría. Supuso. Podría seguir adelante y nunca se darían cuenta de que estaba vivo. Pero había un problema con eso. Mia. Para proteger a la niña, tenía que estar al descubierto, al menos, hasta que se encargara de ella.

—Tengo una propuesta —dijo Brett.

—Estoy escuchando.

—He estado pensando en ampliar mi negocio. Tal vez contratar a un socio. Sé que tú y Oso prácticamente han tomado caminos separados, al menos, en los negocios. Así que, si estás interesado, te ofrezco oficialmente la oportunidad.

Esa vida nunca abandonaría a Jack. Él lo sabía. Pero tenía que hacer un esfuerzo para dejarla. Al menos, por un tiempo.

—Te lo agradezco, —dijo, mirando a Mia. —Pero por ahora tengo que pasar.

—¿En serio vas a jugar a ser papá con ella?

Se encogió de hombros. —No sé si seré el mejor padre, pero, hasta que la tenga acomodada, tengo que hacer lo que sea mejor para ella.

—¿Quizás después, entonces? —Brett extendió su mano.

Jack se acercó y dijo: —Nunca diré nunca, así que, tal vez.

Un Jeep Wrangler rojo entró en el estacionamiento, encendió sus luces altas y se detuvo.

—Ese es mi vehículo. —Brett le entregó a Jack las llaves del auto y un papel. —Toma el auto. En el papel está mi teléfono seguro, mi cuenta de correo electrónico y mi terminal de mensajería. Puedes contactarme en cualquier momento para hablar sobre la oportunidad de negocios, o por cualquier otro motivo.

Jack asintió mientras Brett pasaba a su lado. Se preguntó si volverían a cruzarse. Si así fuera, esperaba que no fuera porque uno de ellos tenía órdenes de matar al otro. El Jeep se alejó.

Quedarse en el estacionamiento parecía una mala idea, así que Jack se metió en el auto y encendió el motor. Mia se movió en el asiento trasero.

—¿Jack?

—¿Sí?

—¿A dónde vamos?

—Algún lugar seguro por unos días.

Revisó la guantera. Brett había dejado un fajo de billetes y una pistola de repuesto.

Jack salió del estacionamiento y se dirigió al oeste. Se detuvo en el siguiente centro comercial que encontró. Dentro de la tienda de artículos generales, compró una carpa y algunos otros suministros para acampar. Dos horas después, tenía un lugar en un parque estatal en las afueras de Charlottesville, Virginia.

Quería quedarse allí con Mia durante un mes.

Pero eso no podría suceder.

Había cosas de las que todavía tenía que ocuparse.

CAPÍTULO 93

WASHINGTON, D.C

Simple, pero efectivo. Así fue como Beck había vendido el plan a todos los involucrados. Con la información privilegiada que Paolo y Hood habían proporcionado, obtener acceso al complejo sería cien veces más fácil. Sabían la ubicación de los guardias y conocían los canales de comunicación utilizados para alertar al personal interno. Habían comenzado a vigilar a los guardias armados del perímetro exterior, tomando nota de los horarios de cambio y de cuándo nuevos centinelas vendrían del complejo para relevar a los que habían estado de servicio.

Según Beck, era el momento oportuno para atacar. El complejo estaría en su punto más débil. Los guardias apostados en las entradas estarían esperando que los que estaban afuera regresaran de sus turnos. No estarían tan atentos cuando el FBI y el Servicio Secreto, vestidos como los guardias armados de Charles se acercaran con pleno conocimiento de la disposición del complejo y los procedimientos de entrada.

Cuando se levantó la sesión, Howell le dio un golpecito en el hombro a Clarissa. Cuando ella miró hacia atrás, él asintió y señaló hacia el pasillo. Ella se levantó y lo siguió hasta la escalera, donde ya no podían oírla.

—Harris es muy sucio, pero no puedo demostrarlo, —dijo Howell.

Clarissa echó un vistazo a la sala de reuniones. Harris estaba de pie fuera de la sala, con el brazo apoyado en el marco de la puerta y una taza de café en la otra mano. Shelton estaba de pie, junto a él, con los brazos cruzados y entablando una conversación con el detective.

—Y ahora sabe nuestros planes. —El pulso de Clarissa se aceleró al pensar en la traición.

—Es por eso por lo que les sugiero que lo detengan.

Clarissa captó la mirada de Beck y le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Qué pasa? —preguntó Beck.

—Harris, —dijo Howell. —No tengo suficientes pruebas para que expulsen a ese tipo del Departamento de Policía de Nueva York o lo metan en la cárcel, pero puedo decirte que su relación con Charles va mucho más allá de la de informante. Después de todo, Charles ya superó esa etapa. No tiene sentido reunirse con él si no hay algún tipo de intercambio.

Beck miró al techo como si allí estuviera la respuesta.

Howell metió la mano en el bolsillo y sacó un dispositivo más pequeño que un teléfono móvil. —Es un detector de metales. Si se lo pasas por delante, y si lleva un dispositivo de grabación encima, se encenderá. Pero, Beck, escúchame. Será mejor que puedas detenerlo hasta que hayamos terminado con todo esto.

—No irá a ninguna parte. —Beck tomó el dispositivo y se dirigió hacia Shelton y Harris.

La mirada que compartieron los agentes del FBI le dijo a Clarissa que estaban más que convencidos por lo que habían descubierto.

El tiempo parecía ralentizarse. El respiradero de arriba expulsaba aire frío y viciado y enfriaba el sudor que le había brotado de la frente.

Harris tenía mucho que perder. Y cuando los hombres estaban en esa posición, Clarissa sabía que podían reaccionar de manera impredecible. Armado, el detective podría optar por suicidarse, después de eliminar a tantos como pudiera.

—Detective —dijo Beck. —¿Alguna palabra antes de irse?

Shelton tomó eso como una señal y retrocedió unos cuantos metros. Beck extendió la mano como si quisiera estrecharle la mano a Harris, pero, en lugar de eso, agitó el dispositivo frente al tipo. El dispositivo sonó cerca del pecho de Harris. El detective retrocedió hacia la pared, con los brazos extendidos a los costados. A partir de ahí, podía ir en cualquier dirección.

Clarissa tomó su pistola y Howell hizo lo mismo.

—¿Qué diablos está pasando aquí?, —preguntó Harris.

—¿Qué tienes en el bolsillo de tu camisa? —preguntó Beck.

Clarissa y Howell avanzaron. Shelton se había posicionado al otro lado de Harris. El detective estaba inmovilizado. No había adónde correr, a menos que lograra atravesar algunas paredes. Y con paneles de yeso a prueba de balas, eso no sería demasiado efectivo.

Harris agarró su camisa.

Clarissa y Howell se detuvieron y sacaron sus armas de fuego. La expresión del rostro de Harris cuando giró la cabeza hacia ellos no era clara. ¿Pánico? ¿Miedo? Y si era miedo, ¿por qué? ¿Porque sabía que lo habían descubierto?

—Mira, —dijo Harris. —No hay nada ahí.

Beck agarró la camisa de Harris con ambas manos y tiró de ella hacia afuera. Los botones volaron y rebotaron en el duro suelo. Y, pegada al pecho del detective, justo sobre el corazón, había una pequeña caja negra.

—¿Eso ha estado transmitiendo? —preguntó Beck.

Shelton intervino y desarmó al detective.

Harris no dijo nada. El pánico y el miedo habían desaparecido. Tenía las mejillas rojas, los labios apretados, las fosas nasales dilatadas y las cejas arqueadas hacia la nariz.

Beck arrancó el dispositivo del pecho de Harris y se lo arrojó a Clarissa. —Llévaselo a Miriam y haz que ella descubra sus capacidades.

Esposaron a Harris cuando pasó. Podía ver en sus ojos que él sabía que ella había sido la que cuestionó sus motivos. Él había sido el que envió a los hombres a Washington para atacarla. Ella se tragó la ira y continuó hacia los ascensores.

Una hora después, Beck llamó a la puerta de su oficina.

—Miriam acaba de enviarme un correo electrónico, —dijo.

—¿Cuál es el veredicto?

—Si hubieran grabado toda la reunión —dijo ella, mirando hacia otro lado, —nos habríamos metido en una trampa si no lo hubiéramos investigado.

Beck se sentó en una silla. Un rastro de su loción para después de afeitarse llegó hasta ella. Se inclinó hacia delante y apoyó el brazo sobre el borde del escritorio.

—Las cosas son así, —dijo. —Ya has visto de primera mano cómo puede suceder. El dinero y el poder corrompen. Estoy seguro de que Harris es sólo la punta del iceberg. ¿Quién sabe cuántos están en la nómina de DeCosta? Policías. Jueces. Políticos. —Volvió a mirar hacia el pasillo vacío. —Agentes federales.

Ella miró por encima de su hombro. No era la primera vez que consideraba la posibilidad de que alguien del Servicio Secreto pudiera ser delatado. Se había sometido a una serie de pruebas psicológicas, en parte para determinar si era susceptible de hacerlo. Cada cinco años tendría que pasar por eso otra vez. Si se quedaba con ellos tanto tiempo.

—El dispositivo no tenía capacidad de transmisión, —dijo Clarissa.

—Ya lo sospechaba. Lo habría adivinado por la protección que tenemos alrededor del lugar. Cualquier información que intentara transmitir habría fallado. Seguro que se ha desmentido.

—¿Crees que conoce a alguien allí dentro?

Beck le hizo un gesto. —Lo dudo. Probablemente ya esté al tanto de las precauciones que se han tomado. Eso es todo.

Se lamió los labios y tragó saliva con fuerza. —¿Preguntaste sobre…

—¿Los hombres que te atacaron? —Hizo una pausa y esperó a que ella asintiera. —No quiso hablar, pero tú y yo sabemos que tuvo algo que ver con eso. En algún momento, intercambiará información y se la sacaremos. Aunque sea para retirar algunos cargos en su contra y obtener los nombres de los atacantes a cambio.

Beck se levantó para marcharse pero se detuvo en la puerta. —Tú y yo lideraremos el allanamiento a la oficina de DeCosta en

Manhattan. Nos marcharemos temprano, así que asegúrate de descansar un poco esta noche.

Forzó una sonrisa. El descanso no había sido fácil en las últimas noches. Tal vez, nunca volvería a serlo. No mientras hiciera equipo con Beck.

CAPÍTULO 94

WASHINGTON, D.C

La parte más difícil fue encontrar un lugar para Mia y, más difícil aún, fue que no lo había logrado. Así que Jack la trajo de vuelta a la ciudad.

¿Fue la mejor decisión?

No.

Pero la situación no podía prolongarse más. Ya tenía todo preparado. Sasha había volado esa mañana y estaba previsto que se reuniera con ellos pronto. Se llevaría a Mia.

Brandon se había colado en el teléfono que Jack había tomado de Mónaco y ahora hacía que pareciera que estaba en el edificio sin marcar de la agencia, en el lado oeste de DC.

Había encendido el teléfono hacía unas horas e hizo un par de llamadas a números falsos. Funcionó, porque después de la segunda llamada, Frank llamó.

Jack lo ignoró.

Demasiado pronto.

Pero no para Brandon. Estaba tan concentrado en la señal de Frank que podía saber cuándo el tipo se bajaba los pantalones hasta los tobillos para cagar.

El otro teléfono móvil que Jack tenía en el coche sonó. Lo tomo y contestó mientras miraba a Mia. Ella estaba sentada en el asiento trasero, coloreando, con los auriculares puestos y escuchando una mezcla de CD para niños que él había comprado cuando compró el equipo de acampada.

Brandon dijo: —Jack, se está moviendo. Pasó de su piso al estacionamiento.

—Está bien. Avísame cuando se acerque a la calle. Estaré a la espera.

Hubo una larga pausa. La respiración sibilante de Brandon se apoderó de la línea. El tipo tenía problemas con la humedad. Fuera donde fuese que se hubiera mudado, Jack supuso que era en algún lugar de la costa este. Tal vez, un poco más al sur de Pensilvania, donde había vivido cuando su casa se incendió.

—Está bien, se está moviendo. Se acerca a la calle.

Un Cadillac apareció por el callejón lateral y Frank se sentó detrás del volante. Miró si venía tráfico en dirección contraria, luego arrancó, cruzó la calle y se alejó de Jack.

—Lo tengo, —dijo Jack. —Voy a seguirlo, pero quédate en la linea. Tú serás mi guardia, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

Durante diez minutos, Brandon repitió los turnos de Frank mientras continuaba hacia el oeste, saliendo de la ciudad y entrando en Virginia. Sasha llamó por teléfono. Jack la ignoró. Tenía que hacerlo. Al menos, hasta que hubieran determinado el destino de Frank.

El hombre continuó su camino hacia el interior del país. ¿Sabía que Jack lo estaba siguiendo? Cuando Frank giró hacia un camino de tierra, Jack solo pudo suponerlo.

Esta era su única oportunidad y estaba a punto de desperdiciarla.

Jack miró por el espejo y confirmó que Mia tenía el cinturón de seguridad abrochado. Luego, pisó el acelerador, giró y condujo hacia el Cadillac de Frank.

Se encendieron las luces de freno rojas y Jack chocó con el lado derecho y giró el otro coche para ponerlo en paralelo. Saltó del

coche y apuntó con la pistola a la puerta de Frank, pero el tipo no estaba a la vista.

Jack abrió la puerta. La maniobra había causado una sacudida tan fuerte que Frank se abalanzó hacia delante y se golpeó el puente de la nariz contra el volante. La sangre brotó del corte y de las fosas nasales. Su rostro ya había empezado a hincharse.

—Levántate y ponte de rodillas, —dijo Jack. —Pon las manos donde pueda verlas.

—Jack, ¿qué diablos?

—Ni lo intentes, Frank. Sé lo que hiciste.

—Te salvé la vida, maldita sea. Más veces de las que te imaginas.

—Cállate. Sal del coche y ponte de rodillas, con los tobillos cruzados y las manos detrás de la cabeza.

Frank salió tambaleándose del coche. Su cara golpeó el suelo y la sangre se mezcló con él y formó grumos oscuros.

Jack mantuvo la distancia. Nunca dejó de apuntar. El camino que tenía detrás era rural, pero eso no significaba que estuviera desierto. Tenía que permanecer alerta. Si Frank hubiera esperado esto, habría un equipo cerca.

—Escúchame —dijo Frank mientras se enderezaba y extendía los brazos.

—No, escúchame tú. Te vi en las imágenes del Excelsior. Te vi con Mónaco y Mia. ¿Cuánto tiempo llevas involucrado en esto?

—Estaba tratando de asegurarme de que no le hicieran daño, Jack.

—¿Dejándola en una caja dentro de un edificio sin aire acondicionado? ¿Enviando a Mónaco de vuelta allí solo? Me vendiste, hijo de puta. ¿Todo empezó después de que me enviaras a Sudáfrica a morir, o fue antes?

—Maldita sea, no, Jack. Te envié a Sudáfrica para protegerte.

—Entonces, ¿cómo es que me desperté prácticamente desnudo en el gueto? Y, cinco minutos después de salir, un hombre armado me estaba persiguiendo.

—No fui yo. Sí, ordené que te sedaran, porque sabía que de lo contrario no lo harías. —Frank echó la cabeza hacia atrás, tosió y

escupió sangre hacia un lado. —Había un tipo allí. Conoció al equipo, pero lo habían convertido. No sé cómo, pero lo habían convertido.

—Él no me mató, entonces ¿quién lo convirtió?

—Merrick, eso es lo mejor que puedo decir.

—¿Te refieres a Mónaco?

—No —Frank se limpió la sangre del labio superior con la manga. —Me refiero a Merrick.

—Son lo mismo ¿no?

—¿Qué?

Jack resistió el impulso de patear a Frank. —¿Qué estás diciendo?

—Eran primos y se parecen entre sí.

—¿Sabes qué? No importa. Mónaco está muerto y, si ese tal Merrick aparece, correrá la misma suerte.

—No lo hará. También está muerto. Lo enterramos en Carolina del Sur.

Jack recordó las palas y la tierra seca. Habían estado allí al menos una semana. Frank había estado involucrado más de unos días. O podría haberlo estado desde el principio.

—Esto no tiene sentido. ¿Por qué, Frank? ¿Para quién diablos has estado trabajando?

—Me tenían agarrado por las pelotas. Habían matado a todo mi equipo. A todos los agentes activos. El SIS ya no existía. Pensaron que podría tener algo sucio, algo que pudieran usar. Así que, en lugar de matarme, Mónaco me retuvo. Sabía lo de Mia, así que se lo dije. Pensé... pensé que estabas muerto. Acabábamos de descubrir que te habían atrapado en Sudáfrica. Juro que pensé que estarías a salvo allí. Era Merrick. Se las habían arreglado para convertir a uno de mis últimos hombres restantes. —Sacudió la cabeza y cerró los ojos. —Y ya tenían a Mia. No tardaron mucho en encontrar al resto.

—Me encontré con ese tipo en Manhattan. ¿Por qué no me mató entonces?

La mirada vacía en el rostro de Frank le dijo a Jack que no tenía respuesta.

—Y a Mia, —dijo Jack. —Ibas a dejarla morir.

—No, te lo prometo. No lo iba a hacer.

—¿Cómo llegaste a este nuevo trabajo?

—Era parte del trato: yo recibiría una pequeña parte del dinero y el resto se guardaría en una cuenta que se liberaría dentro de cinco años. Mientras tanto, yo dirigiría el SOG y haría lo que dijera Mónaco.

—Así que él te controlaba.

Frank bajó la cabeza y sonó derrotado cuando dijo: —Sí.

—¿Por cuánto tiempo?

Frank levantó la vista. —Años, Jack. Años. Mónaco participó en la creación del SIS.

—Cuéntame otra vez cómo ibas a mantener con vida a Mia.

Frank no dijo nada.

—¿Quieres verlo venir?

Frank levantó la vista y volvió a escupir, esta vez a los pies de Jack. La sangre le salpicó los zapatos. —Vas a tener que mirarme a los ojos, Jack.

—Eso no es un problema.

Se adelantó y apuntó con el arma a la cabeza de Frank. A Jack no le molestaba mirar fijamente a los ojos a un hombre muerto, pero Frank no podía soportarlo. Cerró los ojos, aparentemente decidido a aceptar el hecho de que este era el final.

Jack metió el dedo por el guardamonte y contó en silencio desde cinco.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno.

—¿Jack?

No podía apretar el gatillo. No delante de Mia. Ella ya había visto a su madre asesinada. Jack había vengado esa muerte. Pero eso no tenía nada que ver con Frank. Incluso, si lo tuviera, no podía exponer a la niña a otro asesinato.

—Vuelve al auto, —gritó Jack.

—Por favor, no le dispares:, —dijo.

Frank abrió los ojos. Jack no estaba seguro de si las lágrimas que manchaban las mejillas del tipo eran por sus heridas o por la

creencia de que podría sobrevivir.

—Mia, te dije que volvieras al auto.

La niña lloró.

Jack dio un paso atrás y bajó la pistola. —Esto no ha terminado, Frank.

Pero así era. Él lo sabía. Frank también. Acercarse lo suficiente al hombre para darle el golpe sería casi imposible.

—No olvidaré esto, —gritó Frank.

Si esto fue algo bueno o malo, sólo el tiempo lo dirá.

Dos horas después, esperaban en el estacionamiento de un centro comercial en Hagerstown, Maryland. Jack pensó que eso los alejaba lo suficiente de DC por el momento. Sasha llegó en un auto alquilado. Corrió hacia Jack y lo abrazó. Sus lágrimas se sentían frías contra sus mejillas.

Ella dio un paso atrás, secándose las lágrimas de los ojos, teniendo cuidado de no mancharse el delineador.

—Entonces, ¿esto se acabó? —preguntó ella. —¿Volverán a Londres y me dejarán protegerlos a los dos por un tiempo?

Jack miró hacia otro lado mientras respiraba profundamente. —Esto aún no ha terminado. No para mí.

—Jack, no puedes enfrentarte a Frank ahora. Será una sentencia de muerte. Ni siquiera yo podré protegerte si lo haces.

—Ya terminé con Frank. Él recibirá lo suyo a su debido tiempo. Tal vez por mi mano. Lo más probable es que sea por algún espía de la CIA.

—Entonces, ¿qué es lo que necesitas hacer?

—Comencemos con el motivo por el que estás aquí. Necesito que te lleves a Mia. Vas a ir hacia el oeste por la interestatal, luego tomar la I-81. Ve hacia el sur hasta llegar a Lexington, Virginia. Busca una habitación de hotel allí.

—Está bien, pero ¿no crees que sería mejor que la llevara de regreso a Londres?

—Si no tienes noticias mías en cuarenta y ocho horas, entonces sí, llévala a casa. Críala como a tu hija y asegúrate de que tenga la vida que se merece.

Sasha dio un paso adelante y bajó la voz: —¿A dónde vas?

—A visitar a un viejo amigo en Nueva York.

CAPÍTULO 95

CIUDAD DE NUEVA YORK

Nadie tenía idea de lo que estaba a punto de suceder. Ni Charles DeCosta. Ni sus hombres en el complejo de Queens. Ni los miles de civiles que vagaban por las calles.

Ni siquiera la policía de Nueva York.

Serían los últimos en enterarse. En cuanto se diera la señal de inicio, se avisaría a las fuerzas del orden locales.

Clarissa y Beck estaban sentados en una camioneta negra sin ventanas, monitoreando una docena de transmisiones y conversaciones. Los tres equipos finales se estaban posicionando en Queens. Una vez que estuvieran en su lugar, ella y Beck organizarían a su equipo y comenzarían a ascender por el edificio.

¿Cómo reaccionaría cuando viera al hombre que le había causado tanto dolor físico y angustia mental? Podría decirse que su vida sería muy diferente si no se hubiera cruzado con Charles DeCosta. Pero ¿podría detenerse allí? ¿No sería diferente su vida si nunca se hubiera involucrado con Jack Noble?

—Discúlpame un momento, —dijo mientras abría la puerta de su camioneta.

—Clarissa, estamos a punto de irnos —dijo Beck.

—Un momento. —Cerró la puerta de golpe y se dirigió a la esquina trasera del parque, donde no la vieran. Charles no la reconocería ahora.

—Recupérate —murmuró. Ya no era la misma mujer que antes. Se había vuelto más fuerte, más dura, mejor a la hora de cuidar de sí misma. Clarissa se enorgullecía de su resistencia y autosuficiencia. Ahora, después de entrenar y trabajar con Sinclair y Beck, había alcanzado otro nivel.

Él ya no está preparado para mí.

Se apoyó contra un árbol, cerró los ojos y respiró profundamente unas cuantas veces. Una sensación la recorrió: una sensación de saber, anhelo y hallazgo, todo en una misma emoción. Cada exhalación la tranquilizaba. Se sentía tranquila y en control.

Clarissa regresó a la camioneta y entró.

—¿Todo bien?, —preguntó Beck.

Ella asintió. —Estoy bien.

—Está bien, —dijo mientras preparaba su MP7. —Ya casi es la hora.

CAPÍTULO 96

CIUDAD DE NUEVA YORK

No había sido fácil dejar a Mia. Otra vez. Pero habría sido un error traerla a la ciudad. Ni siquiera podía visitar su apartamento, los riesgos eran demasiado grandes. Frank era un bastardo vengativo y, lo más probable, era que tuviera a alguien cerca vigilando, en caso de que Jack fuera lo suficientemente estúpido como para intentarlo.

De todos modos, el apartamento no contenía nada de lo que él quería. Las cosas se calmarían en unos meses, tal vez en un año. Luego, si quería, podría regresar. El lugar ya estaba pagado.

Se encontraba en Washington Square Park, rodeado de suficiente follaje como para ocultarse mientras miraba hacia el edificio. Era tarde por la mañana y el sol se cernía casi directamente sobre él. Se había enterado de la oficina de Charles hacía unos meses. Ahora, era el momento de hacerle una visita.

Después de todo, Charles había amenazado de muerte a Erin y a Mia y había llevado a Jack directamente a una trampa. Tenía que pagar un precio por sus transgresiones.

Vestido con pantalones cargo holgados, una camiseta y una camisa ligera abotonada, Jack estaba armado con dos pistolas, una delantera y otra trasera, y un cuchillo atado a la parte inferior de su

pierna. Esperaba no tener que usar el cuchillo. Los últimos recursos nunca eran una buena idea.

Salió del parque por el extremo opuesto del edificio, recorrió una cuadra y luego dio la vuelta en sentido contrario a las agujas del reloj. El trayecto dejó la entrada del edificio fuera de la vista durante más de cinco minutos. Si Charles se había ido, no había forma de saberlo. Jack estaba trabajando solo en esta ocasión.

El vestíbulo del edificio estaba frío, tranquilo y vacío. No había nadie sentado detrás del mostrador de recepción. Nadie en la puerta principal. Jack miró el directorio del edificio. Lo ignoró. No lo necesitaba.

Entró en el ascensor y presionó el penúltimo botón. Un piso por debajo de la oficina de Charles. Jack encontró la escalera y subió al siguiente piso. El vestíbulo era visible desde la escalera. Una vez más, no había nadie allí. Esperaba encontrarse con una situación similar a la del complejo de Queens. Guardias armados apostados por todas partes. Sin embargo, no podía hacer eso aquí. El edificio era legítimo. Charles tenía que parecer un negociante legítimo, incluso si todos sabían que no lo era.

Eso significaba que Jack enfrentaría resistencia dentro de la oficina.

Sacó su pistola mientras se acercaba a las puertas dobles de vidrio esmerilado. Una placa junto a ellas decía CDC, Inc. Era el lugar correcto.

Jack probó la puerta. No tenía seguro y se abría hacia afuera. La abrió un poco y miró hacia adentro. La habitación estaba vacía. Debía haber una o dos cámaras, aunque no las podía ver. Abrió la puerta, sacó su segunda pistola y entró. Siguiendo el camino lógico que se le presentaba, lo llevó a doblar la esquina.

Fue entonces cuando los vio.

Tres personas. Una recepcionista y dos guardias.

No le hizo caso a la recepcionista. Lo peor que podía hacer era activar la alarma. Jack apuntó a los hombres y sonrió.

Ambos extendieron sus manos.

Uno dijo: —No presiones ese botón, Jenny.

Ella levantó las manos.

El tipo dijo: —Jack, ¿te importa si ella se va?

Jack conocía al tipo por su alias, Canicas. Tenía tendencia a volverse loco cuando algo pasaba. El otro tipo era Clint. Jack conocía a ambos. Y ellos lo conocían lo suficiente como para no intentar nada.

Charles no valía la pena.

Jack dijo: —¿Está ahí?

Ambos hombres asintieron.

—Entonces preferiría que todos se fueran.

—Entendido —dijo Canicas. —Jenny, coge tu cartera. Nos vamos de aquí. —Luego, le entregó una tarjeta a Jack y señaló un lector magnético. —Necesitarás esto para entrar.

Los hombres contratados no eran ni mejores ni peores que los de su organización, pero cuando llegaba el momento de arriesgar sus vidas, huían mucho más rápido. Charles había cometido un grave error. Jack solo podía suponer que el tipo se sentía más seguro con mercenarios que con sus propios hombres.

Jack no esperó a que se cerrara la puerta exterior para entrar en la oficina de Charles. Pasó la tarjeta delante del lector, oyó que se soltaba la cerradura y la puerta se abrió de golpe. Un torrente de luz procedente de la enorme ventana inundó el suelo. La luz periférica estaba oscura.

Charles estaba de espaldas a la puerta, mirando fijamente el parque.

—¿Qué demonios quieres? —dijo, probablemente pensando que uno de sus secuaces había entrado.

—Quiero saber por qué me vendiste, —dijo Jack.

Charles se enderezó. Mantuvo las manos en los bolsillos. No miró hacia atrás.

—Supongo que no tienes por qué decírmelo —dijo Jack. —De cualquier manera, estás muerto.

—Podría decir que no tuve muchas opciones, lo cual es cierto. Pero, incluso si no hubieran apretado las clavijas, lo habría hecho de todos modos. Diablos, me ofrecí a hacerlo yo mismo, pero querían que saliera de cierta manera, así que, ya sabes, lo que sea.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué querían que sucediera de cierta manera?

Charles se dio la vuelta, con una media sonrisa en el rostro, y miró a Jack a los ojos. —¿Qué demonios sé yo? Ya sabes cómo son esos gilipollas del gobierno. Tú eras uno de ellos. Sigues siendo uno, a pesar de ser un asesino a sueldo. Sea cual sea el motivo, cabreaste a alguien. Te querían muerto. Pero tenía que parecer algo entre dos criminales. Por eso me involucraron. ¿Sabes?, pensándolo bien, probablemente querían una alternativa. Alguien a quien echarle la culpa si algo salía mal.

—Sí, bueno, la cosa salió mal para ellos. Muy mal. Ya está casi todo arreglado, con la excepción de ti.

Charles se rio entre dientes. —Y no olvidemos a tu viejo amigo Frank.

Jack no dijo nada.

—Sí, verás, Feng no era el único que tenía contactos en el interior. Yo también los tenía. Y heredé algunos de los suyos. Si me metes una bala, te irá peor que ahora.

Sacudiendo la cabeza, Jack dijo: —No, ahí es donde te equivocas. Tengo un plan de jubilación que está entrando en vigor ahora mismo. Para cuando te encuentren muerto, yo ya me habré ido. Y, ¿de verdad crees que alguien va a hacer todo lo posible para encontrar a tu asesino? Estaré en todas las cámaras y no moverán un dedo para encontrarme.

Charles bajó la mirada y asintió lentamente con la cabeza. Tenía las manos en los bolsillos y los hombros caídos. Parecía derrotado.

Luego, se movió hacia adelante.

CAPÍTULO 97

CIUDAD DE NUEVA YORK

Jack olvido lo rápido que podía moverse el grandulón. Charles era similar a Oso en ese sentido. Goliats con la velocidad de guepardos.

Logró disparar, pero en su retirada, la bala se desvió y se estrelló contra el vidrio, abollándolo y arañándolo, pero nada más. Al parecer, Charles lo reemplazó por un vidrio a prueba de balas en algún momento.

Un movimiento inteligente.

En cuestión de segundos, Charles estaba encima de Jack y este se cayó hacia atrás. Esto le dio una ventaja al tipo más grande, ya que Jack no podía usar su velocidad y agilidad para esquivar y maniobrar.

Se preparó para el impacto y pasó a la ofensiva antes de caer al suelo levantando la rodilla. Charles aterrizó encima, lo que le quitó el aliento.

Jack aprovechó la oportunidad y golpeó a Charles en la cabeza con la pistola que tenía en la mano, haciendo que se soltara y deslizara por el suelo.

El golpe había derribado a Charles hacia un lado, pero no del todo.

Jack atacó de nuevo.

Charles se apoyó en un codo.

Jack golpeó al hombre con la rodilla en el estómago, pero el movimiento tenía poca potencia.

Charles asestó un golpe y luego envolvió una mano alrededor del cuello de Jack, mientras sujetaba el brazo de Jack hacia atrás, dejando la pistola inútil.

Con su mano libre, Jack siguió golpeando a Charles en el costado de la cabeza, ignorando el dolor que le atravesaba la muñeca, probablemente, debido a uno o dos huesos rotos.

Charles se levantó, como si estuviera haciendo la postura del perro boca abajo en yoga, lo que generó una enorme presión contra el cuello de Jack.

Jack puso su mano sobre la cara de Charles. Tenía el dedo medio y el anular rotos y prácticamente inservibles. Pero logró meter el pulgar en el ojo de Charles y lo presionó con fuerza.

El tipo grande dio un grito y soltó el cuello de Jack para poder luchar con su brazo.

Jack pudo escapar, pero tuvo que soltar su arma para hacerlo. Soltó la pistola yse giró hacia un lado, invirtiendo las manos. El movimiento le permitió agarrar las muñecas de Charles. Cuando Jack se escabulló de debajo de Charles, tiró con fuerza. Como el hombretón estaba en una posición incómoda, cayó de costado.

Jack le clavó la rodilla en el estómago a Charles y luego le asestó tres golpes en la cabeza. Localizó la pistola más cercana y la recogió.

Ahora estaba a un metro y medio de la masa de un hombre acurrucado en el suelo. El tipo miró hacia arriba e hizo una mueca de dolor mientras trataba de levantarse. Jack supuso que la rodilla le había roto algunas costillas.

La habitación estaba en silencio, salvo por la respiración agitada de Charles y el zumbido del ventilador de la computadora de fondo. Habían pasado nubes que reducían la luz que entraba por las ventanas.

—Diste una buena pelea, —dijo Jack mientras apuntaba la pistola a la cabeza de Charles. —Pero no fue suficiente.

Y justo cuando apoyaba el dedo en el gatillo, la puerta de la oficina se abrió de golpe.

CAPÍTULO 98

CIUDAD DE NUEVA YORK

—¡No lo hagas, Jack!

Reconoció la voz que escuchó al instante. El rostro también. Pero no el pelo. Era corto y oscuro, cuando antes había sido largo y rojo.

—Clarissa —dijo Jack. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Suelta el arma, —dijo el hombre que estaba a su lado.

Jack nunca lo había visto antes.

—¿Quién es éste? —preguntó.

—Suelta tu arma, Jack —dijo Clarissa.

Jack seguía apuntando a Charles con su pistola. Una sonrisa se dibujó en el rostro del grandulón y, a pesar de sus heridas, se incorporó.

—No te muevas, carajo —le gritó el otro tipo a Charles. —Estamos aquí para ayudarte.

—¿Clarissa? —dijo Jack. —¿Qué demonios está pasando?

Miró al otro hombre y asintió. Él y otros dos hombres entraron en la habitación y esposaron a Charles. Ignoraron las peticiones del hombre de que fueran con cuidado debido a que tenía las costillas rotas. Uno de ellos incluso podría haberle dado un codazo en la zona media del cuerpo.

Después de que la habitación se despejó, Clarissa bajó su arma.

—Lo estamos acusando de falsificación.

—¿Qué?

—Es una larga historia, Jack. Una que realmente no tengo tiempo para contar ahora. Pero déjame encargarme de esto y te prometo que te llamaré más tarde esta noche. ¿El mismo número?

Él negó con la cabeza y le dio el número de teléfono que Sasha le había proporcionado.

Ella miró su mano y dio un paso adelante. —Parece que te duele.

Él asintió. —Un poco.

Ella tomó su mano y le dijo: —Tenemos a alguien abajo que puede envolverte eso.

—Todavía no entiendo qué está pasando aquí.

—Como te dije, te lo diré esta noche.

—Dímelo en persona.

—Volveré a DC

—Yo también puedo estar allí.

—Jack…

—Clarissa —dijo la voz desde el pasillo.

Ella dio un paso atrás. El chico apareció en la puerta.

—Tenemos que irnos —dijo, mirando a Jack. —Y, probablemente, lo mejor sea que desaparezcas. Los federales estarán por todos lados en un par de minutos.

Jack los vio salir y salió de la habitación dos minutos después.

La redada en el complejo se había coordinado con la operación de Charles. En ella participaron el Departamento de Policía de Nueva York, el FBI y el Servicio Secreto. Con la información que había proporcionado Paolo, lograron completar con éxito la operación con una sola víctima, un veterano de quince años del Departamento de Policía de Nueva York. La organización de Charles había sufrido ocho muertes. La mayoría en los primeros seis metros dentro del complejo. El resto, ante las abrumadoras adversidades.

Clarissa descubrió más tarde que el hombre que la había atacado en DC había muerto durante la redada. Había sido uno de los hombres de Charles. Otro clavo en el ataúd de Harris. Si lograban que confesara.

Condujeron a dos oficiales del FBI al sótano donde encontraron a la hermana de Paolo, Essie, con mala salud, pero mentalmente alerta.

Cuando Paolo vio a Essie, cayó de rodillas, le agarró las manos, se las llevó a la cara y lloró. La enfermera que había en ella tomó el control. Le acarició el pelo y le dijo que lo perdonaba. No era como si su trabajo hubiera sido un secreto para la familia. Ella sabía lo que hacía. Sabía perfectamente de dónde provenía el dinero para comprar la casa en la que vivía. Pero nunca había esperado que la situación la afectara directamente.

Pero las cosas habían salido bien, en cierto modo.

Los hombres del FBI le explicaron cómo funcionaría el programa de protección de testigos. Cuando llegara el momento del juicio, Paolo tendría que regresar a Nueva York, mientras que Essie se quedaría en el lugar donde se encontraran. No le hicieron ninguna promesa de que pudiera conseguir empleo como enfermera, lo que la molestó visiblemente. Paolo intentó argumentar que se hiciera una cláusula que estableciera que le encontrarían un trabajo, pero al final, tuvo poco poder para negociar con los agentes.

—¿A dónde iremos? —preguntó Paolo.

El agente a cargo se encogió de hombros. —Mientras no sea la cárcel, ¿qué importa? Te estás saliendo con la tuya en muchas cosas, Paolo. Y estás protegiendo a tu hermana al hacer esto. Eso significa que lo haces en nuestros términos. Y, si alguna vez cometes un error, no solo irás a la cárcel tú. Se llevarán a Esmeralda también.

Cuando firmaron los papeles, Paolo se sentía entumecido.

Unas horas después, estaba dentro de una suite de dos habitaciones de un hotel, custodiada por el FBI. Esmeralda estaba sentada a la mesa, leyendo un libro. Lo miró y sonrió.

—Gracias, Paolo.

—¿Por qué?

—Por salvarme la vida.

—Casi hago que te maten.

Sacudiendo la cabeza, dijo: —No. Renunciaste a todo lo que tenías para que yo pudiera ser rescatada.

Él se levantó, caminó hacia ella, le tiró del cabello hacia atrás y la besó en la frente.

—Buenas noches, Essie. Nuestra nueva vida comienza mañana.

Clarissa nunca llamó.

Jack había conducido hacia el sur y se había detenido en Bethesda, Maryland. Estaba lo suficientemente cerca de la ciudad para su gusto, pero no demasiado lejos para que Clarissa pudiera viajar para encontrarse con él.

Sin embargo, ella no se acercó.

Así quedó, decidió.

A medianoche, salió de Bethesda. Llegó a Lynchburg, Virginia, a las 3:30 am. Mia estaba durmiendo en la cama tamaño king del dormitorio separado. Sasha la había esperado despierta.

Se sentaron a conversar. Jack contó lo que había sucedido, omitiendo el nombre de Clarissa. Tal vez Sasha sabía de ella. Si no, no tenía sentido ponerla en el radar de la mujer.

—Entonces, ¿podemos salir por la mañana? —preguntó Sasha.

Jack negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Por qué no? No estás a salvo aquí. Mia no está a salvo aquí.

—¿Quién dice que estaremos a salvo allí? Además, te estoy poniendo en peligro a ti también.

—¿De eso se trata? ¿Temes por mi seguridad?

—Temo por la seguridad de todos. Por eso es mejor que regreses mañana.

—Entonces traeré a Mia conmigo.

—¿Cómo vas a cuidarla?

—Puede ir a la misma escuela que la hija del Primer Ministro. Es un maravilloso internado en el norte.

—¿Ser criada por profesores y otros niños? —Jack negó con la cabeza en señal de protesta. —No, eso no va a pasar.

Sasha se sentó con las piernas hacia abajo y dijo: —¿Vas a criarla?

—No, pero sé quién puede y no es ningún maldito internado.

Ella siguió discutiendo, pero no había forma de convencerlo. Al final, se quedó dormida en el sofá. Jack se quedó despierto y la observó. Contó sus respiraciones. Estuvo a punto de cambiar de opinión. Podrían estar juntos. Ser una pareja. Con su puesto en el MI6, las cosas no irían mal, siempre y cuando nadie lo rastreara.

Entonces, ella corría el riesgo de convertirse en un objetivo.

Y él también lo era, lo que la ponía en riesgo de comprometer su posición dentro de la agencia.

No funcionaría

Sasha se despertó a las seis. Jack seguía despierto. Se preparó sin decir nada. A las seis y media, estaba en la puerta con su bolso.

—Tengo que irme ahora si quiero tomar mi vuelo. —La expresión de su rostro le indicó a Jack que quería que le dijera que se quedara.

No lo hizo.

—Está bien, —dijo. —Supongo que nos veremos cuando nos veamos.

CAPÍTULO 99

WASHINGTON, D.C

El timbre sonó cinco o seis veces. Desde su dormitorio, Clarissa gritó.

—Estaré allí en un segundo.

Ella no esperaba visitas, lo cual fue suficiente para detenerse y recuperar su pistola, aunque el tipo de hombres que vendrían a hacerle daño no tendría la cortesía de anunciarse primero.

Clarissa se detuvo frente a un espejo y se arregló el cabello. No tenía maquillaje. En realidad, no lo necesitaba. Al chico que esperaba que estuviera allí no le importaría.

Ver a Jack la había desconcertado, como siempre ocurría, pero esta vez no lo había llamado, aunque había dicho que lo haría.

Una parte de ella quería que él viniera tras ella.

Pero, otra parte de ella, esperaba que él se mantuviera alejado.

La vida no era necesariamente más fácil sin él, pero sí menos complicada.

El timbre dio paso a unos nudillos golpeando contra la madera.

—Ya voy, —dijo. —Solo espera.

Se acercó a la puerta por un costado, evitando la mirilla. Cualquiera entrenado esperaría a que el haz de luz se disipara y luego dispararía. En cambio, abrió una aplicación en su teléfono que

se vinculaba con la pequeña cámara que había montado en el marco de la puerta.

Su corazón se hundió un poco. Abrió la puerta, sonrió y dijo: —Beck, entra.

—No parezcas tan feliz de verme, —dijo.

Se encogió de hombros y fue a la cocina. Sacó dos cervezas del refrigerador. Las abrió y las colocó en la isla.

Beck se sentó al otro lado. —¿Esperabas a otra persona?

Clarissa tomó un trago de la botella y no dijo nada.

—No lo quieres en tu vida, —dijo Beck.

—¿A quién?

—Noble.

Ella entrecerró los ojos. —¿Por qué dices eso?

—Sé que tienes una relación con ese tipo, ¿vale? Pero digamos que tus metas futuras no coinciden con las de alguien así.

—¿Y qué sabes tú de mis metas futuras?

Beck se había acorralado. —Bueno, obviamente no puedo decirlo con certeza. Pero aceptaste ser mi socia, así que algo me dice que quieres trabajar para este país, no en contra de él. Y, paraun tipo como Noble, sus intereses no siempre están de un lado de esa línea. Para él, es difusa. Cruzará al otro lado si sus intereses así lo exigen.

Clarissa no podía negar nada de lo que decía Beck. Y había pasado tanto tiempo desde que había tenido una conversación real con Jack que no sabía dónde estaba su cabeza en ese momento. Había estado a punto de matar a Charles cuando llegaron. Pero ¿por qué? ¿Porque Charles era un hombre malo o simplemente porque había hecho daño a Jack?

—Mira, no vine aquí para hablar de Noble, ni de tu vida personal, de hecho.

—Entonces, ¿para qué? —Cogió dos cervezas más, las abrió y puso una delante de Beck.

—El lunes salimos hacia la oficina de campo de Roma.

–¿Roma, Georgia? ¿Hay una oficina allí?

Pasó la botella de una mano a otra, dejando un fino rastro de condensación sobre el granito. Sonriendo, dijo: —Roma, Italia.

Intrigada por la perspectiva de regresar a Italia, Clarissa preguntó: —¿Qué haremos allí?

—Sabes, preferiría no arruinarte el fin de semana con los detalles. Te lo contaré durante el vuelo.

Clarissa decidió no discutir con Beck. No importaba si se enteraba hoy o el lunes.

Se sentaron en silencio, él a un lado de la isla, ella al otro. Había algo en ello que los hacía sentir cómodos.

—Me alegro de que hayas sido tú, —dijo.

—¿Qué?

—En la puerta. Me alegro de que estuvieras allí cuando la abrí.

Beck sonrió y miró la botella que tenía delante.

—Hablando de Italia, —dijo, —he oído hablar de un restaurante italiano estupendo que hay a la vuelta de la esquina. ¿Quieres comer algo?

CAPÍTULO 100

CRYSTAL RIVER, FLORIDA

Había un lugar en el que Jack creía que Mia estaría a salvo. Hace unos meses, tal vez no se hubiera sentido así, pero Sasha le había asegurado que todos los registros de su familia habían sido eliminados de sus archivos en las principales agencias.

Se paró frente a la puerta de entrada de la casa de su hermano Sean. Mia extendió la mano y presionó el timbre. Sonaron las campanillas en el interior.

La esposa de Sean, Deb, abrió la puerta. Se sorprendió al ver a Jack y se quedó sin palabras cuando vio a Mia.

—¿Podemos entrar? —preguntó Jack.

Ella asintió y les hizo un gesto para que pasaran, deteniendo a Jack para abrazarlo cuando pasó.

Caminaron a través de la sala de estar hasta la cocina, donde Sean estaba sentado en la mesa con su computadora portátil y una taza de café.

—Hola, hermano mayor, —dijo Jack.

Sean levantó la vista y sonrió —¿Qué es esto?

—Visita sorpresa.

Sean se levantó, se acercó, abrazó a su hermano y miró a Mia. —¿Y esta es mi sobrina?

Ella parecía insegura, pero el asentimiento de Jack animó a la chica a que extendiera la mano y estrechara la mano de Sean.

—Mi hija está en casa de una amiga ahora mismo, pero la recogeremos en un rato. —Miró a Jack. —Te quedarás un rato, ¿no?

—Necesito hablar contigo sobre eso.

Los dos hermanos salieron a la parte trasera de la casa. Sean se apoyó en la barandilla de la terraza. Jack apoyó las manos sobre ella y miró hacia el patio. Luego, se miraron.

Jack empezó por el principio y, por primera vez, le contó a Sean sobre su vida clandestina. Le contó todo lo que había sucedido en los últimos años. El Viejo. Los rusos. El tiempo en Londres. Y los acontecimientos de las últimas semanas.

—No está segura conmigo, —dijo Jack. —No está segura con Sasha. No la enviaré a un internado. Quiero que crezca en una familia. Por ahora, al menos.

Sean no dudó. —Ella puede quedarse aquí. La criaremos hasta que estés listo.

Volvieron a entrar y desayunaron. El padre de Jack vivía con Sean. Los tres hombres pasaron el día juntos.

Más tarde esa noche, Jack se preparó para partir.

—¿A dónde irás? —preguntó Sean.

Jack lo pensó y se encogió de hombros. —No estoy seguro. Tengo una cuenta bancaria en Tampa que nadie conoce. Hay una caja de seguridad allí con un par de identidades. Pensé en tomarla, tomar algo de efectivo, comprar un Jeep e irme. Al sur, tal vez. Al oeste, posiblemente.

Tomó un cuaderno de la mesa y escribió en él dos direcciones de correo electrónico.

—Esas son seguras, —dijo. —La de arriba es tuya. La de abajo es mía. Sin embargo, no podemos usarlas con regularidad, así que envíame un mensaje solo si surge algo importante.

—¿Entonces eso es todo?

Jack asintió. Luego, salió de la habitación y encontró a Mia. La niña estaba dormida en el sofá.

Le dolía el corazón por irse sin despedirse, pero así tenía que ser.

No fue directo a Tampa. Tenía tiempo. El viaje duraba menos de una hora y el banco no abriría hasta dentro de trece horas.

El cementerio estaba oscuro, pero Jack conocía el camino. Encontró la lápida de su madre. Durante unos minutos permaneció en silencio. No había mucho que decir. Le gustaba creer que ella estaría orgullosa de él, pero acababa de dejar a su hija con su hermano. Sabía lo que diría, así que no le dio la oportunidad.

Antes de irse, caminó unas cuantas filas más allá y se arrodilló frente a la tumba de su hermana Molly.

—Lo siento, hermana. Debería haberlos detenido. Sé que podría haberlo hecho.

La culpa había perdurado durante más de veintiséis años e impulsaba casi todo lo que Jack hacía. Todas las situaciones en las que se encontraba eran resultado de esa culpa. Esa misma culpa le decía que volviera y buscara a Mia. Que la protegiera.

Y fue precisamente por eso que Jack Noble desapareció esa noche.

Solo.

La historia continúa en *Nunca Llores por Misericordia*
Continúe leyendo un extracto.
https://www.amazon.com/dp/B0F36F1PZK

Únase a la familia de lectores de LT Ryan y reciba una copia gratuita de la historia de Jack Noble, El Recluta. Haga clic en el siguiente enlace para comenzar:

https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

NUNCA LLORES POR MISERICORDIA:
CAPÍTULO 1

Perdido.

No hubiera preferido que fuera de otra manera.

Había estado conduciendo durante casi cuatro semanas. Es algo fácil de hacer cuando no hay un destino.

Salí de Florida y continué hacia el norte. Cada kilómetro de distancia entre Mia y yo era algo bueno para ella, mi hermano y su familia. Tuve suerte de que él estuviera dispuesto a acogerla y de que pudieran desaparecer durante unas semanas. Hasta donde yo sabía, todavía estaban fuera del país.

Cada frontera estatal que cruzaba significaba otro recuerdo enterrado. Ohio fue bueno conmigo durante un par de días, las ondulantes colinas de Iowa me adormecieron en un estado de serenidad por un rato. Después, me dirigí al sudoeste y paré en Colorado durante media semana. Montana ocupó la segunda mitad y me refugié en las montañas, calmando mi alma. Desafortunadamente, esa sensación nunca dura.

Y fue ese sentimiento de inquietud el que me llevó al sur otra vez. El Jeep que había cambiado comenzó a tener problemas antes de llegar a Oklahoma, pero, de todos modos, seguí adelante. De ninguna manera planeaba parar en Kansas. El viejo Wrangler finalmente me dejó atrás en una carretera polvorienta en el norte de Texas, no muy lejos de Nuevo México.

El motor se ahogó, escupió humo y luego gimió entre siete dientes apretados. Ninguno de los indicadores del tablero funcionaba, pero no hacía falta ser mecánico para darse cuenta de

que el Jeep estaba muerto. Sabía que estaba en sus últimas un par de cientos de kilómetros atrás, pero pensé que, al menos, podría llegar a Albuquerque.

Estaba equivocado.

Un camión de dieciocho ruedas pasó a toda velocidad, tocando la bocina y levantando una nueva capa de suciedad y mugre que se asentó sobre mí, tiñendo las líneas de sudor de mis antebrazos de un tono marrón oscuro. Parecía ser debido a una inundación repentina que había arrasado el desierto. Observé el remolque, esperando las luces de freno que nunca se encendieron.

Estiré el cuello para mirar en la dirección de la que había venido. Tenía que estar al menos a cincuenta kilómetros de Boise City. Sólo faltaban un par de kilómetros para llegar al último lugar por el que había pasado, pero no había nada allí. Solo un pequeño pueblo con menos de cien habitantes, si acaso.

Así que volví a centrar mi atención en el oeste. El camión de dieciocho ruedas se había alejado a toda velocidad. Tras él, Nuevo México se extendía a unos cuantos kilómetros por la carretera. Tal vez también un pueblo. Todo lo que necesitaba era un mecánico o un concesionario de coches. Podría encontrar otro Jeep.

Me quedé allí de pie, en el asfalto, contemplando la carretera reluciente que tenía delante y pensando en mi siguiente movimiento. El calor me golpeaba por todos lados, desde el asfalto, el cielo y el viento.

Vivir con la miseria que ya conoces o apostar por un futuro incierto. Todos se enfrentan a este dilema en algún momento de sus vidas. La mayoría, más de una vez. Yo me había enfrentado a ese dilema miles de veces. No importaba qué decisión tomara, el resultado era rutinariamente el mismo.

Pero, a menudo, me iba mejor cuando avanzaba a toda velocidad en lugar de seguir mis pasos hacia atrás.

Así que me metí las llaves en el bolsillo, agarré mi bolso y partí hacia Nuevo México.

Una camioneta que parecía haber resistido su cuota de tormentas, con el capó repleto de marcas y la parte delantera y trasera pintadas con colores diferentes, disminuyó la velocidad y se

detuvo entre la carretera y el arcén. No estaba seguro de si duraría mucho más que el Jeep, pero después de treinta minutos al sol y al calor, aceptaría cualquier ayuda que pudiera conseguir.

Los ojos del viejo parecían grandes orbes marrones atrapados tras gruesas paredes de cristal. Los marcos de sus gafas estaban doblados, sujetos con clips y cinta adhesiva. Las líneas de su frente estaban tan profundamente grabadas que contaban las historias de cinco vidas. Se secó una capa de sudor con el dedo índice y lo arrojó por la ventanilla abierta. Las gotas golpearon el espejo lateral y se deslizaron por un camino irregular.

—¿Tienes algún problema, hijo?

Me encogí de hombros y miré hacia atrás al Jeep. —El motor explotó.

Con un gesto de la cabeza, dijo: —¿De por aquí?

—No, señor.

—Bueno, eso probablemente sea algo bueno, pero sobre todo malo.

—¿Por qué?

—Sube— dijo, ignorando mi pregunta.

La vieja camioneta vibraba como si estuviéramos conduciendo por vías de tren. Los humos del diésel llenaban la cabina. El viejo encendió un cigarrillo, dio una calada y luego lo sostuvo entre dos dedos colocados sobre el volante. Me sorprendió que la repentina llamarada no hubiera provocado una explosión. La camioneta, que se movía, mantuvo la ceniza al raz mientras el cigarrillo se consumía. Pasamos un par de autos en la desolada carretera. El viejo se las arregló para asentir y levantar levemente la mano a cada uno. Los automovilistas respondieron de la misma manera, pero sus miradas pasaban de largo y se posaban en mí.

¿Quién es el extraño?, probablemente se preguntaron.

—Más adelante—. Dirigió la punta de su humo hacia la carretera.

Aparté la mirada del paisaje llano y marrón y divisé el pueblo. La carretera llevaba al fondo de un cañón que corría entre una línea de edificios de dos y tres pisos, en lo que supuse, era Main Street, o algún otro nombre de calle común. Todo brillaba, pareciendo enviar hasta el último rastro del calor de Texas de regreso a la atmósfera.

Disminuimos la velocidad a paso de tortuga. El viejo me miró un par de veces. No estaba seguro de si quería decirme algo o si se resistía a llevarme a la ciudad. ¿Y si causaba problemas? Él sería el responsable. Nadie quería eso.

Se detuvo en el arcén y puso la marcha en neutro. El motor diésel gruñó bajo. El viejo cruzó sus curtidas manos sobre su regazo.

Después de un minuto de silencio, dijo: —Esta es la tienda de mi primo a la que nos dirigimos. Me gustaría decirte que te tratará bien, pero estaría mintiendo. Él sabe que estás bastante jodido aquí.

—Siempre puedo comprar algo usado.

—¿Dónde?

—¿No hay ventas de carros aquí?

—No.

—Entonces, en el siguiente pueblo.

—¿Cómo vas a llegar allí?

—Llamaré a un taxi. Tal vez intente con Uber.

—Uba... ¿qué? — Sacudió la cabeza. —Ves, por eso dudo en llevarte a la ciudad.

—Sólo digo que hay opciones.

Rechazó mis sugerencias. —Vamos a entrar y hablar con mi primo. Luego te llevaré de vuelta a mi casa.

—¿Seguro?— pregunté. —Acabas de conocerme.

Se rio entre dientes. —No te preocupes, hijo. No eres mi tipo—. Tocó otro cigarrillo, tiñendo la colilla de marrón por la suciedad, pero lo devolvió al paquete. —Mi esposa y yo tenemos una habitación disponible en la casa. Te quedarás allí hasta que arreglen tu auto. Es mejor que cualquier otra cosa que puedas encontrar en esta vieja y polvorienta ciudad.

—Eso es generoso, pero no necesitas hacerlo.

Levantó una mano para silenciarme. —Escucha, las cosas no están tan bien estos días, y podemos usar todo el karma que podamos conseguir.

No tenía sentido discutir. Acepté encontrarme con su primo y luego regresar a su casa. Una ducha y una buena noche de sueño no vendrían mal. Podría empezar de nuevo por la mañana. Seguro pasaría un camionero que me llevaría a Albuquerque. Al menos allí

podría comprar un cacharro medio decente que pudiera durar unos meses.

Un par de minutos después entramos en un aparcamiento manchado de aceite. El agua llenaba un bache, reflejando un arco iris grasiento. A un lado del aparcamiento había dos surtidores de gasolina antiguos que probablemente no se utilizaban desde los años sesenta, a juzgar por el precio por galón de treinta y tres centavos. Al otro lado, había una grúa vacía de más o menos la misma edad. Probablemente, tampoco servía. Había otros coches de último modelo aparcados cerca.

Una versión más joven, más pesada y menos atractiva del viejo salió de un aparcamiento sombreado. Se secó la cara con un trapo cubierto de grasa, apartándose el pelo gris y castaño de los ojos. Los dos hombres asintieron el uno al otro y luego ambos me miraron. Una sensación familiar me recorrió. Tenía la sensación de que me estaban tendiendo una trampa.

El viejo se bajó de un salto y cruzó el aparcamiento. Él y su primo se quedaron a unos cuantos metros de distancia. No se dieron la mano, solo se saludaron con la cabeza cuando nos detuvimos. Me quedé atrás y observé el encuentro mientras los dos hablaban durante unos minutos. El anciano me hizo un gesto para que me acercara.

—¿Llaves?— preguntó su primo.

Las saqué de mi bolsillo.

—¿Sin sorpresas?— preguntó.

—Ninguna.

—¿Nombre?

—Jack.

—¿Solo Jack?

—Solo Jack.

—Suena bien—. Se dio la vuelta y se dirigió lentamente hacia la grúa.

Supongo que me equivoqué. —Si es el motor, probablemente tardará una semana.

—¿Una semana?— dije.

—Tengo que conseguir piezas, amigo—. No había nada amistoso en su tono. Subió a la camioneta y encendió el motor diésel. Los vapores se me pegaron mientras la nube de humo pasaba.

—¿Listo, Jack?— preguntó el viejo.

—Seguro, ¿por qué no?

—Oye— dijo después de que nos sentáramos en la camioneta. —¿Quieres saber mi nombre?

—No.

NUNCA LLORES POR MISERICORDIA: CAPÍTULO 2

El anciano se abrió paso entre montones de escombros apilados en el aparcamiento trasero que nos llevaron a un callejón estrecho. Estábamos cubiertos de madera desgastada y ladrillos de décadas de antigüedad a ambos lados. Los edificios tenían peor aspecto allí atrás. Cualquier esfuerzo que los habitantes del pueblo hubieran puesto en mantenerlos a lo largo de los años, claramente se detenía después de la fachada frontal. La mitad de las estructuras parecían estar a punto de derrumbarse.

Unas pocas cuadras más adelante, giró a la derecha en una calle bastante transitada, al menos para los estándares de un pueblo pequeño. Un par de ancianos estaban sentados fuera de una peluquería. Una mujer joven empujaba un cochecito en la amplia acera, las ruedas aplastaban la maleza y la hierba que crecía a través de las grietas. Había otras personas caminando, paradas, holgazaneando. No podía haber muchos trabajos disponibles en un lugar como este. No era como si estuviera cerca de nada. Tenían que estar en el comercio minorista, la escuela o la agricultura. El resto estaba sin trabajo, supuse.

—Hay un buen bistec ahí— dijo el viejo, señalando un edificio cuadrado de un verde descolorido con un cartel que decía BAR. —Pero no te metas con nadie. No querrás llamar la atención de algunos de los lugareños de esta zona.

Asentí con la cabeza y no dije nada. Evitaba llamar la atención lo mejor que podía. Sin embargo, normalmente se las arreglaba para encontrarme. Sabía que eso sería parte del problema de estar

atrapado en este pueblo. También, era la razón por la que no tenía intención de quedarme más allá de una noche. Iría al bar, comería un bistec, un par de cervezas, dormiría bien y encontraría la manera de salir de allí a la mañana siguiente.

Un minuto más tarde, el viejo redujo la velocidad de la camioneta y los neumáticos crujieron contra el bordillo. Todo crujió cuando pisó el freno de emergencia un par de segundos antes de tiempo.

Lo seguí hasta la casa desgastada. El césped llevaba meses sin ser cortado. El revestimiento de madera encalada parecía como si alguien lo hubiera lijado con papel de lija de grano grueso. Estaba arqueado en algunos lugares y colgado en otros. Había bloques de cemento donde antes había habido escalones del porche. La puerta mosquitera cantó una canción hueca cuando el viejo la abrió, añorando un recuerdo de hace cuarenta años.

Se detuvo allí y empujó con el hombro la puerta principal. Empujó varias veces antes de que se abriera con un crujido.

Después de entrar, se hizo a un lado y me hizo un gesto para que entrara en la cocina. Dicen que cuanto más tiempo estás con alguien, más te pareces a esa persona. Era cierto en esta casa. Una mujer mayor y delgada, que podría haber sido su gemela, estaba de pie de espaldas a la estufa. Las llamas se elevaban alrededor del fondo de una olla pequeña en la que el agua retumbaba mientras hervía. La mujer me miró con el ceño fruncido, pero logró sonreír y asentir levemente.

—Jack—, dijo el anciano, —esta es mi esposa Ingrid.

Cruzó la habitación con una gracia que desmentía su edad. Imaginé que, en algún momento, había sido bailarina, tal vez de ballet o de salón. Aunque, si se había criado en esta ciudad, las probabilidades de que eso sucediera eran escasas. Agarré su mano extendida y le di un suave apretón. Si hubiera sido más, habría roto sus delicados dedos.

—Herbie no te causó muchos problemas, ¿verdad? — Su sonrisa se ensanchó, parecía genuina.

—No, señora— dije. —Lo que sea que estés cocinando allí, se lo ganó.

—El auto de Jack se averió a unos pocos kilómetros de la ciudad — dijo Herbie. —Se quedará con nosotros mientras mi primo lo arregla.

Los dos intercambiaron una larga mirada antes de que Ingrid apagara el quemador y luego se volviera hacia el pasillo. La mirada decía mucho sobre sus sentimientos hacia el primo. O, tal vez, sobre mi presencia allí.

—Prepararé la habitación de invitados— dijo.

Metí la mano en mi bolsillo y saqué un fajo de billetes. —No te preocupes. Te pagaré por las molestias.

—Ni lo pienses— dijo Herbie, apartando mi mano. Pero Ingrid se detuvo en la barandilla, miró hacia nosotros y asintió.

Me guardé el dinero en el bolsillo por un momento. Ambos sabían que lo necesitaban. Se lo daría a Ingrid más tarde. Herbie, como muchos hombres, dejaba que el orgullo se interpusiera en el camino de la ayuda. Diablos, yo era reacio a aceptar su ayuda. Quería una noche de sueño decente, eso era todo.

Pasaron unos minutos en silencio. Herbie y yo intercambiamos un par de miradas. Ingrid regresó y se llevó el silencio incomodo de la habitación. Me llevó arriba y me mostró dónde dormiría. Era básico, con una cama, tocador y mesita de noche. La ventana daba al oeste. Nada sobresalía.

Justo era lo que yo quería.

—¿Puedo prepararte un sándwich o una taza de café?

—No, gracias señora. Creo que me voy a acostar un rato.

Un par de minutos se convirtieron en dos horas. Me desperté con la luz del sol que se desvanecía atravesando una rendija entre las cortinas. Me quedé allí tendido unos momentos. Escuché las voces elevadas de la pareja de ancianos mientras iban y venían. Sus palabras eran apagadas, pero su tono era agudo. Salí de la cama cuando la discusión se calmó, bajé las escaleras y los encontré en la cocina. Él estaba sentado a la mesa y ella estaba de pie en el mismo lugar donde la había conocido por primera vez. Evitaban mirarse el uno al otro y a mí.

—Si no les importa, creo que voy a ir a ver esa cena de bistec que me recomendaste, Herbie.

Él asintió sin apartar la mirada del mismo punto del suelo en el que había estado centrada desde que entré en la cocina.

Ingrid extendió la mano y dijo: —Creo que es una buena idea. Simplemente no te metas en problemas. Hay gente desagradable que frecuenta ese bar.

Yo imaginé que también diría eso de la mayoría de los bares.

Sonreí, asentí, abrí la puerta de un tirón y salí al aire más fresco de la noche. El olor a carbón quemado persistía. El humo se elevaba por encima de una valla vecina. Las voces y las risas de niños y adultos subían y bajaban en marcado contraste con la tensión que había detrás de mí.

Pensé en el comentario de Ingrid sobre los clientes del bar. Herbie había compartido un sentimiento similar conmigo. Ahora bien, podría haber sido que estos ancianos formaran parte de la vieja guardia de la comunidad. Los últimos que creen en y tienen ciertos valores. Tenían creencias específicas. Y, cualquiera que pensara o actuara de otra manera, era un tipo desagradable de persona. No tenía sentido pensar demasiado sobre eso. De todos modos, me haría una idea del lugar a los cinco segundos de entrar.

Me encontré en Main Street, que se había ralentizado en comparación con unas horas atrás. Había algunas personas afuera y pasaron un par de vehículos, pero la sensación ahora era tenue.

Eso cambiaría.

Un auto medio se detuvo a mi lado disminuyendo la velocidad unos momentos antes, quedándose un poco atrás, siguiéndome. No me había molestado en darme la vuelta y ver quién era. Y no dejé de caminar cuando dos pares de botas tocaron el suelo y un tipo dijo: —¿Quién diablos eres tú?

La historia de Jack Noble continúa en Nunca Llores por Misericordia... Haga clic en el siguiente enlace: https://links.ltryan.com/muerte-en-grecia

ALSO BY L.T. RYAN

Buscar todos los L.T. Libros de Ryan en Amazon.

Disponible en español:

The Jack Noble Series

El Recluta

El Primer Engaño (Precuela)

Los Comienzos de Noble

Distancia Mortal

Línea Borrosa

Las intenciones de Nobel

Muerte en Grecia

Las Retribuciones de Noble

La Traición de Noble

Nunca Vuelvas a Casa

El Juicio de Noble

Nunca Llores por Misericordia

Fecha Final

Fin del Juego

El Ultimatum de Noble

La Leyenda de Noble

La Venganza de Noble

Disponible en inglés:

The Jack Noble Series

The Recruit (free)

The First Deception (Prequel 1)

Noble Beginnings

A Deadly Distance

Ripple Effect (Bear Logan)

Thin Line

Noble Intentions

When Dead in Greece

Noble Retribution

Noble Betrayal

Never Go Home

Beyond Betrayal (Clarissa Abbot)

Noble Judgment

Never Cry Mercy

Deadline

End Game

Noble Ultimatum

Noble Legend

Noble Revenge

Never Look Back (Muy pronto)

Bear Logan Series

Ripple Effect

Blowback

Take Down

Deep State

Bear & Mandy Logan Series

Close to Home

Under the Surface

The Last Stop

Over the Edge

Between the Lies (Muy pronto)

Rachel Hatch Series

Drift

Downburst

Fever Burn

Smoke Signal

Firewalk

Whitewater

Aftershock

Whirlwind

Tsunami

Fastrope

Sidewinder (Muy pronto)

Mitch Tanner Series

The Depth of Darkness

Into The Darkness

Deliver Us From Darkness

Cassie Quinn Series

Path of Bones

Whisper of Bones

Symphony of Bones

Etched in Shadow

Concealed in Shadow

Betrayed in Shadow

Born from Ashes

Blake Brier Series

Unmasked

Unleashed

Uncharted

Drawpoint

Contrail

Detachment

Clear

Quarry (Muy pronto)

Dalton Savage Series

Savage Grounds

Scorched Earth

Cold Sky

The Frost Killer (Muy pronto)

Maddie Castle Series

The Handler

Tracking Justice

Hunting Grounds

Affliction Z Series

Affliction Z: Patient Zero

Affliction Z: Abandoned Hope

Affliction Z: Descended in Blood

Affliction Z : Fractured Part 1

Affliction Z: Fractured Part 2 (Muy pronto***)***

ACERCA DEL AUTOR

L.T. Ryan es un autor superventas del Wall Street Journal y del USA Today, famosa por crear thrillers trepidantes que mantienen a los lectores al borde de sus sillas. Conocido por crear historias apasionantes y centradas en los personajes, Ryan es autor de la serie Jack Noble y de la serie Rachel Hatch, entre otras. Con su habilidad para combinar acción, intriga y profundidad emocional, los libros de Ryan han cautivado a millones de seguidores en todo el mundo.

Tanto si se trata del oscuro mundo de los operaciones encubiertas o de la incansable búsqueda de la justicia, las historias de Ryan presentan personajes inolvidables y tramas de alto riesgo que resuenan entre los seguidores de Lee Child, Robert Ludlum, y Michael Connelly.

Cuando no está escribiendo, Ryan disfruta creando nuevas ideas con coautores, dirigiendo una próspera editorial, y conectando con los lectores. Descubra la próxima historia que te mantendrá pasando páginas hasta altas horas de la noche..

Haz clic en el botón de arriba para recibir una alerta de Amazon cuando L.T. tenga un nuevo libro disponible.

Conecta con L.T. Ryan

Suscríbete a su boletín informativo para enterarte de las últimas noticias y recibir contenido gratuito ➜ https://ltryan.com/jack-noble-newsletter-signup-1 Únete al grupo privado de lectores ➜https://www.facebook.com/groups/1727449564174357

Instagram ➜ @ltryanauthor Visite el sitio web ➜ https://ltryan.com Envia un correo electrónico ➜ contact@ltryan.com